Sonata de lluvia

Brooke Latimer

Círculo Rojo

Sonata de lluvia

Brooke Latimer

Primera edición: abril 2023

ISBN: 978-84-1175-737-9

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Brooke Latimer
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

Ni una inteligencia sublime, ni una gran imaginación, ni las dos cosas juntas forman el genio; amor, eso es el alma del genio.

Wolfgang Amadeus Mozart

A mi amiga María, mi primera y más entusiasta lectora.

PRÓLOGO

Una finísima lluvia caía como una caricia helada sobre el rostro de una mujer que un día debió de ser muy hermosa. Ahora su cuerpo huesudo y encorvado se mantenía en pie por pura fuerza de voluntad agazapado tras unos arbustos. Había perdido la noción del tiempo y no podía afirmar con exactitud si hacía mucho rato que había llamado a la campana de la puerta del convento o no. Lo que sí sabía es que había empezado a llover y su pequeña estaba en el suelo envuelta tan solo con un fino arrullo. Por Dios bendito, ¿por qué no abrían? Quizás no había tocado la campanilla con suficiente fuerza. ¿Y si cruzaba la calle y volvía a tocar? Pero, ¿y si al acercarse abrían la puerta en ese momento? ¿Qué les diría? ¿Cómo iba a poder explicar que les dejaba a su hija una semana después de haber abandonado a su hermana en aquel mismo lugar? Oh, Virgen santísima, ayúdame. Tú eres madre y sabes lo difícil que es perder a un hijo. ¡Ayúdame! ¡Apiádate de mí! Las fuerzas empezaban a fallarle. Después de dar a luz a sus dos hijas en soledad intentó alimentarlas con su propia leche, pero su cuerpo estaba tan débil que parecía no tener suficiente para las dos. Por ello se vio en la necesidad de tomar la decisión más difícil de su vida. Arrancar de su lado a una de ellas. Decidió que debía entregar a la que estaba más débil para que pudiera sobrevivir. Pensó ingenuamente que al no tener que amamantar a las dos, su cuerpo produciría suficiente leche para su otra pequeña, la que estaba más fuerte. Pero los días pasaban y la niña no dejaba de llorar y ella estaba segura de que no quedaba satisfecha después de cada toma. Si seguía con ella corría el riesgo de morir de hambre. La mujer se encogió sobre sí misma al sentir una punzada en el corazón. El dolor por separarse de sus niñas era algo físico, tan real que la dejaba sin fuerzas y le hacía abrir la boca para intentar tomar aire. En el fondo de su corazón sabía que algo no andaba bien, sabía que su cuerpo no resistiría mucho más en pie. ¡Por favor, Señor, que abran la puerta y den un hogar a mi hijita! Cuando estaba a punto de salir a llamar de nuevo a la campanilla, el sonido de unos pasos apresurados por la calle llamó su atención. Contuvo el aliento y rezó con las manos entrelazadas para

que esas personas notaran la presencia de su bebé junto a la puerta del convento. Y puede que fuera fruto de la casualidad o que algún ser divino estuviera escuchando en ese momento a la pobre mujer, pero justo cuando pasaban frente al convento, el bebé empezó a llorar con toda la fuerza de sus pulmones.

PRIMERA PARTE
LA DICHA

CAPÍTULO 1

Southampton, noviembre de 1911

Kathleen salió de casa después de desayunar para dirigirse al taller de costura de la señora Moore. Pasó por delante de la casa Tudor, muy cerca de su hogar, en la calle Bugle, y giró hacia Castle Way en dirección al Bargate. Su ciudad era pequeña, pero le encantaban los retazos de historia que se podían encontrar a cada paso. Aquella mañana el cielo estaba gris, pero no llovía. Caminó con tranquilidad al ritmo de una melodía a la que llevaba días dándole vueltas en la cabeza, sin pararse a plasmarla aún en una partitura.

No había querido que su madre la acompañara. No deseaba escuchar sus comentarios a la modista, en los que a menudo sugería de manera poco disimulada que si ella estuviera más delgada podría llevar ciertas prendas con más elegancia, o más ceñidas, o con un escote más pronunciado… Si bien era cierto que sus curvas eran algo más voluptuosas que lo que marcaba la tendencia del momento, tampoco se podía decir que estuviera obesa. Era *rellenita*, como solía decir su padre con una sonrisa dulce. Robert no entendía cómo su encantadora hija no atraía a ningún hombre soltero. Tenía el pelo cobrizo brillante, la piel blanca aterciopelada, unos ojos azul grisáceo que atrapaban al que los miraba y una sonrisa arrebatadora. «¿Qué les pasa a los hombres de hoy en día?», se preguntaba Robert a menudo.

Ella ya no era precisamente una jovencita casadera, a sus veinticinco años era casi una solterona con pocas opciones de encontrar a un hombre que la llevara al altar. La mayoría de sus amigas ya estaban casadas y algunas con varios hijos. En cambio, Kathleen siempre había tenido una relación diferente con los chicos. Haberse criado con un hermano mayor que la llevaba a todas partes había hecho que ella perdiera la vergüenza a hablar con cualquier miembro del sexo opuesto, algo que no les ocurría a sus amigas. De niños, jugando en las calles y de mayor, asistiendo a fiestas y bailes, siempre bajo la protección de su hermano, Kathleen pudo relacionarse con chicos, sin que ello estuviera mal visto… del todo. A menudo, las

amigas de su madre le reprochaban que no se comportara como el resto de muchachas, guardando las debidas distancias con los jóvenes solteros. Por su parte, los chicos solo la veían como la hermana de Rob. Además, su aspecto hacía que los niños y años después los muchachos, no se sintieran intimidados por su presencia. Kath era «uno más» del grupo de amigos.

De pequeña, Kathleen era como una muñequita deliciosa, tenía una preciosa cara redonda, pero siempre había estado gordita y los chicos, al crecer, simplemente no la miraban como a las otras chicas. Cuando floreció, su cuerpo se estilizó bastante, pero sin perder parte de sus curvas. De este modo, había llegado a la juventud viendo cómo los chicos se fijaban en sus amigas y ella era la eterna amiga de todos ellos. Finalmente, rindiéndose a la evidencia, aceptó que eso no iba a cambiar y acabó disfrutando de su compañía. De alguna manera, se convirtió en *uno* más del grupo de amigos. Ellos le hablaban con confianza, le contaban sus anhelos, le preguntaban por los gustos de las muchachas, por curiosidades sobre sus amigas… A ella le encantaba idear la manera de hacer saltar la chispa del amor entre sus conocidos. Cuando acudía a las fiestas no le faltaban compañeros de baile. Todos los chicos querían tenerla como pareja en algún momento de la velada para poder charlar *a solas* mientras bailaban. Muchas jóvenes la envidiaban por ello, por la complicidad que parecía tener con los hombres. Ella bailaba y reía sin complejos. Y ellos adoraban su espontaneidad y su ayuda inestimable. Había llegado a valorar muchísimo la relación que tenía con los hombres, que era más de camaradería entre amigos que la que veía que se establecía entre hombres y mujeres de su misma edad. Desde su posición privilegiada, *infiltrada* en el mundo masculino, podía ver cómo se comportaban ellos cuando no estaban delante de las mujeres y cómo su actitud se volvía torpe y atolondrada cuando se encontraban ante compañía femenina. Kathleen se complacía en echar una mano a sus amigos y amigas, sobre todo a ellos, que parecían ver en las mujeres un ser venido de otro planeta. Su consejo era siempre el mismo, que actuaran tal y como ellos eran, aunque no siempre seguían sus indicaciones. Aun así, tenía un don especial para propiciar futuras parejas felices. Poseía una sensibilidad extraordinaria para detectar afinidades entre sus conocidos y sabía proporcionar la información justa para que acertaran a la hora de halagar o agasajar a las muchachas.

Ahora se disponía a prepararse para la temporada de bailes de invierno. Ciertamente la afrontaba sin ninguna ilusión. Atrás quedaron los años, desde que tenía dieciocho, en que cuidaba con esmero la selección de vestidos y peinados para la temporada. Los años pasaban y ella no conseguía interesar a ningún hombre. Hubo momentos en los que se sintió muy desdichada, hasta que decidió que estar soltera no

era algo tan malo y que ella le iba a sacar el máximo partido a no tener un marido que controlara todas y cada una de sus decisiones. Por suerte, tenía una familia que empezaba a aceptar el hecho de que no se casaría nunca y por ello toleraban algunas de sus excentricidades. Como la de querer aprender a conducir un coche. Esa misma tarde su padre comenzaría a darle clases de conducción. Estaba realmente emocionada y eso hizo que una sonrisa asomara a sus labios. Casi a la altura del taller de costura, se cruzó con ella un apuesto joven, de ojos azules y pelo rubio, que se tocó el ala de su sombrero a modo de saludo al ver la sonrisa de Kathleen. Ella se sintió algo avergonzada por si había pensado que le estaba sonriendo a él, pero bueno, eso ya no tenía importancia. Se detuvo justo delante de la puerta de la señora Moore y se preparó mentalmente antes de entrar. Inhaló profundamente, llenando los pulmones con el fresco aire de la mañana y se resignó a aceptar lo que le esperaba dentro.

Kathleen trató de permanecer en el taller de la señora Moore el mínimo tiempo posible. A su edad ya no tenía paciencia para perder el tiempo con pruebas de vestidos. Al fin y al cabo, el resultado iba a ser el mismo: una temporada más se coronaría como la solterona de oro. Por otro lado, su manía casi enfermiza de vincular una melodía a cada persona que conocía hacía que Kathleen acabara estresada de escuchar dentro de su cabeza una y otra vez el interludio de *El vuelo del abejorro* de Korsakov, asociado a su modista. Sheryl Moore era una verdadera artista, no solo cosía bien, sino que tenía grandes ideas que plasmaba en vestidos realmente espectaculares. Su problema era que si su mente era rápida, su lengua lo era aún más y eso hacía que Kathleen deseara tomarse una buena infusión de tila al salir del taller. La cosa empeoraba cuando Sheryl llamaba a sus ayudantes y las tres se ponían a revolotear a su alrededor trabajando sobre sus trajes. Entonces era cuando en su mente empezaba a escuchar la obertura de *Guillermo Tell*, de Rossini, y sus voces se unían a la música, dejándola aturdida con tanto estímulo.

Una hora y media más tarde, Kathleen salía del taller de costura con el corazón acelerado y un dolor de cabeza considerable. Menos mal que aquella era la última vez que tenía que ir a la modista por esa temporada. Ahora solo quedaba esperar unas pocas horas para comenzar con las clases de conducción.

CAPÍTULO 2

El primer baile del invierno se celebraría en una semana, coincidiendo con el día de San Nicolás, el seis de diciembre, y Kathleen había decidido que dedicaría ese tiempo a poner por escrito al fin la melodía que la acosaba día y noche en sus pensamientos. Por las mañanas tocaba el piano y componía y por las tardes su padre le daba clases de conducir, aunque no estaban resultando tan fructíferas como ella esperaba.

Su padre, antes de comenzar las clases, le había dicho que no se preocupara.

—Conducir es como tocar el piano, Leen, solo hay que combinar el uso de las manos y los pies.

A Kathleen esto le pareció maravilloso, ya que para ella tocar el piano era de lo más sencillo. Sin embargo, la práctica no resultó tan grata como tocar su instrumento favorito. Resultaba que el Ford T de su padre, salido apenas dos meses atrás de la recién estrenada fábrica de Ford en Manchester, aunque solo contaba con dos velocidades, suponía todo un reto de concentración para Kathleen.

—Leen, debes cambiar con el pie, con el pedal del embrague, las dos velocidades. Pisando a fondo está la primera marcha, a mitad del recorrido está el punto muerto y soltando *un poco* está la segunda.

Ese *poco* era lo que desquiciaba a Kathleen. ¿Cuánto era poco? Le preguntaba con insistencia a su padre, que era el único que la llamaba Leen y a ella siempre le había parecido muy cariñoso. Pero ese «Leen» sonaba ahora cada vez más impaciente y Robert empezaba a levantar la voz con cierto tono histérico cuando veía que se aproximaban peligrosamente a algún obstáculo. A pesar de que se habían ido a practicar a las afueras de Southampton, Kathleen parecía tener una habilidad extraordinaria para acercarse demasiado a árboles o arbustos, por muy alejados que estuvieran. El cuarto día de prácticas, tras estar a punto de atropellar a un hombre que tuvo la mala suerte de cruzarse con ellos en bicicleta, Robert decidió que necesitaba un descanso. Suspendió las clases *sine die*.

A Kathleen le costaba admitirlo, pero cancelar las prácticas fue todo un alivio. Intentaría convencer a su hermano para que sustituyera a su padre más adelante, cuando desapareciera el temblor que aún tenía en sus piernas. Seguro que Rob se mostraba más paciente con ella. Ahora se centraría en el baile del día siguiente.

A media tarde del sábado comenzó a arreglarse. Violet le había hecho un bonito recogido mientras el pequeño Robbie dormía la siesta después del almuerzo. Desde que Rob y Violet se casaran, hacía casi dos años, vivían todos juntos en la casa de la calle Bugle. Su hermano tenía un buen trabajo, formaba parte de la policía de la Junta del Puerto de Southampton, pero el sueldo no le daba para comprarse una casa propia, al menos de momento. Gracias a ello, ahora Kathleen estaba experimentando lo que era tener una hermana. Y, por si eso fuera poco, tenía la inmensa suerte de ver crecer cada día a su querido sobrino.

Una vez peinada se colocó uno de los vestidos diseñados por la señora Moore. Para ese primer baile del invierno había seleccionado un sencillo vestido de tafetán rojo de escote cuadrado. Justo en el centro del pecho, como si de un medallón se tratase, llevaba un bordado en plata que suponía el único adorno de su atuendo. De la cintura de la falda salía una cola de la misma tela que caía ligeramente sobre el suelo. Nada exagerado ni ostentoso. Se encontraba cómoda con él. Sheryl lo había ceñido ligeramente a su cuerpo sin que resultara agobiante ni le impidiera respirar. Para finalizar, se puso unos pendientes de rubíes que su madre había heredado de la abuela de Kathleen. Esperaba no perderlos mientras bailaba…

Sus padres ya la estaban esperando en el vestíbulo cuando bajó las escaleras. Su cuñada aún no asistía a bailes ni fiestas, ya que apenas hacía unos pocos meses que había dado a luz. Su hermano iría a la fiesta más tarde, cuando volviera del trabajo.

—Ese vestido te favorece mucho, hija —dijo Emily.

Viniendo de su madre, era todo un halago, pues lo normal era que hubiera dicho que no la hacía demasiado gorda.

—Gracias, madre, tú también luces muy elegante esta noche —dijo con una sonrisa, observando su vestido verde botella—. Padre, si quiere conduzco yo hasta el hotel —bromeó mientras guiñaba un ojo a su madre.

La mirada que le lanzó Robert pasó del estupor al terror absoluto en un instante y negó con la cabeza unas siete veces en apenas dos segundos. Tal parecía que su padre aún no tenía mucha confianza en ella en ese aspecto, pensó Kathleen con buen humor.

Cuando llegaron al hotel Dolphin, caía una fina lluvia movida por un ligero viento del oeste que deslucía la llegada de los asistentes al

baile. A pesar de que Southampton podía presumir de ser una de las ciudades más soleadas de Inglaterra, su cercanía al mar y el hecho de estar expuesta a los vientos que azotaban la costa hacían que la lluvia fuera bastante incómoda para sus habitantes y que los paraguas resultaran totalmente inútiles.

Kathleen no le dio ninguna importancia a la lluvia y se sintió contenta de volver al Dolphin. Aunque no tenía ningunas expectativas positivas con respecto a la temporada, esperaba pasar una velada agradable. Mientras subía las escaleras hacia la primera planta, donde se encontraba el salón de baile, no pudo evitar pensar que Jane Austen había celebrado su dieciocho cumpleaños allí, en ese mismo salón al que ella se disponía a entrar. Le emocionaba pensar que casi ciento veinte años atrás, la sensible escritora de algunas de sus novelas favoritas había caminado por el mismo suelo de madera brillante que ella pisaba en ese momento. Aquellos pedacitos de historia formaban las piezas del puzle del pasado de Southampton y a Kathleen le gustaba encajarlos mentalmente a medida que se los iba encontrando.

Nada más entrar se separó de sus padres para acudir a saludar a sus amigas. Le hacía mucha ilusión volver a verlas, la vida de casadas parecía que les sentaba muy bien, estaban guapísimas. Con una punzada de dolor pensó que ella nunca se vería tan exultante como ellas, deslumbrando con la luz que da estar enamorada… Mientras charlaba con ellas, algunos de sus maridos, amigos y conocidos se acercaron a ella para saludar y pedirle un baile. Se sintió afortunada de contar con tantos amigos que la hacían sentir que no era invisible y que querían compartir un rato de charla y de baile con ella.

—Me encanta tu vestido, Kath, pero ¿no te parece que es muy sencillo para una fiesta como esta, querida? —le preguntó Stacy, una de las pocas amigas solteras que le quedaban.

Ambas sentían un gran aprecio la una por la otra, por lo que Kathleen no se molestó al escuchar dicho comentario.

—Stacy, cada vez me apetece menos venir a estos bailes, solo me recuerdan que voy cumpliendo años y sigo igual, mientras que el resto del mundo ya tiene una vida propia, una familia… Si no fuera porque aquí tengo la posibilidad de ver a todas las personas a las que aprecio, no vendría. Por tanto, vestirme para la ocasión me da verdadera pereza.

—Te recuerdo que yo me encuentro en tu misma situación. Por favor, no me digas esas cosas que haces que me hunda en la más profunda de las desdichas —exageró, en un tono melodramático—. Tampoco yo tengo un marido ni una familia, pero eso no hace que asista a estos bailes con menos ilusión, más bien al contrario, siempre tengo expectativas de que mi vida va a cambiar de un momento a otro… Mmmmm —dijo entornando los ojos y mirando hacia la puerta

—, como en este mismo instante. Parece que tenemos una novedad esta temporada…

Kathleen siguió la mirada de su amiga hasta que vio a su hermano en la entrada. No entendió muy bien el comentario de Stacy hasta que posó sus ojos en el acompañante de su hermano, ¡era el guapo de la calle Bargate! Ahogando una exclamación se giró con celeridad hacia la ventana mirador que tenía a su espalda. Stacy la miró sorprendida.

—¿Qué pasa, Kathleen? ¿Lo conoces? Viene con tu hermano. Se están acercando —dijo canturreando la última frase sin mover apenas los labios, esbozando una sonrisa forzada que mostraba la mayor parte de su dentadura.

—Buenas noches, bellas damas —dijo su hermano dirigiéndose a ellas.

A Kathleen no le quedó más remedio que girarse. Nerviosa, miró a su hermano y después al joven que lo acompañaba. Tenía el cabello rubio, peinado hacia atrás, los ojos de un azul celeste cautivador, una nariz recta y totalmente proporcionada a su cara, labios ligeramente gruesos y unos dientes blancos perfectamente alineados. Confirmado, pensó Kathleen, es sencillamente guapísimo.

—Buenas noches —dijeron las amigas, casi sin aliento.

—Stacy, Kathleen, me gustaría presentaros a William Clark, recién llegado de América para trabajar en la naviera American Line.

—Encantada, señor Clark —se apresuró a saludar Stacy, acercando su mano a William. Él la sujetó con delicadeza y apenas la rozó con sus labios.

—Un placer, señor Clark —saludó a su vez Kathleen. En esta ocasión, William, sin dejar de mirarla a los ojos, depositó un cálido beso en su mano, que ella pudo sentir a través de la tela de su guante.

—Llámeme, Will, por favor —dijo dejando intuir su acento americano.

En aquel momento Tom se acercó y la sacó a bailar sin pedirle permiso siquiera. Ser amigo de ella y de Rob desde la infancia parecía que le había otorgado el derecho a tomarse ese tipo de licencias, pero en esta ocasión a Kathleen le hubiera gustado que hubiera esperado un poco para venir a por ella.

—¿Reservará un baile para mí esta noche, Kathleen? —preguntó Will mientras se alejaban, a lo que Kathleen respondió con un movimiento afirmativo de cabeza.

Tom necesitaba información sobre una muchacha de la que parecía haberse encaprichado repentinamente, pero Kathleen poco pudo hacer por él, ya que apenas conocía a la chica. No obstante, le aseguró que su amiga Stacy podría darle algunos detalles sobre ella, pues vivían cerca y tomaban el té juntas a veces. Esperaba que su jugada le diera resultado, dado que estaba convencida de que, a pesar de lo distintos

que eran, Tom y Stacy podrían llegar a entenderse muy bien… Solo necesitaban un tema de conversación, de lo demás se encargaría Cupido. Vio que William había sacado a bailar a Stacy y sintió una extraña sensación, que se negó a reconocer como *celos*.

Después del baile con Tom, vinieron otros tantos, que Kathleen aquella noche preferiría haber evitado. No dejaba de pensar en Will y en su petición para bailar con él. Sin querer, lo buscaba con la mirada. Ella bailaba con unos y otros, tratando de no perder el paso y, a la vez, de escucharles y aconsejarles cuando así se lo pedían. Los temas de conversación de sus acompañantes habían cambiado en los últimos tiempos y ahora giraban en torno a la familia, los hijos, lo poco que dormían, lo que anhelaban ciertos aspectos de la soltería… Aunque también hablaban de lo afortunados que eran por haber encontrado a sus adoradas esposas. Cuando la orquesta hizo un receso para que los músicos se tomaran un descanso, Kathleen se sintió aliviada. Se dirigió a la zona de los refrigerios y. mientras pedía una copa de champán, Will apareció a su lado.

—¿Le importa si la acompaño durante su descanso, Kathleen? —le preguntó Will con una sonrisa en su mirada.

—En absoluto, señor Cl…, Will —dijo ella sonriendo tímidamente. Aquel hombre la hacía sentir tan insegura como una debutante. Aún trataba de coger aliento después de bailar tantas piezas seguidas, ¿o era él el que la dejaba sin respiración?

Pensó que su cara estaría roja y brillante por el sudor y se reprochó a sí misma no haberse dirigido al tocador antes de ir a la zona de las bebidas y ponerse a beber como una desesperada.

—¿Tendré que esperar mucho más para bailar con usted? —preguntó con humor, haciendo alusión veladamente a sus numerosos bailes. Sus ojos parecían escrutar cada poro de su piel. Nadie la había mirado así antes.

«Seguro que tengo varios mechones de pelo pegados a mi frente», pensó Kathleen con disgusto.

—En absoluto, bailaremos la primera pieza que toque la orquesta después del descanso, ¿le parece?

—Me parece fabuloso —dijo con la sonrisa más encantadora que ella había visto jamás.

Kathleen no dejaba de preguntarse por qué era tan encantador con ella. Si hacía poco que había llegado a la ciudad no podía conocer aún su habilidad para propiciar el amor entre sus conocidos. Por tanto, no creía que quisiera que le diera información sobre alguna chica en particular. Seguramente, solo trataba de ser amable porque ella era la hermana de Robert, probablemente uno de los pocos conocidos que tuviera en Southampton en esos momentos.

Mientras pasaban por su cabeza todas esas conjeturas, no paraba de

dar sorbos a su copa de champán y pronto la dejó vacía. Will se dio cuenta de ello y se ofreció a traerle otra.

—Mejor una limonada —sugirió ella.

Mientras él pedía su bebida, ella no paraba de reprocharse no ser capaz de sacar un tema de conversación. Cuando Will volvió, ella seguía sin saber qué decir. Era la primera vez que le pasaba algo así y no salía de su asombro. No le había dado más de dos sorbos a su copa cuando la orquesta empezó a tocar. Se trataba de un vals Boston, un tipo de vals lento llegado de Estados Unidos y que Kathleen había aprendido a bailar recientemente. No pudo evitar sonreír ante lo curioso de la situación.

—¿Puedo preguntar qué le resulta gracioso, Kathleen? —dijo Will, mientras la conducía al centro del salón. No se había perdido ni un solo detalle de las expresiones de su rostro.

—Me ha resultado muy apropiado ir a bailar un Boston con alguien que procede del mismo país que esta bella pieza —dijo una vez alineados con el resto de bailarines.

—Una curiosa coincidencia, cierto. Tan curiosa como nuestro anterior encuentro, ¿no cree?

Ella lo miró con extrañeza, ¿era posible que él se acordara de aquel breve encuentro delante del taller de la señora Moore?

Él malinterpretó su gesto y preguntó:

—¿No se acuerda? Nos cruzamos en la calle Bargate hace unos días. Usted me sonrió y yo la saludé tocando mi sombrero, ¿de verdad no lo recuerda?

Sin saber por qué, le dolía pensar que ella no se acordara de él.

—Oooooh, no, ¡yo no le sonreía a usted! —dijo poniéndose como las amapolas. ¡Lo sabía! Sabía que él había malinterpretado su gesto.

—¿No? —preguntó con una sonrisa burlona y levantando las cejas —, ¿de veras? No había nadie más en la calle…

—Yo iba pensando en mis cosas y recordé algo que me hizo sonreír, nada más.

A Will le parecía encantador el azoramiento que sentía aquella mujer por un simple comentario.

—¿Y qué cosas le hacen sonreír, señorita Wilkes? —preguntó con verdadera curiosidad.

—Bueno, pues…, son cosas sin importancia…

—Cuénteme, se lo suplico, no me deje con la intriga, ¿un amor, quizás?

Kathleen abrió tanto los ojos que parecía que se le iban a salir de las órbitas. Ya había oído decir que los americanos eran muy directos, pero ese comentario era absolutamente indiscreto.

—¡No! ¿Cómo me hace ese tipo de preguntas? Debería pedirle a mi hermano que le ponga al día de los usos y costumbres de la sociedad

inglesa…

—No era mi intención ofenderla, ruego acepte mis disculpas —dijo sin darle mayor importancia.

La pieza acabó pero ellos no se separaron. Comenzó la siguiente y reanudaron sus pasos. Aquella pequeña pausa pareció apaciguar a Kathleen.

—Disculpas aceptadas. ¿Realmente quiere saber por qué sonreía en aquel momento?

—Muero de curiosidad —confesó divertido.

Kathleen le contó entonces su deseo de aprender a conducir y lo ilusionada que estaba aquella mañana porque iba a recibir su primera clase. También le relató sus desesperados intentos por comprender el uso del embrague y lo nervioso que se ponía su padre con sus movimientos de volante. Will estalló en carcajadas cuando Kathleen le habló del pobre ciclista al que por poco atropella. Haciendo gala de su sentido del humor y, viendo que él se divertía, aderezaba sus anécdotas con todo tipo de detalles, llegando casi a la exageración a modo de chiste. Aún se reían abiertamente con la historia cuando la pieza acabó. Debían separarse, pues lo habitual, aunque cada vez más en desuso, era bailar un máximo de dos bailes con la misma pareja y ellos ya habían agotado los suyos de aquella noche. Ambos se sintieron decepcionados interiormente, aunque no dieron muestras evidentes de ello.

—Ha sido todo un placer, Kathleen Wilkes —dijo besando su mano.

—El placer ha sido mío, William Clark —correspondió Kathleen haciendo una ligera reverencia.

Y se separaron. Kathleen aún conservaba en su memoria olfativa el perfume fresco que emanaba de Will, una mezcla de cítricos y canela que la había envuelto durante todo el tiempo que bailaron juntos. Había sido un momento realmente encantador, sin embargo, cayó en la cuenta de que no había asociado de manera inmediata ninguna melodía con Will, algo que encontró sumamente extraño. Esa noche, en casa y sin el sonido de la orquesta de fondo, pensaría en qué canción relacionaría con Will.

Will se sintió un poco perdido después de bailar con Kathleen. Aquella mujer tenía un magnetismo especial. Desde que la viera en la calle, su rostro le había perseguido con insistencia en su memoria. Por eso cuando la vio junto a la ventana y Robert se la presentó, sintió que la noche se había iluminado de repente.

Después del baile con Will, su amigo Patrick se acercó para sacarla a bailar. Patrick era, sin duda, la *Mélodie opus 42, número 3* de Tchaikovsky. De todos los amigos de su hermano, este era con el que más afinidad tenía. También era músico, tocaba el violín y siempre había tenido un aire melancólico, casi triste, que lo envolvía. Hijo de

emigrantes irlandeses, era pelirrojo como ella y desde niños bromeaban diciendo que eran hermanos. Cuando crecieron, esa broma dejó de serlo y cada vez que se veían se llamaban así, el uno al otro. Se profesaban un amor profundo y limpio y Kathleen sentía que lo quería tanto como a su hermano Rob.

—¿Cómo estás, hermana querida? —preguntó él con cariño.

Patrick siempre se interesaba por ella, nunca la agobiaba con preguntas sobre chicas ni se dedicaba a hablar de sus problemas. Hacía que pareciera que lo más importante en el mundo cuando estaban juntos era cómo se encontraba ella. Si no fuera porque lo quería como un hermano, hubiera sido el marido perfecto.

—Me encuentro francamente bien, Patrick. Tenía unas expectativas muy bajas sobre esta velada y está resultando realmente agradable. —No pudo evitar sonreír y sus ojos la traicionaron, como si tuvieran vida propia, posándose en Will.

—Parece que la temporada de invierno ha traído una cálida brisa procedente del otro lado del Atlántico, ¿no? —dijo con una sonrisa en sus finos labios.

Kathleen se sonrojó de inmediato.

—¡Dios mío, Patrick! ¿Tan evidente es? Espero que nadie más se haya dado cuenta —dijo con inquietud, mirando a su alrededor, como si todos pudieran ver lo mismo que veía Patrick en ella.

—Tranquila, mi niña. Tú has actuado como siempre haces, bailando y riendo. Y eso es lo que la gente ha visto. Pero lo que yo he visto es que, por una vez en mucho tiempo, te brillan los ojos como si hubieras atrapado todas las estrellas de una noche de verano.

CAPÍTULO 3

Cuando Kathleen bajó a desayunar al día siguiente, su hermano y se padre ya se habían marchado. A pesar de ser uno de los pianistas más importantes del Reino Unido y de reconocido prestigio en Europa, su padre llevaba una vida discreta y sencilla en su Southampton natal. Desde muy joven, como el gran virtuoso del piano que era, se había dedicado a dar conciertos como solista y a hacer giras en colaboración con distintas orquestas sinfónicas por diversos países de Europa y por el interior del Reino Unido. Desde su fundación, en 1904, era el solista de piano principal de la Orquesta Sinfónica de Londres en los conciertos para piano y orquesta y se desplazaba a la capital cada vez que comenzaba la temporada de conciertos. Además, le había gustado mucho participar en las giras de dos semanas que realizaban por todo el país cada año. Sin embargo, cada vez estaba más cansado de viajar. A sus casi sesenta años, había dejado de ir de gira y desde hacía dos años solo iba a Londres a participar en conciertos puntuales con la sinfónica. Últimamente había encontrado una vocación tardía en la enseñanza. Daba clases de piano y de solfeo en la escuela de música de Southampton y también daba clases privadas a hijos de familias adineradas de la ciudad, para quienes tener a Robert Wilkes como profesor particular de sus vástagos era todo un honor y señal de prestigio para esa familia.

Kathleen no solía levantarse tarde, pero aquel día se le habían pegado las sábanas, pues la noche anterior tardó mucho en dormirse, dándole vueltas a todo lo vivido durante la velada. Así las cosas, aquella mañana solo desayunaría con su madre y con su cuñada.

—Buenos días madre —dijo con un tono jovial—. Buenos días, Violet. ¿Cómo se ha levantado hoy el pequeño Robbie?

Su cuñada exhaló un suspiro de cansancio. Robbie, de tres meses de edad, tenía a su madre agotada. La pobre mujer apenas dormía debido al hambre voraz de la criatura, que se despertaba varias veces a lo largo de la noche.

—Pues a las cinco de la mañana ya estaba protestando porque

quería comer, pero entre unas cosas y otras no se ha dormido hasta más de las siete y yo no he podido conciliar el sueño de nuevo. Así que voy a desayunar todo lo que pueda porque pronto volverá a reclamarme. Bueno, pero eso ahora es lo de menos. ¿Qué tal fue el baile de anoche? Parece que hay novedades… ¿no? —dijo intercambiando una mirada cómplice con su suegra.

Kathleen miró a su madre frunciendo el entrecejo, pero Emily fingió no darse cuenta.

—¿A qué novedades se refiere, madre?

—No sé, dímelo tú —dijo Emily, haciéndose la interesante, pero sin poder evitar que las comisuras de sus labios temblaran en un intento por no sonreír.

A Kathleen se le daban bien muchas cosas, pero fingir no era una de ellas. Era totalmente transparente, si estaba feliz, se veía de lejos, si estaba apenada, lo llevaba escrito en la cara, si algo le molestaba, no podía disimularlo, y aquel día algo hacía que estuviera de buen humor, de tan buen humor que nada podría arruinarle el día.

—Si os referís a William Clark, el nuevo amigo de Rob, he de deciros que no hay nada que comentar.

—Si no hay nada que comentar —señaló Violet—, ¿por qué lo mencionas?

—Pues porque es lo único nuevo que se puede destacar del baile de ayer. Por lo demás, todo eran caras conocidas.

—Pero bailaste con él, ¿no? —insistió su cuñada.

—Sí, pero bailé con muchos más aparte de…

—¡Dos veces! —interrumpió su madre.

—Sí, bailé dos veces con él…

—¡Seguidas! —continuó apostillando Emily.

—Caray, madre, cualquiera diría que me estuviste espiando —se quejó algo exasperada Kathleen.

—Eres mi hija, si no te vigilo yo, ¿quién lo va a hacer? —dijo solemne justo antes de darle un sorbo a su taza de té.

—¿Y cómo es? —inquirió Violet, a pesar de que su suegra le había dado una descripción detallada del muchacho en cuestión.

A Violet lo que le interesaba de verdad era analizar la expresión de Kathleen mientras lo describía.

—Bueno, pues… es una persona muy agradable.

—Mildred la panadera también lo es y no bailarías con ella dos bailes seguidos, ¡vamos, Kath! Cuéntanos algo interesante, ¿es guapo?

—Mi madre estaba allí, que te lo diga ella —contestó Kathleen evasiva— y, no te creas, podría bailar con Mildred hasta tres bailes, si después me regalara uno de sus deliciosos bollos de mantequilla —aseguró soltando una carcajada.

Las tres mujeres rieron con ganas ante la ocurrencia. Kathleen

siempre conseguía desviar la atención haciendo este tipo de comentarios para que los demás rieran y no tener que verse inmersa en determinadas situaciones incómodas para ella.

—Es muy guapo, Violet —terció Emily—, es tan mono que casi tiene cara de niño.

Kathleen no pudo evitar sonreír porque ella pensaba igual, era muy apuesto, aunque para ella, lo mejor de Will era su atractivo personal, lo agradable que era, él había sido encantador con ella. No sabía si se comportaría así con todo el mundo, pero intuía que sí. Y luego estaba esa forma de mirar… de mirarla… ¿miraría así a todo el mundo también, a todas las mujeres?

—Mi madre tiene razón, es muy guapo y además es encantador. —Kathleen intentó no sonreír mientras lo decía, pero su rostro tenía personalidad propia y siempre la dejaba al descubierto.

Su cuñada exclamó un «¡ay!» mientras juntaba las manos, se las llevaba a un lado de la cara y miraba hacia arriba con aire soñador.

—Violet, bailó conmigo y con muchas otras muchachas anoche, no pienses que este va a ser el que me lleve al altar, que eres muy dada a eso.

De hecho, todas las temporadas Violet consideraba que tal o cual joven iba a ser el futuro prometido de Kathleen, solo porque había bailado con ella en unas cuantas fiestas. El tiempo había demostrado que no era así y que Kathleen era la amiga de todos los jóvenes que bailaban con ella, pero nada más. El año pasado, sin ir más lejos, Alfred, uno de los tres hermanos Slade, era, según Violet, el que se declararía a Kathleen al acabar la temporada. Pero nada más lejos de la realidad, Alfred había recurrido a Kathleen solo con la intención de poner celosa a su amiga Libby, quien, en ningún momento se dio por aludida y jamás reparó en el pobre muchacho.

—Bueno, eso ya lo veremos… —dijo Violet intrigante.

—Sí, ya se verá —coincidió Emily—. Lo que sí vamos a ver pronto es el mayor transatlántico del mundo atracado en nuestro puerto. No se hablaba de otra cosa en el baile.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida Kathleen—. Yo no escuché nada.

—Dicen que es el mayor barco de pasajeros del mundo —continuó su madre, como si no la hubiera escuchado— y el más lujoso.

—¡Vaya! ¿Cómo no nos ha comentado nada Rob? Él debe saberlo —preguntó Kathleen.

—Sí, a mí sí me había comentado algo —admitió Violet—. Dice que llevan más de dos años construyéndolo en un astillero de Belfast, pertenece a la naviera White Star Line. Parece que va a tener piscina, gimnasio, cancha de *squash*, salones de eventos y camarotes lujosísimos.

—Me encantaría viajar en un barco así —confesó Emily.

—Y a mí —coincidió Violet—, pero parece que los pasajes serán carísimos.

—Bueno, ¿cuándo se supone que llegará ese transatlántico al puerto? A lo mejor permiten visitas, como si fuera un museo, y podemos verlo por dentro, ¿quién sabe? —comentó Kathleen con optimismo.

—Pues eso no lo sé, pero seguro que no tardaremos en averiguarlo —afirmó Violet.

En efecto, pronto comenzaron a recibir información sobre el majestuoso barco y a los pocos días de aquella conversación, su padre estaba ojeando el periódico por la mañana cuando vio el anuncio de la naviera White Star Line. La publicidad hablaba del viaje inaugural del RMS Titanic, que así se llamaba el fabuloso transatlántico, de Southampton a Nueva York, previsto para el diez de abril de mil novecientos doce, pero no decía el precio de los pasajes de primera y segunda. Sí se informaba del precio del billete en tercera clase desde Southampton, no llegaba a ocho libras.

Kathleen no pudo evitar contarle a su padre la ilusión que su madre había mostrado por viajar en aquel barco. Su padre no hizo comentario alguno, pero se acordó de una carta que había recibido de Edward Elgar, el nuevo director de la Orquesta Sinfónica de Londres, en la que le hablaba de una novedosa gira que querían hacer al otro lado del Atlántico. Robert no le había hecho demasiado caso, ya que hacía tiempo que no estaba interesado en las giras, pero creía recordar que en la carta se mencionaba Nueva York. Tomó nota mental y se instó a releer la carta cuando volviera de la escuela de música por la tarde.

CAPÍTULO 4

Después del baile en el hotel Dolphin, los días parecían discurrir muy lentamente para Kathleen. Sin querer hacerse ilusiones, anhelaba la llegada del siguiente baile con el íntimo deseo de volver a ver a Will. Por un lado la razón le decía que no debía pensar en él albergando sentimientos románticos, pero su corazón no entendía de cálculos ni medidas y hacía que su cabeza recordara una y otra vez los momentos que vivió con él tan solo unos días atrás. Se enfadaba consigo misma por recrear en su mente situaciones que estaba segura de que para Will no habían significado nada especial y por eso debía dejar de revivir esos recuerdos. Intentando evitar caer en pensamientos recurrentes, Kathleen dedicaba todas sus energías a seguir componiendo y practicando con el piano. Era, además, una gran lectora y visitaba la biblioteca pública cada quince días. Aparte de novelas, a menudo leía biografías de personajes históricos, principalmente músicos, quienes solían tener vidas bastante novelescas, por lo que eran muy entretenidas. Acababa de leerse la vida de Georg Friedrich Händel, quien le pareció ser todo un ejemplo de creatividad, virtuosismo e ingenio tanto a nivel musical como en su vida personal. Fue mientras leía la curiosa historia de cómo el compositor creó su *Música Acuática* para recuperar el favor del rey Jorge I, que Kathleen por fin asoció una melodía a Will. Se trataba de su *Alla Hornpipe*, una bella melodía, alegre y fresca, como él. Sonrió al pensar en su ocurrencia.

Hoy tocaba ir a la biblioteca a devolver libros y buscar nuevas lecturas. Pasó, como era habitual, a recoger a su amiga Laurie Anderson, dieron un pequeño rodeo para pasear por East Park y llegaron a la calle St. Mary´s, donde se encontraba la primera biblioteca pública de Southampton. Cada vez que acudía a aquel edificio, Kathleen se sentía afortunada porque su madre a su edad no había tenido tanta suerte. Aquel acceso universal al conocimiento del que ella disfrutaba ahora no había sido posible hasta que el Parlamento británico promulgó una ley en mil ochocientos cincuenta

que permitió a los Ayuntamientos establecer bibliotecas públicas en sus ciudades. Southampton contaba con su biblioteca pública desde hacía ya algunos años y allí trabajaba Libby, que no era amiga de Kathleen de toda la vida pero con quien había trabado una sincera amistad gracias a la pasión de ambas por los libros. Solían hacerse recomendaciones mutuas aunque sus gustos eran muy diferentes. Sus conversaciones se veían constantemente interrumpidas por las severas miradas de advertencia e incluso los sonoros «shhhhhhh» que emitía «la bibliotecaria mayor del reino», que era como llamaban a la señorita Gibbs, la jefa de Libby. Aquella mujer, aunque hacía su trabajo con absoluta dedicación y esmero, llevaba la gestión de la biblioteca como si de un campamento militar se tratase y aplicaba las normas a rajatabla. Por ello, las tres amigas intentaban evitarla a toda costa y cuando rondaba por allí, fingían hacer alguna consulta a Libby para que las acompañara detrás de una estantería y poder hablar relajadamente.

Aquel día Laurie y Kathleen comprobaron que la señorita Gibbs no se encontraba en los alrededores, así que se acercaron con toda tranquilidad al mostrador tras el que se encontraba Libby.

—Os estaba echando de menos —dijo la joven bibliotecaria desplegando una amplia sonrisa.

—Se nos ha hecho un poco tarde —explicó Laurie en susurros—. A pesar del frío de diciembre, hace una tarde espléndida y nos hemos demorado un poco en nuestro paseo por el parque.

—¿Qué tal estáis? Apenas hablamos el otro día en el baile… —se quejó Libby.

—La verdad es que yo estuve bailando casi toda la noche y de repente a mi padre le dieron unas repentinas ganas de volver a casa y nos fuimos sin despedirnos —se justificó Kathleen.

—Yo también bailé como nunca —admitió Laurie—, tenía muchas ganas de bailar. ¿Sabíais que en África hay tribus que danzan como ritual previo a comerse a seres humanos? ¿Y sabíais que además van casi desnudos? —preguntó con los ojos muy abiertos cambiando de tema radicalmente.

Libby se puso colorada ante la mención de la desnudez de los africanos. Era muy tímida y reservada, aunque en el fondo le encantaba escuchar a Laurie y sus ocurrencias. La pasión de Laurie eran los libros de viajes. Soñaba con recorrer lugares remotos y, gracias a la fortuna de su padre, que hizo una buena inversión en el gran invento del ferrocarril, pronto lo haría. Hasta ahora había visitado países cercanos como Francia, Italia o Alemania, pero ella deseaba ir a lugares mucho menos civilizados y en los que pudiera encontrar antiguos tesoros como Egipto o Turquía.

—Pues yo acabo de disfrutar del *Catálogo de plantas africanas* de

William Phillip Hiern, ¿qué casualidad, no? —comentó Libby, tratando de desviar la atención a temas menos comprometidos.

A Libby le apasionaba la botánica, las plantas eran su vida y disfrutaba leyendo verdaderos ladrillos sobre arbustos, árboles o flores que probablemente no podría contemplar jamás en su hábitat natural.

—¿Y dices que no entiendes cómo me quiero ir tan lejos, Libby? Tú también deberías acompañarme a África. Deberíamos ir juntas, tú podrías observar la flora del lugar, que seguro que es muy exótica y yo analizaría concienzudamente la anatomía de los africanos mientras danzaran, ¿qué te parece? —preguntó Laurie hablando totalmente en serio.

Kathleen y Libby empezaron a reírse lo más bajito que pudieron, pero no lo suficiente, ya que algunas personas levantaron la vista de sus lecturas para lanzarles una mirada de reproche. Las tres amigas siguieron su conversación en susurros. Una vez decididos los siguientes libros que se llevarían en préstamo, la conversación derivó hacia el próximo baile, el de la víspera de Navidad. Tras comentar lo que se iban a poner y cómo se iban a peinar, Laurie y Kathleen decidieron que era hora de irse, ya que hacía rato que había anochecido. Se despidieron de Libby y salieron de la biblioteca a paso ligero con sus respectivos libros en las manos.

Justo antes de llegar a la casa de Laurie, al doblar una esquina, Kathleen distinguió la figura de un hombre que caminaba delante de ellas. ¡Era William Clark!

—¡Es William Clark! —exclamó Laurie, levantando tanto la voz que el aludido se giró para saber quién lo llamaba.

Kathleen no sabía dónde esconderse, ¡qué situación más embarazosa! Una señorita jamás debía llamar a un hombre a gritos por la calle.

—¿Pero qué has hecho, Laurie? —se quejó Kathleen apretando los dientes y deseando estrangular a su amiga.

Will se había detenido y esperaba la llegada de las muchachas con una sonrisa que no escondía la alegría por verlas.

—Buenas tardes, señorita Wilkes —dijo mirando fijamente a Kathleen—. Buenas tardes, señorita… —Miró a Laurie, pero volvió a mirar a Kathleen como pidiendo su ayuda para que le recordara el apellido de su amiga.

—Anderson —dijo Laurie, ya que Kathleen parecía haberse quedado muda.

—¿A dónde van a estas horas, señoritas? —No era un reproche, sino simple curiosidad.

—Venimos de la biblioteca —dijo Kathleen al fin, levantando el ejemplar de *El fantasma de Canterville* de Óscar Wilde que llevaba en la mano—. Y ya volvíamos a casa.

Will levantó las cejas al leer el título del libro, pero no dijo nada.

—¿Les importa si las acompaño?

—No, ¡claro que no! —exclamó entusiasmada Laurie, mientras recibía una mirada sorprendida de su amiga—. Pero a mí me va a acompañar por poco tiempo, vivo justo ahí —dijo señalando hacia su casa, a apenas cincuenta metros de donde se encontraban.

Caminaron los tres en silencio la distancia que les separaba de la casa y al llegar ante la puerta se despidieron. Laurie con una sonrisa entusiasta y una mirada pícara hacia su amiga, Will con una leve inclinación de cabeza y Kathleen con un «hasta mañana» apenas audible. Se encontraba algo inquieta por la situación, tenía que admitir que estar a solas con Will la ponía nerviosa. Will pareció notar la incomodidad de la joven y trató de entablar una conversación para que se relajara.

—Veo que se ha decidido por *El fantasma de Canterville* —dijo señalando al libro—. Sabe que la familia protagonista es americana, ¿no?

—Sí, eso me ha dicho Libby, la bibliotecaria, puede que la conozca —dijo Kathleen, aunque estaba convencida de que así era, puesto que lo vio bailando con ella en el baile del Dolphin.

—¿Sí? —preguntó enarcando las cejas—. No sé, no me suena…

—Es una joven muy guapa, rubia, con ojos celestes, más baja que yo, bastante tímida… Estuvo en el baile de hace unos días…

—Ese día me presentaron a tanta gente que no consigo acordarme…

A Kathleen le llamó la atención que no se acordara de ella, en su opinión Libby era de las jóvenes más hermosas que conocía, su belleza no pasaba desapercibida, aunque su único problema era su excesiva timidez, que podía hacer que los hombres lo interpretaran como que era algo insulsa o distante. Y, por otro lado, tampoco se había acordado del apellido de Laurie… a quien también conoció en el baile, en cambio a ella sí la llamó por el suyo. «Qué raro», pensó, aunque enseguida entendió que era normal que recordara su apellido, puesto que era amigo de su hermano.

De repente, Will tomó la mano de Kathleen que sujetaba el libro y lo cogió para ojearlo. Kathleen se sobresaltó ante aquel contacto, si bien le había gustado, pensó que aquel americano era realmente atrevido. Lo miró sorprendida por su acción, pero Will no parecía haberse dado cuenta de su atrevimiento. «Puede que en América», pensó Kathleen, «tengan menos prejuicios a la hora de tocarse entre ellos».

—El hecho de que los protagonistas sean americanos viviendo en Inglaterra, hace que ocurran anécdotas bastante hilarantes —comentó Will ajeno a las cavilaciones de ella.

—Algo así me ha contado Libby, me ha dicho que se dan situaciones muy divertidas por el choque cultural —dijo deteniéndose ante la puerta de su casa—. Ya hemos llegado.

—Oh, qué pena, me hubiera gustado seguir charlando con usted.

—A mí también —confesó Kathleen y enseguida se puso colorada. En ese momento agradeció la iluminación amarillenta de la calle, que esperaba disimulara su rubor. Cuando estaba con él se ponía tan nerviosa que no controlaba lo que decía.

Will estaba encantado con la sinceridad de aquella muchacha. Con eso y con su inocencia, también. Cada vez que ella se ruborizaba, él no podía evitar reírse interiormente ante sus dilemas interiores. Imaginaba a la joven recriminándose ser tan espontánea y al mismo tiempo no poder evitar decir todo lo que pensaba a cada instante.

En ese momento se abrió la puerta de la casa y salió Rob. No pudo disimular su sorpresa ni su alegría al verlo allí.

—Vaya, Will, ¡qué sorpresa! Precisamente acabo de hablar con mi padre de ti.

—De nada malo, espero.

—Le comentaba que como has venido solo de Estados Unidos, no tienes a nadie con quien comer el día de Navidad y me ha pedido que te pregunte si querrías almorzar con nosotros.

A Kahtleen casi se le sale el corazón del pecho, le hacía mucha ilusión que viniera a su casa y poder pasar más tiempo con él.

—Pues sería todo un honor. Por favor, transmite mi agradecimiento a tu padre y dile que estaré encantado de acompañaros en un día tan especial. Bueno, debo irme —dijo mirando a Kathleen.

Antes de despedirse, cogió de nuevo la mano de Kathleen y depositó el libro sobre su palma.

—Espero que se ría mucho con él, Kathleen —dijo mirándola intensamente a los ojos.

—Muchas gracias, ya le contaré —prometió Kathleen con una sonrisa tímida.

Definitivamente aquel muchacho era un osado, coger su mano delante de su hermano… Sin embargo, no podía evitar sentir cierto placer ante ese tipo de contacto entre ellos. En seguida se reprochó su actitud ilusionada. Ella no dejaba de atesorar cada uno de sus gestos como si de un enamorado se tratase, cuando, estaba segura, nada estaba más lejos de la realidad. Era una boba por hacerse ilusiones. Cuanto antes asumiera que serían amigos y nada más, antes aprendería a disfrutar de su amistad.

Will se despidió de ambos y se alejó mientras la melodía de *Alla Hornpipe* de Händel sonaba alegremente en la cabeza de Kathleen.

CAPÍTULO 5

Kathleen se alegraba de haber dejado a la modista escoger el diseño y el tejido del vestido que había decidido ponerse aquella noche para la fiesta de Nochebuena. Se trataba de una cena y un baile en el hotel Star. Al contrario de lo que le pasara con el baile anterior, ahora Kathleen no quería dejar nada al azar y cuidó todo su atuendo al detalle. El vestido que llevaría aquella noche era de satén de seda turquesa esmeralda, cubierto por una finísima gasa negra bordada con adornos florales de pedrería en negro y plata. Del escote redondeado colgaban largos flecos de la misma pedrería en plata y negro y la falda, de cola redondeada también, iba rematada con una banda de gasa de canalé llena de lentejuelas. En conjunto, era un vestido elegante que brillaba a cada paso que daba Kathleen. Con respeto a su cabello, esta vez sí solicitó los servicios de una doncella que peinó su melena en un impecable recogido alto que dejaba su cuello despejado y le daba un aire muy estilizado. Incluso se atrevió a ponerse algo de carmín en los labios. Cuando Violet la vio, lista para salir, la miró con verdadera admiración.

—Estás arrebatadora, Kathleen, esta noche vas a romper corazones —dijo con cariño.

—Otros años he llevado vestidos mucho más bonitos que este y no he roto ni una copa de champán, así que hoy no va a ser una excepción —dijo con humor amargo.

—No se trata del vestido, querida cuñada, es tu rostro, tiene una luz especial…

Kathleen no quiso contarle nada de la ilusión que sentía desde hacía días por ver a Will, pensaba que si decía en voz alta lo que bullía en su interior acabaría por darle una importancia que no tenía, por ilusionarse con algo que no iba a ninguna parte.

Kathleen y sus padres salieron juntos de casa tras despedirse de Violet y Rob. Su hermano no quiso acompañarles esta vez. Prefirió cenar con su esposa y pasar la velada junto a ella y con Robbie, si es que decidía que no quería dormir esa noche por algún motivo. A

Kathleen le dio pena que no fuese, pero le encantó ver que su hermano deseaba quedarse con su esposa antes que ir a una fiesta, eso decía mucho de lo que sentía por Violet y se alegraba de corazón por los dos.

El hotel Star se encontraba en la calle High, a menos de cinco minutos andando desde su casa, así que fueron dando un paseo hasta allí. Era una noche bastante fría y húmeda, aunque no llovía. Al llegar, saludaron en la entrada al director del hotel, que estaba recibiendo a los invitados para indicarles hacia dónde debían dirigirse. El señor Bennet era un hombre elegante de cabello, bigote gris y mirada bondadosa. Se encontraba muy orgulloso de su hotel y de su historia y aprovechaba cualquier ocasión para recordar el pasado ilustre de este establecimiento y los distinguidos huéspedes que se habían alojado en él. A Kathleen le extrañó que no hiciera mención, una vez más, a que la princesa Victoria, antes de convertirse en reina, se alojó en el hotel en 1831 y que para conmemorar aquella visita contaban con la habitación Victoria, la más elegante del hotel. Pero esta vez estaba tan atareado saludando y ubicando a los asistentes que no había tiempo para entretenerse dando detalles curiosos.

Cuando entraron al salón donde se celebraría la cena, a Kathleen se le llenaron todos los sentidos. La estancia estaba iluminada por bellísimas arañas de cristal, lámparas de pared y candelabros de plata con velas encendidas sobre cada mesa, que daban a la estancia un ambiente romántico. Además, el aire estaba impregnado por las flores que adornaban las mesas. Fucsias, verbenas y pensamientos ofrecían un colorido espectáculo sobre los blanquísimos manteles. De fondo se escuchaba una suave melodía, interpretada por un cuarteto de cuerdas. Al escucharlo, intentó divisar a los músicos estirando el cuello sobre los invitados por si conocía a alguno y, efectivamente, allí estaba su amigo Patrick. Patrick se ganaba la vida trabajando en el astillero del puerto de Southampton, pero siempre que tenía la oportunidad tocaba con el cuarteto en todos aquellos actos y eventos a los que los llamaban. La música era su verdadera vocación, pero no podía vivir de ello exclusivamente. Miró a su amigo y comprobó que estaba guapísimo con su traje de chaqueta negro, chaleco gris y corbata negra. Mientras tocaba cerraba los ojos y aumentaba así ese aire melancólico y triste que le rodeaba siempre. Esperaba poder verlo después de la cena y hablar un poco con él.

El padre de Kathleen siguió la mirada de su hija y sonrió.

—Si te cuento un secreto, ¿prometes no contárselo a nadie, sobre todo a Patrick? —preguntó Robert.

Kathleen lo miró extrañada, pero asintió sonriente.

—Lo prometo, padre, ¿de qué se trata?

—Le he escrito una carta a Edward Elgar para solicitarle una

audición para Patrick. Me gustaría que formara parte de la Orquesta Sinfónica de Londres. Sé que Elgar es autodidacta también, como Patrick, y le he contado un poco su vida, a ver si empatiza con él y acepta hacerle una prueba.

Cuando la familia de Kathleen conoció a la de Patrick, este era solo un niño de cinco años. Estaba flaco y pálido y apenas tenía fuerzas para jugar con otros niños debido a la desnutrición que sufría. Sin embargo, siempre llevaba consigo un viejo violín desafinado que tocaba cada vez que podía. Nadie le había enseñado a tocar pero ya tan pequeño interpretaba melodías sencillas que escuchaba aquí y allá y después reproducía con asombrosa precisión. Cuando Robert vio el talento que aquel pequeño pelirrojo tenía, le propuso a la familia darle clases de solfeo totalmente gratis, además, cada vez que venía, le ofrecían una generosa merienda de la que el niño daba buena cuenta. Gracias a esas clases, Patrick perfeccionó su técnica, aprendió a leer partituras y ganó peso y salud. Su padre no se había equivocado al ver en aquel niño desnutrido a un virtuoso del violín. Patrick tocaba el violín, no solo con la precisión y la calidad de un profesional, sino que impregnaba las melodías de un sentimiento que emanaba de su corazón y que transmitía al que lo escuchaba.

—Vamos, Kathleen, debemos sentarnos ya —la apremió su madre cogiéndola del brazo.

Casi todos los asistentes ya estaban tomando asiento y sus padres se dirigían a tres asientos que quedaban libres. La cena se serviría sobre una larguísima mesa con forma de U. Ellos se ubicaron en el flanco de la U que estaba junto a los ventanales. Kathleen tuvo la suerte de que su amiga Stacy se sentó a su lado. Su madre se colocó a su izquierda y su padre enfrente.

—Vaya, Kathleen, esta noche sí que te has vestido para deslumbrar —comentó Stacy mirando con admiración el vestido de Kathleen—. Parece que por fin has entrado en razón y me has hecho caso…

—Puede que esta vez me haya tomado un poco más en serio mi indumentaria —confesó Kathleen lanzando una rápida mirada a la gente sentada a la mesa, con la esperanza de ver a Will.

A Stacy no se le escapó el gesto y preguntó con picardía:

—¿Buscas a alguien?

—No, solo miraba a los asistentes.

—¿Seguro que no estás buscando al amigo de tu hermano? ¿Cómo se llamaba…? ¿Wyatt? ¿Wesley? —consultó Stacy, intentando provocar alguna reacción en su amiga.

—¡Will! ¡Se llama Will! —exclamó Kathleen, más alto de lo que esperaba.

En ese mismo instante, como si lo invocara, Will apareció justo detrás de Stacy y lanzó a Kathleen una mirada risueña que pronto se

reflejó en sus labios.

—Buenas noches —saludó Will mirando a sus padres, después a Stacy y finalmente a ella.

—Buenas noches —dijo Kathleen, consciente de que sus mejillas ardían intensamente.

—¿Me concederán el honor de bailar conmigo esta noche, señoritas? —preguntó Will inclinándose levemente hacia ellas.

—¡Por supuesto! —respondió rápidamente Stacy.

—Será un placer —afirmó Kathleen.

—Que disfruten de la cena —dijo Will para despedirse y se encaminó a su asiento, unas cinco sillas alejado de ellas.

El padre de Kathleen miró a su hija y sonrió. No había perdido detalle de las reacciones de Kathleen ante Will y un rayo de esperanza iluminó su corazón. Adoraba a Kathleen y deseaba que fuera feliz y aquel muchacho parecía haber despertado algo dentro de ella que hizo que Robert se ilusionara ante la idea de ver a su hija casada.

Como Will estaba sentado en la misma fila de sillas que Kathleen, no pudo verlo durante el tiempo que duró la cena. No sabía con quién se había sentado, si se estaría divirtiendo, si desearía verla como ella a él…

—¿Has visto a Tom? —preguntó Stacy a Kathleen, interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Tom? —inquirió a su vez Kathleen sonriendo satisfecha. Parecía que la semilla que había plantado en el anterior baile empezaba a germinar—. No…, no lo he visto, ¿por qué?

—Mmmm, no, por nada, simple curiosidad. En el baile anterior me estuvo preguntando sobre Harriet Pemberton y, bueno, quería preguntarle si le había servido de algo lo que le conté —dijo en un tono algo apagado.

—¿Crees que está interesado en ella? —interrogó Kathleen a Stacy para ver su reacción.

Stacy soltó un suspiro antes de contestar.

—Ojalá que no… —confesó, mirando a Kathleen con ojos tristes.

—¡Stacy! ¡Te gusta Tom! —exclamó Kathleen, triunfal.

—¡Ay! —soltó Stacy cogiendo la mano de su amiga y pegando su cabeza a la de ella para que nadie la escuchara—. No sé qué me pasa, Kath, Tom siempre me había parecido guapo, aunque no me había sentido atraída por él. También es cierto que apenas había hablado con él… Y entonces, el otro día bailamos y hablamos y nos reímos juntos, no sé ni de qué, pero me hizo reír y yo llevo desde entonces reviviendo esos momentos una y otra vez, desde que me levanto hasta que me acuesto. ¿No te parece increíble?

—Menos de lo que crees, querida amiga. —Kathleen dudó si confesarle que a ella le pasaba lo mismo con Will, y al final se decidió

—. ¡A mí me pasa lo mismo con Will! —admitió con tono lastimero.

—¡Kathleen! —exclamó cogiendo las dos manos de su amiga.

Hablaban en voz baja, pero los que estaban sentados a su alrededor empezaban a mirarlas con atención.

—Cuando acabe la cena, hablamos, ¿de acuerdo? —propuso Kathleen.

—De acuerdo —aceptó Stacy con una sonrisa de oreja a oreja.

Después de la cena, se sirvió pudin de Navidad de postre y algunos de los asistentes se lanzaron a cantar villancicos. Al final todo el salón entonó al unísono varias canciones navideñas y Kathleen se sintió dichosa y emocionada. Su madre sujetaba su mano con cariño mientras cantaba y su padre las miraba sonriente frente a ellas. Kathleen pensó que atesoraría ese recuerdo para siempre. No sabía qué pasaría después, ni al día siguiente, pero ese momento se había convertido en algo muy especial para ella. La música tenía ese poder, unía los corazones de la gente, rompía barreras y creaba recuerdos imborrables.

Al acabar la cena los comensales se dirigieron al salón de baile, Kathleen iba del brazo de su amiga Stacy y cada una buscaba con la mirada a los hombres que parecían haber robado sus pensamientos. Los primeros compases de un vals llegaron hasta sus oídos y una voz masculina se escuchó detrás de ellas. Era Tom. Kathleen se alegró por su amiga. A Stacy le dio un vuelco el corazón.

—Stacy, ¿te gustaría bailar el primer vals conmigo? —preguntó con la duda asomando a sus ojos.

«Bailaría del primero al último, querido Tom», pensó Stacy, pero se limitó a decir:

—Será un placer —admitió con una seductora caída de ojos que lo dejó boquiabierto.

Kathleen sonrió ante el claro flirteo de su amiga. Y con esa sonrisa en la cara la encontró Will, una vez más.

—Vaya, Kathleen, ¿otra vez sonriendo a solas? Desde luego que tiene unas costumbres muy arraigadas… —comentó con humor—. Aunque para costumbre arraigada la de decir mi nombre en voz alta, ¿no cree, Kahtleen? Ese sí que es un hábito recurrente suyo, ¿verdad? —dijo luchando por no reír abiertamente, a sabiendas de que iba a provocarle otro rubor en sus mejillas.

Kathleen volvía a sonrojarse desde el escote hasta las orejas. ¿Cómo podía este hombre ser tan descarado? A Will le divertía mucho hacer que Kathleen se ruborizara, le encantaba esa mezcla de ingenuidad y pudor que parecía envolver a la joven.

—¡Esto no me puede estar pasando! —exclamó Kathleen tratando de no alzar la voz—. ¡Yo no he gritado su nombre, por el amor de Dios!

—Pues el otro día en la calle pude escucharla perfectamente decir mi nombre y mi apellido estando a un centenar de metros…

—¡Yo no dije su nombre, fue Laurie! —objetó Kathleen acaloradamente.

—Oh, vaya, qué decepción, pensé que había sido usted… —dijo él exagerando una expresión compungida.

«Pero qué descarado», pensó Kathleen. ¿Se estaba riendo de ella?

Mientras Kathleen sostenía su mirada sin saber bien qué decir, su madre se acercó a ellos y saludó a Will con un gesto de cabeza.

—Madre, este es William Clark —dijo Kathleen agradecida por la interrupción de su madre—, Will, esta es mi madre, Emily.

—Encantado de conocerla, Emily. Debo darle las gracias por invitarme mañana a su casa. Me siento muy honrado y sobre todo agradecido por poder compartir un día tan especial en familia con ustedes, estando yo tan alejado de la mía.

—El placer es nuestro, William, Rob nos ha hablado mucho de ti y parece como si te conociéramos desde siempre —afirmó Emily con una amplia sonrisa—. Kathleen, ¿podrías acompañarme un momento? A tu tío Bradley y a tu tía Diane les gustaría saludarte.

—Sí, por supuesto, madre. Si me disculpas —dijo mirando a Will y se alejó.

Will se quedó mirándola pensativo mientras se alejaba. No sabía qué le pasaba con aquella mujer, desde que la viera por primera vez no había podido quitársela de la cabeza. En sus planes no estaba enamorarse cuando vino a Inglaterra. Aceptó el trabajo porque era algo temporal, estaría en Inglaterra un tiempo y volvería a América y retomaría su vida donde se quedó, pero Kathleen le estaba poniendo muy difícil cumplir su plan inicial. Aquella mujer le gustaba de verdad. Por el momento, disfrutaría de su compañía y el tiempo diría lo que debía hacer. Ahora mismo lo único que quería era volver a tenerla en sus brazos mientras bailaban.

La orquesta hizo un descanso y Will no perdió la oportunidad de acercarse a Kathleen. Después de saludar a sus tíos, la había visto bailar con varios hombres. Will vio que algunos de ellos eran los mismos con los que había bailado en la fiesta anterior. Kathleen era realmente popular, por lo que había podido comprobar. No entendía cómo seguía soltera. ¿Qué les pasaba a los ingleses? ¿No tenían ojos en la cara?

—¿Tiene sed? —preguntó Will, ofreciendo una copa de champán a Kathleen, cuando se acercó a ella.

—Sí, la verdad es que sí. Gracias —dijo aceptando la copa.

El corazón de Kathleen empezó a palpitar más deprisa. Esta vez no había caído en el error anterior de no ir al tocador al acabar de bailar. Cuando los músicos dejaron de tocar, se fue corriendo a comprobar

que todo estaba en su sitio y que su cabello estaba aún bien peinado. Se secó un poco el sudor de la frente y volvió al salón.

—¿Bailará conmigo el próximo baile? —Quiso saber Will.

—Sí, lo estoy deseando. —Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera retenerlas y tuvo que reprimir un gemido de pesar por su atrevimiento.

Will la miró sorprendido, pero pareció sentirse satisfecho con ese arranque de sinceridad.

—Yo también lo estoy —confesó.

A Kathleen le dio tal vuelco el corazón que creyó que se le iba a salir del pecho. Después de esto su mente volvió a quedarse en blanco, no sabía qué decir. Entonces se acabó la copa de champán y pidió otra.

—¿Qué tal las clases de conducir? —se interesó Will.

—Desde mi amago de atropello de aquel pobre ciclista, nada —se lamentó Kathleen.

—Oh, lo lamento. ¿Rob no ha querido darle ninguna clase?

—No, me dijo que tenía un hijo pequeño y que quería verlo crecer.

Will se echó a reír con ganas.

—Me gustaría ayudarte. ¿Crees que tu padre aceptaría que yo te diera clases? Yo no tengo hijos a los que ver crecer y de algo hay que morir, ¿no? —preguntó, pasando a tutearla sin darse cuenta.

—Oh, por favor, no soy tan peligrosa —se quejó Kathleen, encantada de dejarse de formalismos entre ellos.

—Si no recuerdo mal, me dijiste que tu padre tenía un Ford. Es un coche americano, los conozco bien. Creo que podría serte de gran ayuda, ¿qué me dices?

—Pues puede que a mi padre no le importe si le digo que nos acompañaría alguna de mis amigas. Se lo puedo decir a Stacy o a Laurie… Quizás Laurie quiera aprender también.

—Perfecto, entonces mañana durante el almuerzo se lo preguntaré a tu padre.

En ese momento comenzó a sonar la música de nuevo y, sin darle tiempo a pensar, Will cogió a Kathleen de la mano y la llevó hasta el centro del salón. Sin soltarla, rodeó su cintura y empezaron a bailar. Por unos instantes no hablaron, solo se miraron. A Kathleen le ponía nerviosa la manera que tenía él de mirarla, pero parecía haberse quedado atrapada en sus ojos. Deseaba que aquel vals no acabara nunca.

—Estás radiante esta noche, Kathleen —dijo Will con sinceridad.

—Gracias. —Fue lo único que pudo decir ella antes de bajar la mirada, ruborizada.

—¿Has empezado a leer *El fantasma de Canterville*? —preguntó Will para poder contemplar sus bellos ojos azules de nuevo.

—Oh, sí, me está gustando mucho —dijo Kathleen con una gran sonrisa—, pero la verdad es que me da mucha pena el pobre fantasma. ¡Los americanos le están haciendo la vida imposible!

—Los americanos podemos ser bastante insufribles…

«Y también irresistibles», pensó Kathleen.

—Cuéntame algo de ti, Will, ¿de dónde eres exactamente? ¿Tienes hermanos? ¿Tu trabajo aquí es por un periodo largo de tiempo? —Kathleen tenía muchas más preguntas, pero creyó que era prudente guardar silencio por ahora. De hecho, la última pregunta no debería haberla formulado, no era correcto expresar demasiado interés por un hombre… Aunque en ese momento esa convención social le parecía de lo más ridícula.

El vals terminó y, al igual que ocurrió en el baile anterior, no se separaron.

—Me gustaría seguir bailando contigo —dijo Will con total sinceridad.

—A mí también. —Coincidió Kathleen, saltándose por segunda vez todas las normas sociales que dictaban que una jovencita casadera jamás debía mostrar sus sentimientos ni insinuar que sentía alguna predilección por un hombre.

Will sonrió, convencido de que Kathleen era una mujer totalmente distinta a las que había conocido. Era transparente, sin dobleces.

—¿Puedo saber ahora qué te hacía sonreír de nuevo a solas?

Ella dudaba si contarle sus cualidades como «ayudante de Cupido», pero sentía que a Will no podía ocultarle nada. Le relató su trayectoria como celestina, señalando disimuladamente con la cabeza a las parejas que bailaban cerca de ellos y que ella había ayudado a formar.

—Yo lo veo como algo parecido a la jardinería o la agricultura. Tú siembras aquí y allá y la planta florece sola. Yo solo me dedico a ver lo que puede unir a una pareja, qué tienen en común y entonces dejo caer una semillita, dando la información justa a cada una de las partes. Si están hechos el uno para el otro, utilizarán esa información para entablar conversación, conocer mejor a la otra persona e intentar atraerla.

Will tenía las cejas enarcadas desde hacía rato. Había que ser muy inteligente para hacer lo que ella hacía. Primero era preciso observar con atención a cada individuo, encontrar sus puntos en común y después compartir los datos justos y necesarios para que ellos mismos se sintieran interesados por el otro. Algo complejo. Magistral.

—Estoy francamente sorprendido. ¡Estamos rodeados de parejas que has formado tú! Sin embargo, no puedo dejar de preguntarme, cómo teniendo esa habilidad, tú estás soltera. ¿La vida de casada no es para ti?

Kathleen no se sintió ofendida por un comentario tan personal

sobre su soltería, empezaba a conocer a Will y sabía que no había maldad en su forma de expresarse, simplemente decía lo que pensaba.

—Supongo que mi *habilidad* es solo para los demás, no la puedo aplicar en mi propio beneficio… —se excusó Kathleen.

—O que los hombres ingleses son ciegos —sentenció Will.

En ese momento, la melodía terminó.

—Me gustaría volver a bailar contigo —dijo Will.

—Ya hemos bailado dos piezas —dijo Kathleen con pesar.

—¿Crees que esta gente lleva la cuenta de nuestros bailes? —preguntó Will señalando a las personas que tenían alrededor en la pista de baile.

—Esta gente no, pero las amigas de mi madre puede que sí. ¡No sabes cómo son! —dijo ella señalando a la fila de sillas que se encontraba pegada a la pared junto a los músicos. Allí estaban sentadas un montón de señoras mayores con cara de circunstancias que parecían encargarse de juzgar quién se comportaba con recato y decoro y quién se dejaba llevar por sus más bajos instintos.

—Mira, hagamos un trato. Ahora nos separaremos, si vuelven a tocar un vals Boston, te buscaré y bailaremos de nuevo, ¿de acuerdo?

—Sí —contestó apresuradamente Kathleen, llena de ilusión por el improvisado acuerdo.

Will se alejó y ella empezó a bailar con Norman, el marido de su amiga Linda. La noche a partir de ese momento pareció perder brillo y diversión para Kathleen. Se reprochó el hecho de sentirse así solo porque Will no estaba a su lado. No quería que su felicidad dependiera de una persona, pero parecía que así era. Aprovechó para saludar a algunas de sus amigas casadas y preguntarles por sus hijos y maridos y después fue a buscar a Laurie y a Libby. Hablaron durante un rato, que a Kathleen se le hizo eterno y entonces escuchó los primeros compases de un vals Boston. Se puso algo nerviosa y empezó a buscar a Will con la mirada. ¡Iban a volver a bailar!

—Kathleen, ¿me estás escuchando? —preguntó Laurie.

Kathleen se dio cuenta de que llevaba rato sin saber de qué hablaba su amiga.

—Perdóname, Laurie. Will me dijo que bailaríamos de nuevo si tocaban un Boston, pero no lo veo.

—Kathleen, me temo que no va a poder ser —dijo Libby con pesar dirigiendo su mirada hacia un lugar concreto entre las personas que estaban bailando.

Kathleen siguió su mirada y comprobó con una profunda decepción que Will estaba bailando con una hermosa jovencita. Por segunda vez esa noche, Kathleen se lamentó de que Will tuviera el poder de hacerla sentir alegre o desdichada. Debía dejar de hacerse ilusiones. Cuanto antes aceptara que Will era un amigo, antes dejaría de sentir

ese dolor punzante que parecía haberse instalado justo ahí, en su corazón.

CAPÍTULO 6

El día siguiente Kathleen se despertó con dolor de cabeza. Después de ver que Will se olvidaba de la promesa de bailar juntos el siguiente vals Boston que tocaran, solo deseaba irse a casa y así se lo hizo saber a su madre. Esta la miró con preocupación. Era consciente de que algo había pasado porque conocía a Kathleen y vio que la expresión de su rostro había cambiado. Había pasado de estar exultante a mostrarse abatida. Sea lo que fuere, su madre no quiso prolongar su estancia en el baile si eso suponía verla así de apesadumbrada, por lo que buscó a Robert y los tres abandonaron la fiesta antes de que acabara de sonar el Boston. Al llegar a casa Kathleen se fue directamente a su habitación y, sin poder evitarlo, empezó a llorar hasta que se quedó dormida. Esa noche de llanto e insomnio intermitente se tradujo en un dolor de cabeza matutino y unos ojos hinchados que no podía disimular.

Para intentar rebajar la hinchazón, se puso paños húmedos sobre los párpados antes de bajar a desayunar. Cuando comprobó que tenía los ojos algo mejor, decidió enfrentarse a las preguntas de su madre y de Violet.

Al llegar al comedor, no había nadie, al parecer ya todos habían desayunado, entonces se dirigió a la cocina y se encontró con su madre y con Margie, la cocinera, enfrascadas en la preparación del almuerzo. Y entonces cayó en la cuenta de que era el día de Navidad y que Will iba a venir a comer con ellos. Se sintió agobiada y admitió que no quería verlo, ni que él la viera en ese estado. Esperaba que sus ojos tuvieran un aspecto normal para cuando él llegara.

—Kathleen, hija, ¿quieres un té? —preguntó amablemente su madre, reparando en los ojos enrojecidos de su hija, pero sin hacer comentario alguno al respecto.

—Sí, madre, gracias.

Margie le sirvió en té y pasó una mano por su pelo en un gesto de profundo cariño. La conocía de toda la vida y veía que algo no andaba bien, aparte de que Emily ya le había contado que algo debió pasar en

el baile para que Kathleen cambiara radicalmente de ánimo al final de la noche.

—¿Quieres comer algo, tesoro? —preguntó Margie.

—No, Margie, gracias, solo me apetece el té.

—De acuerdo, cuando te lo acabes, ¿querrías ayudarnos a tu madre y a mí? Hoy hay mucho que hacer aquí —le preguntó Margie, más por distraerla que por que necesitara su ayuda.

Aunque Margie era una empleada de sus padres, ella y su marido eran como parte de la familia. Tanto Kathleen como su madre entraban en la cocina para pasar ratos con Margie e incluso ayudarla mientras cocinaba. Peter, su marido, también trabajaba para ellos, haciendo todo tipo de tareas, desde reparaciones puntuales, cuidar el jardín, llevar a cualquier miembro de la familia en coche a algún lugar, abrir la puerta… El padre de Kathleen y Peter eran mucho más que un patrón y un empleado, tenían una relación de respeto mutuo y confianza que hacía que se apreciaran casi como hermanos.

Gracias a las tareas que tanto Margie como su madre le encomendaron, la mañana se le hizo bastante llevadera, hasta que se dio cuenta de lo tarde que era y que debía arreglarse para el almuerzo. Ese día eligió un atuendo sencillo aunque bastante elegante. Se trataba de una blusa blanca de cuello alto con mangas rectas, abullonadas justo por encima de los puños de la blusa, que llegaban hasta la mitad del antebrazo y una falda larga color crema, con la cintura drapeada. Como único adorno se puso un largo colgante de piedras brillantes que le llegaba por debajo de la cintura. Sus ojos ya tenían un aspecto normal, aunque no su mirada, que seguía siendo triste.

Desde su habitación, Kathleen escuchó cómo llamaban a la puerta. Supuso que su hermano fue a abrir porque enseguida oyó cómo saludaba efusivamente a Will y le deseaba feliz Navidad. A pesar de la decepción de la noche anterior, no pudo evitar que su corazón se acelerara ante el inminente reencuentro con Will. Escuchó a Violet y sus padres darle la bienvenida y pensó que no podía demorar más el momento de salir de su habitación y verlo. Tomó aire, exhaló profundamente y abrió la puerta de su dormitorio. Bajó las escaleras, ellos ya estaban en el salón. Cuando entró, saludó y todos se giraron. Cuando los ojos de Kathleen se encontraron con los de Will él frunció levemente el entrecejo e inclinó la cabeza a modo de saludo.

«Vaya», pensó Kathleen, «parece que no se ha alegrado mucho de verme».

Todos siguieron hablando de manera distendida y Kathleen se acercó a Violet.

—¿Dónde está Robbie? —preguntó.

—Acaba de comer y está durmiendo, con un poco de suerte podré almorzar sin interrupciones —dijo con una amplia sonrisa e

inmediatamente añadió en voz muy baja a la vez que levantaba las cejas y movía la cabeza varias veces hacia donde estaba Will —: ¡Ha venido!

—Shhhh, ¡Violet! —reprendió Kathleen a su cuñada—. Lo invitó tu marido, no hay nada que me concierna en ello —dijo en un tono más seco de lo que pretendía.

—¿Qué pasa, Kathleen? Estás muy seria… —dijo Violet preocupada.

—¿Pasamos al comedor? —propuso Emily, interrumpiendo la conversación de ambas.

—¡Oh, sí! ¡Me muero de hambre! —exclamó Rob ofreciendo su brazo a Violet para dirigirse al comedor.

Robert hizo lo propio con Emily y solo quedaron Will y Kathleen en el salón.

—Tienes mala cara, Kathleen, ¿te ocurre algo? ¿Estás enferma? —dijo con genuina preocupación Will.

—Estoy bien, gracias —dijo escuetamente Kathleen.

Will le ofreció su brazo para salir de la habitación y ella lo tomó. Ese leve contacto le gustó y le dolió a la vez. ¿Por qué sentía eso? ¿Por qué no podía ser indiferente a Will y verlo como un amigo más?

—Después me gustaría hablar contigo sobre lo de anoche —comentó Will antes de que entraran en el comedor.

—¿Lo de anoche? —preguntó Kathleen como si no se hubiera pasado la velada llorando por culpa de eso precisamente.

Llegaron al comedor.

—Luego hablamos —zanjó Will mientras retiraba la silla para que ella se sentara.

Will tomó asiento enfrente de Kathleen y empezaron a almorzar. La mesa estaba maravillosamente dispuesta. A Emily le encantaban los detalles y había elegido para la ocasión un mantel blanco con bordados en color dorado, que daba a la mesa un aire regio. Había copas de una finísima cristalería de bohemia de distintos tamaños y formas, cubiertos de plata y vajilla con motivos florales y bordes de oro. Para completar la decoración, a lo largo de la mesa se habían colocado varios centros con flores de distintos colores. El conjunto era armonioso y elegante.

La conversación a lo largo de la comida era alegre y distendida. Tanto Emily como Robert sentían curiosidad por Will y le preguntaban sobre su vida en Nueva York, su familia, su trabajo en Southampton…

—Entonces, Will, ¿su trabajo aquí es temporal? —preguntó Emily.

—En un principio estoy aquí por seis meses, que podrán ampliarse si la compañía lo estima oportuno. Aquí en Inglaterra, la American Line debe seguir abriendo nuevas rutas comerciales, ya que tenemos unos grandes competidores en la Cunard Line y en la White Star Line.

De hecho, la White Star Line viene apostando muy fuerte con grandes inversiones en la creación de nuevas flotas de barcos que pretenden ser la vanguardia en viajes trasatlánticos. Un ejemplo de ello es el RMS Titanic, que saldrá de este puerto en apenas unos meses —explicó Will, que miraba a Kathleen con frecuencia, pero ella no mantenía su mirada.

—¡Oh, sí! La gente no para de hablar de ello, dicen que es el barco más grande del mundo. Me encantaría hacer ese viaje y disfrutar de todo lo que ese lujoso buque ofrece —dijo Emily.

—Ya existe un barco de similares proporciones, es el Olympic, el gemelo del Titanic. Lleva varios meses realizando travesías entre Southampton y Nueva York, puede que lo hayan visto atracado en el puerto. Sin embargo, la compañía naviera está haciendo un esfuerzo publicitario para mostrar al Titanic como el más grande y lujoso barco de pasajeros del mundo. Mi compañía quiere que vaya a Nueva York en su viaje inaugural y así comprobar de primera mano todos sus avances técnicos y el lujo del que tanto hablan —informó Will volviendo a mirar a Kathleen.

En ese momento su padre se levantó de la mesa y se dirigió a un aparador que se encontraba justo a su espalda. De un cajón sacó dos sobres que entregó a Emily y a Kathleen respectivamente.

—Disculpad la interrupción, he creído oportuno dar mi regalo de Navidad a mi querida esposa y a mi hija, ya que está relacionado con lo que estamos hablando.

Emily y Kathleen se miraron sorprendidas y abrieron con dedos nerviosos sendos sobres. En cada uno encontraron un billete de barco de primera clase, de la compañía White Star Line, para viajar el día diez de abril de 1912 a Nueva York.

Kathleen miró a su padre y después a su madre. No podía creer que aquel comentario casual hecho a su padre durante el desayuno hacía unos días hubiera tenido este resultado tan sorprendente. Sabía que sus padres se amaban profundamente, pero aquel detalle de su padre hacia su madre le pareció un acto de amor precioso. Robert miraba embelesado a su esposa y ella tenía los ojos llenos de lágrimas. Emily se levantó y, sin importarle que tenían un invitado, se lanzó al cuello de su marido y le dio un abrazo lleno de ternura.

—¡Oh, Robert! Es el regalo más bonito que me has hecho jamás —exclamó agradecida Emily.

—¡Y el más caro! —bromeó Robert, ante lo que todos rieron a carcajadas—. Tu hija tiene parte de la culpa, hace unos días me habló de la ilusión que te haría un viaje así.

Emily miró a su hija. No podía creer la suerte que tenía con Kathleen, era bella por fuera y por dentro. Emily alargó la mano y estrechó la de su hija. «Gracias», dijo moviendo los labios, pero sin

emitir sonido alguno. Estaba muy emocionada.

—Cuando Kathleen me lo comentó —continuó Robert— me acordé de que había recibido una carta de Edward Elgar, el director de la Sinfónica de Londres, informándome de que querían viajar a Nueva York para realizar una gira americana de tres semanas. Ya sabéis que yo hace tiempo dejé de ir de gira, pero pensé que sería una buena ocasión para romper esa costumbre. Telefoneé a Edward y me dijo que ellos también pensaban viajar a Nueva York en el Titanic, pero finalmente saldrán unos días antes en el RMS Baltic. Edward se ha alegrado mucho de que vaya a participar en la gira y me ha dicho que no le importa que llegue unos días después con tal de que les acompañe en esa gira histórica, ya que seremos la primera orquesta británica en visitar orillas tan lejanas.

Kathleen vio que su padre estaba pletórico y no pudo evitar contagiarse de su alegría. A pesar de la mala noche pasada sonrió ampliamente y miró a Will. Él tenía la mirada fija en ella y le devolvió la sonrisa. Quizás no estaba todo perdido…

Después de semejante noticia, acabaron el postre, brindaron con champán y se dirigieron al salón donde Robert tocaría el piano para ellos. Al igual que ocurriera al ir al comedor, Kathleen y Will se quedaron los últimos para salir de la estancia. Will no perdió el tiempo, necesitaba explicar lo sucedido la noche anterior.

—Kathleen, necesito que sepas que yo quería haber bailado el Boston contigo, en lugar de con aquella joven —explicó precipitadamente.

—No tienes nada que explicarme. Tú y yo no somos nada como para que tengas que justificar si bailas con una o con otra. —Kathleen hubiera preferido no expresarse de manera tan seca, pero las palabras salieron atropelladamente, con un deje doloroso en su tono de voz.

—Habíamos quedado en bailar juntos y yo falté a mi palabra, no estoy justificando nada, solo quiero que sepas que me apetecía mucho volver a bailar contigo y, sin embargo, tuve que hacerlo con una joven de la que ni recuerdo su nombre, solo porque estaba hablando con su hermano y cuando empezó a sonar la música prácticamente nos empujó a la pista de baile. No quise desairar a la muchacha dejándola plantada. ¿Estás enfadada conmigo?

Si no estaba mintiendo, se había llevado un disgusto horroroso por un malentendido… ¡Qué tonta había sido! Kathleen suspiró aliviada y casi tuvo que contener las lágrimas de la alegría. Después de unos segundos que a Will se le hicieron eternos, Kathleen sonrió, cogió su brazo y estiró el cuello para darle un rápido beso en la mejilla. Sabía que era un atrevimiento, pero no pudo evitarlo. Will, lejos de parecerle un atrevimiento, disfrutó de aquel breve pero íntimo contacto entre ellos.

—Tengo la sensación de que no puedo enfadarme contigo, Will —dijo mientras se dirigían al salón del piano.

En ese momento el nudo que llevaba tirando de su interior desde hacía horas se desató y la dejó respirar profundamente al fin.

Will cumplió su promesa y después de que su padre tocara algunas partituras al piano para ellos, le preguntó si tendría algún inconveniente en que le diera algunas prácticas de conducción a Kathleen. Su padre al principio se mostró extrañado, pero cuando Kathleen le explicó que su amiga Laurie les acompañaría, pareció relajarse y accedió a la propuesta. Lo cierto es que para él fue un verdadero alivio librarse de semejante tortura… Quedaron en que el siguiente sábado, treinta de diciembre, darían su primera práctica juntos.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer, amigo? —preguntó sonriendo Rob—. Unas prácticas de coche no son precisamente algo exento de peligro, y con mi hermana, menos aún.

—Ah, ¿sí? —preguntó Kathleen, haciéndose la ofendida—. ¿Y tú cómo lo sabes si ni siquiera te has dignado a darme una sola clase?

Toda la familia había percibido a esas alturas de la tarde el cambio en el ánimo de Kathleen. Ahora estaba sonriente, relajada, ilusionada…

—Tienes toda la razón, hermanita —dijo llevándose la mano al corazón—. Claro que viendo el rostro descompuesto de nuestro padre cada vez que volvía de darte una clase, me da una idea bastante aproximada de lo arriesgado de la tarea. Yo, por si acaso —dijo dirigiéndose a Will—, haría testamento, amigo.

—¡Oh, Rob! —se quejó Kathleen—, si sigues así vas a dejarme sin profesor de conducción.

—Tranquila, Kathleen —intervino Will—, vamos a demostrar a todos que eres capaz de conducir un coche con total seguridad. Es más, vamos a hacer una apuesta, si consigues aprender a conducir antes del viaje a Nueva York, toda tu familia tendrá que ir al destino que tú decidas montada en el coche conducido por ti, por supuesto.

—¿Y si no lo consigue? —preguntó Rob—, ¿qué ganamos nosotros?

—¡La vida, amigo mío! ¡La vida! —exclamó Will riendo, a la vez que todos soltaban una carcajada.

CAPÍTULO 7

Tras la primera clase con Will, Kathleen no pudo evitar comparar su forma de enseñar con la de su padre. Will era mucho más paciente y además no estaba constantemente señalando por adelantado los posibles peligros que pudiera encontrarse. Le daba instrucciones sencillas, en un tono de voz sosegado, sin levantar la voz, sin impaciencia… y esa forma de actuar transmitía tranquilidad y seguridad a Kathleen. Algo que se reflejaba en su manera de conducir.

Por su parte, Will pudo comprobar que a Kathleen no se le daba nada mal conducir un coche. Puede que el embrague fuera algo que todavía le iba a costar dominar, pero, por lo demás, veía que en breve podría conducir sola. Se extrañó al comprobar que se sentía orgulloso de ella. Cuanto más tiempo compartía con Kathleen, más se preguntaba qué le pasaba con ella. ¿Por qué no le era indiferente? ¿Por qué cada cosa que decía le parecía interesante, o divertida o ingeniosa? ¿Por qué le gustaba tanto su sonrisa? No quería albergar ningún sentimiento más allá de una amistad con ella, él no había venido a Inglaterra a enamorarse. No dejaba de repetírselo. En unos meses podría volver a Estados Unidos y entonces tendría que afrontar su vida allí. Sin ella.

Al finalizar la clase, Will acompañó a Laurie a su casa y después a Kathleen. Robert les estaba esperando en la puerta, miró con atención su coche y tras comprobar que no tenía ni un rasguño, enarcó las cejas y curvó los labios hacia abajo, mientras asentía repetidamente. Extendió la mano hacia Will y este se la estrechó.

—Enhorabuena, muchacho, no tenía mucha fe en que pudierais volver ilesos de esta primera práctica —declaró Robert.

—Gracias, Robert, he de admitir que ha sido mucho mejor de lo que pensaba. Después de escuchar sus advertencias, pensé que me embarcaba en una misión suicida. —Giró la cabeza hacia Kathleen y le guiñó un ojo tan rápido que solo ella captó el gesto—. Pero Kathleen ha resultado ser una alumna muy aplicada. No hemos sufrido ningún sobresalto.

—¿Y Laurie? ¿Ha conducido también? —preguntó Robert, más preocupado por su coche que por los avances de la muchacha.

—No, hoy ella solo ha escuchado a Will cuando me explicaba lo que debía hacer y ha observado cómo ponía en práctica sus indicaciones. Creo que el próximo día se animará a conducir —explicó Kathleen a su padre.

Robert suspiró y lanzó a su hija una mirada de resignación. Tarde o temprano causarían algún daño a su precioso coche nuevo, no tenía la menor duda.

—Sí, seguro que el próximo día conseguimos que se atreva, aunque sea solo a arrancar el motor —coincidió Will—. Bueno, creo que va siendo hora de que me despida. Salude a Emily de mi parte, Robert. Kathleen, has hecho un gran trabajo hoy. ¿Nos vemos el próximo sábado?

—De acuerdo —dijo Kathleen entusiasmada ante el reconocimiento de Will por su esfuerzo al volante.

—Will, ¿tienes planes para celebrar el fin de año? —preguntó Robert.

Kathleen miró a su padre extrañada ante la posibilidad de que fuera a invitarlo también a festejar la Nochevieja con ellos.

—No. Rob me había dicho que en la ciudad se celebran distintas fiestas de fin de año y aún no he decidido si iré a alguna de ellas.

—Desde hace algunos años, lord Hallam Tennyson nos invita a pasar la Nochevieja en Farringford, su casa de la isla de Wight. No se trata de una fiesta multitudinaria, como las que se dan aquí, pero suele ser una velada muy agradable en la que se dan cita personalidades de muy diversa índole, aristócratas, empresarios, poetas, músicos, pintores… Estoy seguro de que no le importará que nos acompañes, ¿qué te parece? ¿Te animas? Saldríamos por la mañana en el primer barco que zarpa hacia la isla, pasaríamos el día allí y volveríamos al día siguiente.

—¿Tennyson? ¿Como el poeta? —preguntó Will.

—Sí —contestó Robert con una sonrisa. Aquel muchacho cada vez le gustaba más, para ser tan joven, y… americano, mostraba bastantes conocimientos sobre cultura británica.

—De hecho —continuó Robert—, es el hijo mayor de lord Alfred Tennyson, nuestro poeta laureado.

—Creo que no puedo resistirme a una celebración tan original. Estaré encantado de asistir.

—Formidable. El ferry parte a las ocho del puerto. Nos vemos allí.

—Allí estaré —aseguró.

Estrechó la mano de Robert para despedirse, se giró hacia Kathleen y, sin que este lo viera, volvió a guiñarle un ojo. Kathleen le sonrió y supo que se estaba poniendo colorada. Bajó la mirada para no

encontrarse con la de su padre y se encaminó al interior de la casa. La sonrisa no desapareció de su rostro, ni siquiera cuando se quedó dormida aquella noche.

Al día siguiente el sol salió casi a la misma hora que el ferry que los llevaría de Southampton a la isla de Wight. El día lucía tan brillante como el ánimo de Kathleen, quien, apoyada sobre la barandilla de la cubierta del barco, observaba sonriente cómo se alejaban de la costa. Will permanecía en silencio a su lado, haciendo un gran esfuerzo por no rozar su mano. Los padres de Kathleen prefirieron sentarse en el interior del ferry durante el trayecto y ella no pudo evitar sentirse afortunada por compartir aquellos momentos a solas con Will. Rob no había ido porque debía trabajar aquel día y además prefería pasar la noche con Violet y Robbie. La mañana era fría y los dos se encontraban muy cerca el uno del otro, ambos podían sentir el calor del cuerpo del otro por el contacto de sus brazos, pegados sobre la barandilla. Olía a mar, a brisa fresca y salada, a ilusión… a afectos por descubrir.

—¿De dónde le viene a tu padre su amistad con lord Tennyson? —preguntó Will tras unos instantes de silencio.

Al girar la cabeza para mirarla comprobó que estaban tan cerca que sería muy fácil besarla. Y en seguida se dio cuenta de que lo que empezaba a sentir por Kathleen parecía que se escapaba a su control. Decidió alejarse un paso de ella, poner algo de distancia para no hacer ninguna locura, sobre todo por respeto a los padres de Kathleen, que tan bien se estaban portando con él. Kathleen fue plenamente consciente de su alejamiento y se sintió algo confusa, pero no quiso albergar pensamientos negativos como los del día anterior, para no sacar conclusiones precipitadas. Aquel día prometía grandes momentos y ella no lo iba a estropear.

—Hace varios años, lord Tennyson se puso en contacto con mi padre para pedirle que participara en una gala benéfica que estaba organizando para recaudar fondos para construir un orfanato en Southampton. Mi padre no solo participó en la gala, sino que se implicó de manera activa en la causa y hoy en día sigue colaborando con el orfanato. Está entre la calle Latimer y la calle Oxford, puede que lo hayas visto. Mis padres y yo solemos visitarlo a menudo.

—Sí, sí que lo he visto, he pasado muchas veces delante de él. Me parece que una causa como esa es una manera extraordinaria de comenzar una amistad.

—Sí… —dijo Kathleen mirando al horizonte—, lord Tennyson es un hombre muy generoso. Una gran persona. Hoy vas a comprobar cómo todos los que nos reunimos en su casa, de muy diversa procedencia, sentimos un gran respeto y cariño por él.

Siguieron charlando animadamente durante todo el trayecto y,

cuando llegaron al puerto de Cowes, ambos coincidieron en que les había parecido corto, aunque tanto rato en cubierta un día de diciembre como aquel había hecho que se quedaran casi helados, con el frío y la humedad del mar metidos en los huesos.

Como el ferry permitía embarcar vehículos, pudieron desplazarse por la isla en el Ford T de Robert. En menos de una hora se encontraban ante la hacienda Farringford. La residencia de lord Tennyson en la isla de Wight, sin ser un edificio de dimensiones exageradas, a Will le pareció una construcción sólida y elegante. La entrada principal se encontraba bajo un pórtico, sustentado por dos blancas columnas estriadas. El soportal se extendía hacia la derecha, enmarcado por seis arcos de piedra, que formaban una galería, oculta casi en su totalidad por una densa enredadera. Sobre la galería se podían distinguir varios ventanales apuntados con relucientes cristales que recordaban al estilo gótico. Sobre esa hilera de ventanas se apreciaba una segunda planta con ventanales de mayor tamaño pero de la misma forma apuntada. A la izquierda de la entrada principal destacaba la única parte del edificio que tenía tejado, también de dos plantas, en la que apenas se divisaba la fachada, puesto que se encontraba completamente cubierta por un espeso manto de hiedra, recortada cuidadosamente para dejar libres los ventanales. Enfrente de la casa había aparcados numerosos coches, probablemente de los invitados a la fiesta que habrían preferido llegar a la isla el día anterior.

Cuando estaban sacando sus maletas del coche, Will vio cómo Laurie salía de la casa cargada con una cesta de mimbre y acompañada por una muchacha que parecía menor que ella.

—¡Vaya! ¡Si es Laurie! —exclamó sorprendido.

Kathleen se giró enseguida para buscar a su amiga con la mirada y ambas gritaron de júbilo cuando se vieron.

—¡Laurie! ¡Ya estás aquí! —dijo Kathleen, sin poder evitar alzar la voz y recibir una mirada de desaprobación de sus padres.

—Sí, mi padre decidió que prefería venirse un día antes y así poder hablar tranquilamente con lord Tennyson sobre no sé qué negocios en Australia.

Kathleen se giró hacia Will y aclaró:

—Lord Tennyson fue hace pocos años gobernador general de Australia, es decir, el representante de nuestro rey allí.

Will asintió con interés. Mientras tanto, Emily y Robert ya estaban preparados para entrar. Algunos criados de lord Tennyson se habían acercado al coche para recoger las maletas.

—Nosotros vamos a entrar a dejar el equipaje en nuestra habitación —informó Robert.

—Nosotras vamos a dar un paseo hasta Tennyson Down para ver la

bahía de Freshwater y los acantilados. ¿Os apetecería venir? Llevamos provisiones para alimentar a un ejército —dijo Laurie a la vez que levantaba la voluminosa cesta. A Kathleen le encantó la idea.

—Y una mantita para sentarnos sobre la hierba —afirmó la joven que acompañaba a Laurie.

—Señor Wilkes, ¿le importa si Kathleen y Will nos acompañan? —preguntó Laurie.

—Si a ellos les apetece, por mí, de acuerdo. El paisaje bien merece una visita, ciertamente —coincidió Robert.

—¡Maravilloso! Will, te presento a mi hermana Clarise.

—Encantado, Clarise —dijo Will estrechando la mano de la joven.

—Un placer, Will —contestó Clarise con una sonrisa—. Entonces, ¿os animáis a acompañarnos en nuestro almuerzo campestre? Debemos aprovechar que hace un día espléndido.

—¡Claro! —exclamó Kathleen entusiasmada—. Bueno, Will, no sé si te apetece venir, puede que prefieras quedarte…

—En absoluto, no voy a encerrarme en una casa pudiendo visitar esta isla. Vamos, dame la cesta, Laurie. En marcha —concluyó Will.

Las tres chicas rieron, se abrazaron y dieron saltitos durante unos instantes en los que Will las observaba divertido. Desde luego, no se iba a aburrir con aquellas muchachas.

Iniciaron su pequeña excursión dejando la hacienda Farringford atrás y caminaron por una senda a la sombra de olmos y cerezos silvestres. Al borde del camino, aulagas, prímulas y azaleas, aguardaban pacientes la llegada de la primavera para llenar de color tan agradable paseo. Poco a poco el sendero se fue despejando y, tras varios minutos andando, Will pudo contemplar la belleza de la bahía de Freshwater. El verde intenso de la hierba, el azul profundo del mar y el blanco níveo de los acantilados regalaban a los jóvenes una postal sencilla, pero de fascinante belleza. Tras unos instantes inspirando la brisa marina y contemplando la bahía, caminaron hacia la derecha en paralelo a la costa.

—Si esto te ha gustado, tienes que ver las Needles —dijo sonriente Kathleen, la luz del sol y el paseo, habían sonrojado ligeramente sus mejillas y a Will le pareció que estaba muy hermosa—. Son una serie de rocas que emergen del agua frente a la isla. Reciben ese nombre[1] porque justo en medio de los cuatro pilares se alzaba una roca larguísima que parecía una aguja, pero se cayó a mediados del siglo dieciocho tras una tormenta.

—¿Cómo sabe tanto, señorita Wilkes? —dijo Will, cada vez más interesado en Kathleen y menos en el paisaje.

—Se puede decir que Kathleen es una ratoncilla de biblioteca. No solo lee mucho, ¡sino que recuerda todo lo que lee! —intervino Laurie entre carcajadas—. ¡Yo no puedo recordar ni lo que almorcé ayer!

—Las Needles no son para tanto, Will, no te hagas ilusiones. Yo no les veo nada especial, solo son unas rocas cerca de la costa. Eso sí, en la roca más lejana hay un faro. Me pregunto cómo lo construyeron, parece como si saliera del agua… —expresó Laurie con sinceridad.

—¿Ves? Sea por lo que sea, hay que verlas. Dejemos que Will juzgue por sí mismo —opinó Kathleen.

—Kathleen tiene razón, habrá que verlas y ya decidiré yo si el paseo merece la pena —dijo Will mirando a Kathleen—. Por lo pronto, lo que veo me parece espectacular.

—He de añadir también que fue aquí donde Marconi construyó la primera estación de radio del mundo… —Quiso informar Kathleen a sus acompañantes.

—¿De verdad? —preguntó interesado Will.

—¿Es o no es un ratón de biblioteca? —preguntó Clarise con humor, provocando las risas de todos.

Aunque hacía un día apacible, al estar tan cerca de los acantilados, el viento soplaba con intensidad en esa zona tan elevada y jugaba con el cabello de los cuatro excursionistas.

—Esta ruta ha sido bautizada como Tennyson Down, en honor a lord Alfred Tennyson —siguió informando Kathleen—. Al parecer solía venir a diario a pasear por aquí y a recrearse contemplando estos acantilados de piedra caliza cubiertos de hierba. Y allí tenemos el monumento al poeta.

Ante ellos se alzaba una enorme cruz de granito de Cornualles erigida a finales de 1890 «por el pueblo de Freshwater y otros amigos de Inglaterra y América», como rezaba la inscripción grabada en la roca. Will la contempló unos instantes y se asombró del gran tamaño que tenía, algo que a lo lejos no había apreciado.

Al llegar junto a ella, extendieron la manta y se sentaron a disfrutar del picnic. Conversaron animadamente y bromearon sobre los invitados a la fiesta de esa noche, algunos, artistas bastante excéntricos, que podrían sorprenderles con cualquier vestimenta o conducta extravagante. Al terminar de comer, Kathleen sugirió seguir andando un poco más hasta ver las Needles desde la costa, pero tanto Laurie como Clarise prefirieron quedarse tumbadas sobre la manta y, quizás, echar una cabezadita.

Will miró a Kathleen, deseaba que ella no quisiera quedarse también. Esperaba poder disfrutar de su compañía a solas. Kathleen le devolvió la mirada, parecía anhelar lo mismo. Will, sin decir ni una palabra se levantó y extendió su mano hacia Kathleen. Ella sonrió y la cogió sin dilación, se levantó y comenzaron el paseo. Will no soltó su mano hasta después de dar varios pasos. A Kathleen no le hubiera importado seguir cogida de él por más tiempo.

—Estoy realmente agradecido de haber podido venir y disfrutar de

estas fiestas con tu familia y contigo —dijo Will, mirando intensamente a Kathleen al pronunciar la última palabra—. Pensaba que al estar alejado de casa iba a echar mucho de menos a mi familia, pero habéis conseguido que no me sienta solo en estas fechas tan especiales.

—No hay nada que agradecer, mis padres te invitaron de corazón, les caes muy bien —dijo mientras seguía caminando, tratando de no interpretar sus miradas para no sacar conclusiones equivocadas.

—¿Y a ti? —preguntó Will sin poder contenerse—, ¿te caigo bien?

Will volvía a hacerle preguntas personales y directas. Daba la impresión de que no iba a aprender nunca. ¿Qué quería que le dijera? ¿Que no solo le caía muy bien, sino que le gustaba desde el primer momento en que lo vio? Tenía que esquivar la pregunta o él acabaría descubriendo lo que sentía.

—Pues… si no tenemos en cuenta ese acento americano tan poco atrayente, ni esa manía de hacer preguntas indiscretas, ni esa costumbre tan poco ortodoxa de tocar a las personas que acabas de conocer… pues, bueno, quizás, podamos decir que te encuentro… ligeramente tolerable.

Will soltó una sonora carcajada. Kathleen había conseguido su objetivo, distraer a Will y que no pudiera ver lo que había en su interior.

—Vosotros los ingleses sí que sabéis cómo decir las cosas —dijo riendo—. Después de dar un rodeo digno del más hábil orador, acabáis clavando vuestro aguijón de tal manera que parece un halago, ¡viva la Gran Bretaña! —profirió extendiendo los brazos y mirando hacia el mar.

Kathleen también rio con ganas, apretó el paso e instó a Will a que la imitara.

—¡Vamos! O se nos hará tarde, o algo peor, ¡mira esas nubes!

Will miró hacia donde ella señalaba y vio cómo unos nubarrones oscuros se acercaban empujados por el viento del oeste.

—No me dejas otra opción, pues. Dame la mano. —Will no le dio tiempo para pensárselo, la cogió de la mano y caminaron a paso ligero hacia el oeste de la isla.

A Kathleen se le aceleró la respiración, quería achacarlo a que estaban caminando más deprisa, pero lo cierto es que no podía ignorar el hecho de que Will sujetaba su mano, no como un padre agarra la mano de su hija, sino con los dedos entrelazados con los suyos. Como hacen los enamorados…

Al fin llegaron a la zona del acantilado desde donde podían divisar las Needles, pero apenas llevaban unos segundos contemplando el paisaje cuando unas pesadas gotas de lluvia empezaron a rodar por sus cabezas.

—¡Parece que debemos correr! ¡Vamos! —exclamó Will, agarrándola de la mano de nuevo y, esta vez, casi corriendo de vuelta al monumento a Tennyson.

Cuando llegaron, Laurie y Clarise no estaban, pero pudieron verlas corriendo varios cientos de metros por delante de ellos.

—Me temo que no vamos a poder alcanzarlas —dijo Kathleen casi sin aliento.

—No me importa —dijo Will sonriendo.

Caminaron bajo la lluvia sin soltarse de la mano ni un momento. Bromearon, rieron, conversaron… Después de casi una hora, llegaron a Farringford, completamente empapados, pero a ninguno de los dos parecía preocuparle. Se despidieron y se dirigieron a sus habitaciones guiados por los solícitos criados de lord Tennyson.

A Kathleen apenas le dio tiempo a descansar un poco, pronto tuvo que empezar a arreglarse para la cena. El vestido elegido para esa noche era de seda color crema con estrechas franjas de terciopelo del mismo color que salían de la cintura y acababan en la parte baja de la falda, también de terciopelo bordado en hilos de oro. El escote del vestido era redondo con elaboradas labores en el mismo hilo que la falda y las mangas que llegaban hasta el codo, de donde salían dos pequeños volantes de encaje. El conjunto era delicado y a la vez deslumbrante. Llevaba el cabello en un recogido de trenzas sobre la coronilla y rematado con una diadema dorada que evocaba el estilo de la Grecia clásica. Kathleen estaba contenta con su elección y el rostro de su madre cuando la vio reflejaba su absoluta aprobación ante el resultado. Poco antes de la cena, bajaron al salón donde se celebraría el ágape y saludaron al fin a lord y lady Tennyson. Sin embargo, apenas pudieron departir con ellos, ya que, como anfitriones de tan multitudinaria reunión, debían atender a todos sus invitados. Kathleen buscó con la mirada a Will y lo vio hablando con un señor de avanzada edad y larga barba gris con mechones blancos. Sus ojos se encontraron y Will le dedicó una extraña expresión con la mirada que parecía reflejar perplejidad ante los comentarios de su acompañante. Kathleen sonrió ante el gesto de Will, ya que entendía perfectamente a qué podía deberse. Aquel hombre de aspecto algo excéntrico se hacía llamar Somerset Wiltshire, aunque su nombre real era Ralph Brown. Al parecer, años atrás su nombre y apellido le habían parecido demasiado vulgares para ser poeta, así que decidió cambiárselos por las denominaciones de esos dos condados vecinos del suroeste de Inglaterra. La poesía de Wiltshire no dejaba indiferente a nadie, ya que versaba sobre temas de los que nadie podía hablar abiertamente pero que interesaban a todo el mundo. Tenía una fijación especial por describir minuciosamente el cuerpo femenino y lo que podían hacer un hombre y una mujer en la intimidad. Destacados miembros de la

Iglesia anglicana y católica lo habían llamado «blasfemo», «sacrílego» e incluso «hereje», algo que acrecentó aún más su popularidad y disparó las ventas de sus publicaciones.

—Kathleen, quiero presentarte a alguien —dijo Robert a su hija, interrumpiendo sus pensamientos sobre el encuentro entre Will y Wiltshire—. Ethel, esta es mi hija Kathleen, Kathleen, ella es Ethel Smyth.

Kathleen se quedó paralizada por un momento, miró a su padre, después miró a la mujer que estaba de pie junto a él y volvió a su padre.

—E… E… ¿Ethel Smyth? —preguntó incrédula—. ¿La misma Ethel Smyth de la que tanto hemos hablado, padre, la compositora?

—Sí, la misma —contestó Robert sonriente, consciente de lo importante que era aquel momento para su hija.

Kathleen al fin miró a Ethel Smyth y atrapó su mano entre las suyas.

—Me siento muy dichosa de poder conocerla, señora Smyth, soy una gran admiradora suya y espero poder tener la fortuna de seguir sus pasos.

—Llámame Ethel, por favor, ¿quieres que nos sentemos juntas durante la cena para poder hablar tranquilamente?

—¡Me encantaría! —exclamó Kathleen, incapaz de contener su entusiasmo.

A partir de ese momento, el resto del mundo desapareció para Kathleen, incluso Will. Acababa de conocer en persona a la mujer a la que había admirado durante los últimos años. Ethel, con su ópera *Der Wald*, se había convertido en la primera mujer compositora cuya obra había sido representada en la *Metropolitan Opera* de Nueva York. Después de ocho años, seguía siendo la única ópera compuesta por una mujer que se había representado allí y Kathleen soñaba con ser la siguiente en conseguir semejante hito.

Los comensales se fueron sentando a las mesas y Kathleen pudo ver a su amiga Laurie sentada junto a Clarise y a un hombre de unos sesenta años quien, creía recordar, era botánico. En ese momento se acordó de su amiga Libby y de lo mucho que habría disfrutado hablando con él. También divisó a Will en una mesa más alejada. Después de la cena hablaría con él. Ahora aprovecharía la gran oportunidad de poder conversar con Ethel Smyth. En su cabeza empezaba a escuchar ya los primeros compases de la octava sinfonía del compositor checo Anton Dvorak, que acababa de asociar irremediablemente a Ethel. ¿Acaso su mente había convertido ya a Ethel en su amiga al vincularla a esta obra tan relacionada con la fraternidad y la amistad?

—Cuéntame, Kathleen —dijo Ethel mirándola fijamente con sus

ojos algo saltones—, ¿es cierto eso de que has hablado mucho de mí con tu padre? Has de saber que yo lo admiro muchísimo.

—Me alegra saber eso, Ethel, el sentimiento es mutuo. —Kathleen hizo una pausa, sin poder creer aún lo que estaba viviendo—. Bien, pues mi padre y yo desayunamos cada día leyendo el periódico y cuando se publica algo sobre cualquier acontecimiento musical o sobre algún artista, ya sea músico, director o compositor, comentamos las noticias. Lo último que supimos de ti es que habías compuesto la *Marcha de las mujeres*, dando así tu apoyo al movimiento sufragista. Parece que ya es muy popular y en cada discurso de Emmeline Pankhurst lo cantan las asistentes. ¡Qué maravilla! También estoy muy interesada en las *suffragettes*, creo que están haciendo un trabajo extraordinario y espero que pronto dé sus frutos. —Kathleen estaba tan nerviosa que soltó toda esa información sin parar y casi a punto de quedarse sin respiración por la rapidez con la que se quería expresar.

—La verdad es que la canción ha calado entre la gente, aunque parece que prefieren la letra de Cicely Hamilton… No me importa demasiado, lo crucial es que la música se escuche y que la cantemos juntas. Necesitamos crear una unión real entre nosotras, y la música es una gran aliada. Yo he dejado temporalmente mi carrera musical para dedicarme por entero a esta lucha y espero ver grandes cambios dentro de poco. Pero, dejemos ese tema a un lado, por ahora. Háblame de ti, ¿cuáles son tus sueños? ¿Qué quieres hacer, Kathleen?

—Pues… yo toco el piano y me gusta mucho, pero lo que verdaderamente me apasiona es componer. Tengo siempre melodías rondándome por la cabeza… Mi sueño es componer una ópera, pero no me resulta sencillo, aún no he encontrado una buena historia que contar…

—Si tienes la música en tu cabeza, lo demás llegará tarde o temprano. Mantén siempre los ojos bien abiertos, escucha, observa, conoce gente nueva, conversa… de todo se puede aprender y nunca se sabe dónde se puede encontrar una buena historia. ¿Qué has compuesto hasta ahora?

—Tengo algunas sonatas, alguna cantata…, también me gustaría componer una misa… Estoy componiendo una sinfonía… Casi me da vergüenza contarte esto…

—No debes avergonzarte, Kathleen, yo no empecé componiendo óperas, para llegar a eso hace falta crear composiciones más modestas. Para recorrer un largo camino hay que dar muchos pasos cortitos. Cada uno de tus pasos es una pequeña obra que te ayudará a crear grandes composiciones. No desfallezcas, persigue tu sueño y estoy segura de que lo alcanzarás. Debes venir a Londres y mostrarme lo que has compuesto, estaré encantada de escucharte y de ayudarte, si es necesario. Además, te presentaré a Emmeline Pankhurst, si quieres,

seguro que te convence para que te unas a nosotras.

Kathleen no podía creer lo que estaba escuchando. Le dolían las mejillas de tanto sonreír. Estaba feliz. No necesitaba que la señora Pankhurst la convenciera, ya era una fiel seguidora del movimiento sufragista.

—¡Me encantaría conocer a Emmeline Pankhurst! La admiro muchísimo, creo que es muy valiente…

Siguieron conversando de distintos temas y la cena transcurrió más rápido de lo que Kathleen esperaba. Esa fue la impresión que tuvo cuando sirvieron el postre. Tras el brindis, se levantaron para ir al salón donde se celebraría el baile para recibir el año.

Ethel se despidió de Kathleen y reiteró su invitación para que la visitara en Londres. Kathleen buscó a sus padres y abrazó a Robert llena de emoción.

—Padre, me has hecho el mejor regalo que jamás hubiera imaginado. Ethel Smyth es extraordinaria. ¡Me ha invitado a que vaya a Londres y comparta con ella lo que he compuesto hasta ahora!

—Me alegro mucho, hija —dijo Robert—, Ethel es una gran compositora y una gran mujer.

—Sí que lo es, padre, me ha encantado hablar con ella aunque a veces me he sentido algo extraña… Tiene una forma de mirar realmente intensa, no sé cómo explicarlo…

Robert sonrió, pero no hizo ningún comentario al respecto. Emily, en cambio, no pudo evitar hacer una pequeña confidencia a su hija.

—Puede que se deba —dijo Emily bajando la voz— a que se dice que… parece que… la señorita Smyth prefiere la compañía femenina, hija.

Kathleen se quedó un momento en silencio, con el ceño fruncido y, de pronto sus cejas se arquearon cuando se dio cuenta de lo que su madre le quería decir y soltó una sonora carcajada. En el fondo se sintió halagada, pensando que quizás había podido agradar a Ethel Smyth.

—¿Qué resulta tan gracioso? —preguntó Will a sus espaldas.

—Luego te lo cuento, vayamos a buscar a Clarise y a Laurie, ¿te parece? —sugirió Kathleen.

—De acuerdo, si tu padre da su permiso…

—Por supuesto, por supuesto —dijo Robert—, id a bailar, nosotros iremos al salón de baile enseguida.

Kathleen dio un beso a su madre, agradeciendo la pequeña revelación que le había hecho y se alejó junto a Will.

—¿Qué te ha parecido la cena, Will? ¿Has estado cómodo con tus compañeros de mesa?

—No sé qué decir. La cena ha sido deliciosa, pero la compañía ha hecho que casi se me indigeste —confesó Will con pesar.

—¿De verdad? Estás bromeando, ¿no?

—En absoluto. A mi derecha se sentó una mujer de unos cuarenta años, muy elegante y realmente agradable, o eso pensé yo al principio. Y a mi izquierda se sentó un caballero algo mayor que la mujer, pero menos simpático que ella. Al principio la conversación fluía de manera cordial el tiempo que estuvimos hablando de temas poco trascendentales. Descubrí que ambos eran pintores y me interesé por su arte. Sin embargo, en un momento dado, empezaron a hablar entre ellos de temas más personales y yo me encontré en medio de una conversación que cada vez era más acalorada. Deduje que habían sido pareja y que habían roto hacía tiempo pero, por lo que noté, él no lo había superado todavía y desde el primer plato en adelante me vi en medio de una guerra de reproches de la que no sabía cómo escapar…

—Dios mío, ¡qué pesadilla! —intervino Kathleen, aunque en el fondo la situación le divertía.

—Bueno, lo peor de todo es que durante casi toda la noche, la señora, que se llama Sharon, ¡ha estado tocando mi pierna por debajo de la mesa! Yo intentaba apartar su mano, pero no quería hacer movimientos demasiado bruscos para que él no se diera cuenta… En un momento dado he estado a punto de levantarme y esconderme en cualquier rincón de la casa hasta que acabara la cena…

Kathleen lo escuchaba negando con la cabeza, pero conteniendo la risa de forma muy poco disimulada. Llegaron al salón, donde Laurie y Clarise los estaban esperando. Charlaron un rato más sobre sus respectivas experiencias durante la cena, a pesar de que la música había comenzado a sonar y los invitados se deslizaban por la sala al compás del primer vals. Varios caballeros se acercaron a pedir un baile a las jóvenes y las tres aceptaron. Will se quedó solo y buscó con la mirada a alguien con quien hablar o bailar. Vio que Emily estaba sola y decidió sacarla a bailar.

—¿Estás disfrutando de la velada, Will? —preguntó Emily con interés.

—Está siendo toda una experiencia, señora Wilkes, creo que nunca había coincidido con gente tan… tan variopinta. Estoy aprendiendo mucho, la verdad.

—Probablemente este sea el lugar de toda Inglaterra donde más gente peculiar se concentra en tan poco espacio.

—Además de las personas que estoy conociendo, la isla me ha parecido un lugar fabuloso, donde casi cualquier rincón guarda una historia. Kathleen ha sido una guía excelente y ha hecho que el paseo sea una verdadera delicia. Debo agradecerles de nuevo su generosidad por haberme invitado.

Emily sonrió ante las palabras que Will había dedicado a su hija, sentía que él hablaba de Kathleen con admiración, un sentimiento que

solía ser el precursor del amor…

—No hay nada que agradecer, Will, si un hijo mío se hallara en un país lejos de mi hogar, me gustaría que alguna familia le hiciera sentir como en casa. Son unas fechas en las que gusta estar junto a tus seres queridos, no te íbamos a dejar solo.

La música terminó y Will besó la mano de Emily a modo de despedida. Si Kathleen lo hubiera visto en ese momento habría confirmado su teoría de que Will, respondiendo a su impulsividad americana, mantiene el contacto físico con su interlocutor de manera excesiva, ya que no pudo contenerse y también le dio un beso en la mejilla. Emily sonrió y lo miró con el deseo de que algún día pudiera llamarlo *hijo*.

Will buscó con la mirada a Kathleen, la noche pasaba y aún no había podido bailar con ella. Cuando la encontrara, no la dejaría escapar. Sintió que le daban un par de toques sobre el hombro, se giró y allí estaba.

—¿Bailamos? —preguntó Kathleen. Parecía que se le estaba pegando la falta de etiqueta de Will y, una vez más, se saltaba las normas para ser una dama recatada.

—Pensé que nunca me lo preguntarías —respondió Will.

Ambos rieron con ganas y empezaron a bailar.

—¿Crees que esta gente llevará la cuenta de las piezas que vamos a bailar? —inquirió Will entornando los ojos—. Porque esta noche no pienso soltarte…

Kathleen sintió que flotaba. ¿Will le estaba diciendo que solo quería bailar con ella? La sala estaba llena de mujeres bellas e interesantes y él quería estar con ella toda la velada… ¿Debía concederse ya la licencia de aceptar que quizás Will no solo estuviera interesado en ser su amigo? ¿Sería posible que él se sintiera atraído por ella?

—Yo creo que esta gente está muy por encima de las convenciones sociales, les son totalmente indiferentes o simplemente se las saltan para demostrar lo fuera que están de los límites que la rígida sociedad inglesa impone.

—Me gusta esta gente —dijo Will sonriendo y guiñando un ojo a Kathleen.

Ella le devolvió la sonrisa, consciente del rubor de sus mejillas, henchida de gozo. Jamás olvidaría aquella velada.

Bailaron varias piezas seguidas, descansaron un poco y se tomaron un refrigerio con Laurie y Clarise. Will bailó con las hermanas, pero no perdía de vista a Kathleen. Quería estar junto a ella para recibir el año. Volvió a bailar con Kathleen pero la música se detuvo. Alguien gritó que eran casi las doce, entonces comenzó la cuenta atrás. Will seguía sujetando la cintura y la mano de Kathleen, los ojos fijos en su rostro. *Diez, nueve, ocho*…

—No me sueltes, por favor, quiero empezar mil novecientos doce contigo —confesó Will, con el corazón acelerado.

«¿Es esto una declaración de amor?», se preguntó Kathleen. *Siete, seis, cinco…*

—No me voy a separar de ti, William Clark —aseguró ella.

Cuatro, tres, dos… Will la miraba intensamente y Kathleen sentía el corazón desbocado en el pecho.

¡Uno!

De repente se apagaron las luces y Kathleen notó cómo Will cerraba su abrazo acercándola a su pecho. Sintió su aliento sobre su boca, un leve roce de sus labios y después un beso tierno, pero firme, que apenas duró un segundo, quizás dos. Se encendieron las luces, a Kathleen le hormigueaban los labios allá donde él había posado los suyos. Will aproximó su mejilla a la suya y le dijo al oído:

—Feliz mil novecientos doce.

---

1 *Needle* es «aguja» en inglés. Nota de la autora.

CAPÍTULO 8

Después de aquella noche, la vida de Kathleen se dividía en dos partes bien diferenciadas, cuando podía ver a Will y cuando no. Los días en los que no podía ver a Will parecían arrastrarse con perezosa lentitud hasta los deseados sábados, en los que él la recogía de casa para llevarla a hacer prácticas de conducción con Laurie. Kathleen ya le había contado a Laurie lo que pasó en la fiesta de fin de año en Farringford, pero no hubiera sido necesario, ya que para Laurie era muy evidente que entre Will y ella había una relación especial, una complicidad más que palpable. También habían puesto al tanto de lo ocurrido a Stacy y a Libby, quienes esperaban que, de un momento a otro, Will se declarase a Kathleen. Pero ese momento no acababa de llegar. Desde aquel beso inesperado, la relación entre ellos no parecía haber cambiado demasiado, aparentemente seguían siendo los mismos amigos que reían y bromeaban como antes, como si nunca se hubieran besado. Kathleen incluso llegó a dudar de que hubiera sucedido, pensó que quizás se lo había imaginado, o soñado…, pero luego recordaba aquel momento y lo volvía a vivir como si estuviera en Farringford de nuevo. El olor del perfume fresco a cítricos de Will, el calor de su aliento sobre su rostro, la suavidad de sus labios… No, definitivamente no se lo había imaginado, sin embargo, Will no había hecho referencia alguna a aquel acercamiento e incluso Kathleen había notado cierta distancia la primera vez que se vieron, como si él se hubiera arrepentido de lo que hizo.

Durante el mes de febrero, Will tuvo que viajar a varios puertos de la costa británica y eso impidió que pudieran verse en el transcurso de unas eternísimas cuatro semanas, tal y como las percibió Kathleen. No obstante, el mes de febrero trajo una gran noticia con el gélido viento invernal. Edward Elgar había respondido a la carta que Robert le había enviado en diciembre y aceptaba hacerle una prueba a Patrick. Nueve días después de la llegada de la misiva del director de la Orquesta Sinfónica de Londres, la familia Wilkes recibía un lacónico telegrama de parte de Patrick desde Londres:

Entré

Nunca cinco letras hicieron más feliz a una familia. Robert no cabía en sí de gozo, no podía disimular su orgullo y su regocijo al ver que su pupilo, de tan humilde origen, había entrado a formar parte de tan prestigiosa orquesta. Los acontecimientos a partir de ese momento parecieron precipitarse para Patrick, debía incorporarse a los ensayos cuanto antes, así que volvió a Southampton para preparar su traslado a la capital del reino. Robert, una vez más, ejerció de protector de Patrick y le ofreció que se alojara en un modesto apartamento que poseía en Bloomsbury, de la época en la que residía en Londres y se dedicaba a tiempo completo a dar conciertos en la capital y a hacer giras.

A Kathleen, los últimos días que pasó con Patrick antes de su marcha a Londres le supieron dulces y amargos a la vez. Se alegraba profundamente del giro que había dado el destino, que hacía que su amigo, su hermano, viera cumplido su sueño, pero, como todas las decisiones que se toman a lo largo de la vida, acarreaba una renuncia: abandonaba Southampton, puede que para siempre. Patrick no iba a vivir muy lejos, en tren, Londres estaba a poco más de tres horas, podría ir a verlo en alguna ocasión. Sin embargo, no podría disfrutar de esos ratos de ensayos y prácticas en los que, una vez acabada la clase con su padre, Kathleen y Patrick se entregaban a la música por puro deleite, por pura diversión, por pura pasión, sin importarles nada más. Parecían siameses, tan pelirrojos, tan pecosos, tan compenetrados a la hora de ejecutar cualquier partitura. Kathleen echaría mucho de menos tocar con él la sonata para violín y piano número 21 de Mozart, que era la partitura con la que ponían el broche final a sus encuentros musicales. Y qué triste sonó su sonata favorita aquella tarde de febrero, en la que la lluvia decoraba las ventanas con lo que a Kathleen le parecieron lentas lágrimas que derramaban la pena que ella no quería que Patrick viera sobre su propio rostro.

—Te escribiré desde Londres, hermanita —prometió Patrick, con esa mirada triste tan suya en los ojos.

Kathleen tenía un nudo tan doloroso en la garganta que no pudo responder. Se limitó a ponerse de puntillas y rodear su cuello en un abrazo tembloroso al que él respondió con infinita ternura.

—Promete que vendrás a verme cuando toque por primera vez con la sinfónica.

—Puede que tu primer concierto sea pronto y no podamos ir. Este mes debemos dedicarlo a los preparativos del viaje a Estados Unidos… —dijo Kathleen algo compungida.

—Bien, pues entonces debes venir cuando toque en el Royal Albert Hall. Tu padre también tocará allí, así que debéis veniros toda la familia, incluido el pequeño Robbie.

—De acuerdo, iremos a verte a ese majestuoso auditorio toda la familia —prometió Kathleen, con la convicción del que se cree dueño de sus propias decisiones, sin considerar ni por un instante que el destino puede tener otros planes.

Marzo brindó a Kathleen la oportunidad de volver a ver a Will. Rob, quien, a pesar de parecer que vivía ajeno a lo que bullía en el interior de su hermana, la observaba con atención cuando estaban juntos y sabía que algo en ella había cambiado. Sus estados de ánimo estaban totalmente polarizados. Cuando se encontraba en casa día tras día sin la posibilidad de ver a Will, se sumía en una especie de melancolía silenciosa que la hacía vagar por las distintas estancias, buscando no se sabía qué para apagar su abatimiento. Por el contrario, cuando se acercaba el momento de poder ver a Will, Kathleen sonreía y canturreaba distraídamente por los pasillos hasta llegar al salón donde se hallaba el piano y tocaba alegres melodías llenas de ritmo y jovialidad. Para Rob, lo que le pasaba a su hermana estaba claro: se había enamorado de Will. Tras llegar a esa conclusión y comentarlo con Violet, que coincidía con él completamente, decidieron que debían dar un pequeño empujón al par de tórtolos. Por ello, en cuanto Will llegó al puerto de Southampton procedente de Liverpool, lo invitó a cenar a casa sin darle opción a negarse.

♪♫♪♫♪♫♪♫♪♫♪

Kathleen bajaba de la primera planta cuando llamaron a la puerta. Como Peter no estaba por allí cerca, ella misma fue hacia la entrada para abrir. Era una hora algo extraña para recibir visitas, justo antes de la cena, por eso Kathleen pensó que quizás Rob se había olvidado su llave en casa. Cuando abrió la puerta se encontró de frente con la mirada azul de Will. Por un instante se quedaron allí, plantados, en silencio, estudiándose el uno al otro, con algunas dudas, pero también con algunas certezas.

—Will —dijo al fin Kathleen, solapando su voz con la de Will, que la llamó por su nombre también.

Eso les hizo reír a ambos y, si hubo en algún momento algo de tensión, se disipó con el eco de sus risas.

—Te he echado de menos, Kathleen —soltó sin preámbulos Will, poniéndose serio—. Te lo digo ahora por si no tengo otra oportunidad de hablar a solas contigo a lo largo de la noche. Este mes se me ha hecho eterno sin poder verte. Necesito que lo sepas.

—¿Y por qué necesitas que lo sepa? —preguntó Kathleen, aún sorprendida por la confesión de Will.

—Porque después de un mes sin verte me he dado cuenta de que me he enamorado de ti.

CAPÍTULO 9

Puerto de Southampton, 10 de abril de 1912

El gran día había llegado, el barco de pasajeros más lujoso del mundo saldría de Southampton en unos minutos camino de Estados Unidos. A pesar de que los miembros de la Orquesta Sinfónica de Londres finalmente partieron hacia América en el RMS Baltic unos pocos días antes, Robert viajaría en el RMS Titanic para poder cumplir el deseo de su esposa. No obstante, nada más pisar tierras americanas tendría que incorporarse a la gira de la orquesta de inmediato.

Y allí se encontraba Kathleen, dentro del coche de sus padres contemplando desde su asiento aquella inmensa mole de acero con el pie derecho hinchado hasta tres veces su tamaño normal y el brazo derecho en cabestrillo con el hombro dislocado. Inmóvil y con lágrimas en los ojos, podía ver cómo su padre, su madre y su hermano se perdían entre la multitud de camino al barco. Era ella la que debía embarcar con sus padres, no su hermano, pero el pasaje ya estaba pagado y no iban a perderlo por culpa de su torpeza. Aquella caída tan aparatosa por las escaleras la iba a privar de la que sin duda iba a ser la experiencia más emocionante de su vida. Kathleen y Violet tuvieron que hacer acopio de grandes dosis de persuasión para convencer a Rob de que pidiera unos días de permiso para poder aprovechar el billete de Kathleen. El pasaje costaba un dineral y no podían devolverlo a estas alturas. Rob acabó aceptando a regañadientes y tuvo la suerte de que su superior no se negó a concederle el permiso. Al fin y al cabo, ni siquiera había faltado al trabajo cuando nació su hijo y llevaba años sin tomarse unas vacaciones. No se quedaría en América las tres semanas que duraba la gira, se volvería en el viaje de regreso del Titanic a Southampton dos días después de llegar, así no estaría demasiado tiempo fuera de casa.

La despedida había sido muy triste, hasta el último momento su madre le había dicho que no le importaba quedarse con ella, que no quería dejarla sola… Pero ella no iba a permitir que ninguno de los tres se perdiera un viaje tan genuino. Ella podría ir en otra ocasión,

más adelante, aquel era el viaje inaugural, habría muchos más, repetía Kathleen, más para convencerse a sí misma que a su familia.

El puerto estaba abarrotado de gente, tanto pasajeros como curiosos, que no querían perderse aquel acontecimiento histórico. El tan anunciado primer viaje del RMS Titanic partiría de Southampton hacia Nueva York en breves instantes y ella no iba a poder embarcar. De pronto la puerta del coche se abrió y una cabeza rubia se asomó al interior. Era Will, *su* Will.

—¡Vamos! ¿Qué haces aún ahí sentada? ¡Tenemos que embarcar! —dijo con impaciencia.

—¡No puedo ir! Me ha sido imposible avisarte —explicó Kathleen con pesar, frustrada al no haber podido contactar con Will—. Hace dos días tuve una caída y soy incapaz de caminar ni mover el brazo derecho... Mi hermano va en mi lugar —dijo con un dolor insoportable en la garganta mientras trataba de no llorar.

Las gestiones previas al viaje a Nueva York habían mantenido ocupado a Will en la sede de la American Line en Londres los últimos tres días, por lo que desconocía todo lo ocurrido.

—¡¿Cómo?! —Will parecía realmente contrariado. Bajó la mirada y vio la pierna de Kathleen apoyada sobre el asiento. El entusiasmo de hacía tan solo un momento se tornó en pesar. Todos sus planes se habían ido al traste en un segundo—. Tienes que venir, buscaremos una muleta y yo te ayudaré a moverte por el barco —dijo desesperado, tratando de buscar una solución.

—No puedo, Will —dijo llorando ya abiertamente—, no me hagas esto aún más difícil. El barco está lleno de escaleras, no podré disfrutar de casi ninguna actividad de las que se realicen en el barco y además sería una carga para todos vosotros. Ni siquiera tengo mi equipaje. Tendrá que ser en otra ocasión, habrá más viajes —dijo con un hilo de voz y llevándose un pañuelo a la cara para enjugar sus lágrimas.

—Maldita sea, Kathleen, este viaje no va a ser lo mismo sin ti… Esto no entraba en mis planes… —se quejó desilusionado mientras palpaba los distintos bolsillos de su chaqueta.

Por fin, pareció encontrar lo que buscaba y extrajo una cajita de terciopelo azul del bolsillo interior. Kathleen se quedó sin aliento, ¿era aquello lo que parecía?

—Kathleen, no puedo esperar a volver de este viaje —dijo abriendo la cajita y mostrando una sencilla sortija de oro en la que brillaba un pequeño diamante. —Había pensado hablar con tu padre durante la travesía y esperaba darte este anillo en algún momento especial del trayecto. ¡Maldita sea! —profirió mientras la miraba con una sombra de duda que oscurecía sus ojos azules.

Kathleen seguía sin poder respirar, se había quedado con la boca

abierta mirando el anillo que él le ofrecía. ¿Era posible ser tan afortunada como ella? ¿El hombre más encantador y adorable del mundo acababa de pedirle que se casara con él? En realidad no se lo había pedido con palabras, pero el gesto había sido lo suficientemente elocuente como para que a ella no le quedara ninguna duda. Estos americanos…

—¿Y bien? —dijo impaciente, sin perder la expresión preocupada de su rostro. Su silencio lo estaba matando.

Ella tomó aliento antes de contestar e intentó enfocar a su amado entre las lágrimas que impedían que lo viera con claridad. Por fin, habló.

—William, desde luego que esta no es la petición de mano más romántica de la historia —dijo sonriendo—, pero no podría imaginar una despedida mejor para un día como hoy.

Él sonrió mostrando su preciosa dentadura blanca y acercó su cabeza para darle un cálido beso en los labios. Fue un momento demasiado breve, Kathleen se hubiera quedado atrapada en ese beso toda la eternidad, pero Will se separó de ella.

—¿Eso es un sí? —inquirió demandando una respuesta explícita y clara por su parte. Al contrario que los ingleses, necesitaba la sencilla certeza de un escueto «sí».

—¡Sí! ¡Claro que sí! ¡Creo que te habría dicho que sí si me lo hubieras pedido el día que nos vimos por primera vez en la calle Bargate! —exclamó riendo y llorando a la vez.

Will rio por la ocurrencia de Kathleen, aunque en el fondo de su corazón sabía que había existido una conexión especial entre ellos cuando sus miradas se cruzaron aquel día. Entonces se puso serio.

—Debo irme —dijo William con voz ronca—, nos veremos a mi regreso. Te amo, Kathleen Wilkes.

—Te amo, William Clark.

Él cerró la puerta y se perdió entre la gente. Ella no pudo verlo desde donde estaba, pero sabía que en breves instantes estaría cruzando la pasarela que lo llevaría hacia la cubierta del barco.

Por un momento dio la impresión de que el silencio se apoderara del pequeño habitáculo en el que se encontraba. Había un eco sordo de voces que provenía del exterior, pero Kathleen no parecía escuchar nada.

Te amo, Kathleen Wilkes.

La frase resonaba insistentemente en su cabeza una y otra vez. Aparentemente esa especie de mantra había ahuyentado el dolor tan insoportable que le recorría el lado derecho de su cuerpo, desde el tobillo horriblemente deformado hasta su hombro amoratado y fuera de su sitio.

Se quedó unos minutos más en el puerto, mirando su delicada

sortija y sonriendo como una boba mientras recordaba de nuevo la conversación con Will. De repente, el estruendo causado por la bocina del trasatlántico la sacó de su ensoñación y levantó la mirada hacia el mismo. Eran casi las doce, pronto zarparían sin ella. A pesar del júbilo que sentía por la petición de mano de Will, una punzada de dolor traspasó su corazón, dejando en él un vacío insoportable.

Estaba a punto de echarse a llorar de nuevo cuando percibió con el rabillo del ojo una presencia fuera del coche. Levantó la mirada y vio a Alfred Slade.

—Alfred, ¿qué haces en tierra? Tú deberías estar alimentando las calderas del barco ahora mismo… Mi hermano me dijo que os habían contratado a los tres hermanos —dijo Kathleen algo dudosa, pensando en que los fogoneros deberían llevar horas dentro del barco, preparando la partida.

—Sí…, nos *habían* contratado, pero me temo que van a prescindir de nuestros servicios —informó Alfred quitándose la gorra y rascándose la cabeza pensativamente. —No nos han permitido embarcar, hemos llegado demasiado tarde y demasiado *alegres*… Mis hermanos y yo hemos estado en el Grapes hasta las doce menos diez celebrando que mañana es mi cumpleaños y, bueno, creíamos que llegaríamos a tiempo. Podesta y Nutbean también estaban con nosotros, aunque ellos sí pudieron embarcar porque cuando veníamos de camino al muelle, cruzaron delante de un tren, pero nosotros esperamos a que pasara y ese tiempo que hemos perdido ha sido fatal. Retiraron la pasarela para subir al barco y por más que gritamos no nos dejaron subir. Maldición, mi madre nos va a matar —soltó atropelladamente Alfred, haciendo llegar hasta Kathleen su aliento cargado de alcohol.

Kathleen miró más allá de Alfred y echó un último vistazo al gigantesco transatlántico a modo de despedida mientras se alejaba del puerto lenta y majestuosamente.

—¿Quieres que te llevemos a casa? —se ofreció Kathleen, intentando alejar de su mente los pensamientos tristes que la acosaban.

Peter no disimuló su disgusto ante tal ofrecimiento y resopló sonoramente. Alfred dudó.

—¿Y tus hermanos? ¿Dónde están? —se interesó Kathleen.

—Van camino de la calle Oxford, han decidido regresar al Grapes. Prefieren estar borrachos para cuando tengan que volver a casa y recibir la reprimenda de mi madre.

—Vamos, sube, te llevamos a casa.

—No vivo muy lejos, Kathleen, puedo ir andando, no quiero ser una molestia.

—No es molestia, me temo que necesito algo de compañía para no

pensar.

A Peter le dio un sospechoso ataque de tos que pretendía disuadir a Kathleen de sus intentos por convencer a Alfred, pero este finalmente aceptó la invitación y entró en el coche.

—Me temo que tendré que ser yo el que le explique a madre lo que ha pasado.

Kathleen pensó que Alfred era un buen hombre, el más responsable de los hermanos, a pesar de ser el menor.

—¿Cuál es tu dirección, Alfred?

—El veintiuno de la calle Chantry.

No fue necesario pedir a Peter que se pusiera en marcha, enseguida encendió el motor y se dirigió a la casa de los hermanos Slade. Por el camino, Kathleen le contó que ella tampoco había podido embarcar por haberse caído y estar lesionada y terriblemente dolorida. Pronto llegaron a la casa de Alfred y Kathleen se sorprendió al ver que, a pesar de ser un edificio bastante modesto, la parte delantera poseía un precioso jardín, primorosamente cuidado. La primavera empezaba a mostrar su colorida faz en aquel pequeño pedazo de tierra cuajado de flores y plantas ornamentales. Kathleen también pudo apreciar que tanto las ventanas de la planta baja como las de la primera planta estaban engalanadas con vistosas macetas de flores de llamativos colores.

—¡Vaya, Alfred, tu madre es una excelente jardinera! —exclamó Kathleen con admiración—. Tenéis un jardín precioso.

—No es mi madre la que cuida el jardín —dijo Alfred en un susurro bajando la mirada algo cohibido.

—¿Eres tú el creador de este rincón tan encantador? —preguntó Kathleen con una amplia sonrisa y con su cerebro trabajando a toda velocidad.

Alfred levantó la vista y movió la cabeza lentamente asintiendo con una tímida sonrisa en sus labios.

—Ah, qué maravilla. —Kathleen hizo una pausa disfrutando de la emoción que siempre le embargaba antes de compartir una información que sabía que podría cambiar la vida de dos personas—. Pues hace poco vi en la biblioteca unos libros sobre jardinería interesantísimos. Libby podría ayudarte a encontrarlos y seguro que te ofrece la posibilidad de traértelos en préstamo para consultarlos.

Kathleen se detuvo unos instantes para observar la reacción de Alfred, que había clavado los ojos en ella con una intensidad que confirmaba sus sospechas: Alfred seguía interesado en Libby. A Kathleen siempre le había ilusionado emparejar a sus conocidos pero ahora que estaba enamorada, veía todo con un brillo especial y deseaba que sus seres queridos sintieran el mismo júbilo que invadía todo su ser.

—¿Sabías que Libby es una gran amante de la botánica y la jardinería? —preguntó Kathleen con una expresión totalmente cándida e inocente en su rostro.

Acababa de lanzar otra de sus semillas a una tierra fértil y bien abonada.

SEGUNDA PARTE
LA DESOLACIÓN

CAPÍTULO 10

Kathleen parpadeó pesadamente un par de veces antes de abrir los ojos aquella mañana. Durante unos segundos, puede que nueve o diez, se sintió como una persona normal, alguien que tenía una vida con las tribulaciones habituales del día a día, pero que podía considerarse incluso feliz. Sin embargo, en el segundo once o tal vez doce, como cada amanecer de las últimas semanas, todo el horror de lo sucedido hacía ya un mes acudió a su mente. Los rostros de sus seres queridos fallecidos en el naufragio acudieron uno tras otro a sus pensamientos. De repente volvió a sentir ese golpe en las sienes, esa punzada de dolor en el corazón y ese vacío en las entrañas. Sus ojos, irritados e hinchados de manera permanente, se llenaron de lágrimas de nuevo y unos gemidos silenciosos estremecieron su pecho una vez más. Desde aquel aciago quince de abril, en el que empezaron a llegar noticias confusas sobre lo sucedido al barco que debía llevar a su familia y a Will a Nueva York, su vida había dado un giro de ciento ochenta grados. De la noche a la mañana había pasado de tener unos padres adorables, un hermano al que quería con locura y un hombre con el que había descubierto lo que era el amor, a la nada. La nada más absoluta. Violet, Robbie y ella se habían quedado solos en el mundo. Su familia se había quedado reducida a ellos tres. Pero el modo en el que habían afrontado las pérdidas Violet y ella era bien distinto. Violet, pasado el impacto inicial, se había construido una máscara de imperturbabilidad que sacó a la superficie la conocida flema británica por la que tan populares eran los ingleses. No volvió a llorar ni a emocionarse delante de Kathleen ni de Robbie y trató de comportarse de la manera más fría posible, sin mostrar pena ni dolor. Kathleen no la entendía, al menos no al principio. Sabía que Violet amaba muchísimo a su hermano, pero durante las primeras semanas Kathleen se preguntó cómo no andaba llorando por las esquinas y cómo podía hacer como si nada pasara… Hasta que una noche, en la que Kathleen no podía dormir, se levantó a buscar un libro a la biblioteca de su padre. Cuando pasó por delante de la habitación que un día fuera de

su hermano y su cuñada, escuchó unos sollozos que al poco tiempo se convirtieron en un llanto desconsolado. Violet no era de piedra ni se había quedado sin corazón, pensó, simplemente escondía su angustia, ya que Kathleen soportaba una mucho mayor que la de ella misma y Robbie, aunque un bebé aún podría percibir ese dolor, algo que Violet quería evitar a todas luces.

Tras unos instantes de toma de conciencia en los que volvió a su cruda realidad, hizo un esfuerzo sobrehumano por levantarse de la cama. Violet le había hecho prometer que iría a Londres con ella y con Robbie para asistir al concierto en memoria de la Orquesta del Titanic. Muchas familias de Southampton asistirían como homenaje a sus propios familiares difuntos. La familia de Kathleen no era la única afectada, de hecho no había nadie en Southampton que no hubiera perdido a algún pariente, amigo o conocido en la tragedia. De los casi novecientos miembros de la tripulación del transatlántico, más de setecientos eran vecinos de Southampton, de ahí que la ciudad se hubiera convertido de pronto en un lugar marcado por la desgracia.

Kathleen se puso un vestido negro que se le había quedado ancho en apenas dos semanas desde que lo confeccionaron. Dormía durante muchas horas del día y casi no comía. Si su madre la viera, ella que siempre había insistido en que se alimentara bien, recordándole que cuando era tan solo un bebé recién nacido no llegaba a las cuatro libras y media de peso, le daría una apoplejía. Después de recogerse el pelo, se dedicó a preparar una pequeña maleta y finalmente bajó las escaleras con cuidado. Su tobillo y su hombro estaban ya totalmente recuperados, pero cada vez que bajaba las escaleras le venía a la cabeza todo lo sucedido, el día de su caída y los sucesivos. Era una verdadera tortura. La casa estaba totalmente en silencio. Imaginó que Violet habría salido a algún recado con Robbie porque no se escuchaba su particular parloteo infantil. Entró en la cocina y encontró a Margie con los codos apoyados sobre la mesa, sujetándose la cabeza con ambas manos, como si fuera la piedra más pesada de la tierra, su mirada perdida en los posos del té que seguramente se habría bebido hacía largo rato. Al notar la presencia de Kathleen se sobresaltó ligeramente y parpadeó sorprendida al verla vestida totalmente de negro y dispuesta a salir.

—Buenos días, tesoro —saludó mientras se levantaba y cogía la tetera para servirle un té–. ¿Vas a salir?

—Preferiría no hacerlo, pero no me queda otro remedio. Mañana es el concierto por los músicos de la Orquesta del Titanic y Violet quiere que vayamos, me hizo prometerle que iríamos. Además me comprometí con Patrick a verlo la primera vez que tocara en el Royal Albert Hall. Jamás pensé… —Suspiró tratando de coger fuerzas para no llorar—. Jamás pensé que asistiríamos a un concierto como este —

concluyó con un nudo en la garganta tan doloroso que le ardía.

Margie no dijo nada. No podía, tenía los ojos anegados en lágrimas. Tomó aire por las fosas nasales y lo soltó por la boca lentamente, tenía la nariz colorada y el sufrimiento reflejado en cada una de las arrugas que surcaban su rostro. Pasó su mano por la espalda de Kathleen tratando de transmitirle consuelo y esta se giró y la abrazó con fuerza. Sus cuerpos convulsionaron por el llanto y así permanecieron, abrazadas, destrozadas, durante una eternidad.

Violet había planeado el viaje a Londres con la idea de sacar a Kathleen del letargo en el que parecía haber entrado. A pesar de todo el sufrimiento que soportaba, no solo por la muerte de Rob, sino también por Robert y Emily, quienes la habían tratado como a una hija y a quienes ella veneraba, era muy consciente de la situación en la que se encontraban Kathleen, Robbie y ella. Violet y Robbie habían heredado los ahorros de Rob, que no eran excesivos, pero les permitirían vivir con holgura durante unos meses; también habían heredado la casa en la que vivían, puesto que en realidad era la herencia de Rob, que pasaba a Robbie, como sucesor suyo. Además, Robert, durante sus mejores años como solista, había amasado una pequeña fortuna que ahora pasaría a Kathleen y a Robbie a partes iguales. Dicha cantidad, nada desdeñable, serviría para mantener la casa y a sus empleados durante un par de años, quizás tres. Por último, el apartamento de Londres había sido legado a Kathleen, quien, al enterarse, se emocionó pensando que quizás su padre tenía la esperanza de que algún día ella se estableciera en Londres para ejercer su profesión de compositora y poder asistir a los teatros donde se interpretaran sus obras. Violet tenía claro que todo ese legado, la casa y el apartamento, junto con los sirvientes, había que mantenerlo y eso requería dinero. Por otro lado, el capital heredado tarde o temprano se agotaría y, a día de hoy, ninguna de las dos tenía trabajo. Violet pensaba que quizás ella estaría igual de abatida que Kathleen, postrada en una cama y sin una percepción clara de lo que ocurriera a su alrededor, si no tuviera un hijo. Pero ese no era el caso, ella tenía a Robbie, que cada día la hacía más y más consciente de que debía luchar por sacarlo a delante y ayudarlo a que se labrara un futuro.

Por suerte, sus padres regentaban un negocio bastante próspero y muy bien situado en la zona más céntrica y comercial de Southampton, cuyo puerto era la vía principal por la que conseguían todos sus productos. Lo que en un principio fuera un colmado donde se despachaban principalmente productos alimenticios y carbón se convirtió con los años en una elegante tienda en la que se vendían todo tipo de artículos, desde perfumes procedentes de Francia o vino de España y Portugal a libros o incluso muebles de cualquier parte del continente. Pero, sin duda, lo que más clientela atraía eran las telas de

orígenes diversos que llegaban al puerto de Southampton y, cuyos precios, los padres de Violet habían aprendido a negociar y conseguían por costes muy ajustados. Se hacían con tejidos de gran calidad que posteriormente vendían casi en exclusiva. Ello propició que no solo tuvieran clientes de la propia ciudad sino de los alrededores. Incluso modistas de Londres les encargaban los géneros más exclusivos para sus creaciones.

Violet sabía que podría trabajar como dependienta en cuanto Robbie creciera un poco más, aunque su verdadera pasión era la costura. Antes de que la desgracia, como solía referirse al naufragio, se adueñara de sus vidas, deseaba diseñar sus propias confecciones y hacerse un nombre como modista. Ahora eso había dejado de importarle y su única motivación era asegurar el bienestar de su hijo. Y ella no era la única que debía trabajar, Kathleen también tendría que hacerlo, ya que su matrimonio con Will no iba a poder materializarse. Por ello, Violet tenía la esperanza de que el viaje a Londres ayudara a Kathleen a tomar algo de distancia, a que saliera de ese encierro que ella misma se había impuesto y su ánimo se levantara un poco al visitar la capital y ver a Patrick.

Cuán equivocada estaba.

El viaje ya comenzó mal cuando, al entrar en el vagón que debían ocupar para ir a Londres, comprobaron que todos los pasajeros iban vestidos de luto. Parecía como si todos los familiares de los desaparecidos o fallecidos en el naufragio hubieran decidido asistir al concierto y además coger el mismo tren que ellas. Para Kathleen fue muy impactante ver aquella imagen que era la viva representación de los estragos causados por la tragedia entre los vecinos de su ciudad. Acababa de sentarse en su asiento cuando sintió el calor de una pequeña mano en su hombro. Era Stacy, desde los primeros y confusos días en los que aún tenían esperanzas de que hallaran a sus familiares con vida, no se habían visto. Stacy había perdido a su hermano Logan, uno de los tantos ingenieros que lucharon hasta su último aliento por mantener el Titanic iluminado hasta el mismo momento en que se hundió. Kathleen y ella intercambiaron miradas cómplices, como solo aquellas personas que han perdido a un ser amado pueden hacerlo. La alegre y, a veces, hasta frívola Stacy, ya no estaba. Allí, de pie, Kathleen veía a una mujer sin luz, pálida y con oscuras sombras bajo los ojos que la miraba con una profunda y sincera conmiseración. Stacy comprendía mejor que nadie lo que era perder a un hermano, mas no podía evitar conmoverse por la situación tan desgarradora por la que debía estar pasando su amiga, pues había perdido también a sus padres y a su primer amor. No pudo decirle nada, se limitó a darle un apretón en el hombro que pretendía transmitir todo el cariño que sentía por ella y que sabía que no le serviría de nada. Las heridas del

corazón de Kathleen eran tan profundas que no les llegaba siquiera un gramo de consuelo.

Durante el trayecto, que Kathleen vivió como un verdadero tormento, no se escuchó ni una sola palabra. Ni siquiera Robbie emitió el más mínimo sonido, durmió casi todo el viaje y, desde su sensibilidad infantil, parecía entender que debía guardar un respetuoso silencio para no perturbar a aquellas condolidas almas. Cuando llegaron a Londres, Violet, Robbie y Kathleen se instalaron en el apartamento que ahora pertenecía a Kathleen y en el que Patrick estaba viviendo. Él se había mudado temporalmente a la casa de un compañero de la orquesta para dejarles espacio esos días. Los padres de Violet las habían acompañado para cuidar de Robbie en el más que probable caso de que llorara o se cansara durante el concierto del día siguiente. Ellos preferían alojarse cómodamente en un hotel, por lo que no fueron con ellas al apartamento. En cambio, Patrick estaba allí para recibirlas. Kathleen y él se habían reencontrado cuando Patrick desembarcó en el puerto de Southampton tras la gira americana con la Orquesta Sinfónica. En esas fechas, de sobra eran conocidas las aciagas noticias de la desaparición y más que segura muerte de Emily, Robert, Rob y Will. Aquel primer encuentro hizo que la despedida de Kathleen y Patrick cuando este se trasladó a Londres pareciera una broma. En aquel momento ellos creyeron que estaban tristes, mas la tristeza, la que se escribe con mayúsculas y es amiga de la desdicha, el desaliento y la angustia, les mostró aquel quince de abril que nunca se debe subestimar el alcance del sufrimiento humano.

Patrick, a pesar de su semblante poco expresivo, no pudo disimular la impresión que le causó ver a Violet y a Kathleen vestidas completamente de negro. Cuando las visitó en Southampton tras la tragedia, ellas aún no se habían puesto el luto, con la esperanza de que llegaran noticias halagüeñas de alguno de sus seres queridos. Pero el tiempo pasaba, las noticias no llegaban y sus nombres acabaron apareciendo en una lista de desaparecidos. Jamás encontraron sus cuerpos.

—Me alegro de que hayáis venido —dijo Patrick haciendo un esfuerzo por sonreír, aunque fracasó.

—Nosotras también —manifestó Violet por las dos, a pesar de que sabía que Kathleen lamentaba profundamente haber cumplido su promesa.

—Si hubiera sabido que tu primera actuación en el Royal Albert Hall era por este motivo, jamás te habría prometido que vendríamos —dijo Kathleen débilmente.

—Eso no habría impedido que ocurriera la desgracia —replicó Violet con lucidez, sin dar tregua a su cuñada. Tenía que aceptar lo sucedido.

—Por favor, pasad y acomodaos —invitó Patrick para tratar de relajar los ánimos—. Déjame que coja a este muchachito. ¡Qué grande te has puesto desde que no te veo!

Patrick cogió a Robbie en brazos y lo elevó hacia el cielo, en un gesto que solía hacer muy a menudo el padre del niño. Kathleen y Violet intercambiaron miradas llenas de significado y de recuerdos tan tiernos como dolorosos. Patrick se quedó con ellas unos minutos más, pero pronto se marchó, alegando que debía preparar su atuendo para el día siguiente. Lo cierto es que deseaba salir de allí, de repente el aire del apartamento parecía sofocante, las pareces se habían estrechado y la desolación de Kathleen parecía haberlo invadido todo. No soportaba verla así y no sabía cómo consolarla. A eso se añadía el hecho de que él no supiera cómo gestionar su propia pena. Lamentaba la muerte de todos, pero la pérdida de Robert era la que más le afligía. Sentía que había muerto el padre que siempre quiso tener. Su padre había tratado a su manera de cuidar de él, atendiendo a sus necesidades más básicas como darle alimento, ropa o un techo donde cobijarse, aunque no siempre conseguía cumplir esas tres tareas a la vez. En cambio Robert había hecho de él el hombre que era ahora. Todo lo que tenía y lo que era hoy en día se lo debía a él. Desde que entrara en su vida, Robert le había dedicado su tiempo, le había transmitido sus conocimientos y le había dado el regalo más grande que uno puede recibir: había creído en él. Había visto en aquel niño escuálido de pelo color calabaza al músico que era hoy. Con paso lento, la mirada en el suelo, las manos en los bolsillos y las mejillas llenas de lágrimas, Patrick se alejó del apartamento como si así pudiera alejarse de la congoja que ya siempre le acompañaría.

♪♫♪♫♪♫♪♫♪♫♪

Al día siguiente, viernes veinticuatro de mayo, «la orquesta más grande jamás congregada», como la calificaban los carteles desplegados por toda la cuidad, iba a tocar a las tres de la tarde en el majestuoso Royal Albert Hall. Una Kathleen agotada física y mentalmente se encaminó a la sala de conciertos acompañada por Robbie, Violet y los padres de esta. Estaba abrumada por hallarse entre tanta gente, había pasado de la soledad de su habitación a estar rodeada por cientos de personas en apenas unas horas. Violet la observaba mientras avanzaban entre la muchedumbre y empezaba a sospechar que quizás no había sido tan buena idea acudir al concierto al fin y al cabo. Kathleen caminaba con la mirada perdida pero no veía nada. Violet la llevaba cogida del brazo para poder dirigirla hacia la entrada del teatro. Por fin entraron y se ubicaron en un palco. Días antes del concierto, Kathleen había recibido una misiva de Edward Elgar con cuatro entradas para el concierto junto con una sentida nota en la que le transmitía sus condolencias por la muerte de su padre y

expresaba su profunda admiración por él. Gracias a esas entradas, Kathleen se encontraba en el palco algo menos agobiada por no tener que sentarse en el patio de butacas rodeada de tanto público. Una vez allí empezó a tomar consciencia de dónde estaba y pudo observar con detenimiento lo que había a su alrededor. Lo que más llamó su atención fue el enorme toldo de lona que colgaba de la cúpula del teatro como una gran campánula que, sin duda, habrían colocado para mejorar la acústica de la sala. El auditorio estaba pintado en un intenso color carmesí combinado con adornos en oro y pizarra, y la galería estaba cubierta con pesadas cortinas rojas. Estaba lleno a rebosar, sus más de siete mil butacas estaban ocupadas en su totalidad, parecía que nadie quería perderse un acontecimiento semejante. Kathleen contemplaba todo aquello con el corazón encogido. Ojalá no hubiera venido, ojalá no hubiera *tenido* que venir, ojalá no hubieran tenido que celebrar un concierto como aquel… Los músicos empezaban a ocupar sus asientos y ella aguzó la vista en un intento vano por ver a Patrick sobre el escenario. Uno a uno, los cuatrocientos setenta y tres músicos de aquella singular orquesta se colocaron en sus puestos a la espera de comenzar el recital. Se trataba de artistas de siete orquestas londinenses, entre ellas la Sinfónica, y completaron el conjunto con músicos pertenecientes a la Asociación Orquestal de Londres. Ver a tanto músico en un mismo escenario, formando aquella magnífica orquesta fue algo conmovedor para Kathleen. Al fin, dio comienzo el concierto con la interpretación de la contralto Madame Ada Crossley de la obra de Mendelssohn *Oh Rest in the Lord*. Aquella primera pieza musical sobrecogió a Kathleen, que empezó a luchar contra el nudo de su garganta para que no subiera hasta sus ojos y resbalara por sus mejillas en ríos de lágrimas. El resto del programa consistía en solemnes piezas orquestales de Tchaikovsky, Wagner, Sullivan, Chopin o el propio Elgar. Los directores de las siete orquestas participantes se iban turnando para dirigir a los músicos y cuando le tocó el turno a Edward Elgar, Kathleen no pudo contenerse más y rompió a llorar. Entendió que Elgar estaba haciendo su particular homenaje a su padre cuando un solo de piano empezó a sonar con las notas del primer movimiento de la sonata número veintiuno D960 de Franz Schubert, la favorita de Robert. Tras esta pieza, se pudieron escuchar, entre otras, *In Memoriam* de Arthur Sullivan y la Marcha Fúnebre de Chopin. Sin embargo, lo más emotivo y desgarrador que se vivió aquella tarde fue cuando la orquesta empezó a tocar *Nearer, My God, to Thee* y todo el auditorio, como si de una congregación se tratase, se levantó de su asiento para cantar juntos la que fue la última canción que la orquesta del Titanic tocó antes de que las aguas se llevaran definitivamente a aquellos ocho heroicos músicos al fondo del océano.

Lágrimas de fuego quemaban sus mejillas cargadas de la más profunda desolación. Kathleen movía los labios, pero no emitía sonido alguno.

Nearer, my God, to Thee, nearer to Thee!
E'en though it be a cross that raiseth me,
still all my song shall be,
nearer, my God, to Thee,
nearer, my God, to Thee, nearer to Thee!

CAPÍTULO 11

Southampton, 18 de agosto de 1912

Violet se encontraba cambiando el pañal de Robbie en su habitación cuando escuchó un sonido extraño que provenía del dormitorio de Kathleen. Lo primero que le vino a la cabeza fue la imagen de un montón de pesados libros cayendo sobre la alfombra, pero aquello no parecía tener sentido. Preocupada, decidió ir a averiguar qué había pasado. Con Robbie en brazos, abrió la puerta del dormitorio con la mano derecha y un grito de pavor escapó de sus labios. Kathleen estaba tirada en el suelo, inconsciente, pero con una expresión en el rostro que aterrorizó a Violet. Tenía los labios blancos y la boca entreabierta como si intentara coger aire, pero sin conseguirlo. Peter apareció en la puerta de la habitación jadeando y con los ojos desorbitados por el asombro. Se acercó rápidamente a Kathleen, la tumbó boca arriba, acercó su rostro a la cara y después al pecho.

—Parece que no respira, Peter, mira sus labios, están blancos y ella está muy pálida… parece… —Violet no pudo seguir, empezó a sollozar abrazando a su hijo con fuerza sin darse cuenta de lo que hacía, ya que Robbie se asustó y empezó a llorar.

—Sí respira, no te preocupes. Llamaré al médico, solo parece que se ha desmayado —improvisó Peter, que estaba aún más asustado que Violet porque había notado que la respiración de Kathleen era muy débil.

Peter se cruzó en las escaleras con Margie, que subía con dificultad debido al peso de su voluminoso cuerpo.

—Kathleen está inconsciente en el suelo, voy a traer al médico. Busca las sales e intenta que se despierte. —Peter se encontraba ya abriendo la puerta—. ¡Y cuando lo consigas, dale algo de comer o beber!

Margie se quedó en mitad de la escalera dudando entre subir o bajar. Al final su cerebro consiguió procesar la información recibida y volvió sobre sus pasos para buscar las sales. Cuando llegó al

dormitorio de Kathleen, vio a Violet en el suelo junto a ella, tratando de sujetar con un brazo la cabeza de Kathleen y con el otro a Robbie.

—Levanta del suelo, criatura. Yo me encargo —ordenó diligentemente Margie mientras ayudaba a Violet a levantarse del suelo.

No sin dificultad, Margie se arrodilló junto a la cabeza de Kathleen y le acercó un frasco de sales a la nariz mientras le daba palmaditas en la cara.

—¡Vamos, tesoro! ¡Despierta! ¡No asustes a esta pobre vieja!

Kathleen empezó a mover la cabeza de lado a lado y después de hacer un gran esfuerzo consiguió abrir los ojos. Al principio no parecía poder enfocarlos en nada, hasta que por fin se encontró con los ojos de Margie.

—¿Qué te ha pasado, criatura? —preguntó Margie con ternura.

—Creía que me moría, Margie —confesó Kathleen casi sin aliento y con una expresión de profunda angustia en los ojos.

—Kathleen, ¿te has asustado porque creías que te estabas muriendo? —preguntó Violet.

Kathleen movió la cabeza afirmativamente mientras tomaba aire por la nariz.

—¿Tenías miedo de morir? —insistió Violet.

—Mucho —confesó escuetamente Kathleen.

Y en ese momento Violet empezó a llorar desconsoladamente. Cuando volvieron del concierto de Londres todo fue a peor, ya que el estado de abatimiento de Kathleen se agravó considerablemente. Se negaba a salir de su dormitorio y llegó un momento en el que ni siquiera quería levantarse de la cama. Apenas comía y casi ni lloraba, pasaba las horas ausente y había perdido el interés por tocar el piano o componer. Las cortinas de su habitación cubrían en todo momento las ventanas, solo deseaba que la oscuridad la envolviera y sumirse en un profundo sueño durante largas horas, quizás para siempre. Dormir la hacía olvidar, no pensar, no sentir. Si dormía no padecía ese agudo dolor en el pecho ni ese vacío en su interior. Si dormía, incluso podía tener la suerte de soñar con sus seres queridos y abrazarlos de nuevo y pedirles que no se marcharan jamás de su lado. Se había negado a recibir visitas y sus amigas solo podían hablar con Violet porque ella no quería hablar con nadie. Violet se sentía impotente y sobrepasada por la situación pues no sabía cómo ayudar a su amiga, que parecía cada vez más alejada de la realidad. Violet no se lo había confesado a nadie, pero en el fondo de su corazón sentía que Kathleen había decidido dejar de luchar y que deseaba reunirse con sus seres queridos. Por eso, cuando escuchó que Kathleen había sentido miedo de morir experimentó un profundo alivio.

Después de lo que pareció una eternidad Peter y el doctor Anderson

llegaron a la casa. El galeno comprobó sus constantes vitales y pidió a los allí presentes que le ayudaran a trasladar a la enferma a su cama. En el trayecto desde su domicilio a la casa de los Wilkes, Peter había informado al doctor del estado en el que se encontraba Kathleen desde hacía varios meses, por ello pidió a los presentes que lo dejaran a solas con su paciente. Todos asintieron comprensivamente y abandonaron la habitación.

Una vez a solas, el doctor se sentó en la cama junto a Kathleen. La había visto crecer, había tratado todas sus enfermedades infantiles e incluso había ayudado a sus padres a arrancarle algún que otro diente de leche. Sentía un gran cariño por aquella niñita pelirroja que ya era toda una mujer y ahora, además, sentía una gran compasión por ella. Elevó las manos hasta su rostro y le dio un cariñoso apretón en las mejillas. El doctor sonrió. Kathleen no. Aquello no era bueno. Kathleen era la persona más alegre y risueña que él había conocido y ahora tenía mucho trabajo por delante hasta conseguir que recuperara aunque fuera una mínima parte de la persona que había sido.

—¿Qué ha pasado, pequeña Kathleen? —preguntó finalmente el doctor con una ternura inmensa en su mirada.

—Creo que me he mareado y me he caído al suelo —dijo casi sin aliento.

—¿Y antes de eso?

—Antes de eso… sentí que me ahogaba. Yo trataba de respirar, abría la boca, tomaba aire, pero por más que lo intentaba parecía que no conseguía hacerlo llegar a mis pulmones. Sentía que el corazón se me iba a salir del pecho, latía muy deprisa, me ahogaba, me levanté para pedir ayuda y percibí un hormigueo en las manos, las miré y me di cuenta de que estaban agarrotadas, intentaba mover los dedos y no podía, intenté moverme y el cuerpo no me respondía. En ese momento sentí un fuerte dolor en el pecho, como si una aguja enorme me atravesara desde el pecho hasta la espalda, sentí que iba a morir en ese mismo instante, se me nubló la vista y creo que caí al suelo.

—¿Te había ocurrido esto alguna vez o esta ha sido la primera?

—En dos ocasiones me pasó algo parecido, pero no llegué a marearme.

—¿Y cómo lo superaste? —El doctor estaba intrigado, le resultaba muy difícil asimilar que ella hubiera vivido un episodio parecido y no hubiera pedido ayuda.

—Abrí las ventanas, intenté respirar aire fresco, traté de pensar en otra cosa…

Lo último que dijo arrojó algo de luz a la explicación que el doctor trataba de dar a lo sucedido.

—En las tres ocasiones en las que has sufrido esta especie de «ataque», ¿en qué estabas pensando?

—Yo… —Kathleen no sabía si debía responder a esa pregunta—. Yo pensaba en…

—Cuéntamelo, Kathleen, yo no voy a juzgarte, tienes derecho a sentir y a pensar lo que quieras. Soy tu médico desde que eras un bebé, confía en mí.

Kathleen trató de tomar aire, pero aún le costaba llevar a cabo esa sencilla tarea. Se esforzó por poner en orden sus pensamientos y darle nombre a todo lo que bullía en su interior.

—Yo pienso mucho en mis padres, en Rob y en Will. Me vienen a la mente imágenes terribles de ellos hundiéndose en el agua o muriendo de frío al caer al mar. Dijeron que mucha gente no murió ahogada, sino por congelación… Sufro de pensar en la forma en la que murieron. No puedo quitarme eso de la cabeza.

—Sabes que pensar en eso te hace daño, ¿verdad?

Kathleen asintió.

—Y también sabes que todo lo que piensas es fruto de tu imaginación. Ninguno sabemos lo que ocurrió realmente y puede que ninguno de ellos sufriera antes de morir. Después de la tragedia del naufragio, muchos médicos y expertos han aportado estudios sobre cómo los pasajeros del barco pudieron perder la vida. La mayoría de ellos concluyen que las personas que cayeron al agua pudieron sobrevivir apenas unos pocos minutos y casi no fueron conscientes de que iban a morir, ya que el frío produce una especie de somnolencia que lleva al que lo sufre a un estado de sopor que lo aleja de la realidad. Si te sirve de consuelo a la muerte por hipotermia se la llama también «muerte dulce». No te tortures reviviendo una y otra vez los últimos minutos de la vida de tus seres queridos. Piensa que ellos están ahora descansando, juntos, y que allá donde estén no les gustaría verte así.

Kathleen lo miró durante unos instantes, mientras intentaba asimilar todo lo que el doctor le estaba contando. Llevaba tanto tiempo aislada y encerrada en su propio mundo que le resultaba complicado seguir el hilo de una conversación como aquella. Pensó, en un momento de lucidez, que parecía que estaba perdiendo facultades.

—Disculpe, doctor, si no le he entendido mal, usted dice que puede que no sufrieran una agonía muy larga, ¿es eso lo que ha querido decir? —preguntó Kathleen para cerciorarse de que había comprendido sus palabras.

—Efectivamente, pequeña, una vez en contacto con el agua fría, se encontrarían en un estado parecido al que sentimos antes de quedarnos dormidos y con toda seguridad no fueron conscientes de la proximidad de la muerte. No te angusties por lo que pudieron sufrir porque estoy convencido de que murieron apaciblemente.

Kathleen nunca había puesto en duda al querido doctor Anderson, pero no pudo evitar pensar que él solo quería ofrecerle consuelo con sus palabras. Sin embargo, en su interior algo le decía que debía agarrarse a ese argumento para detener esa espiral de pensamientos negativos que la estaban destrozando por dentro.

—Gracias, doctor, trataré de recordar sus palabras cuando acudan a mí todas esas imágenes horribles.

—De nada, querida —dijo el doctor palmeando su mano—, pero ahora debo ponerme serio para hablar contigo sobre el tratamiento que deberás seguir de ahora en adelante, ¿de acuerdo?

Kathleen asintió lentamente.

—Hija, esta angustia que sientes es algo que muchas familias de Southampton y de otros lugares están sufriendo debido a la pérdida de sus seres queridos. Es algo absolutamente normal que te sientas triste y abatida por haber perdido a tu familia de la noche a la mañana. No obstante, han pasado ya cuatro meses de la tragedia y no hay nada de normal en que estés encerrada aquí sin querer salir ni hablar con nadie. Esto debe cambiar y en este punto, querida niña, voy a ser inflexible. El tratamiento a partir de ahora es el siguiente: cada día te levantarás temprano y empezarás a participar en las rutinas de esta casa, si es necesario, ayudarás a Margie en la cocina, cuidarás de tu sobrino, retomarás tus prácticas de piano y saldrás a pasear al menos una vez al día. Debes alimentarte bien, no saltarte ninguna comida y, por supuesto, asearte. —Kathleen se sonrojó, no recordaba cuándo fue la última vez que se dio un baño, el doctor ignoró su bochorno y continuó—: Vendré a verte cada tres días. Si vengo y no haces progresos hablaré con Violet para ingresarte en un sanatorio…

—¡No, por favor! —le interrumpió Kathleen llena de angustia—. Se lo ruego, no me saque de mi casa, prometo que intentaré hacer todo lo que me pide…

—No te alteres, Kathleen, lo último que quiero es hacerte sufrir. No hay que llegar a esos extremos, pero así no puedes seguir, si no tomamos medidas urgentes podrías enfermar más gravemente y entonces puede que ya sea tarde… Eres muy joven, Kathleen, tienes toda una vida por delante. No eres la única persona en el mundo que ha perdido a sus padres. Piensa en todos los niños de la inclusa que tan bien conoces y que has visitado tantas veces con tus padres, ellos sí que están solos en este mundo y son criaturas totalmente indefensas. Tú eres ya toda una mujer, no puedes seguir escondida aquí, mientras tu vida pasa. Debes mirar hacia delante, estoy seguro de que la vida te tiene reservados grandes momentos de felicidad…

A esas alturas del discurso del doctor, Kathleen tenía las mejillas empapadas en lágrimas. Quería creer a su querido médico, quería pensar que el futuro guardaba para ella cosas buenas, pero era tan

difícil asimilar algo así, sin contar con sus padres, ni su hermano, ni Will… ¿Alguna vez podría volver a respirar sin sentir ese dolor en el pecho? ¿Alguna vez podría volver a sonreír?

El doctor se despidió de ella con la promesa de volver pasados tres días. Antes de abandonar la casa tuvo una charla con Violet, Margie y Peter en la que les explicó lo que debían hacer, insistiendo en que debían ser inflexibles ante las negativas de Kathleen a levantarse o salir de casa. Debían darle tiempo y llevar a cabo los cambios de manera progresiva, pero cada día debían ganar una pequeña batalla contra la apatía que sentía Kathleen. Cuando despidieron al doctor, Violet subió al dormitorio de Kathleen.

—Dios mío, Kathleen, ¡qué susto nos has dado! —exclamó nada más entrar.

—Lo siento muchísimo, Violet, perdóname, por favor… —dijo Kathleen cubriéndose la cara al echarse a llorar de nuevo.

Violet la abrazó con fuerza y le dedicó palabras de ánimo y consuelo.

—Es que me siento tan sola, Violet. No me malinterpretes, por favor, sé que os tengo a ti, a Robbie, a Margie y a Peter, pero, excepto Robbie, no me queda nadie en este mundo de mi propia sangre. Mi padre no tenía hermanos y con respecto a las hermanas de mi madre siento que tengo más afinidad con Margie que con ellas. No tengo a nadie que me cuide ni me proteja. Tú debes cuidar de Robbie y tus padres cuidan de ti, pero yo estoy tan sola…

…no me queda nadie en este mundo de mi propia sangre.

Esas palabras cayeron como un mazazo sobre Violet. De repente recordó algo que había olvidado por completo, algo que le contó Rob muchos años atrás y que había sido un secreto familiar que debía guardar hasta que Emily y Robert decidieran desvelárselo a Kathleen, la única de la familia que lo ignoraba. Con todos ellos fallecidos, Violet se preguntó si debía ser ella la que revelara una realidad que podría cambiar la vida de Kathleen para siempre…

—No estás sola, Kathleen, y todos te vamos a ayudar a salir de este pozo en el que parece que has caído. Te lo prometo.

En cuanto pudo, salió de la habitación tras darle un sentido abrazo a su amiga. Necesitaba poner en orden sus ideas y, sobre todo, consultar sus dudas con Margie y Peter para saber cómo actuar en el futuro próximo.

CAPÍTULO 12

Tras la visita del doctor, poco o nada cambió en las rutinas de Kathleen. Tanto Margie como Violet intentaban que se levantara temprano cada día, como había indicado el doctor, pero todo fue imposible. A lo largo de la jornada insistían en que saliera de la habitación y almorzara o cenara con Violet y Robbie, con igual resultado. Así que el tercer día, cuando el doctor Anderson visitó la residencia de los Wilkes, Violet tenía muy claro lo que debía hacer. Tras mantener una charla con él, ambos se dirigieron a la habitación de Kathleen. Cuando entraron en el dormitorio, Kathleen ahogó un suspiro al contemplar sus severos semblantes, que no hacían presagiar nada bueno.

—Por favor, no me ingreséis en un manicomio. Prometo que hoy mismo me levantaré de esta cama. De hecho, me voy a levantar en este instante… —dijo mientras retiraba la colcha que cubría sus piernas y apoyaba sus vacilantes pies sobre la alfombra.

Violet acudió pronta a ayudarla y la dirigió a un sillón que había frente al hogar, después cogió una silla y la colocó frente a Kathleen, donde se acomodó el doctor y finalmente, ella se sentó sobre un escabel, entre ambos.

—Me estáis asustando, por favor, decidme qué pasa —suplicó casi sin fuerzas.

—No te alarmes, Kathleen, lo que te vamos a contar no es nada malo, al contrario, creemos que va a ser lo que te va a ayudar a salir de este bache —dijo con cariño el doctor.

—Kathleen —empezó al fin Violet—, hay algo muy importante que debes saber. No debería ser yo quien te estuviera contando esto, pero la desgracia ha hecho que sea yo y no tus padres o Rob quienes te confiesen que… que tú… —No sabía cómo seguir, le asustaba el impacto que su revelación podría tener en su amiga.

—Kathleen —intervino el doctor—, cuando tu hermano tenía once meses, tus padres vivían en Londres, puesto que tu padre trabajaba casi todo el año allí…

Kathleen asintió, sus padres vivieron muchos años en Londres, incluso ella pasó su primera infancia allí. No entendía a dónde quería ir a parar el doctor.

—Una tarde —continuó, como quien cuenta un cuento a un niño—, tus padres iban de regreso a casa cuando pasaron delante de un convento, el convento de las Hermanas de la Misericordia, para más señas… Empezaron a escuchar el llanto de un bebé y, aunque no había mucha luz, pudieron distinguir un bulto en el suelo junto a la entrada. Se acercaron y vieron que se trataba de un bebé. Ese bebé eras tú, Kathleen. —El doctor hizo una pausa para calibrar la reacción de su paciente.

Durante unos segundos Kathleen no se movió, se quedó mirando fijamente a los ojos del doctor, después desvió la vista hacia Violet, frunció el ceño y volvió a centrarse en el doctor, con una interrogante suspendida en su mirada. Su corazón empezó a latir a un ritmo acelerado. Abrió la boca y la cerró en un par de ocasiones, incapaz de preguntar lo que empezaba a rondar por su cabeza. En vista de que ella no podía articular palabra, Jeremy Anderson retomó su relato.

—Tus padres llamaron a la puerta del convento para informarles del hallazgo, pero tú no dejabas de llorar y todo se precipitó. —El doctor volvió a hacer una pausa, mas Kathleen seguía muda—. La religiosa que abrió la puerta los hizo pasar enseguida y como tú no seguías llorando, tu madre trató de calmarte de la misma manera que lo hacía con tu hermano, alimentándote con su leche. Enseguida te tranquilizaste y ya no pudieron separarse de ti. Llevaron a cabo todas las gestiones necesarias para adoptarte y el resto es historia.

Kathleen volvió a desviar la mirada hacia Violet.

—Violet, dime que esto no está pasando, que esto no es cierto. —Se le quebró la voz—. ¿Lo que el doctor me está diciendo es que yo no soy hija de mis padres? —Dos lágrimas surcaban cada una de sus mejillas, disputando una carrera por llegar antes a su mentón. ¿En qué estaban pensando? ¿Cómo se les había pasado por la cabeza creer que esa información iba a ayudarla a recuperarse?

Violet asintió. No podía hablar, entendía el dolor de su amiga y se le partía el corazón por hacerla pasar por ese trance. No obstante, era necesario.

—Kathleen, querida, hay algo más que debes saber. —«Y esta es la parte más importante», pensó.

—Tienes una hermana —completó el doctor—. Algunos días antes de encontrarte habían dejado a otro bebé en el mismo sitio…

En este punto, Kathleen pareció salir de su estupor.

—Eso no quiere decir nada, ¿por qué ese bebé tendría que ver algo con… conmigo? —interrumpió Kathleen.

—¿Recuerdas la marca de nacimiento que tienes en la cara interna

de tu antebrazo izquierdo, esa tan curiosa con forma de corazón?

Kathleen instintivamente se levantó la manga del camisón y observó la manchita como si la viera por primera vez. Se trataba de un corazón perfectamente perfilado en un tono rosado. Entonces buscó la mirada del doctor de nuevo.

—Las hermanas del convento le contaron a tus padres que el bebé que dejaron días antes también la tenía, pero en su brazo derecho. Eso podría indicar que sois gemelas idénticas, Kathleen. ¿Sabes lo que eso significa? Que hay alguien en este mundo, puede que más cerca de lo que pensamos, que no solo tiene tu misma sangre, ¡sino tu mismo rostro!

Kathleen tomó aire, empezaba a sentir ese agobio que hacía que respirara con dificultad y pareciera que iba a perder el control de su cuerpo de un momento a otro. Esa sensación no le gustaba y miró al doctor con una súplica en su mirada. Violet ya había previsto esta reacción y salió de la habitación, donde encontró a Margie sentada en una silla, con una bandeja sobre su regazo y un juego de té perfectamente dispuesto en ella. Tomó la bandeja y volvió a entrar, no sin antes decirle a Margie que por ahora la situación estaba controlada, aunque no era del todo cierto. Sirvió una taza de la infusión que la afligida cocinera había preparado con todas las hierbas que sabía que tenían efecto relajante y, por suerte, Kathleen la aceptó. Así que se tomó algunos sorbos de su particular cóctel tranquilizante de tila, hierbaluisa y valeriana y esperó unos segundos para poner en orden la información recibida.

—¿Tengo una hermana? —preguntó al fin, sin apartar los ojos de la taza.

—Sí, pequeña, tienes una hermana de tu misma edad —dijo el doctor—. ¿Te gustaría conocerla?

Pasaron dos días hasta que Kathleen pudiera responder a esa pregunta: no solo deseaba conocerla, sino que había decidido ir a buscarla donde quiera que estuviese. El doctor Anderson y Violet tenían razón, aquel descubrimiento había hecho que Kathleen quisiera salir de aquella cama, de aquella habitación y de aquella casa. Aún no sabía qué hacer con las emociones que sentía por sus padres. —¿Podía seguir llamándolos así después de saber que no lo eran realmente?— y por su *hermano*. Le dolía que no le hubieran contado la verdad, por más que Violet trató de explicarle que siempre quisieron hacerlo, pero que nunca sabían cuándo sería el mejor momento. Cuando era una niña y después de jovencita, creían que no iba a saber asimilarlo. Más tarde, siendo una joven ya con madurez suficiente para entender lo sucedido, no querían empañar la relación tan buena que tenían padres e hija. Nunca parecía el momento adecuado para hacer una confesión semejante. Sin embargo, Kathleen seguía sin comprender su conducta

y en el fondo de su corazón se sentía traicionada. Empero, su carácter pragmático se impuso y su mente decidió guardar temporalmente esos sentimientos hasta que pudiera analizar con detenimiento cómo lidiar con ellos. Ahora lo más importante era recuperarse y comenzar la búsqueda de su hermana, su verdadera hermana.

El camino que emprendió Kathleen aquel veintitrés de agosto de mil novecientos doce iba a ser largo y a veces tortuoso. Salir de la oscuridad del dolor más profundo no sería tarea fácil, pero no estaba sola. Violet reclutó a las mejores amigas de Kathleen para que la ayudaran a que empezase a tener una vida mínimamente normal. Stacy, Libby, Laurie y Clarise se volcaron en apoyar a Violet en su intento de recuperar siquiera una mínima parte de la antigua Kathleen.

Para ello se organizaron a la hora de visitar a Kathleen, de tal manera que todos los días al menos una de ellas saliera a pasear con ella, bien por la mañana o por la tarde, si la climatología lo permitía. Al principio los paseos era muy cortos porque Kathleen sentía pavor a salir a la calle, no se sentía segura fuera de casa. Se agarraba del brazo de su amiga, caminaba unos pasos y enseguida quería volver a la seguridad de su hogar. Pero poco a poco, gracias a la habilidad de las chicas para distraer a Kathleen, conseguían que caminara un poquito más cada día. El objetivo era llevarla a zonas de la ciudad donde estuviera en contacto con la naturaleza, donde disfrutara de un bonito paisaje y pudiera respirar aire puro. Después de un par de semanas de paseos cada vez más largos, al fin llegaron al parque St. James´ y pasados unos días llegaron al Southampton Common, el enorme parque central de la ciudad lleno de humedales, estanques, lagos, zonas de bosque y praderas llenas de flores que invadieron los sentidos de Kathleen después de muchos meses de encierro. Volver a disfrutar de espacios abiertos cuajados de vida trajo algo de paz a la atormentada alma de Kathleen. A veces se sentaban en un banco o bajo un árbol y pasaban largos ratos sin hablar. Sus amigas le daban tiempo pacientemente y no la forzaban a entablar conversación o a expresar lo que sentía. Con mucha frecuencia Kathleen suspiraba profundamente, en ocasiones, cerraba los ojos y parecía relajarse, disfrutar del momento, en otras, esos suspiros acababan en un llanto silencioso que bañaba sus mejillas de lágrimas calladas. Su alma seguía dolorida, desolada, pero estaba dispuesta a luchar. Con el paso de las semanas era cada vez más consciente de lo que le rodeaba y eso la ayudaba a alejarse un poco de su propia pena.

—Creo que estoy enamorada —soltó de pronto un día Libby.

—¿Cómo? —preguntó aturdida Kathleen—, ¿de quién?

—Tú más que nadie deberías saberlo —dijo Libby con una mirada llena de ternura hacia su amiga.

—¿Yo? —inquirió con el ceño fruncido Kathleen.

Su amiga asintió en silencio. Entonces, como si de una revelación divina se tratase, el rostro de Kathleen se iluminó con una sonrisa radiante y unos ojos llenos de ilusión que recordaban a la Kathleen de antaño.

—¿Alfred? —preguntó cogiendo las manos de su amiga entre las suyas.

—¡Sí! —exclamó Libby, emocionada, más por la expresión del rostro de Kathleen que por lo que implicaba la confesión que acababa de hacer.

—¡Oh, Libby, cuéntamelo todo!

Y Libby complació a su amiga. Le relató que la misma tarde en que partió el Titanic de Southampton, Alfred apareció en la biblioteca pocos minutos antes de que cerraran. Empezó a dar vueltas por los pasillos, pero se acercaba la hora del cierre y no parecía decidirse por ningún título.

—Así que me acerqué a él y le pregunté si necesitaba ayuda. Por unos instantes me miró fijamente sin responder y yo empecé a ponerme nerviosa. Finalmente me dijo que le gustaban la jardinería y la botánica y que deseaba encontrar algún libro interesante relacionado con esos temas. Entonces fui yo la que se quedó callada. Kathleen, en ese momento lo miré como si fuera la primera vez que lo veía en mi vida. Jamás pensé que alguien como él pudiera sentirse atraído por algo tan delicado como las plantas. Siempre había pensado que los hermanos Slade eran algo… brutos.

Libby se rio al recordarlo y continuó dando detalles de su historia.

—Por supuesto le recomendé tantos libros que más que ayudarle creo que lo abrumé. Así que me dijo que volvería al día siguiente con más tiempo para poder decidir con cuál se quedaría tras echarle un vistazo a los distintos ejemplares.

Libby confesó con una sonrisa dulce en la cara que Alfred estaba en la puerta de la biblioteca al día siguiente cuando ella llegó para abrir. Como no había nadie a esa hora tan temprana, charlaron durante casi dos horas en las que el tiempo pareció volar para ambos. Y ese ritual se repitió durante días hasta que lo contrataron como fogonero en un buque que partió de Southampton y que mantendría a Alfred alejado de Libby durante varias larguísimas jornadas.

—¿Cómo podía echarlo tantísimo de menos, Kathleen? Había pasado las mañanas de unas dos semanas con él y cuando dejé de verlo durante unos pocos días sentí un vacío enorme. No dejaba de preguntarme qué me pasaba, pero era incapaz de ver lo que me estaba ocurriendo… Lo que ya me había ocurrido, en realidad.

—Te habías enamorado —dijo Kathleen con ojos soñadores, mirando a un punto indeterminado en la distancia y la cabeza llena de

recuerdos en los que Will era el único protagonista. ¡Cuánto comprendía a su amiga!

Libby vio la expresión de nostalgia en el rostro Kathleen y trató de traerla al presente, junto a ella.

—Me enamoré gracias a ti, amiga mía. Alfred me contó vuestra conversación en el coche cuando lo llevasteis a su casa.

—¿De veras? —preguntó Kathleen, sorprendida, volviendo a la realidad.

—Sí, hemos hablado de muchas cosas todo este tiempo, pero tú siempre eras uno de nuestros temas recurrentes. Hemos estado muy preocupados por ti —confesó Libby poniéndose seria de repente.

—Bueno, no nos desviemos del tema, Libby —dijo sonriendo Kathleen—, cuéntame cómo se te declaró, por favor. Me muero de curiosidad. Porque se te ha declarado, ¿verdad?

—Bueno… En cuanto volvió de su viaje, se presentó en la biblioteca y me devolvió uno de los libros que se había llevado, ¡pero de entre sus páginas sobresalía a modo de marcapáginas una *ophris apifera*! —exclamó Libby con un entusiasmo exacerbado.

Kathleen disfrutaba de ver el regocijo reflejado en el rostro de su amiga, pero estaba algo perdida con la última parte de su discurso. Cuando Libby empezaba a hablar de plantas usando términos científicos, a los profanos en la materia como Kahtleen les resultaba bastante arduo asimilar lo que decía. Y su expresión debió de darle alguna pista de ello a Libby porque se apresuró a aclarar:

—La *ophris apifera* es un tipo de orquídea, la orquídea abeja, la llaman. Para mí es la flor más bella que existe y así se lo comenté en una ocasión a Alfred, aunque fue algo que dije de pasada en una conversación casual y no volvimos a hablar de ello… —Libby suspiró profundamente—. No hizo falta que se declarara, Kath, a mí ya me había conquistado con aquel detalle. Le pregunté cómo había conseguido la flor, si acababa de desembarcar tras varios días de viaje. Entonces él me dijo que sería capaz de colarse en el Palacio de Buckingham y pedirle al mismísimo rey Jorge poder cortar una orquídea de su jardín si con ello conseguía poner una sonrisa en mis labios como la que tenía en ese momento.

—Estoy fascinada con lo que me cuentas, amiga. Alfred ha resultado tener una sensibilidad extraordinaria… ¡Quién lo diría! —Y empezó a reír a carcajadas, dejando a Libby sobrecogida a su vez por escuchar la risa de Kathleen después de tantos meses de llanto.

A partir de aquel momento, Kathleen pareció ir recuperándose más rápidamente. Era más consciente de lo que ocurría a su alrededor, en su casa, a sus amigas, a Violet… Y fue en uno de esos días en los que Violet notó a Kathleen más animada, cuando se decidió a tratar el tema de las finanzas del hogar que compartían. Le comentó sus

preocupaciones al respecto y que pensaba comenzar a trabajar con sus padres en cuanto Robbie fuera algo mayor para poder seguir manteniendo a Margie y a Peter en casa. Kathleen se quedó desconcertada ante la confesión de su amiga y en ese mismo instante la realidad de sus vidas se desveló ante ella. Había estado tan sumida en su tristeza que no se había dado cuenta de que su existencia había cambiado hasta tal punto de que debían trabajar para vivir y poder continuar conviviendo con sus empleados en casa. Tras varios días reflexionando sobre el tema, decidió que cuando fuera a Londres a buscar a su hermana, también habría de procurarse un empleo. Iniciaría su búsqueda en la orquesta sinfónica, quizás necesitaran a un solista de piano tras la muerte de su padre. Habían pasado muchos meses, pero tal vez aún no hubieran encontrado al candidato adecuado. Pediría a Edward Elgar que le hiciera una prueba. Era consciente de que lo tendría realmente complicado, ya que en la orquesta solo había tres mujeres y tocaban el arpa, no había ninguna que tocara cualquier otro instrumento. También podría intentarlo en otras orquestas o probar suerte dando clases privadas a niños en sus casas, como hacía su padre. Se animó pensando que tenía alternativas y el hecho de tener una tarea que llevar a cabo con el objetivo concreto de contribuir al sustento de su hogar la llenó de una ilusión que semanas antes no tenía.

Kathleen pensó, confiada, que pronto estaría lista para partir en busca de su hermana y buscar trabajo. No obstante, Londres tenía reservadas varias sorpresas que cambiarían su vida para siempre y para las que ella jamás hubiera podido prepararse.

TERCERA PARTE
NUEVA VIDA

CAPÍTULO 13

Londres, 17 de octubre de 1912

De pie, en el pasillo de los músicos de la Abadía de Westminster, Kathleen contemplaba fijamente la tumba de Georg Friedrich Händel. Estaba nerviosa, respiraba con cierta dificultad, aspirando la esencia propia de los templos centenarios. El olor a incienso, la cera, la humedad e incluso la muerte se mezclaban en sus fosas nasales y en su mente, embotando sus sentidos, ya de por sí demasiado sensibles debido al miedo provocado por una creciente inseguridad. Se había citado al fin con su hermana.

Llegar hasta allí había resultado algo realmente fácil y Kathleen aún estaba sorprendida por ello. Cuando se trasladó a Londres, fue directamente al convento de las Hermanas de la Misericordia. Al contarles el motivo de su visita, la llevaron ante una de las religiosas de la congregación que, tras hacerle numerosas preguntas, acabó confesando que había sido ella la que recogiera a su hermana cuando la dejaron en la puerta del convento. Fue ella la que se percató de la marca de nacimiento del primer bebé y la que descubrió que Kathleen era su hermana al encontrar la misma marca, pero en el brazo contrario. Era de esas personas con una memoria prodigiosa que captaba imágenes y las recordaba para siempre. El primer bebé fue entregado a una familia que se había puesto en contacto con ellas por si se daba un caso como aquel, en el que algún recién nacido fuera abandonado y pudiera ser adoptado por ellos. Se trataba de una pareja perteneciente a la nobleza, el vizconde y la vizcondesa Easternhope. Cuando, pocos días más tarde, fueron a buscarlos para ofrecerles a la hermanita de su bebé, comprobaron que habían viajado al extranjero, algo que no extrañó demasiado a las religiosas. No era el primer caso que habían visto actuar así: las parejas adineradas que no podían tener hijos y adoptaban a niños evitaban dar explicaciones a sus vecinos e incluso a parientes viajando por un tiempo al continente y volviendo más tarde como una familia feliz. La religiosa confesó, no sin cierto rubor, que le gustaba algo tan mundano como leer las crónicas de

sociedad en los periódicos. Y fue leyendo una de esas crónicas como descubrió que la familia había regresado a Londres después de siete años viviendo en Europa. En otra crónica más reciente, de hacía unos cinco años, leyó que la hija de los vizcondes, la honorable señorita Easternhope se había casado con el conde de Sutton. Encontrar su residencia y hacerle llegar una nota fingiendo ser una viuda que deseaba citarse con ella para hacer una generosa, y anónima, donación a las causas benéficas que ella patrocinaba fue pan comido.

Y allí estaba Kathleen, totalmente vestida de negro, como si de una viuda se tratase, con un sombrero del que caía un velo del mismo color que cubría su rostro. Apretaba el mango de su paraguas con nerviosismo y sintió como si el corazón le fuera a estallar en el pecho de lo rápido que latía cuando escuchó pasos aproximarse a su espalda. Se giró lentamente conteniendo la respiración y, con los latidos de su corazón zumbando atronadoramente en sus oídos, cerró los ojos unos instantes y finalmente los abrió. A través del velo negro distinguió una figura femenina, seguida de otra, unos pasos detrás de ella. Volvió su mirada a la primera mujer y una mezcla de sensaciones invadió su cuerpo, un escalofrío la recorrió de pies a cabeza y algo entre la incertidumbre y el asombro se instaló en su interior. Ver acercarse a aquella mujer era como contemplarse a sí misma desde fuera, pero se trataba de una versión distinta, más delgada, más elegante, más sofisticada. Su hermana caminaba con una gracia y una delicadeza dignas de una reina, llevaba un vestido azul cielo a la última moda, con una largura que apenas escondía los tobillos y mostraba totalmente sus preciosos zapatos del mismo tono que el vestido. Su sombrero de ala ancha llevaba algunas flores engarzadas alrededor que le daban un aire fresco y natural. Las mangas del vestido llegaban hasta el codo y un gracioso volante caía sobre los guantes, que cubrían el antebrazo completamente. Tras observar su atuendo, y ya casi enfrente de ella, Kathleen admiró el rostro de su hermana, puede que tuviera menos pecas que ella, o puede que las cubriera con algún tipo de maquillaje, pero mirarla era tan extraño y tan emocionante a la vez… Sintió una leve sensación de mareo y luchó con todas su fuerzas para no desplomarse en ese momento.

—Buenos días —escuchó Kathleen que decía la figura que parecía querer desdibujarse frente a ella.

Kathleen no podía hablar, durante unos segundos intentó contestar al saludo, pero no pudo, simplemente no salía ningún sonido de sus labios. Al fin consiguió que su cuerpo respondiera y lo hizo con una mezcla de torpe genuflexión e inclinación de cabeza muy poco elegantes.

—Lady Sutton… —acertó a decir Kathleen.

—Usted debe de ser… —empezó a decir la condesa de Sutton,

invitando a su interlocutora a presentarse.

—¿Le importaría que nos sentáramos para poder hablar a solas? —preguntó Kathleen mirando a la mujer que acompañaba a la condesa e ignorando su velada sugerencia.

—Kristel es de mi total confianza, puede estar tranquila, ella no va a…

—Disculpe mi insistencia, lady Sutton, pero solo deseo hablar unos instantes con usted en privado, no le robaré mucho tiempo, se lo aseguro. —Kathleen creyó por unos segundos que iba a desfallecer, su hermana parecía dudar y ella sintió pánico de perder la oportunidad de confesarle quién era.

Lady Sutton se giró hacia su doncella e hizo un leve movimiento de cabeza, indicándole que esperara junto a un hombre que se había quedado bastante alejado de ellas y que Kathleen supuso que era su chófer. La mujer obedeció y la condesa se dirigió al banco más cercano y se sentó. Kathleen hizo lo propio y, allí sentada junto a su hermana, en una situación que se había imaginado millones de veces y que había ensayado otras tantas, se quedó sin palabras. Estaba paralizada. Si lady Sutton se encontraba ansiosa por acabar con aquella situación, no dio muestras de ello. Esperó pacientemente a que su interlocutora se tomara el tiempo necesario para hablar. Finalmente Kathleen reaccionó de la manera más brusca, quizás. Levantó el velo de su rostro y miró a su hermana de frente. Lady Sutton no reaccionó los dos primeros segundos, pero cuando apreció las facciones de Kathleen detenidamente, ahogó una exclamación y se llevó una mano enguantada a la boca.

—¡Dios mío! —exclamó.

Su primera respuesta fue alejarse de ella algunas pulgadas. Se llevó una segunda mano a la boca y la apretó fuerte, como si quisiera evitar que un grito de espanto se escapara de ella. Ahora fue Kathleen quien dio tiempo a su hermana para que asimilara lo que estaba viendo. Entonces lady Sutton hizo algo que sorprendió a Kathleen. Apartó una de las manos que cubrían su boca y la llevó a la mejilla de Kathleen, siguió la línea de su pómulo, el mentón, la nariz, la barbilla… Kathleen se dejó hacer mientras su hermana dibujaba en silencio el mapa de su propio rostro.

—Su cara es… —empezó a decir la condesa.

—Exactamente igual a la suya, lady Sutton. —Kathleen sonrió ligeramente y aguardó un instante antes de contarle lo que era evidente—. Soy tu hermana.

—Ay, Dios mío. —Lady Sutton se llevó una mano a la frente y la frotó, como si le doliera la cabeza.

Kathleen desabotonó la manga de su vestido y mostró a su hermana la marca de nacimiento que compartían, el corazón rosado de su

antebrazo. Si encontrar a una persona con un rostro exactamente igual al suyo no fuera suficiente impacto, descubrir que tenía una marca en la piel tan única e insólita como la que ella mostraba en su brazo derecho, fue el golpe definitivo para acabar con la compostura de la elegante y contenida lady Sutton. Con una mano temblorosa, se bajó el guante hasta la muñeca y mostró la manchita rosa con forma de corazón. Kathleen acercó su brazo izquierdo y lo colocó junto al de su hermana; los corazones eran iguales y estaban a la misma altura. Ambas mujeres eran la prueba inequívoca de que la naturaleza puede ser infinitamente perfecta, y bastante caprichosa también. Cuando Kathleen levantó la mirada, sus pestañas estaban empapadas, en un intento vano por contener sus emocionadas lágrimas y una sonrisa temblorosa se dibujaba en sus labios, pero al alzar su rostro, en los ojos de su hermana no encontró lo que ella esperaba. Kathleen detectó un miedo cerval en ella, su cuerpo temblaba y sus mejillas estaban blancas como el papel. Intentó tranquilizarla:

—No temas, no voy a hacerte ningún…

—¡Nadie sabe que soy adoptada! —exclamó en un susurro lady Sutton mientras apretaba el brazo de Kathleen—. Debo irme…

—¿Ya sabías que eras adoptada? —preguntó sorprendida Kathleen —. ¿Sabías de mi existencia?

—¡No! No sabía nada de ti. Mis padres me contaron que era adoptada hace muchos años, de niña, pero no me dijeron que tuviera una hermana…

—Probablemente porque no lo saben. A mí me dejaron en el convento unos días después que a ti. Por favor, no te vayas, hay tantas cosas de las que debemos hablar —rogó Kathleen a su hermana—. Ni siquiera conozco tu nombre de pila. Yo me llamo Kathleen.

Lady Sutton se revolvió inquieta en el banco, perdida en sus preocupaciones, no parecía haber escuchado las últimas palabras de Kathleen. Miró hacia atrás para comprobar que ninguno de sus sirvientes había visto su reacción. Estaban demasiado lejos para que hubieran distinguido el rostro de Kathleen y eso pareció darle algo de tranquilidad.

—Kathleen, mi marido no sabe nada de esto. Se casó conmigo creyendo que soy hija de un vizconde. Me da miedo cómo podría reaccionar si se entera del engaño. Me da miedo que me repudie… —Se le quebró la voz al confesar sus temores—. ¡Ay, Dios mío! No quiero que me abandone, no soy nada sin él.

—¿Te casaste por amor? —preguntó Kathleen con ternura, estrechando las manos de su hermana entre las suyas.

Lady Sutton asintió. Kathleen le dedicó una sonrisa triste. Ella también se habría casado por amor si no hubiera sido por la terrible tragedia del naufragio.

—Eres afortunada, hermana. Y por ello no tienes nada que temer, si él te ama, no te juzgará, estoy segura. Tú no tienes la culpa de que tus padres te adoptaran.

—Pero sí de ocultarle la verdad —dijo sollozando.

—¿Cómo te llamas? —volvió a preguntar Kathleen.

—Ann, mi nombre es Ann. Mis padres me contaron que entre mis ropas habían dejado una estampa de Santa Ana y ellos decidieron mantener ese nombre.

—Las monjas me contaron que entre mis ropas tenía una estampa de Santa Catalina de Alejandría —confesó Kathleen con una sonrisa, feliz por la coincidencia.

Por unos instantes se miraron en silencio, cogidas de las manos, como en un espejo, contemplando un rostro tan familiar y tan ajeno a la vez. Ambas sintieron una conexión desconocida hasta ese momento, algo que no habían experimentado con nadie más en el mundo. Sin embargo, el hechizo del momento se rompió demasiado pronto, cuando Ann se soltó de las manos de su hermana e hizo ademán de levantarse.

—Espera, por favor, no te vayas —suplicó Kathleen.

—Debo irme…, tengo que pensar… necesito poner en orden todo… todo esto… —se excusó. El pánico había vuelto a sus ojos.

Kathleen metió la mano en su ridículo y sacó un trozo de papel.

—Toma, esta es mi dirección. Por favor, ven a verme o hazme llegar algún mensaje para que podamos encontrarnos cuando tú quieras.

Ann cogió el papel apresuradamente y lo escondió dentro de uno de sus guantes.

—Debo irme ya —insistió. Estaba nerviosa y parecía encontrarse cada vez más incómoda.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó desesperada Kathleen.

—Sí —contestó con prisas mientras se levantaba—, lo prometo.

Y se alejó sin mirar atrás, con su porte elegante y su paso sereno, como si no acabara de recibir la noticia más impactante de su vida. Kathleen la observó marcharse mientras sonaba en su mente el Divertimento en Re mayor K.136 de Wolfgang Amadeus Mozart. La alegre partitura se reveló en su mente como si encarnara una infancia de juegos y risas compartidas entre hermanas, una verdadera declaración de intenciones de lo que podría haber sido y no fue.

CAPÍTULO 14

Tras una semana sin noticias de su hermana, Kathleen empezó a impacientarse. No solo porque pensara que quizás Ann no quisiera volver a saber nada de ella, sino también por su dificultad para abrirse paso como pianista profesional. Su búsqueda de trabajo estaba resultando totalmente infructuosa. Había conseguido entrevistarse con los directores de las mejores orquestas de Londres, pero todos declinaron, muy educadamente y llenos de pesar, su ofrecimiento para colaborar como solista de piano. Se mostraron sumamente considerados con ella porque era la hija del gran Robert Wilkes, cuya trágica muerte lamentaban profundamente. Todos sentían una inmensa admiración por su padre, pero ninguno se atrevía a contratar a una mujer para tocar un instrumento tan esencial como el piano. Por supuesto, ninguno de ellos le confesó sin tapujos algo así, más bien buscaron excusas relativamente convincentes para no herir sus sentimientos, pero en el fondo ella sabía que el único problema era, simplemente, que era una mujer. Kathleen sabía que desde su creación ocho años atrás, solo tres mujeres formaban parte de la sinfónica de Londres y el único instrumento que tocaban era el arpa. En casi una década, solo ellas tres habían conseguido entrar en la orquesta y no parecía que fueran a *permitir* tocar un instrumento distinto a ese a una mujer. No daba la impresión de que esa tendencia fuera a cambiar en breve, por lo que había podido comprobar, y eso hacía que se sintiera impotente y quizás algo enfadada por que las cosas fueran de esa manera y que a las mujeres no se les diera la oportunidad de demostrar si valían o no para desempeñar un trabajo.

Durante esa semana de tensa espera, Kathleen encontró algo de distracción y consuelo en sus encuentros con Patrick. Habían quedado en un par de ocasiones para tomar el té, ya que, desde que dejara el apartamento en mayo, para que ella y Violet pudieran alojarse allí cuando asistieron al concierto memorial, no había vuelto a instalarse en él. Patrick seguía compartiendo casa con un compañero de la orquesta. Kathleen le puso al tanto de las últimas novedades sobre su

vida, la decepción por haber descubierto que era adoptada, que sus padres jamás se lo confesaron, que tampoco le dijeron que tenía una hermana. Su encuentro con Ann, la espera, la incertidumbre por si no volvía a verla… En las dos ocasiones que se habían encontrado, Kathleen percibió algunos cambios verdaderamente notables en su amigo; ese halo de melancolía que parecía envolverle siempre había desaparecido y sus ojos tenían un brillo desconocido hasta ahora, estaban llenos de… vida. La cabecita de Kathleen ya había empezado a ajustar sus engranajes y sacó algunas conclusiones, que no tardó en compartir con su amigo mientras daba pequeños sorbos a su té aquella tarde lluviosa. Tras debatir largo y tendido sobre las dificultades que afrontaban las mujeres a diario para poder desarrollar su talento en cualquier ámbito de la vida, y la desgracia que suponía nacer mujer en ese momento, chocando con las barreras impuestas por los hombres, Kathleen se decidió a abordar el tema que tanto le intrigaba. No le gustaba andarse por las ramas, así que preguntó sin rodeos:

—Patrick, ¿no hay nada que quieras contarme?

—¿Contarte? —preguntó con una mal disimulada sonrisa—. ¿Qué podría querer contarte, según tú?

—Bueno, ahora que he salido de ese lugar tan oscuro de mi mente que no me permitía ver lo que ocurría más allá de mi propio dolor, he observado que algo ha cambiado en ti, o quizás debería decir que *todo* ha cambiado en ti, querido hermano. —Patrick desvió la mirada un momento, Kathleen lo vio debatirse entre el deseo de confesarle su más íntimo secreto o guardar silencio—. Veo ilusión en tus ojos, transmites más vitalidad y entusiasmo por todo lo que te rodea, hasta diría que estás más guapo… —Kathleen hizo una pausa antes de desvelar sus pensamientos—. Estás enamorado, ¿me equivoco? —se aventuró a preguntar Kathleen.

Patrick, sin mirar a su amiga, negó con la cabeza. Sus ojos estaban fijos en las gotas de lluvia que resbalaban por los cristales de la ventana.

—¿Y quién es… *él*? —preguntó Kathleen poniendo énfasis en la última palabra.

Patrick giró la cabeza bruscamente para buscar la mirada de Kathleen, sorprendido ante la pregunta. Y allí encontró el amor infinito que ella le profesaba y toda la comprensión que Patrick jamás esperó hallar en nadie que llegara a conocer su secreto.

—Kathleen, yo… —empezó a decir Patrick, lleno de temor y de alivio a la vez.

Kathleen le cogió las manos y las apretó con fuerza.

—Patrick, no tienes que explicarme nada. Me acabo de dar cuenta de que siempre lo he sabido, aunque hasta ahora no había sido consciente de ello. Te quiero mucho, muchísimo, y solo quiero que

seas feliz y, por lo que me dicen tus ojos, lo eres.

Patrick le devolvió el apretón de manos.

—Lo soy, hermanita. Soy inmensamente feliz, como no lo había sido nunca.

Era bien entrada la noche cuando Patrick abandonó el apartamento de Kathleen, tras contarle todos los detalles de su relación con Craig, otro violinista de la orquesta sinfónica. Kathleen se sentía dichosa porque su amigo había encontrado la felicidad, al fin, pero estaba realmente preocupada por él. Las leyes criminalizaban cualquier relación íntima o sentimental entre dos hombres y temía que le ocurriera algo malo. Por suerte, la ley que condenaba a muerte a los hombres por sodomía ya estaba abolida, pero la *Criminal Law Amendment Act* de mil ochocientos ochenta y cinco estimaba que cualquier acto homosexual era considerado ilegal, incluso una simple carta escrita en términos afectivos entre dos hombres era suficiente para llevar a cabo una acusación formal. Paradójicamente, las leyes no hacían alusión alguna a las mujeres, en este caso, solo se penalizaba a los hombres que mantuvieran relaciones con personas de su mismo sexo. Kathleen sabía que personajes destacados de la literatura como Óscar Wilde habían sufrido el horror de la cárcel por culpa de acusaciones de ese tipo y, por ello, antes de que se marchara de su casa, Kathleen hizo prometer a su amigo que sería extremadamente cauteloso y que se cuidaría muchísimo de miradas indiscretas. Patrick le aseguró que ya eran muy cuidadosos y que para el resto de la orquesta eran dos solteros empedernidos que compartían apartamento para ahorrar dinero. Kathleen se quedó más tranquila y se despidieron con un abrazo en la puerta del apartamento.

Cuando Patrick se marchó, a Kathleen le invadió una sensación de soledad que ya empezaba a ser dolorosamente familiar para ella. En Londres estaba sola, realmente sola. Echaba de menos a sus padres y a Rob, añoraba terriblemente a Will, se acordaba de Violet y Robbie, de Margie y Peter… En el momento en que notaba que la tristeza se adueñaba de ella, buscaba cualquier distracción, así que en ese momento agradeció enormemente que Patrick se hubiera dejado el periódico del día olvidado sobre la mesa. Empezó a ojearlo y cuando el sueño empezó a adueñarse de sus párpados, se fue a la cama.

Kathleen se levantó al día siguiente sin saber muy bien qué hacer. Pasó la mañana limpiando y ordenando el apartamento, fue al mercado a comprar algo de fruta y unas flores y preparó el almuerzo. Después de comer decidió salir a pasear. Seguramente su corazón, más que su mente, guiaron sus pasos hacia el barrio donde residía su hermana. Cada día que pasaba, Kathleen se encontraba más desesperanzada; algo en su interior le decía que Ann no volvería a contactar con ella. Cuando partió de Southampton para buscarla, sabía

que no iba a ser fácil y tras conocerla confirmó sus sospechas. Aceptar de repente que tienes una hermana gemela y poner en riesgo toda una vida construida sobre una mentira es difícil de aceptar. Aun así, Kathleen había esperado un recibimiento algo más cálido por parte de la única persona de su sangre que seguía viva.

Caminó sin rumbo por el West End, una de las zonas más exclusivas de Londres. Observando las casas de aquel lujoso vecindario Kathleen pudo entender el desasosiego de su hermana por la posibilidad de ver desestabilizada su vida y su posición. En ese momento se percató de que estaba parada en la acera de enfrente de la residencia de Ann. Miró hacia las ventanas. Quizás, si Ann la viera, saldría a hablar con ella, pensó en su infinita inocencia. Entonces se dio cuenta de que estaba cometiendo un error, si su hermana hubiera querido verla, le habría escrito una nota para citarla en alguna parte. Ir allí podía comprometer a su hermana, puesto que eran idénticas y, tal vez, tuviera que dar explicaciones que aún no estaba preparada para dar. Decidió que no quería perjudicarla y que se mantendría alejada de ella hasta que estuviera lista para volver a hablar de ellas, de su pasado y, sobre todo, de su futuro.

Llegó a Regent Street y se detuvo delante de algunas de las tiendas más lujosas de la ciudad, los escaparates, cuidadosamente decorados, llamaron su atención. Nunca había sido una persona frívola ni que se dejara impresionar por fruslerías superficiales, como la ropa o los complementos femeninos, pero tuvo que admitir que aquellos vestidos, sombreros y bolsos eran de un gusto exquisito. Junto al último escaparate ante el que se había parado vio que se encontraba el Café Royal, el famoso Café Royal donde se decía que se habían dado cita personajes tan importantes como Óscar Wilde o Arthur Conan Doyle. Se demoró unos segundos ante la puerta y no pudo resistirse a entrar. ¿Por qué no permitirse ese pequeño capricho después de todas las desgracias sufridas? ¿Cuándo iba ella a volver por aquel exclusivo barrio y tomarse un té en un sitio tan distinguido como ese? Puede que tuviera que dejarse una pequeña fortuna en un simple té, pero estaba segura de que merecería la pena el gasto. En la entrada se hallaba apostado un elegante portero ataviado con un abrigo negro que le llegaba por debajo de las rodillas, pantalones del mismo color, camisa blanca, corbata y bombín. Amablemente le abrió la puerta y ella accedió al interior. Lo que vio al entrar la dejó paralizada unos segundos, enseguida pensó que aquel salón era como el interior de un enorme joyero. Las paredes estaban forradas con formidables espejos flanqueados por columnas doradas. El techo se encontraba totalmente decorado con frescos de vivos colores rodeados por elaborados marcos de color oro, y la abundante iluminación proporcionada por las selectas lámparas hacía que toda la estancia brillara como si de una

joya extraordinaria se tratase. Para completar aquella fabulosa estampa, en mitad del salón había un reluciente piano de cola, que nadie tocaba en ese momento. Kathleen, de manera inconsciente se sentó en la mesa más cercana al piano y esperó. Casi inmediatamente se acercó un camarero para atenderla. Pidió un té y, mientras aguardaba el regreso del camarero, no pudo evitar rememorar toda la conversación que había mantenido con su hermana días atrás. De repente se sintió vacía y triste de nuevo. Allí, en mitad de aquel espléndido salón de té, tan exclusivo y tan lleno de gente, se sentía desamparada y sola, tan sola que tenía miedo de ponerse a llorar en ese mismo instante. Pensó en Will, en cómo lo echaba de menos, en cuánto lo necesitaba en aquellos momentos y en lo mucho que él la habría consolado ante el posible rechazo de su hermana. Una soledad inmensa la invadió… Su mirada voló hacia el piano y sin darse cuenta de lo que hacía se levantó y se acercó a la banqueta que había delante del teclado, posó las yemas de los dedos delicadamente sobre las teclas y empezó a tocar. No tocaba el piano desde el naufragio del RMS Titanic. La pena se adueñó de ella una vez más y se dejó llevar, permitiendo que la melodía que rondaba su cabeza desde el fallecimiento de sus seres queridos brotara desde su corazón a sus manos sin filtros ni medida. Aunque su estado de abatimiento de meses anteriores le había impedido componer, ella había creado esa melodía en su mente, que guardaba muy dentro de sí y que aún no había escrito en una partitura, pero que hacía vibrar su corazón cuando recordaba a Will, a Rob y a sus padres. Aquellos acordes sonaban como si las lágrimas pudieran emitir sonidos en su recorrido por las mejillas en su lento camino hacia el suelo, como si la pena tuviera voz, como si el luto tuviera eco. Kathleen, sentada al piano en medio de aquel salón, rodeada de desconocidos, rindió homenaje a sus seres queridos, que perdieron la vida en las gélidas aguas atlánticas, de la única forma que podía, haciendo llegar sus notas allá donde estuvieran. Había venido a Londres buscando a su única hermana y se encontraba haciendo un tributo a los que, sin compartir lazos de sangre, habían sido su verdadera familia. Aún no entendía por qué no le habían contado la verdad sobre su pasado, pero eso no impedía que ella los siguiera amando como cuando estaban vivos. Al acabar, una lágrima se deslizó por su mejilla pausada y silenciosamente. Alzó la mirada y se encontró con docenas de pares de ojos que la miraban callados, sorprendidos, absortos, algunos tristes y otros vidriosos, como los suyos. Nadie hablaba ya. Todas las personas que había en el salón, incluidos los camareros, habían enmudecido al escuchar aquel piano llorar. Kathleen se secó la lágrima de su mejilla, se levantó y se dirigió lentamente a su mesa. Como si nada hubiera pasado, se sirvió el té que el camarero le había traído momentos antes y bajó la mirada.

Poco a poco los presentes reanudaron sus conversaciones y ella soltó por fin el aire que retenía en sus pulmones.

♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪

Connor Radcliffe fue, como cada tarde, al Café Royal, pidió el *Times* y un café y se sentó en la misma mesa de siempre. Desde el terrible accidente, no había querido volver al White´s. No es que le apasionara el juego, pero era un lugar donde pasar un buen rato charlando y bebiendo entre amigos. Sin embargo, ahora prefería este salón de té, donde difícilmente se encontraría con ninguno de sus conocidos y a quienes no tendría que contar cómo se encontraba él o cómo estaban sus hijos. No quería hablar con nadie, salía a la calle porque tenía que trabajar, pero si no fuera por esa poderosa razón, no volvería a relacionarse con nadie. Comenzar una conversación con cualquier persona, por intrascendente que fuera, se le hacía un mundo. Quería estar solo, no hablar con nadie, no ver a nadie. Encerrarse en una habitación y oír el silencio. Pero si volvía a casa debía ver a sus hijos, hablar con ellos y escucharles y eso era mucho más duro aún. Ellos estaban más tristes que él, si es que eso era posible, y tener que hacerse el fuerte delante de ellos se le antojaba la tarea más ardua de la tierra. Por eso se escapaba cada tarde al Café Royal, allí podía retrasar el momento de regresar a casa y alargar su tiempo de soledad y silencio durante una hora… o más.

Connor revisaba por enésima vez el anuncio que había puesto en el periódico. Todo estaba correcto, tanto lo que buscaba como su dirección. Entonces, ¿por qué nadie había respondido a su anuncio? ¿Tan difícil era encontrar un profesor de piano para sus hijos? Su mente hizo una asociación de ideas y ordenó a sus ojos mirar hacia el piano de cola que había en el salón, pero que nadie tocaba desde hacía días. ¿Qué le pasaría a Harris? ¿Estaría enfermo? En ese momento vio cómo una joven se sentaba al piano. En un principio no se fijó en su cara, sino en su cuerpo. Cada curva que lo moldeaba hacía intuir que bajo sus ropas se ocultaba un voluptuoso cuerpo. Entonces se fijó en su rostro y, en ese momento, su corazón, en un estado de hibernación desde la muerte de su esposa, golpeó con fuerza su pecho. Connor se sobresaltó, aquel órgano de su cuerpo parecía estar adormilado desde hacía casi dos años y no se movía para no molestar a su dueño, para no advertirle de su presencia y que se diera cuenta de cuánto le dolía. Superada la sorpresa y tratando de no darle importancia, volvió a fijarse en la joven. A pesar de su cuerpo lleno de curvas, su cara no era redondeada, tenía unas facciones delicadas y unos pómulos maravillosamente marcados, que acompañaban a una fina nariz y unos labios llenos y sensuales. Por debajo del sombrero se escapaban algunos mechones cobrizos. Desde donde estaba no podía distinguir el color de sus ojos. Era hermosa. Tragó saliva y escuchó la

música que parecía salir de su cuerpo, no del piano. Casi contuvo el aliento hasta el final de la canción. Aquellas funestas notas se metieron en su alma y arañaron todas y cada una de las paredes que había levantado alrededor de su corazón. Tenía un nudo en la garganta, pero no podía moverse. No podía dejar de mirar a la pianista, que no levantaba la mirada de las teclas. De pronto vio cómo brillaba una lágrima sobre su mejilla y sintió un extraño deseo de levantarse e ir a abrazar a aquella mujer desconocida. Entonces ella levantó los ojos y él vio todo el dolor que cargaba su mirada. A su lado, su pena parecía liviana. ¿Era posible que en el mundo hubiera una persona más triste que él? Se levantó y salió a la calle tan rápido como le permitieron sus piernas. Necesitaba escapar de allí, alejarse de aquella criatura celestial que tocaba el piano tan desgarradoramente como los ángeles lloraron la muerte de Cristo.

CAPÍTULO 15

Empezaba a atardecer cuando Kathleen llegó a casa. Cada vez le resultaba más difícil entrar en aquel apartamento que no era su hogar y en el que nadie la esperaba. Además, todo lo que allí había le recordaba a su padre: el piano, las partituras, los objetos traídos de sus viajes… Había venido de Southampton huyendo de su pena y de sus recuerdos, pero aquel lugar no se lo estaba poniendo nada fácil. ¿Cómo escapar del pasado? ¿Cómo huir de la añoranza de algo que no volvería jamás?

No cenó y pensó en releer alguno de los libros de la pequeña biblioteca de su padre. Entonces se acordó de que no había terminado de ojear el periódico que Patrick se había dejado olvidado y retomó la lectura por donde la había interrumpido para salir a pasear. Repasando la sección de anuncios, uno de ellos llamó su atención:

SE NECESITA PROFESOR DE PIANO
PARA DAR CLASES A DOMICILIO
1, Queens Gate Terrace
South Kensington, Londres

«Quizás debería plantearme seriamente abandonar la idea de tocar en una orquesta y dedicarme a tareas más mundanas como dar clases de piano a niños o a jóvenes debutantes. O tal vez podría tocar el piano en cafés como el Royal…». A fin de cuentas, de lo que se trataba era de buscarse un sustento, una manera de ganarse la vida y poder mantener la casa de Southampton y a sus empleados.

Con la ilusión de quien tiene una tarea con la que llenar su vacía existencia, Kathleen se dispuso a preparar su atuendo para presentarse a pedir trabajo en la dirección indicada en el anuncio. Tras dejarlo todo listo para el día siguiente, Kathleen se fue a la cama con una ilusión renovada, de repente se sentía impaciente por empezar a trabajar, por sentirse útil y por ayudar a otras personas.

Después de desayunar se puso el conjunto que había escogido el día anterior: una blusa blanca, una chaqueta ceñida a juego con una falda larga de color gris claro y un sobrio sombrero de ala estrecha. Con esa

indumentaria pretendía transmitir seriedad y profesionalidad. No quería destacar por nada más que no fuera su capacidad para desarrollar su trabajo con eficiencia. En cuanto al color de la ropa con el que vestía, desde que salió de Southampton, había decidido dejar de llevar luto, excepto el día en el que se citó con su hermana, cuando tuvo que interpretar el papel de viuda. Aquel día le sirvió para reafirmarse en su decisión de abandonar el negro, ya que esa ropa no representaba el sentimiento que la acompañaba desde la tragedia, y sí contribuía a que se sintiera más desdichada aún. Amaba a sus seres queridos, pero no tenía por qué ir pregonando su dolor a los cuatro vientos. Su duelo era suyo, y de nadie más.

Salió de casa a las diez de la mañana, tenía por delante una caminata de más de una hora hasta llegar a South Kensington, pero estaba dispuesta a disfrutar del paseo, a pesar de que el día era gris y el aire húmedo hacía presagiar que de un momento a otro empezaría a llover. Kathleen se sentía bien, optimista, algo en su interior le decía que su suerte iba a empezar a cambiar. De camino a su destino, al llegar a Hyde Park, en lugar de bordearlo, decidió recorrer sus senderos y recrearse en aquel oasis de naturaleza dentro de la ajetreada ciudad. Pasó junto al Lago Serpentine y no pudo evitar entretenerse observando las distintas aves que pugnaban por conseguir las migas de pan que una anciana lanzaba a las aguas del lago. Ánades reales, gansos del Nilo, ánsares y barnaclas se disputaban el preciado manjar hasta que unos majestuosos cisnes hicieron su aparición y se apoderaron de las viandas y del protagonismo del momento. Kathleen sonrió, ahora que se encontraba más animada, menos abatida, valoraba sobremanera poder disfrutar de pequeños placeres como el de deleitarse con la observación de la naturaleza.

Cuando atravesó Knightsbridge por Brompton Road, se acordó de su madre al pasar delante de los grandes almacenes Harrods. Ella le había contado que el lema de esta exclusiva tienda era *Omnia Omnibus Ubique*, «todo, para todo el mundo, en todas partes» y que estaba tallado en el frontón de su fachada. Reflexionó sobre si eso era cierto en su caso, ya que esos almacenes eran el epítome del lujo, algo inalcanzable para bolsillos como el suyo. Y entonces se dio cuenta de que todo eso era algo secundario en su vida. Estaba viva, por alguna razón que no llegaba a comprender, Dios la había salvado de sufrir el mismo destino que sus padres, Rob o Will y debía ser digna de tamaño regalo.

Pasadas las once de la mañana se encontraba a la entrada de una imponente mansión de cuatro plantas. Por sus dimensiones y la elegante decoración de la fachada, con columnas jónicas y corintias flanqueando los balcones centrales de cada piso, Kathleen pensó que debía pertenecer a alguien de la nobleza. Antes de llamar a la puerta,

se alisó la falda, intentó colocarse los mechones de pelo que se habían escapado del sencillo recogido que llevaba debajo del sombrero y respiró hondo. «Puede que tras esta puerta esté mi nueva vida».

Tras unos instantes de espera, la puerta se abrió y un elegante mayordomo la miró de arriba abajo.

—Buenos días —dijo el mayordomo sin mover apenas los labios. Estaba claro que el saludo era un mero formalismo y que realmente no le deseaba que tuviera un buen día, ni malo tampoco, pensó Kathleen, simplemente no parecía expresar ningún sentimiento.

—Buenos días, venía por el anuncio del periódico —dijo Kathleen con una sonrisa nerviosa en los labios.

El único músculo que movió el rígido rostro del mayordomo fue el que tiró de su ceja izquierda hacia arriba para expresar sus dudas al respecto.

—Esta… —empezó a decir Kathleen mientras sacaba la hoja doblada del periódico donde aparecía el anuncio—, esta es la dirección que aparece en el anuncio. Se busca un profesor de piano… —afirmó mientras mostraba el papel al mayordomo.

Este se tomó su tiempo para leer el brevísimo anuncio y pareció acordarse de algo.

—Ciertamente esta es la dirección —dijo el hombre recordando que, efectivamente, el señor Radcliffe le había comentado que iba a poner un anuncio en el periódico para buscar un profesor de piano para sus hijos. Pero de ello hacía tanto tiempo que se le había ido de la cabeza, algo que no estaba dispuesto a admitir delante de aquella mujer —. Mas el señor no se encuentra en estos momentos y no llegará hasta bien entrada la tarde —concluyó.

—Ah, bien, pues entonces volveré después —anunció Kathleen, cada vez más incómoda por la actitud del adusto mayordomo.

—Buenos días —dijo el hombre sin más y cerró la puerta.

Kathleen se quedó plantada en la puerta unos instantes, sin saber cómo reaccionar ante semejante muestra de prepotencia y mala educación. Si ese era el comportamiento del mayordomo, no quería pensar cómo sería el dueño de aquella mansión… Decidió que debía volver por donde había venido y una vez en casa se plantearía si regresar o no para entrevistarse con su posible empleador.

Caminó por las calles de Londres de vuelta a su hogar con un talante bien distinto al que tenía al despertar aquella misma mañana. Atravesó la puerta de su apartamento calada hasta los huesos, ya que a la altura de Hyde Park empezó a caer una finísima llovizna a la que Kathleen no prestó demasiada atención debido a su enfado con el mayordomo y, ni siquiera se planteó coger un ómnibus para evitar mojarse. Por ello, cuarenta minutos después, con los pies empapados, el bajo de su falda lleno de barro y el cabello pegado a la cara, ofrecía

un aspecto lamentable. Observó su reflejo en el espejo de su dormitorio y pensó que quizás no debía volver a aquella casa donde, casi con total seguridad, la volverían a humillar y no le darían la más mínima oportunidad de demostrar su talento.

Lo primero que hizo fue cambiarse de ropa, preparar algo ligero para comer y tomarse una gran taza de té bien caliente. Después descansó y meditó sobre lo que debía hacer. Se reprochó a sí misma querer abandonar tan pronto, ante el primer contratiempo. Tal vez ella misma estaba negándose la oportunidad de trabajar. Nunca se había considerado una cobarde, así que tenía que hacer frente a lo que fuera que se encontrase en aquella inmensa mansión. Se cambió de ropa, esta vez eligió un sobrio vestido azul marino de cuello alto y manga larga, con un pequeño ribete blanco en el cuello y los puños. Lo único que destacaba en la prenda era una serie de botones dorados que se alienaban unos junto a otros desde el cuello hasta la cintura. Volvió a cepillar su cabello y a recogerlo en un moño bajo y no olvidó coger su paraguas. No obstante, esta vez sí que hizo uso del ómnibus para llegar a su destino.

El mayordomo que parecía sacado del museo Madame Tussauds volvió a abrir cuando ella llamó a la puerta y en un casi imperceptible movimiento de su labio superior Kathleen distinguió una clara manifestación de disgusto por volver a verla allí. Aquel hombre parecía realmente afanado en mostrarse hostil hacia ella, pero a Kathleen la situación empezaba a hacerle gracia y lejos de amedrentarse, levantó el mentón y le dedicó la mejor de sus sonrisas.

—Buenas tardes —Kathleen hizo una pausa para obligar a su interlocutor a devolverle el saludo.

—Buenas tardes —contestó él.

—Tal y como me indicó esta mañana, he vuelto para la entrevista por el puesto de profesor de piano, ¿me permite? —Kathleen no se creía lo que estaba haciendo, sin darle opción a negarse, puso un pie en el vestíbulo de la casa y al mayordomo no le quedó más remedio que franquearle el paso.

Una vez dentro, el mayordomo cerró la puerta y sin mediar palabra le indicó el camino que debía seguir. Tras recorrer un amplio pasillo hasta el final, abrió una puerta y la introdujo en una magnífica biblioteca. Kathleen sonrió ampliamente al ver ese fabuloso templo de las letras y lo miró para compartir su alegría. Él no se dio por aludido.

—Espere aquí. El señor Radcliffe puede demorarse un rato aún —dijo quedamente.

En esa sencilla afirmación, Kathleen captó un sutil reproche hacia ella por haber llegado demasiado temprano. Pensó que era curioso cómo habiendo compartido apenas unos segundos con ese hombre, sentía que lo conocía a la perfección, aun cuando su expresividad era

casi nula.

♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪

Al llegar a casa, Connor entregó su abrigo y su bombín a Johnson, que le avisó de que le esperaban en la biblioteca. Al mirarlo con extrañeza, pues no solía atender a los invitados en dicha parte de la casa, Johnson se excusó diciendo que su visita llevaba mucho tiempo esperándolo y había pensado que en la biblioteca se le haría más amena la espera. Johnson era un excelente mayordomo, pero a veces era demasiado *diligente* a la hora de tomar decisiones. La biblioteca era una zona privada de la casa, no un lugar donde atender a extraños. Movido por la curiosidad, ni se molestó en preguntar de quién se trataba y se dirigió a la biblioteca de inmediato. Hacía meses que no recibían a nadie en casa. Ya se había encargado él de dejar claro que las visitas no eran bien recibidas. Sabía que era una actitud egoísta, porque ello privaba a sus hijos de estar con otras personas, pero no quería ver a nadie. A nadie en absoluto. En ese momento abrió la puerta de la biblioteca y, allí, sentada en un sillón, con un libro sobre el regazo, se encontraba… ¡El ángel pianista! ¿Qué había venido a hacer a su casa? ¿Atormentarlo con su triste melodía? La joven alzó la mirada y sus ojos lo miraron con… ¿Asombro? ¿Temor? No sabría decirlo.

Kathleen llevaba más de dos horas esperando a la persona que había puesto el anuncio en el periódico solicitando un profesor de piano. El mayordomo le había dicho que el *señor* se iba a retrasar un poco y la había conducido a la biblioteca para que esperara. No mencionó a la señora de la casa ni tampoco apareció nadie por la estancia en todo ese tiempo, a excepción de una criada que le trajo una tetera, leche y unas pastas. Pasados los primeros veinte minutos de espera, estaba tan aburrida que empezó a pasear por la habitación revisando los títulos de los libros que abarrotaban las estanterías que llegaban hasta el techo. La biblioteca era un verdadero tesoro del conocimiento, había libros de casi todos los temas imaginables: historia, botánica, viajes, arquitectura... Tragedias y comedias desde Plauto, Sófocles o Eurípides hasta Thomas Kyd, William Shakespeare o Ben Jonson. Novelas de Mary Shelley, Jane Austen o Charles Dickens. Desde la tradición oral de *Beowulf* hasta la poesía de John Milton, John Keats, Percy Bysshe Shelley o Lord Byron. Incluso había un ejemplar de *Vindicación de los derechos de la mujer* de Mary Wollstonecraft, algo que agradó a Kathleen y que decía mucho del dueño de aquella biblioteca. Pero, sin duda, los volúmenes más abundantes eran los relacionados con la medicina. Tratados de anatomía y de remedios medicinales, varias biografías de Galeno, otras tantas de Hipócrates y de Maimónides, vademécums, las últimas publicaciones sobre las innovaciones en el uso de la anestesia… Y un

sinfín de obras relacionadas con la cirugía.

Kathleen vio que también había una sección de literatura americana y sus pensamientos volaron unos meses atrás, junto a Will y a las bromas que compartieron sobre su lectura del *Fantasma de Canterville*. Inevitablemente se sintió afligida al instante y sin quererlo empezó a recrearse en un sinfín de recuerdos de sus vivencias compartidas con Will. Al fin consiguió salir de esa espiral de sensaciones agridulces y cogió un ejemplar de *El príncipe y el mendigo*, de Mark Twain. Siempre le había gustado esa historia, pero ahora que sabía que tenía una hermana gemela, su lectura adquiría una nueva perspectiva en la que se identificaba con los personajes. Había leído casi un tercio de la novela cuando la puerta se abrió de repente. Al levantar la vista vio a un hombre completamente vestido de negro bajo el umbral. Por un momento se asustó. Su aspecto era realmente sombrío, de luto, incluso la camisa era negra. Al instante empezó a sonar el *Réquiem* de Mozart en su cabeza. Él se detuvo y la miró fijamente desde allí. Apenas duró unas décimas de segundo, pero vio cómo fruncía el ceño, aunque después relajó el gesto. Su mirada era dura, de ojos levemente rasgados y un color verde claro que recordaba a un felino observando a su presa justo antes de saltar sobre ella. Su nariz era de una perfección casi insultante y, aunque no era la moda, tenía bigote y una barba perfectamente recortada cubriendo su rostro. Antes de poder fijarse en sus labios, él habló.

—Buenas tardes, Johnson me ha dicho que lleva usted mucho tiempo esperando. Ruego acepte mis disculpas —dijo acercándose a ella—. Soy el doctor Connor Radcliffe, ¿en qué puedo ayudarla? —preguntó mientras caminaba hasta quedar frente a ella.

Kathleen se levantó mientras él se acercaba y no entendía por qué, pero las rodillas le fallaron ante la presencia de aquel hombre tan imponente. Sus anchos hombros parecían tapar la luz de la lámpara que colgaba del techo. Era más alto que ella y tuvo que levantar el mentón para poder mirarle a los ojos. El olor a limpio junto a cierto aroma a maderas y ámbar la aturdió aún más. Contuvo el aliento mientras lo miraba sin pestañear; su mente lo intentó, pero no consiguió recordar si había visto a alguien como él antes. Sin entender por qué, una voz en su interior le dijo que aquel era el hombre más apuesto que había visto jamás. Tenía la sensación de que él se había acercado más de lo que establece la norma social y por eso pensó, a modo de justificación, que se encontraba algo turbada. Como si tuvieran vida propia, sus ojos, incapaces de sostener la mirada felina de ese hombre, se detuvo en sus labios. El labio superior era delgado, pero el de abajo era más ancho y parecía invitar a… Kathleen trató de centrarse, no entendía los derroteros que estaban tomando sus pensamientos. Haciendo acopio de todas sus fuerzas para desterrar el

rubor que sabía debía estar cubriendo sus mejillas, se obligó a mirar a los ojos a aquella pantera negra tan intimidante.

El doctor Radcliffe sí que se había acercado más de lo necesario a ella. Fue algo deliberado porque quería apreciar de cerca el rostro de aquella joven que había visto a lo lejos tocando un piano. Hacía mucho tiempo que no se fijaba en ninguna mujer y, aunque estaba intentando contenerse, no podía dejar de mirarla, o más bien, admirarla. Era una pelirroja adorable. Desde tan cerca pudo ver que sus mejillas y nariz contaban con algunas pecas que restaban seriedad al gesto que ella se esforzaba en mantener. Hoy no llevaba sombrero y a Connor le costó un gran esfuerzo reprimir el deseo de acariciar sus sedosas hebras de fuego. Sus ojos azules, casi grises, enmarcados por espesas pestañas, tenían una intensidad que le hicieron dudar de si había suelo bajo sus pies. Eran azules, al fin pudo satisfacer la curiosidad que le había embargado en el café Royal, azules con el borde gris. «Ojos de tormenta», pensó. «Tiene los ojos como el cielo en un día de tormenta, en el que las nubes grises tratan de borrar la luz azul brillante de un día soleado». Estaba convencido de que si se enfadaba, sus ojos serían más grises, sin embargo, pensó, de una manera irracional, que le gustaría verlos cuando se sintiera dichosa.

—Buenas tardes, doctor —dijo con un hilo de voz—, mi nombre es Kathleen Wilkes y he venido por el anuncio del periódico, el del profesor de piano. —Tuvo que aclarar esto último al ver el gesto de interrogación que cruzó la mirada del doctor Radcliffe.

—Ah, sí —dijo él levantando sus espesas cejas, como si acabara de recordar que necesitaba dicho profesor. —Bueno, pero no…

Kathleen aguardó a que acabara la frase, pero en su fuero interno sintió que se avecinaba un nuevo rechazo.

—Lamento decirle que no es lo que yo esperaba —dijo el doctor.

—Disculpe mi curiosidad, pero ¿qué es lo que usted esperaba? ¿Alguien mayor, quizás?

Connor negó con la cabeza.

—No, señorita Wilkes, la edad no es el problema. Yo deseo contratar a un hombre para el puesto de profesor de piano, no a una mujer.

Kathleen contuvo el resoplido de disgusto que estuvo a punto de soltar, se sintió molesta de inmediato. Por enésima vez desde que estaba en Londres volvían a rechazarla por no ser un hombre. ¿Qué importancia tenía ser hombre o mujer para enseñar a tocar el piano a alguien? Ese hombre ni siquiera se había molestado en preguntarle por su experiencia o su formación académica.

—Con el debido respeto, señor, me gustaría saber si hay alguna razón en particular que le impida contratar a una mujer para desempeñar ese trabajo. ¿Cree usted que una mujer no está capacitada

para dar clases de piano? —preguntó sin ocultar su malestar y acordándose del ejemplar de la visionaria Wollstonecraft que acababa de ver en la librería del hombre que tenía enfrente. Sentía las mejillas ardiendo y el pulso galopando acelerado en su cuello.

Al doctor Radcliffe no le pasó inadvertido el rubor de sus mejillas. No quería admitirlo, pero le gustó ver cómo aquella piel de terciopelo se coloreaba bajo su mirada.

—No…, no tengo ninguna… —No sabía qué decir, simplemente no quería tener contacto con ninguna mujer, eso era todo, pero no iba a darle explicaciones a esa desconocida—. No dudo que usted pueda estar perfectamente preparada para realizar dicha tarea.

—¿Entonces? —dijo casi con insolencia, descargando en esa pregunta toda la frustración acumulada durante los últimos días en los que la habían rechazado una y otra vez solo por el hecho de ser mujer, sin darle la más mínima oportunidad de probar su valía—. Puedo asegurarle que he recibido una amplia formación como pianista aquí y en Europa y que estoy perfectamente capacitada para transmitir mis conocimientos a cualquier persona, ya sean adultos, jóvenes o niños.

«¿Es esta mujer la misma que confundí con un ángel?», pensó Connor.

—Quiero *un profesor* de piano, señorita Wilkes. Eso es todo —dijo enfatizando el masculino.

Johnson interrumpió ese tenso momento llamando a la puerta de la biblioteca, que se encontraba abierta.

El doctor Radcliffe se giró molesto para mirar hacia él.

—Disculpe que le moleste, doctor, pero hay un asunto que requiere su atención inmediata.

En aquel momento hubiera besado a Johnson, como tantas veces, era de lo más oportuno. ¿Se habría inventado esa treta para ayudarle a librarse de aquella embarazosa situación? No lo creía, ¿cómo podía Johnson saber que quería acabar con esa conversación cuanto antes? Se giró hacia Kathleen de nuevo, ahora con una mirada casi amable.

—Lamento haberle hecho perder su tiempo, señorita Wilkes. Ahora si me disculpa… —Hizo una leve inclinación de cabeza—. Johnson la acompañará a la salida. Buenas tardes.

Kathleen abrió la boca para decir algo, pero no se le ocurrió nada que añadir y volvió a cerrarla. Para cuando dijo *buenas tardes* él ya había salido de la biblioteca.

CAPÍTULO 16

Casi en el mismo instante en el que cerró la puerta de la biblioteca, Connor sintió que se había equivocado. Su cabeza le decía que se alejara de allí cuanto antes, pero los latidos de su corazón largamente aletargado le pedían que no dejara marchar a aquella mujer. Su mente ganó la batalla y fue directo a su despacho, donde Johnson se reunió con él instantes después.

—¿Cuál es ese asunto tan urgente, Johnson? —Connor formuló la pregunta sin esperar que el mayordomo le contara ningún problema real, convencido de la treta del mismo para librarlo de tener que seguir dando explicaciones al ángel pianista… y rebelde.

—¿Recuerda que hace un mes la señora Simmons anunció que dejaría su puesto de institutriz para trasladarse a cuidar de su hermana en Sheffield?

—Sí, lo recuerdo. —En realidad Connor lo había olvidado por completo.

—Debo anunciarle que la señora Simmons acaba de irse, señor —declaró con solemnidad Johnson.

—¿Irse? ¿A dónde?

—A Sheffield, señor. A cuidar de su hermana enferma —volvió a informar Johnson, impertérrito.

—Pero… ¿se ha ido, así, sin más? ¿Sin despedirse? —Connor empezaba a hacerse una idea del gran problema que se avecinaba.

—Se ha despedido de los niños antes de hablar conmigo. Le he pagado y se ha marchado. Le he solicitado que esperara para despedirse de usted, pero ha asegurado que si lo hacía perdería el tren. Lo lamento, señor.

—Johnson, usted debería haberme recordado que la señora Simmons se iba a marchar hoy, ¡maldita sea! —le reprochó Connor, alzando la voz.

—Señor, hace dos semanas...

—¡Hace dos semanas le dije que buscara a alguien!

—Es cierto, señor, y la señora Simmons me aseguró que una

sobrina suya se quedaría en su puesto.

—Y ¿dónde está la susodicha sobrina? —exigió saber Connor.

—La señora Simmons me ha dicho que ha encontrado otro trabajo y que no va a venir, señor.

—¡¿Y ahora qué hacemos?! ¡Yo parto esta noche hacia Oxford para participar en un seminario sobre cirugía! —Connor apoyó las manos sobre su escritorio y dejó caer la cabeza entre sus hombros en un gesto de desesperación.

—Señor, ¿ha contratado usted los servicios de la profesora de piano?

—No, Johnson, no la he contratado.

—Aha. —Fue la única respuesta del mayordomo.

—¿Aha? ¡Johnson! ¡A veces usted me exaspera! ¿Qué quiere decirme, por favor? ¡Suéltelo ya!

—Señor, había pensado que si usted había decidido emplear a esa mujer como profesora de piano, podría ampliar su contrato para que ejerciera también de institutriz… —Al ver la mirada furibunda del doctor, Johnson pareció arrepentirse de lo dicho—. Bueno, era solo una idea… podría ser algo temporal hasta encontrar a alguien con la experiencia y las referencias adecuadas, pero esta noche tendríamos resuelto el problema.

—No creo que esté interesada, se supone que es profesora de piano, no niñera. Además, todo es demasiado precipitado —pensó Connor en voz alta—, seguro que ya se ha ido…

—Si le ofrece un buen sueldo, quizás no le importe, señor. —Johnson esperaba convencer al señor Radcliffe porque de lo contrario tendrían que repartirse la tarea de cuidar de los niños entre todo el servicio y él no tenía ningún interés en aumentar sus quehaceres diarios.

Connor meditó un momento, su cabeza le decía que debía ser práctico, contratar a la mujer solo por el tiempo justo hasta encontrar a la institutriz adecuada y salir del atolladero lo antes posible. Sin embargo, algo en su interior le decía que el destino tenía métodos muy singulares de acercarnos a lo que realmente deseamos…

—Vaya inmediatamente a buscar a esa mujer. ¿Ha dejado algunas señas? ¿Alguna dirección?

—No, señor.

—Pues vaya a buscarla y no vuelva sin traerla a casa con usted, ¿entiende lo que le digo?

—Sí, señor. — Vaya si lo entendía. En esos momentos era cuando detestaba su trabajo. No solo tenía que buscar a la mujer, que Dios sabría por dónde andaría ya, sino que además tendría que rebajarse a convencerla, puede que tuviera que rogarle incluso que aceptara el puesto de institutriz. ¡Recórcholis!

♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪

Kathleen llevaba casi veinte minutos andando cuando se dio cuenta de que le dolían los dedos de la mano derecha. Cuando bajó la mirada vio que aún llevaba el libro de *El príncipe y el mendigo* apretado fuertemente entre sus dedos. ¡Por Dios bendito! ¿Cómo no se había dado cuenta de que se había llevado el libro? ¿Qué debía hacer ahora? ¿Quedárselo como triste recuerdo de sus fracasos a la hora de buscar empleo? ¿Volverse a devolverlo? Desde luego, no quería que nadie la acusara de ladrona. Por otro lado, con la cantidad de libros que había en aquella biblioteca, ¿quién iba a notar que se había llevado ese? Siguió caminando un poco más. ¿A quién iba a engañar? Ella siempre hacía lo correcto, no se quedaría con algo que no era suyo. Tendría que volver de nuevo a la mansión del doctor. Gimió para sus adentros, el día estaba resultando agotador, no recordaba haber andado tanto en años. Resignada, giró sobre sus talones y volvió, por tercera vez ese día a la casa del señor Radcliffe.

Tras unos minutos avanzando con paso lento y cansado por las calles de South Kensington, al doblar una esquina se dio de bruces con el altanero mayordomo de la casa del doctor. No obstante, Kathleen reparó en que su aspecto era algo diferente, parecía acalorado y un mechón de su pulcramente peinado cabello caía sobre su frente, quitándole sobriedad a su habitual gesto altivo. Por fin Kathtleen pudo ver que su rostro expresaba alguna emoción. Creyó leer alivio y hasta alegría por verla de nuevo. Pero esto último no podía ser posible, definitivamente, no. Se lo habría imaginado. «Pues menos mal que me he vuelto a devolver el libro, si no hasta puede que hubieran llamado a Scotland Yard».

—Me llevé el libro sin darme cuenta, iba a devolverlo, se lo aseguro —se excusó enseguida Kathleen.

—¿Perdón? —preguntó algo confuso Johnson.

—El libro. —Kathleen levantó la mano y mostró el libro—. Me lo llevé sin querer, volvía ahora mismo a devolverlo.

Johnson hizo un gesto negativo con la cabeza, como quitando importancia a lo que estaba diciendo Kathleen.

—Yo la buscaba por otro motivo, señorita. ¿Sigue usted interesada en trabajar para el señor Radcliffe?

Kathleen sonrió para sus adentros, puede que fuera el cansancio, pero la situación le pareció graciosa. ¿Que si seguía interesada en trabajar para el señor Radcliffe?

—La pregunta es ¿acaso el señor Radcliffe está interesado en que yo trabaje para él? —sin esperar la respuesta del mayordomo, Kathleen contestó a la pregunta—. No, claro que no, me lo ha dejado bien claro cuando ha hablado conmigo antes. Entonces, ¿por qué me pregunta si estoy interesada? Evidentemente hoy he recorrido la

ciudad de un extremo a otro varias veces porque deseaba el empleo, no porque quisiera estirar las piernas.

Johnson, haciendo gala de su imperturbabilidad, continuó con el discurso que tenía preparado, sin atender a la mal disimulada queja de Kathleen.

—El señor Radcliffe, de hecho, tiene la intención de hacerle una oferta mejor, además de contratarla como profesora de piano, desea también que trabaje como la institutriz de sus hijos. Ganaría más del doble que como profesora de piano y viviría en la casa, donde no tendría ningún gasto por alojamiento o manutención.

Kathleen no entendía nada. ¿Aquel hombre le estaba diciendo que el doctor había pasado de no querer que les diera unas pocas horas de clase de piano a sus hijos, a que viviera con ellos? Al parecer no estaba bien de la cabeza, por muy doctor que fuese. Mejor rechazar la oferta y evitar problemas…

—Me temo que debo declinar su ofrecimiento, señor…

—Johnson, llámeme Johnson, por favor.

—Johnson, le agradezco la oferta, pero si le soy sincera, no tengo ninguna experiencia como institutriz. Seguro que el señor Radcliffe desea contratar a alguien con mejores referencias que yo en ese aspecto.

Johnson, que pertenecía a una familia con una larga tradición familiar en la profesión de mayordomos y amas de llaves, sabía que, llegados a este punto, lo más práctico era contar la verdad.

—Señorita Wilkes, le pido que reconsidere su decisión. Los hijos del señor Radcliffe la necesitan.

—¿Y qué pasa con la señora Radcliffe? ¿No puede hacerse cargo de sus hijos? —preguntó Kathleen sin rodeos.

—Estoy convencido de que a la señora Radcliffe le encantaría encargarse de ellos, pero lamentablemente falleció hace casi dos años —dijo Johnson con sincero pesar.

«Ay. Ay, Dios mío». Kathleen sintió una punzada de dolor en el pecho.

—El doctor debe partir esta misma noche hacia Oxford para participar en un seminario sobre medicina y los niños van a estar casi una semana sin ver a su padre. —A Johnson no le pasó desapercibida la expresión de pesar de la joven y decidió que debía ahondar un poco más en la herida, para que no le quedara más remedio que aceptar el empleo—. Tienen cinco y siete años, se llaman Daniel y Mandy. Son dos niños realmente encantadores, pero estos dos últimos años han sido muy duros para ellos. Necesitan a alguien que pase el día con ellos, que los atienda y, sobre todo por las noches… Mandy tiene pesadillas desde que su madre murió…

Kathleen no necesitaba seguir escuchando nada más. Desde el

momento en que Johnson le dijo que los niños habían perdido a su madre, supo que no podría negarse a cuidar de ellos. Nadie debería crecer sin el amor de una madre. Pobres criaturas.

—Acepto —dijo sin más, interrumpiendo el lastimero discurso de Johnson.

—¿Cómo?

—Que acepto el empleo, Johnson.

—Eso es… magnífico, señorita Wilkes. —Su rostro no lo expresaba, pero sentía un alivio enorme. Cuando el señor Radcliffe le ordenó traerla a casa, se había imaginado vagando por las calles, desesperado a la búsqueda de la muchacha. Estaba hasta sorprendido de lo sencillo que había resultado encontrarla y convencerla—. Acompáñeme, por favor.

—Pero yo debo ir a mi casa, tengo que coger mi ropa, mis partituras…

—No se preocupe, Melville, el chófer del señor Radcliffe la llevará a su casa para que pueda traer todas sus pertenencias. Debo presentarle a los niños esta misma noche.

Tras ir a su casa para recoger algo de ropa, un neceser y sus partituras, esta vez cómodamente sentada en el asiento trasero del coche del señor Radcliffe, llegó de nuevo a la mansión. Al parecer el señor Radcliffe ya se había marchado y Kathleen sintió un gran alivio por no tener que enfrentase de nuevo a él. Le indicaron el que sería su dormitorio, que estaba en la primera planta, junto al de los niños. Le dijeron que en esa planta estaban también los aposentos del señor, pero se encontraban en el ala opuesta a la habitación de sus hijos. Esto a Kathleen le pareció de lo más extraño, no sabía si es que sus padres eran diferentes o si la gente muy adinerada tenía costumbres distintas a las suyas, pero no entendía cómo un padre podía dormir tan alejado de sus hijos pequeños, sobre todo tras la muerte de la madre de los niños.

Su dormitorio resultó ser bastante sobrio, pero también muy amplio y cómodo. La cama era mucho más grande que la suya de Southampton y disponía de un pequeño aseo privado, algo que le pareció todo un lujo para ser una empleada de la casa. Johnson llamó a su puerta antes de que pudiera deshacer las maletas y le pidió que lo acompañara a conocer a los niños. Bajaron las escaleras y se dirigieron a una salita donde Kathleen aún no había estado, junto a la biblioteca. Era una habitación no muy grande y bastante acogedora, con una chimenea y unos cómodos sillones frente a ella. Por un momento se le pasó por la cabeza sentarse en uno de ellos. El cansancio de todo el día comenzaba a hacer mella en su cuerpo y deseaba tremendamente relajarse al fin, aunque para eso tendría que esperar un poco más. En ese momento escuchó cómo llamaban a la puerta y se giró para ver de

quién se trataba. Una joven criada de mirada dulce y labios sonrientes sujetaba la puerta para facilitar la entrada a dos personitas elegantemente vestidas. Kathleen no se había preparado para sufrir un flechazo instantáneo. Primero entró la niña, Mandy, de cabellos rubios y ojos color avellana, muy seria y con mirada recelosa. A pesar de las reservas que pudiera tener hacia ella, se aproximó con paso decidido, se sujetó la falda por cada lado e hizo una graciosa reverencia.

—Buenas tardes, señorita Wilkes. Mi nombre es Mandy —dijo sin cambiar la expresión seria de su cara.

—Buenas tardes, señorita Mandy. Encantada de conocerla. —Kathleen le ofreció su mano para que la estrechara, pero la niña pareció dudar. Durante unos segundos eternos, Kathleen mantuvo su brazo extendido sin conseguir el contacto deseado, hasta que la niña levantó su manita lentamente y Kathleen pudo estrecharla, al fin. Pensó que quizás sería complicado hacerla reír, pero estaba segura de que lo conseguiría. De *Las cuatro estaciones* de Vivaldi, Kathleen empezó a escuchar el concierto número 4, «El invierno», en su cabeza.

Entonces llegó el turno del pequeño Daniel y «La primavera» se abrió paso en su mente con rotundidad. Siguiendo el ejemplo de su hermana, se acercó a Kathleen y colocando un brazo rodeando su cintura por delante de su cuerpo y el otro por detrás, hizo una ligera reverencia mientras decía:

—*Buenaz tardez*, *zeñorita Wilkez*, me llamo Daniel.

A Kathleen le hizo gracia el ceceo del niño, pero no dejó que él lo notara. Daniel era una copia de su padre en pequeño, pero mucho más risueño. Daniel no mostraba el más mínimo recelo hacia ella y parecía haber sentido una simpatía inmediata por Kathleen pues él mismo extendió su mano para estrechar la de ella. Kathleen, encantada con su nuevo aliado, se apresuró a coger la mano del pequeño entre las suyas.

—Es un verdadero placer, señorito Daniel —confesó Kathleen con una amplia sonrisa.

—Los niños deben irse a dormir ya, señorita Wilkes —intervino Johnson—. Ella es Meredith, suele encargarse del aseo de los niños, de vestirlos y de acompañarlos durante las comidas. Puede ir con ella para que le muestre el dormitorio de los niños.

—Sí, por supuesto. Me encantará ver su habitación, si a ellos no les importa…

—No, ¡claro que no! —exclamó Daniel y cogió a Kathleen de la mano para que lo acompañara.

Kathleen percibió la mirada de reproche que Mandy lanzó a su hermano, pero decidió que no debía darle importancia y tendría que ser paciente con ella. Los cambios suelen ser difíciles para todo el mundo y, en el caso de los niños, podrían ser realmente duros.

Kathleen los acompañó a su habitación y cuando Meredith terminó de ponerles su pijama y su camisón, se ofreció a hacer lo que su madre hizo con ella durante toda su infancia.

—¿Os gustaría que cantara una nana antes de que os quedéis dormidos?

—La señora Simmons nos contaba un cuento —aseguró Mandy, dejando clara su preferencia.

—A mi *zí* me *guztaría* —afirmó Daniel con una sonrisa.

—Bueno, puedo contaros un cuento y después cantaros una nana, ¿qué os parece? —propuso conciliadora Kathleen.

—¡Yo quiero *laz doz cozaz*! —exclamó con entusiasmo Daniel.

—¿Y tú, Mandy? ¿Quieres?

La niña lo pensó unos instantes y luego asintió con la cabeza. Kathleen pensó que acababa de ganar una pequeña batalla.

Tras contarles un cuento en el que los protagonistas eran una princesa llamada Mandy y un caballero llamado Daniel y cantarles la nana que su madre le cantaba a ella y a Rob cuando eran pequeños, los niños se quedaron tranquilos en sus camas, dispuestos a dormirse de un momento a otro. Al fin, Kathleen pudo irse a su dormitorio y tomarse el merecido descanso que necesitaba. Sin deshacer las maletas, ni colocar ninguna de sus pertenencias en el armario de la habitación, se puso un camisón y se metió en la mullida cama. Apenas tuvo tiempo de reflexionar sobre el giro que acababa de dar su vida cuando Morfeo la tomó cálidamente entre sus brazos.

No llevaba ni una hora dormida cuando unos gritos desesperados arrancaron a Kathleen de su profundo sueño. Se levantó algo desorientada, sin recordar muy bien dónde se encontraba, y cuando por fin se ubicó, se puso una bata y fue directa a la habitación de los niños. Mandy estaba de rodillas sobre su cama, apretando la colcha fuertemente contra su pecho. Daniel la miraba con ojos soñolientos.

—*Ziempre* llora de noche… —afirmó.

Cuando Kathleen se iba a acercar a la cama de Mandy, Meredith llegó. La niña sollozaba y se balanceaba con los ojos muy abiertos. Kathleen pensó en posibles soluciones.

—Meredith, ¿podrías preparar una infusión con hierbaluisa o tila… algo que pueda tranquilizarla?

—Sí, por supuesto. Voy enseguida —contestó solícita, Meredith, encantada de que alguien tomara las riendas de la situación.

Kathleen se acercó lentamente a la cama.

—Mandy, ¿puedo sentarme aquí contigo? —preguntó en voz baja.

La niña no contestó, pero movió la cabeza afirmativamente y Kathleen aprovechó para acercarse a ella.

—¿Quieres contarme por qué lloras? ¿Estabas soñando con algo feo, Mandy? —preguntó, pasando un brazo por la espalda de la niña.

Ante ese leve contacto, Mandy reaccionó de manera sorprendente, se giró y se abrazó al cuerpo de Kathleen con todas sus fuerzas. Con la cabeza apoyada sobre su pecho, Mandy lloraba desconsolada y decía cosas que Kathleen no podía entender. Por un buen rato desistió de que la niña le contara su sueño y se limitó a abrazarla con todo su cariño. Pensando en dejar descansar a Daniel, Kathleen decidió llevarse a Mandy a su dormitorio para poder hablar con ella allí. En ese momento apareció Meredith con la infusión y le pidió que la llevara a su habitación.

—Ven, vayamos a mi cuarto para que Daniel pueda dormir. ¿Quieres venir?

—Sí —afirmó Mandy sin pensarlo dos veces.

Una vez en el dormitorio, tras tomarse la infusión, Mandy le contó que siempre soñaba lo mismo. Soñaba que se llevaban a su mamá y que no le dejaban despedirse de ella. Kathleen no pudo reprimir las lágrimas que se escaparon de sus ojos. Entendía a aquella niña más que nadie en el mundo. Ella no tenía ese sueño de noche, pero cada día lamentaba no haber podido despedirse de sus seres queridos. Una vez más abrazó a Mandy y besó su cabecita dulcemente mientras trataba de darle un consuelo que sabía que no podía ofrecer, pues a ella nadie podía quitarle ese dolor que arrasaba su corazón desde hacía meses. Mandy pareció relajarse tras tomar la infusión y confesar lo que la hacía sufrir y se quedó dormida en brazos de Kathleen. La recién estrenada institutriz sintió una ternura inmensa y le encantó la sensación de abrazar a una criatura tan dulce e indefensa. La recostó en su cama, la arropó y se acostó al otro lado de la cama. Esperaba que aquella noche no tuviera más sobresaltos. Agotada, volvió a quedarse dormida rápidamente.

CAPÍTULO 17

Los días pasaron volando para Kathleen y —le daba la impresión de que— para los niños también. No tenía ni idea de cómo trabajaba una institutriz, pero tenía muy claro lo que quería conseguir con los hermanos Radcliffe. Al parecer, los niños no salían nunca de casa, su anterior institutriz se encargaba de darles formación académica en aspectos como aritmética o gramática, en el caso de Mandy, y Daniel estaba aprendiendo a escribir las letras y los números. Si hacía buen tiempo, salían al jardín, que era bastante grande, según había podido comprobar Kathleen, y si llovía, en la cuarta planta de la casa había una gran sala de juegos, con casitas de muñecas, cochecitos y trenes de madera, soldaditos de plomo, muñecos de trapo… Un espacio que a Kathleen le pareció triste. A ella, que había disfrutado de pequeña jugando en la calle con su hermano y sus amigos, aquella gran habitación llena de objetos inertes le resultó fría y sin vida. «Los niños», pensó al verla, «necesitan jugar con otros niños, no estar encerrados en una jaula de oro». La decisión estaba clara: los hermanos debían salir a la calle, aprender de todo aquello que les rodeaba, moverse por la ciudad y ver a otras personas.

Cuando la primera mañana de su estancia en la mansión Radcliffe, Kathleen le pidió a Meredith que vistiera a los niños para salir a dar un paseo, la muchacha la miró con espanto.

—Creo que no debería hacer eso, señorita Wilkes —confesó con cautela, Meredith.

—Llámame Kathleen, por favor, Meredith. ¿Qué es lo que no debería hacer?

—Sacar a los niños a la calle. El señor no permite que salgan de casa bajo ningún concepto, a menos que sea él quien los acompañe, pero eso ocurre en muy pocas ocasiones.

—¿Los niños solo salen cuando los saca su padre? —preguntó Kathleen asombrada.

—Bueno… a veces, cuando lady Freedlace, la baronesa viuda, madre del señor, insiste mucho, los lleva a la iglesia los domingos…

¡Madre de Dios! ¿Cómo podía ser tan cruel ese hombre? ¿Acaso no había sido niño nunca? Kathleen no estaba dispuesta a que esa situación continuara ni un minuto más. Sacaría a los pequeños a dar un paseo, aunque fuera lo último que hiciera como institutriz en aquella casa.

De este modo, elaboró un plan de salidas diarias. En Londres tenían a su alcance la mayor escuela que un niño podía tener: museos, parques, iglesias… cualquier rincón estaba lleno de historia, arte o tradición, una gran fuente de cultura, si se sabe mirar con ojos ávidos de conocimiento.

Johnson trató de disuadirla de su decisión de todas las maneras posibles, incluso la amenazó con contárselo todo al doctor, pero ninguno de sus intentos logró hacerla desistir. Quería que los pequeños abrieran sus ojos al mundo.

Cuando al fin lograron salir de casa la primera mañana, fueron directamente al Museo de Historia Natural, que estaba muy cerca de la mansión. Fue una vivencia fascinante para los tres. Para los niños fue algo memorable y extraordinario, pero para Kathleen fue una de las mejores experiencias de su vida. Ver aquellas caritas con los ojos tan abiertos, observando maravillados los enormes esqueletos de dinosaurios, valía la pena jugarse el puesto, pensó Kathleen absolutamente convencida. En aquellos momentos dichosos, se acordaba de todos los que ya no estaban y añoraba poder compartir con ellos las anécdotas vividas con los niños.

Por las mañanas hacían alguna pequeña excursión o visita fuera de casa y por las tardes daban clases, principalmente, de piano y solfeo. Kathleen consideraba que estaban aprendiendo mucho de otras disciplinas en sus visitas a los museos de la zona, por ello no dedicaba sus clases a impartir las enseñanzas tradicionales. Se instruyeron sobre bellas artes y sobre otras culturas en el Museo de Victoria y Alberto, cogieron el ómnibus para ir al Palacio de Buckingham y pasear por sus alrededores, observaron la caída de las hojas del otoño en Green Park, entraron en la Catedral de Westminster, donde Kathleen les habló de algunos de los personajes más ilustres que se hallaban allí enterrados. Cada día llegaban a casa agotados tras sus salidas matutinas, pero a la mañana siguiente los niños se levantaban preguntando adónde los llevaría Kathleen aquel día. Por las noches, Kathleen caía rendida en la cama, pero se hallaba infinitamente agradecida por ello y por haber encontrado a aquellos niños tan adorables. Egoístamente consideraba que era realmente afortunada de ser su institutriz, pues al pasar el día ocupada física y mentalmente, apenas tenía tiempo de martirizarse con los recuerdos de Will, Rob y sus padres. Era extraño pensar así, se reprochó, pero era la mejor manera de sobrevivir al dolor que vivía en su corazón desde hacía meses.

El quinto día, después de pasear, jugar y hacer un pequeño picnic en Hyde Park, regresaron apresuradamente a casa, pues había empezado a llover copiosamente. Cuando Johnson les abrió la puerta tras sus insistentes llamadas, entraron en tropel al vestíbulo, riendo y gritando alborozados, bromeando porque estaban totalmente empapados y las sombrillas no les habían servido para nada. Kathleen empezó a quitarles los abrigos cuando, con el rabillo del ojo, percibió una presencia oscura cerca de ellos.

—¡Papi! —escuchó que exclamaba Daniel, que se zafó de su abrigo rápidamente y fue corriendo a abrazar la pierna de su padre.

A Kathleen se le congeló la sonrisa en los labios, cruzó una mirada furtiva con Mandy y la niña, a pesar de su corta edad, le transmitió los mismos temores que ella misma albergaba. El doctor Radcliffe acariciaba la cabeza de su hijo, pero sus ojos de pantera estaban clavados en ella. No era odio lo que vio en ellos, pero sí una hostilidad que no hacía presagiar nada bueno. Kathleen pudo ver cómo su mandíbula se tensaba amenazadoramente y sus ojos la hubieran atravesado como una lanza, si hubieran podido.

—Doctor Radcliffe, no le esperábamos tan pron… —empezó a decir Kathleen.

—Mandy, ¿no vas a venir a saludarme? —la interrumpió Connor, sin ningún miramiento, dirigiendo sus ojos, al fin, hacia su hija.

Kathleen se quedó totalmente estupefacta. Los modales de aquel hombre eran absolutamente primitivos.

La niña se acercó a su padre con paso lento, sin ningún entusiasmo se aferró a la cintura del mismo y recibió una caricia en su pelo mojado. «Como si se tratase de una mascota», pensó Kathleen.

—Id con Meredith para que os ayude a quitaros esa ropa mojada y preparaos para la cena.

Como si intuyera lo que iba a pasar, Mandy preguntó:

—¿Puede venir la señorita Wilkes a ayudarnos, por favor?

—No —contestó con sequedad Connor.

Al darse cuenta del tono que había empleado con su hija, añadió:

—La señorita Wilkes y yo debemos mantener una conversación en este momento. Cuando termine irá con vosotros, descuida, Mandy.

La niña no dijo nada, pero lanzó una última mirada compasiva hacia Kathleen, que le sonrió, hizo un leve gesto con la cabeza indicándole que obedeciera a su padre y finalmente se marchó. A Connor no se le escapó ni ese ni ninguno de los gestos que había percibido en su hija. Vio complicidad entre ambas y empezó a sentir remordimientos por lo que iba a hacer.

Cuando los niños desaparecieron del vestíbulo, toda la atención de Connor se volvió a centrar en ella. De repente, Kathleen se sintió pequeña, tan pequeña como un niño al que van a dar unos azotes por

romper la porcelana china de la abuela.

—Sígame —ordenó Connor dándole la espalda y encabezando la marcha hacia lo que para Kathleen parecía el patíbulo.

Obediente, lo siguió hasta la salita donde le presentaron a los niños el primer día que llegó a la casa. Agradeció infinitamente que el hogar estuviera encendido, pues la humedad de sus prendas mojadas había calado hasta su piel y estaba haciendo grandes esfuerzos por no empezar a temblar. No sabía cuánto tiempo podría contenerse, ya que no solo sentía un frío atroz, sino que el miedo se estaba apoderando de ella. Había desafiado a aquel hombre a sabiendas y se había convencido a sí misma de que no le importaba perder el empleo, pero después de estos días con los niños…

Connor cerró la puerta tras ella.

—Tome asiento, por favor —dijo Connor con tono autoritario.

—Prefiero quedarme de pie, gracias. —Si la iban a despedir, al menos le quedaba su dignidad.

—Como guste. —Él tampoco se sentó—. Señorita Wilkes, he sido informado de que usted, plenamente consciente de que existen unas normas muy claras al respecto, ha obviado la prohibición expresa de sacar a mis hijos fuera de casa sin mi supervisión. Yo la contraté para que prestara unos servicios muy concretos en esta casa y, en lugar de llevarlos a cabo, se ha dedicado a poner en peligro la vida de mis hijos llevándolos a Dios sabe dónde y a hacer Dios sabe qué…

—Disculpe que le interrumpa, señor Radcliffe. —Kathleen no pudo evitar intervenir en ese momento—. Estrictamente hablando, yo fui contratada por *su mayordomo*, no por usted. Quizás si se hubiera dignado a hablar conmigo el día que Johnson me contrató, podría haberme dado todas las indicaciones que hubiera considerado oportunas…

—A todos los efectos, Johnson puede tomar decisiones en esta casa en mi ausencia con mi total aprobación.

—No discuto que Johnson esté autorizado para tomar decisiones cuando usted esté fuera de casa, pero sí es bastante discutible que usted haya permitido que una completa desconocida como yo cuide de sus hijos durante estos cinco días. —¿Había sido capaz *ella* de decir eso? ¿Había perdido el juicio?

Si a Connor le hubieran echado agua hirviendo por la espalda en ese mismo instante, no le habría dolido tanto como lo que acababa de decirle aquella advenediza. ¿Qué se había creído? A punto estuvo de estallar y echarla de su casa inmediatamente. Sin embargo, se contuvo, en el fondo, muy en el fondo de su ser y, aunque lamentase tener que admitirlo, el ángel rebelde tenía razón. Tenía toda la razón, maldita sea. De hecho, había adelantado su regreso de Oxford porque empezaba a inquietarse por el bienestar de sus hijos. ¿En qué había

estado pensando cuando decidió meter a una desconocida en su casa y, encima, para cuidar de sus hijos? ¿Y si hubiera sido una demente o una ladrona…?

Connor guardó silencio durante un buen rato, sin apartar los ojos de Kathleen. Estaba pálida y tenía los labios azulados. Percibió cómo se abrazó ligeramente a sí misma en un intento de contener los temblores que se habían adueñado de su cuerpo. Connor sintió repentinamente el deseo de dar calor con su propio cuerpo a aquella mujer que acababa de mostrar una fortaleza innegable, pero a la vez parecía un animalillo indefenso. Estaba aterida de frío, calada hasta los huesos, por lo que podía apreciar, y Connor no deseaba hacerle padecer esa tortura ni un minuto más. Surgió en él un sentimiento primitivo de protección hacia ella que no pudo, ni quiso evitar. «Soy médico», argumentó su cabeza para tratar de dar sentido a lo que acababa de sentir, «mi trabajo consiste en cuidar de los demás, no en hacer que enfermen».

—¡Johnson! —exclamó de pronto, haciendo que Kathleen diera un respingo.

Solícito, Johnson apareció en la puerta de la salita apenas un instante después de la llamada.

—¿Qué desea, señor? —preguntó lanzando una mirada furtiva a Kathleen. Aunque en un principio la muchacha no contaba con su total aprobación y sus métodos no eran en absoluto ortodoxos, lo cierto era que, debía admitirlo, le caía bien. Y los niños la adoraban. No obstante, su lealtad y su sentido de la responsabilidad le habían llevado a contarle al señor todo lo que había acontecido en la casa durante su ausencia, algo de lo que, por una vez en mucho tiempo, no se sentía orgulloso.

—Que preparen de inmediato un baño caliente para la señorita Wilkes.

—Enseguida, señor.

Kathleen estaba atónita. En el momento en el que pensaba que las siete plagas de Egipto iban a caer una a una sobre su cabeza empapada, el señor de la casa decidía que ella debía tomarse un baño caliente… No pudo evitar enarcar las cejas y abrir la boca con asombro, mientras lo miraba a aquellos ojos verdes tan enigmáticos que ahora no mostraban ni un ápice de ira o ni siquiera enfado.

—Necesita entrar en calor, señorita Wilkes, suba y cámbiese de ropa. Hablaremos después de la cena —dijo Connor casi en un tono compasivo, mientras la veía dirigirse a la puerta.

—Gr-gr-r-a-cias-s-s —dijo Kathleen con dificultad, castañeteando los dientes.

Subió las escaleras sumida en la más absoluta confusión. Acababa de reprochar al señor Radcliffe que era un mal padre, un descerebrado

que había dejado a sus hijos al cuidado de una extraña y él, en lugar de recriminarle su actitud o incluso echarla de su casa, la había… *indultado* y le había permitido quedarse y cambiar sus ropas mojadas.

Después de que el calor volviera a su cuerpo gracias al cálido baño, Kathleen se vistió adecuadamente para la cena, pero no se movió de su habitación. No sabía muy bien qué hacer. Los días anteriores había cenado con los niños, pero ello era debido a que su padre no se encontraba en casa. Sin embargo, ahora que había venido, Kathleen no sabía cómo actuar. ¿Debía cenar con él y con los niños o, por el contrario, lo correcto sería que cenara con el servicio? Unos toques en la puerta la sacaron de sus cavilaciones.

—Adelante —dijo.

Johnson asomó la cabeza tímidamente bajo el dintel.

—El señor me envía a avisarle de que están a punto de servir la cena.

—Ah, sí, bajo enseguida. —Kathleen se reprochó no haber preguntado antes a Johnson si debía reunirse con el señor Radcliffe y los niños o no. Ahora él añadiría «impuntual» a su ya abultada lista de epítetos muy poco halagüeños hacia ella.

—Ehem —carraspeó falsamente Johnson para llamar la atención de Kathleen, que lo miró con curiosidad —. Señorita Wilkes, me gustaría aclararle que… —Pareció dudar un instante—. Quiero decir que no ha sido mi intención perjudicarla al contarle al señor Radcliffe lo que ha hecho estos días…

—No se preocupe, Johnson, soy adulta y todo lo que he hecho ha sido plenamente consciente de los riesgos que entrañaba…

—Sí, pero necesito que entienda que mi sentido del deber me obliga a…

Kathleen se acercó al atribulado mayordomo, por una vez su rostro sí parecía transmitir algún sentimiento. Ella pudo ver arrepentimiento y pesar en sus ojos. Posó una mano sobre su brazo y lo frotó arriba y abajo con suavidad con la intención de ofrecerle consuelo.

—De corazón se lo digo Johnson, no se preocupe, lo entiendo perfectamente y valoro su integridad y su lealtad hacia el señor. Además, no se lo he puesto nada fácil, usted me advirtió una y mil veces y yo no le hice caso. —Kathleen sonrió—. No se aflija por mi culpa.

—Está bien —admitió al fin Johnson y pareció esbozar algo parecido a una sonrisa.

—Debemos irnos ya.

—Sí, acompáñeme, por favor. —Y volvió a adoptar su habitual rictus impenetrable.

Mientras se acercaba al comedor, Kathleen se sintió aliviada porque no se escuchaba hablar a nadie en su interior, así que, con un poco de

suerte, ellos llegarían una vez que ella estuviera dentro de la estancia… Al entrar, su optimismo se esfumó de inmediato. A la mesa se hallaban sentados ya los niños y su padre aunque estaban en absoluto silencio.

—¡*Zeñorita Wilkez*! —exclamó con júbilo Daniel.

Mandy se giró y le dedicó una amplia sonrisa, mientras que el doctor la miraba de arriba abajo. Kathleen empezó a ponerse nerviosa. No sabía si habría acertado eligiendo su atuendo: una blusa color durazno con mangas de farol y encaje en la pechera con forma de «V» hasta la cintura y una falda de terciopelo azul noche.

—¿Se puede sentar a mi lado, papá? —preguntó Mandy cuando Kathleen se acercó a la mesa, sin saber muy bien dónde colocarse.

El doctor presidía la larga mesa rectangular, Mandy estaba a su derecha y Daniel a su izquierda.

— ¡No! ¡Yo quiero que *ze ziente* a mi lado! —protestó Daniel.

Sin decir una palabra, Connor alzó la mano derecha imponiendo silencio. Los niños no volvieron a quejarse. Entonces el padre se levantó, se colocó detrás de su silla y señaló el asiento mirando a Kathleen.

—Siéntese aquí, por favor, así tendrá uno a cada lado —dijo.

—¡Bien! —gritaron a la vez los pequeños. Daniel incluso aplaudió.

A Kathleen le enternecía muchísimo la espontaneidad de Daniel. Era tan lindo, con sus ojitos verdes, casi transparentes, y su mirada limpia…

—Pero… ¿usted…? —preguntó poco convencida de sentarse en un sitio tan preeminente.

—Yo me sentaré junto a Daniel y tengo casi enfrente a Mandy, no se preocupe.

—De acuerdo —dijo con un hilo de voz. Y se sentó, mientras el doctor empujaba su silla para que se acomodara sin esfuerzo.

Al menos la cena comenzaba bien, pensó Kathleen. «A ver cómo acaba».

Antes de que sirvieran el primer plato, Daniel empezó a hablar acaloradamente sobre todo lo vivido durante los días de ausencia del doctor.

—¿*Zabez*, papi, que *ekziztieron unoz animalez gigantez llamadoz dinozuaurioz*?

Connor miraba a su hijo mientras formulaba la pregunta pero al pronunciar la última palabra dirigió una rápida mirada hacia Kathleen. ¿Había una chispa de humor en sus ojos?

—No se dice *dinosuaurios*, Daniel, se dice di-no-sa-u-ri-os —corrigió Mandy.

—*Ezo* dije, Mandy, *di-no-zu-a-u-ri-oz.* —Daniel hizo una pausa con los ojos muy abiertos y las cejas enarcadas al dirigirse a su hermana.

Kathleen tuvo que hacer un gran esfuerzo por no soltar una carcajada y se concentró en doblar, alisar y colocar la servilleta sobre su regazo. Intercambió otra rápida mirada con el doctor y esta vez sí tuvo claro que el señor Radcliffe trataba de no reírse mordiéndose los carrillos.

«Vaya», reflexionó Kathleen, «va a resultar que el doctor es un ser humano, al fin y al cabo…».

Sirvieron la cena y los niños la degustaron con fruición, algo que llamó la atención del doctor pues, a menudo, se encontraban inapetentes y Meredith tenía que hacer grandes esfuerzos para que comieran al menos parte del almuerzo o la cena. Comían mientras relataban con todo lujo de detalles sus salidas matutinas con Kathleen. Aquello parecía un examen para la institutriz, que veía cómo el doctor la observaba con atención mientras los niños contaban sus vivencias. Sabía que él se oponía totalmente a que los niños salieran de casa con alguien que no fuera él y parecía que estaba dejando hablar a sus hijos para descubrir todo lo que Johnson no le había contado. Pese a todo, en su expresión no había enfado, más bien curiosidad y mucho cariño. Kathleen se sintió mal por haber juzgado a la ligera a aquel hombre al pensar que era un mal padre, tal vez su excesivo celo al querer proteger a sus hijos era su forma de amarlos, aunque Kathleen no considerara que fuera la correcta.

—Pero lo *máz* divertido, papi, fue cuando *noz zubimoz* al *ómnibuz*…

Un repentino ataque de tos hizo que todas las miradas se dirigieran al doctor. Parecía haberse atragantado con el último bocado que se había introducido en la boca, aunque Kathleen sospechaba que lo que parecía habérsele atravesado al doctor era saber que sus hijos habían usado el transporte público de Londres. El señor Radcliffe bebió agua y recuperó la compostura.

—¿Subisteis a un ómnibus, Mandy? —Su mirada volvía a ser de pedernal.

—Sí, papá, fue divertido —admitió Mandy sin saber muy bien si era eso lo que debía contestar.

Entonces el doctor desvió su mirada felina hacia Kathleen.

—Usted sabe que en esta casa contamos con un coche y un chófer que está a nuestra entera disposición, ¿verdad?

Kathleen movió lentamente la cabeza asintiendo ante la pregunta.

—No era, por tanto, necesario que se subieran en un ómnibus, señorita Wilkes.

—La verdad es que no fue algo premeditado, señor Radcliffe, lo decidí mientras caminábamos por la calle y vi uno que se detuvo cerca de nosotros. —Hizo una pausa, sopesando si debía decir lo que rondaba por su mente o si lo más sensato era callar. La sensatez no ganó esta vez—. Considero que es muy positivo que los niños sepan

moverse por la ciudad, ya sea andando o en transporte público, señor…

—Niños —interrumpió el doctor a Kathleen una vez más—, es hora de irse a la cama. Id con Meredith. —No podía demorar más la conversación con ella, debía dejarle claras unas cuantas cuestiones.

Kathleen ni siquiera se ofendió esta vez, parecía que eso de ignorar lo que ella decía se estaba convirtiendo en un pequeño hábito.

—Pero, papi, ahora *ez* la *zeñorita Wilkez* la que *noz* lleva a la cama. *Noz* cuenta un cuento y *noz* canta una nana.

—Ah, ¿sí? —Connor la miró de nuevo y Kathleen percibió una chispa de travesura en sus ojos verde aguamarina—. Entonces os acompaño para escuchar ese cuento y esa nana yo también, ¿puedo?

Antes de que Kathleen pudiera inventar alguna excusa, los niños gritaron con júbilo, encantados de que su padre quisiera ir a su habitación a darles las buenas noches. No le quedó más remedio que aceptar su destino y ser supervisada por el señor Radcliffe mientras llevaba a cabo su ritual nocturno.

Como cada noche, los dos niños se metieron en la cama de Mandy y Kathleen se sentó en esa misma cama, a sus pies mirando hacia ellos para contarles el cuento. Después de cinco días narrando la misma historia inventada, con los niños como protagonistas, el relato tenía ya numerosos detalles que a los hermanos les encantaban e incluso hacían preguntas sobre ellos. El doctor había optado por sentarse en la cama de Daniel y observar la escena desde allí. Al acabar el cuento, que resultó ser una fábula de lo más original en la que era la princesa la que salvaba al caballero de las fauces de un dragón con problemas para hacer amigos, Kathleen condujo a Daniel a su cama y apagó la luz. Le resultaba muy llamativo cómo en menos de una semana aquella mujer se había ganado la confianza de sus hijos y los tenía absolutamente fascinados con sus ideas y sus iniciativas.

—Y ahora la nana, señorita Wilkes —pidió Mandy—. Papá, ya verás qué bonita.

Kathleen agradeció que la luz estuviera apagada porque le daba mucha vergüenza que el doctor la viera cantar. Cuando la canción de cuna empezó a sonar, a Connor se le erizó todo el vello de su cuerpo, la voz de la señorita Wilkes era dulce y armoniosa. Volvió a pensar en los ángeles, pues si era cierto que cantaban, ella entonaba como esas criaturas celestiales. No le extrañó que sus hijos no quisieran perderse ese momento. Durante unos instantes, cerró los ojos y se dejó mecer por aquella fabulosa voz. La canción acabó y ninguno habló durante unos instantes, como si no quisieran romper el hechizo que parecía haberse quedado flotando en el aire alrededor de los cuatro.

—Como hoy está vuestro papá aquí, él os dará el beso de buenas noches —dijo Kathleen.

—Pero *zeñorita Wilkez*, yo también quiero que me dé un *bezo uzted*…

—Y yo quiero mi abrazo especial… —pidió Mandy.

—Muy bien, no pasa nada, habrá besos de todos para todos —declaró salomónica Kathleen.

Connor empezó con el reparto de besos, se acercó a Daniel, le dio un beso en la frente y lo arropó, después hizo lo mismo con Mandy. Kathleen besó en la mejilla a Daniel y acarició su cabello. Connor se retiró y oteó en la penumbra, gracias a la luz que venía del pasillo, cómo Kathleen se sentaba en la cama de Mandy, la abrazaba y le decía unas palabras al oído. Permanecieron abrazadas durante largo rato, después Kathleen se separó de ella y salió de la habitación. Caminaron juntos y en silencio por el pasillo y las escaleras, hasta que llegaron a la salita de visitas. Durante el trayecto, Kathleen pensaba que esa sería la última noche que arroparía a aquellos niños, mientras que Connor, trataba de asimilar todo lo que había visto y oído esa noche.

Sin mediar palabra, Kathleen se sentó en uno de los sillones frente al fuego encendido, esperando el veredicto que la condenaría a salir de aquella casa para siempre. Connor se dirigió a una mesita con algunos licores y se sirvió una copa de brandy.

—¿Le apetecería tomar algo? ¿Brandy? ¿Un jerez, quizás?

Kathleen pensó que si se tomaba alguna bebida espirituosa, tal vez la despedida sería menos amarga.

—Un jerez, gracias.

Connor le ofreció la copa y se sentó en el sillón que quedaba libre frente al hogar. Bebió un sorbo de su copa, Kathleen también le dio un par de sorbitos y guardaron silencio unos instantes. Kathleen miraba las llamas danzantes de la chimenea, consciente de que él la estaba mirando fijamente. Cada vez más nerviosa, decidió que debía ser ella la que tomara la iniciativa, giró la cabeza de pronto y lo enfrentó con seriedad.

—Me gustaría pedirle un favor, señor Radcliffe.

—Dígame, ¿qué desea?

—Me gustaría poder despedirme de sus hijos mañana.

—¿Despedirse? ¿Acaso deja el empleo, señorita Wilkes? —preguntó el doctor con sorpresa.

—No, usted me despide, señor Radcliffe.

—¿Yo la despido? ¿Y en qué momento he dicho yo eso? —Quiso saber Connor, casi divertido.

—Pues… yo pensaba que después de la conversación que tuvimos antes de la cena, usted deseaba prescindir de mis servicios —contestó Kathleen empezando a sonrojarse.

—Yo no deseo tal cosa —dijo Connor inmediatamente. Enseguida se percató de lo que había dicho y se sorprendió de su propia

respuesta.

—Ah —dijo Kathleen parpadeando un par de veces—, ¿no quiere que me vaya?

Connor sopesó su réplica antes de contestar. A pesar de la reprimenda que deseaba darle, no quería que se fuera y no entendía por qué. Debía mantenerla contratada hasta que lo descubriera. Por otro lado, el vínculo que había creado con sus hijos hacía muy difícil tomar la decisión de echarla, ya que los niños tendrían que enfrentarse a otra pérdida más y ahora mismo no deseaba hacerles pasar por ese trago.

—No. ¿Usted quiere irse?

Kathleen no tuvo que pensarlo ni un instante. La respuesta saltó en su cerebro casi como un grito: «¡No!». De repente parecía que su vida no tenía sentido alejada de aquellos dos mocosos que tanto habían hecho por ella sin saberlo, sacándola de la sombra de esa nube gris que la perseguía a todas partes y dejándole ver que había rayos de luz sobre su cabeza.

—No —admitió mientras giraba el cuello de lado a lado.

—Bien, parece que estamos de acuerdo en algo, para variar. Y ahora, cuénteme, ¿qué le ha dicho a mi hija cuando la ha abrazado en la cama?

Contenta por el giro que acababa de dar la conversación, y de paso, su futuro, se dispuso a contar al señor Radcliffe lo vivido con Mandy.

—Como sabe, su hija tiene pesadillas. —Kathleen hizo una pausa, esperando su confirmación, pero él no hizo ningún gesto de asentimiento, aunque a Kathleen le dio la impresión de que hundía los dedos en los brazos del sillón en el que estaba sentado—. La primera noche que pasé aquí me desperté con sus gritos y acudí a su habitación corriendo. La encontré muy asustada y nerviosa. La llevé a mi cuarto para intentar calmarla y estuvimos hablando largo rato. Imagino que usted sabe con lo que sueña su hija…

—No, no lo sé —confesó, sintiendo que había fallado a su hija al no preguntarle con qué soñaba cada noche. Era un egoísta, en realidad no quería escuchar lo que ella pudiera contarle. Una vez más la desconocida que estaba sentada frente a él parecía entender a sus hijos mejor que él mismo.

—Me dijo que soñaba que se llevaban a su madre y que no podía despedirse de ella.

Con un nudo en la garganta, Kathleen dirigió su mirada hacia el fuego para que el doctor no viera cómo se le habían llenado los ojos de lágrimas. No podía evitar emocionarse, porque entendía a Mandy a la perfección y porque era incapaz de separar la historia de la niña de la suya propia. Ella tampoco pudo despedirse de sus padres, decirles lo mucho que los quería, lo agradecida que estaba por haber sido amada

por ellos, lo mucho que los extrañaba…

Aunque fue rápida, Connor vio perfectamente el brillo acuoso de las lágrimas en los ojos de Kathleen. Se sintió abrumado por la compasión y el cariño que la señorita Wilkes mostraba por su hija. Por su parte, descubrir que su hija tenía pesadillas por no haber podido despedirse de su madre infligía un dolor añadido a su ya castigada conciencia. Connor dio un largo trago a su brandy, el licor le quemó la garganta, pero pareció darle valor para hablar de algo que no había hablado con nadie en mucho tiempo.

—La mamá de Mandy —dijo con voz ronca— salió de casa una mañana para ir a trabajar y jamás volvió.

Kathleen lo miró en silencio, observando el dolor que transmitían sus ojos, que miraban a un punto indeterminado de la habitación pero no veían nada actual. Se hallaban dos años atrás, reviviendo lo sucedido aquel aciago día.

—Ella era enfermera, trabajaba en el mismo hospital que yo. Aquella mañana no fuimos juntos a trabajar porque yo había tenido guardia por la noche. Me disponía a salir para irme a casa cuando dos enfermeros entraron a toda velocidad cargando una camilla. En ella, casi inconsciente y llena de contusiones se encontraba Amanda. Acababa de atropellarla un ómnibus. Su cuerpo no pudo soportar las lesiones causadas por el impacto contra ese… monstruo.

En ese momento, Connor miró a Kathleen con todo el sufrimiento que atormentaba su alma reflejado en el rostro. A ella le dolió verlo así y de repente entendió su negativa a que sus hijos subieran a un ómnibus. No supo qué decir.

—Lo siento mucho, señor Radcliffe. Lamento profundamente su pérdida —dijo al fin—. Quizás le gustará saber que, desde aquella primera noche, Mandy no ha vuelto a tener pesadillas. No sé si es casualidad, pero ojalá que siga así.

—Eso es algo… muy… sorprendente, señorita Wilkes. Espero, al igual que usted, que siga así… —Connor hizo una pausa, reflexionando sobre las novedades relacionadas con las pesadillas de Mandy—, ¿me va a contar lo del abrazo especial de Mandy? —insistió el doctor.

—¡Ah, sí! Por supuesto. Bien, pues aquella noche me llevé a Mandy a mi habitación para poder hablar con ella sin molestar a Daniel. Después de contarme su pesadilla yo no sabía cómo consolarla ni qué hacer. Entonces se me ocurrió decirle que le íbamos a escribir una carta a su mamá para que le contara lo mucho que se acuerda de ella y lo mucho que la quiere. Eso pareció aliviar mucho su zozobra. Cuando la llevé de vuelta a su cama, le dije que le iba a dar un abrazo mágico para que no tuviera más esa pesadilla.

Connor levantó una ceja, escéptico, y ella al mirarlo se encogió de

hombros.

—No sabía qué hacer —se excusó—, hubiera vendido mi alma al diablo con tal de que ella no volviera a tener más pesadillas… —Quería añadir algo para hacer reír al doctor, pero no sabía si sería lo correcto—. Y después de ver el resultado… quizás mis abrazos sí que son mágicos, al fin y al cabo —dijo sonriendo al doctor.

Connor quería mantenerse serio, pero lo cierto era que aquella mujer le hacía gracia. Sonrió sin separar los labios, mirando el hermoso rostro de la díscola institutriz. Sería muy fácil acostumbrarse a contemplar su piel de terciopelo y sus ojos de tormenta, que ahora estaban en calma, mostrando el azul de un cielo despejado.

—Es usted muy osada, señorita Wilkes, ¿qué hubiera pasado si Mandy hubiera tenido otra pesadilla?

—Pues… eso pensé yo, qué le iba a decir si mi abrazo fallaba… —dijo pensativa mientras se sujetaba la barbilla entre el índice y el pulgar—. Entonces se me ocurrió que le diría que mi magia es muy flojita, que los abrazos con magia de la buena son los de su papá —aseguró mientras le lanzaba una mirada desafiante y una sonrisa que a Connor le pareció realmente seductora.

Estaba convencido de que ella no era consciente de su magnetismo, pero cada gesto, mirada o sonrisa parecían estar diseñadas para dejarlo encandilado. Debía marcharse inmediatamente. Se levantó y con ese gesto hizo que ella también se levantara.

—Bien, señorita Wilkes, si no le importa, me gustaría que cada noche me cuente cómo han pasado el día, los avances que han hecho, etc.

—Sí, claro, no hay problema. Pero… —A Kathleen le daba miedo formular la pregunta—. ¿Puedo sacar a los niños a la calle? —Se mordió el labio mientras esperaba la respuesta.

Aquel gesto fue demasiado para Connor esa noche, miró los labios de Kathleen y pensó cosas que no debería pensar. Tenía que salir de allí cuanto antes.

—Mmmm… Mire, hagamos un trato, usted puede llevar a los niños fuera de casa siempre que me informe de ello previamente y, si van a algún lugar de la ciudad alejado de casa, Melville los llevará en nuestro coche, ¿de acuerdo? —preguntó extendiendo su mano hacia ella.

A Kathleen el trato no le podía parecer mejor. Encantada, extendió su mano y estrechó con fuerza la del doctor. Se miraron durante el tiempo que duró el contacto entre ellos y una oleada de calor recorrió sus cuerpos desde sus manos entrelazadas.

—De acuerdo, doctor. —Consiguió decir Kathleen al fin—. Buenas noches.

Y salió rápidamente de la habitación, dejando al doctor confuso y

con un hormigueo extraño surcando la porción de piel que ella había tocado.

CAPÍTULO 18

Al día siguiente, Kathleen se despertó sobresaltada. De repente se dio cuenta de que llevaba seis días fuera de su apartamento y no se lo había comunicado a su hermana. ¿Y si había ido a buscarla y ella no estaba allí? ¿Y si la había hecho llamar y no la habían encontrado? El corazón le latía a toda prisa, debía hacer algo urgentemente, tenía que informar a su hermana de su cambio de domicilio. Se dirigió al pequeño escritorio que había junto a la ventana, tomó una hoja de papel y una elegante estilográfica de un lapicero y escribió una nota. Bajó al galope las escaleras y llegó hasta la cocina, donde encontró a Wallis, la cocinera, a quien pidió que entregara la nota a su hijo para que la llevara a casa de su hermana. Le advirtió que debía entregarla personalmente a ella y a nadie más. Tanto Wallis como su hijo, Quentin, eran encantadores y se mostraron dispuestos a ayudarla de inmediato. Aliviada por haber solucionado el inconveniente de la posible incomunicación con su hermana, se dirigió a las escaleras para subir a la primera planta. En ese momento, el doctor bajaba hacia el vestíbulo y su rostro se endureció al mirarla.

—¿Se le ha olvidado vestirse esta mañana, señorita Wilkes? —preguntó cortante.

Kathleen ahogó una exclamación. Acababa de caer en la cuenta de que con las prisas había salido de su habitación tan solo con la bata y el camisón. Ni siquiera llevaba sus chinelas puestas y sus pies comenzaban a enfriarse en contacto con el suelo. Se cruzó la bata sobre el pecho en un gesto instintivo y murmuró una disculpa.

—En esta casa no acostumbramos a caminar en paños menores por los pasillos, señorita Wilkes, espero que lo recuerde en lo sucesivo.

—Sí, señor Radcliffe, le ruego que me disculpe, no volverá a pasar.

Kathleen se lanzó a la carrera escaleras arriba y Connor no pudo evitar seguirla con la mirada. Enseguida se arrepintió de haberlo hecho, ya que, con las prisas por salir de esa situación embarazosa, Kathleen se había remangado el bajo del camisón y había dejado al descubierto sus tobillos y parte de las pantorrillas. Esa imagen, junto a

la cálida sensación de hormigueo que sintió cuando estrechó su mano la noche anterior, lo perseguirían durante todo el día y harían que en más de una ocasión se distrajera de su labor. Al menos esa noche no volvería a casa, tenía guardia en el hospital y podría poner algo de distancia entre la alocada institutriz y él.

Para Kathleen también fue un alivio descubrir que el doctor no volvería esa noche a dormir. Prefería no encontrarse con él tan pronto, necesitaba algo de tiempo para recuperar la compostura y superar la vergüenza de haber sido vista en camisón por el señor de la casa.

♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪

El domingo era su día libre y Kathleen había decidido asistir a misa y después visitar a Patrick. Llevaba mucho tiempo sin ir a la iglesia y pensaba que ya era hora de intentar acercarse de nuevo a Dios y tratar de comprender por qué le había mandado una desgracia tan grande a su vida. Quizás volviendo al redil podría empezar a encontrar respuestas y sentir algo de paz en su alma atormentada.

Acababa de terminar de recoger su melena en un sencillo moño cuando llamaron a la puerta de su dormitorio. Era Sybil, una de las criadas.

—Buenos días, señorita Wilkes, lady Freedlace ha venido para llevar a los niños a misa y desea conocerla. Está en la biblioteca.

—Muchas gracias, Sybil. Bajo enseguida.

No sabía muy bien por qué, pero Kathleen se puso nerviosa. Si la madre del señor Radcliffe era como él, debía estar preparada para recibir desplantes y ser deliberadamente ignorada o amonestada. Echó un último vistazo a su imagen reflejada en el espejo de pie de su habitación, tomó aire profundamente y salió.

Al entrar en la biblioteca vio que Daniel y Mandy estaban sentados en un sofá y de pie junto a ellos se encontraba una elegante y bellísima mujer madura, pero de una edad que le fue imposible determinar. Le pareció que, para ser una mujer de cierta edad, conservaba una belleza única, con su cabello blanco con mechones grises recogido de una manera natural, con algunas guedejas sueltas, que le daban un aire juvenil. Kathleen pudo apreciar que el doctor Radcliffe había heredado los ojos verdes y cristalinos de su madre. También se dio cuenta de que, por un instante, lady Freedlace miró hacia algún lugar a su espalda, como si esperara que entrase alguien tras ella. Los niños, al verla, se levantaron y la saludaron efusivamente. Kathleen les devolvió el saludo.

—Buenos días —dijo la abuela de los niños con una voz pausada y dulce—, mi nombre es Charlotte y usted es la señorita Wilkes, si no me equivoco. —Y extendió su mano hacia Kathleen.

—Es todo un placer conocerla, lady Freedlace —afirmó Kathleen estrechando la mano enguantada de la baronesa viuda—. Chicos, no

me habíais dicho que teníais una abuela tan bella.

—Ni a mí que tuvieran una institutriz tan joven… —se quejó la abuela.

Por unos instantes ambas mujeres se miraron y Kathleen no supo decir si había sido del agrado de la baronesa. Aunque, bastante más agradable que el doctor, la mirada de aquella mujer parecía estar sometiéndola a un examen también. Sin embargo, entendió la actitud cauta de la abuela de los niños, al fin y al cabo, ella era aún una desconocida en aquella casa.

En ese momento hizo su aparición en la biblioteca la siempre oscura silueta del doctor Radcliffe. Parecía cansado, estaba ojeroso y daba la impresión de no haber dormido mucho la noche anterior. Acababa de volver de su noche de guardia en el hospital y lo llevaba escrito en el rostro.

—Buenos días, hijo, ¿cómo estás? Se te ve cansado, ¿has tenido una mala noche en el hospital?

—Buenos días, madre. —Hizo una leve inclinación de cabeza—. Niños, señorita Wilkes. Sí, la noche ha sido dura. —Y se frotó la frente y los ojos con la mano con gesto cansado.

Kathleen se sonrojó con el saludo del doctor. Aún se abochornaba recordando su encuentro con él en camisón en el vestíbulo.

—Entonces no te insisto para que nos acompañes a misa. Estaba a punto de invitar a la señorita Wilkes a que viniera con nosotros… —comentó lady Freedlace.

—Hoy es su día libre, madre, seguramente tendrá otros planes… —dijo mirándola como esperando una confirmación a su conjetura.

—Bueno, yo también pensaba ir a misa… No me importa ir con ustedes… —dijo sonriendo a los niños.

Los niños le devolvieron la sonrisa complacidos.

—Papi, ¿quieres venir tú también? —preguntó Mandy.

—Vuestro padre está cansado y necesita dormir un poco, Mandy, puede venir otro día —intervino la abuela.

—No…, si ahora… creo que me costaría conciliar el sueño… Si me dais unos segundos me cambio y os acompaño —dijo y desapareció de la vista de todos.

Lady Freedlace se quedó boquiabierta, Connor nunca les había acompañado a la iglesia desde el accidente de Amanda. Se preguntó entonces si la joven institutriz tendría algo que ver con ese cambio tan repentino de actitud…

Instantes después el doctor aparecía, igualmente de negro, pero con un abrigo y un sombrero cubriendo su cabeza.

—¿Nos vamos? —preguntó con ojos sonrientes.

Su madre seguía analizando las reacciones de su hijo y cada vez estaba más convencida de que algo había cambiado en él. Su mirada

era distinta y su rostro no se hallaba surcado por un perenne gesto, mezcla de enojo y desamparo. En sus ojos verdes parecía brillar una nueva luz, ¿era quizás ilusión? Charlotte no quería precipitarse sacando conclusiones, pero respiraría muy aliviada si su hijo empezara a recuperar el ánimo y comenzara a parecerse al que era antes del fallecimiento de su esposa.

Caminaron hasta la iglesia de San Esteban, que se encontraba muy cerca de la casa. Aunque Kathleen era católica, no le importó asistir a la misa del domingo a una iglesia anglicana. Para ella Dios era el mismo en cualquier parte. Sentada en aquel templo, acompañada por los niños, el doctor y su madre, tuvo una sensación extraña, conocida, pero no reciente. De hecho sentía que había vivido eso hace mucho, mucho tiempo atrás… Experimentó la cálida sensación de estar… en familia. Le dio miedo sentir aquello. Esa no era su familia, encariñarse demasiado con cualquiera de sus miembros le produciría un dolor inmenso cuando tuviera que despedirse de ellos, porque tarde o temprano tendría que hacerlo. Ella no podía ser la institutriz de los niños eternamente.

Al acabar la misa, Kathleen decidió que debía separarse de ellos y que disfrutaran del resto del domingo en la intimidad de su familia. Así que se despidió de ellos hasta la noche. Los niños protestaron e incluso lady Freedlace le pidió que les acompañara durante el almuerzo, pero ella declinó la invitación amablemente. Ya se había alejado unos pasos cuando sintió que la agarraban del brazo.

—Disculpe, señorita Wilkes. —Kathleen escuchó la voz del doctor a su espalda—. ¿Desea que Melville la lleve a alguna parte?

Kathleen se giró, pero él no la soltó y ella podía notar el calor de su mano sobre el brazo, a pesar del abrigo que llevaba puesto. Lo miró a los ojos y por un instante contuvo el aliento. No había ni rastro de aquella mirada dura que le había lanzado censurando su atuendo indebido dos días atrás. ¿Cómo podían aquellos ojos cambiar tanto y mostrar ahora tanta amabilidad? Se perdió unos segundos en ese mar transparente hasta que recordó que él le había hecho una pregunta.

—Eh…, no…, no es necesario… Me vendrá muy bien caminar. Gracias. —Y le regaló una sonrisa tímida.

Connor se quedó con ganas de seguir contemplando aquella cara de ángel, pero ya no tenía ninguna excusa para retenerla por más tiempo y, por ello, se separó, inclinó la cabeza, se tocó el ala del sombrero y le deseó buenos días.

—Buenos días —contestó Kathleen y se alejó.

♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪

La visita a su apartamento resultó de lo más provechosa. Al llegar allí, su vecina, la señora Myers, le preguntó si estaría interesada en alquilarles su apartamento, ya que su hijo se dedicaba a la pintura y

necesitaba más espacio para instalar un estudio. Alquilar el apartamento de su padre no era algo que entraba en los planes de Kathleen, pero tras pensarlo con detenimiento se dio cuenta de que era una estupenda fuente de ingresos que le permitiría enviar dinero a Violet. Dedicó el resto del día a recoger sus pertenencias y dejar el apartamento lo más despejado posible. Era de noche cuando pasó por la casa de los Myers para darles la llave junto con su nueva dirección y pedirles que la avisaran si llegaba correspondencia. Ya se marchaba cuando Arthur, el hijo de la pareja, se ofreció a acompañarla y cargar él con la maleta que Kathleen llevaba. Ella le dijo que no era necesario, pero él insistió y acabó cediendo. Por el camino, Kathleen aprovechó para pedirle encarecidamente que cuidara del apartamento y de todo lo que en él había. Arthur entendió perfectamente la preocupación de Kathleen y le aseguró que sería muy cuidadoso. Le dijo también que no le importaría llevarle él mismo las cartas cuando llegara alguna. Kathleen se sintió muy aliviada. Arthur era un joven muy amable, tenía cierto aire bohemio, con el pelo rubio, más largo de lo que la moda imponía en ese momento y una forma de vestir que a Kathleen le hacía pensar más en la imagen que debían de tener los artistas franceses. Fue muy correcto durante todo el camino, conversando con ella de manera distendida e incluso haciéndola reír con sus comentarios ingeniosos. Al llegar a la casa de los Radcliffe, al despedirse de ella, la cogió de la mano, depositó un beso lento sobre el dorso y antes de soltarla, la atrajo hacia sí y juntando su mejilla a la de ella, le dijo al oído:

—Me harías el hombre más feliz del mundo si me permitieras pintar esas maravillosas curvas que adornan tu cuerpo…

Kathleen ahogó una exclamación y abrió los ojos de par en par. Aquel era, sin duda, el comentario más descarado que le habían hecho en su vida. Escandalizada, se separó de él, se despidió precipitadamente y subió volando las escaleras que llevaban al pórtico de la entrada. Llamó al timbre y dio gracias al cielo por la eficiencia de Johnson, que le abrió la puerta casi inmediatamente. Entró sofocada y con las mejillas arreboladas, deseosa de llegar a la intimidad de su habitación. No se podía imaginar que un par de ojos verdes habían sido testigos involuntarios de esa escena tan íntima.

La puerta del despacho del doctor se abrió antes de que ella pudiera poner un pie en la escalera.

—Buenas noches, señorita Wilkes —saludó el doctor—, Johnson empezaba a preocuparse por su tardanza.

Kathleen percibió que el doctor había experimentado un nuevo cambio de humor de la mañana a ese momento de la noche, tanto en su mirada como en su tono de voz. Volvió a sentir que en su afirmación había encerrado un reproche. Kathleen miró a Johnson con

el ceño fruncido, preguntándose si eso era cierto, al fin y al cabo era su día libre…, pero el mayordomo no la miraba a ella, sino al doctor, con una expresión de resignada contención.

—He estado… resolviendo algunos asuntos. Como me trasladé tan precipitadamente no había podido volver a mi apartamento ni traer todas mis pertenencias… —Kathleen se enfadó consigo misma por estar dándole tantas explicaciones.

—¿Y ha cargado usted sola con esa maleta todo el camino? Podría haber llamado y hubiéramos mandado a Melville a por usted…

—No… no he tenido que traer yo la maleta. Me han acompañado. Muchas gracias.

—Bien, me alegro por ello. —Pero no había ni un ápice de alegría en su expresión.

—Buenas noches, señor Radcliffe. —Kathleen se disponía a subir las escaleras cuando la voz del doctor hizo que se detuviera en seco.

—Aún no he terminado de hablar con usted, señorita Wilkes —aseguró Connor.

Kathleen se giró y lo vio caminar hacia ella hasta quedar a un palmo de su cara.

—Me veo en la obligación de recordarle, señorita Wilkes —dijo en un susurro, como si no quisiera que Johnson le escuchara—, que esta es una casa decente y que usted es la institutriz de mis hijos.

Kathleen no entendió por qué el doctor le hacía ese comentario, pero definitivamente se sintió muy ofendida. Su comportamiento era absolutamente decoroso —excepto por lo del camisón, quizás— y no estaba dispuesta a que ese hombre la insultara.

—Considero que mi conducta es intachable, señor Radcliffe —susurró a su vez Kathleen, tratando de medir sus palabras—, y si considera que he hecho o dicho algo indecente o moralmente reprobable le agradecería que no se anduviera por las ramas y me lo dijera sin tapujos.

Connor resopló, a la vez que mostraba una sonrisa escéptica. Sabía que tenía que haber evitado hablar de ese tema, pero desde que la viera hablando con ese petimetre, algo se había apoderado de su sentido común y no podía pensar con claridad.

—¿Tan pronto se olvida usted de su *calurosa* despedida en la puerta hace unos instantes? Le recuerdo que es una empleada en esta casa y lo único que le pido, al igual que al resto de mis empleados, es que tenga un comportamiento decente.

—¿Decente? —Kathleen no salía de su asombro—. No sé lo que ha visto usted, pero definitivamente no se corresponde con la realidad. Le puedo asegurar que en la puerta no ha pasado nada y si considera que no soy digna de trabajar en esta casa no tiene más que decirlo.

Kathleen sostuvo la mirada del doctor durante unos momentos que

se le hicieron eternos. Él parecía debatirse entre dos opciones muy dispares mientras reflexionaba sobre lo que ella le había dicho. Entonces, empezó a negar con la cabeza y bajó los ojos hacia el suelo. Ella aprovechó ese leve gesto de derrota de Connor para subir las escaleras hacia su habitación, dando por terminada la discusión. Una vez en su dormitorio, pensó en lo desconcertante que era el doctor. Tan pronto hacía gala de una gentileza exquisita como de un humor de lo más sombrío. Lidiar con él iba a resultar mucho más difícil que hacerlo con sus dos hijos.

CAPÍTULO 19

Connor llevaba varios días tratando de salir temprano del hospital y no pararse en el Café Royal, como acostumbraba desde hacía meses, para llegar antes a casa. Aquella tarde, nada más entrar se sobresaltó al oír unos gritos. Eran sus hijos, chillaban en la planta de arriba. Subió los peldaños de tres en tres y se detuvo al final de la escalera para escuchar de dónde procedían exactamente, debía seguir subiendo, estaban en la última planta. En esos escasos segundos pudo comprobar que no so lo se oían gritos, también se escuchaban risas nerviosas. Eso le tranquilizó momentáneamente e hizo que se dirigiera al cuarto de juegos a un paso normal. Caminó por el pasillo, percibiendo atentamente los sonidos que procedían de aquella habitación y cada vez oía con más nitidez la voz de una tercera persona, o incluso una cuarta. La puerta estaba abierta y se quedó de pie bajo el umbral. Sus hijos estaban de espaldas a la entrada frente a un teatro de títeres. Se reían y chillaban a partes iguales, avisaban a los personajes de posibles peligros que les acechaban y respondían a sus preguntas. Detrás de la estructura que hacía las veces de teatro de marionetas, intuía que se encontraba la señorita Wilkes, poniendo distintas voces a los disparatados personajes. A veces se confundía y ponía voz femenina al personaje masculino o al revés, pero lejos de rectificar, improvisaba un viraje en la historia que la hacía aún más hilarante. Connor no pudo evitar sonreír.

—Tengo prisa, debo irme, caballero —dijo la títere-princesa.

—Pero…, pero…, ¡no puede marcharse! ¡Yo soy su príncipe azul! —dijo el títere-príncipe con voz desesperada.

—¿Azul? ¿Está usted enfermo, señor?

Connor tuvo que hacer un esfuerzo enorme por no soltar una carcajada, tal y como sus hijos estaban haciendo en ese mismo instante, pero no quería romper la magia del momento.

—Si es así —continuó la princesa—, podemos llamar a un doctor excelente que conozco. ¡¿Quién es el mejor doctor del mundo?!

—¡El doctor Radcliffe! —gritaron al unísono Kathleen y Mandy.

—¡Papá! —gritó a su vez Daniel.

—¡Llamemos al doctor Radcliffe más fuerte para que venga a curar al príncipe enfermizo, ehem… quise decir, azul! —gritó Kathleen a voz en cuello desde su escondite.

—¡Doctor Radcliffe! —gritaron los niños.

—¡Más fuerte! —insistió Kathleen.

—¡Doctor Radcliffe!

—¿Me llamaban? —preguntó Connor, sin poder resistirse a participar en aquella descabellada obra.

Enseguida los niños se giraron y gritaron de alegría. Se levantaron y fueron a abrazarse a las piernas de su padre. Detrás del teatro de títeres, una acalorada Kathleen por poco se ahoga al escuchar la voz del doctor al otro lado del escenario. ¡Qué vergüenza! ¿Cuánto tiempo habría pasado viendo su magistral actuación? No podía seguir oculta por más tiempo, así que se preparó para enfrentar a su más duro crítico.

Se levantó con dificultad y trató de arreglarse un poco el pelo antes de mirar al doctor Radcliffe. Tenía las mejillas arreboladas por el esfuerzo… y la vergüenza, pero no le quedó más remedio que someterse a la mirada de sus penetrantes ojos verdes. Sorprendentemente, en lugar de encontrarse con su ya conocida mirada de reproche, se dio de bruces con unos ojos sonrientes que casi la miraban con amabilidad y hasta pudo ver una tibia sonrisa en sus labios. Así, con el gesto relajado, volvió a darle la impresión de que era el hombre más guapo que había visto jamás.

—Doctor —dijo con una leve inclinación de cabeza.

—Señorita Wilkes —dijo él, haciendo lo mismo y sin apartar los ojos ni un segundo de ella.

—¡Papá! ¿Lo has visto? ¿Has visto el teatro de títeres? —preguntó Mandy.

—Sí, ha sido toda una… sorpresa… —dijo.

Kathleen no sabía cómo interpretar aquella afirmación. Después de la conversación que habían tenido el día anterior, en la que él le había pedido que intentara centrarse en sus clases de piano e impartir las otras materias de una manera algo más *ortodoxa*, al menos durante los meses más fríos, se vio en la obligación de ofrecerle una explicación.

—Yo les prometí que si hacían todas sus tareas y practicábamos al piano durante la tarde, tendríamos una pequeña distracción después de la merienda —explicó al fin, sin poder sostenerle la mirada ni un segundo más.

Estaba tan graciosa cuando se ruborizaba y desviaba la mirada llena de vergüenza… En el poco tiempo que llevaba en la casa, Connor la había visto sonrojarse tantas veces y por motivos tan diversos.

—No se preocupe, señorita Wilkes, ha sido realmente divertido.

Espero que me avise la próxima vez que organice otra función —dijo sonriendo con malicia.

Kathleen sintió que las mejillas le ardían, el doctor se estaba riendo de ella descaradamente.

Por la noche, cuando le daba su abrazo especial a Mandy, la niña le hizo una confesión.

—Me gusta mucho que esté aquí, señorita Wilkes —afirmó en un susurro.

—¿De verdad? —preguntó Kathleen—. Porque a mí me encanta estar con vosotros.

—Eres mucho más divertida que la señora Simmons y, además, desde que estás aquí papá vuelve mucho antes a casa.

Aquella declaración dejó a Kathleen realmente preocupada. Estaba claro que el doctor Radcliffe no se fiaba de ella, por eso volvía antes, para comprobar si era capaz de desempeñar su trabajo de manera eficiente… Debía intentar ser más profesional, más… En realidad lo que debía hacer era ser más cauta y, sabiendo que el doctor volvía a casa más temprano, si la tenía que pillar *in fraganti* que lo hiciera mientras ella estaba dando una clase «ortodoxa», como le había solicitado.

Se dirigió, como cada noche, a la salita, donde el doctor ya la estaba esperando. Solían tener breves conversaciones en las que el doctor le hacía preguntas sobre sus hijos y ella trataba de contestarle de la manera más precisa posible. Aquella noche Kathleen quería plantearle una cuestión a la que llevaba tiempo dándole vueltas.

Cuando entró, Connor estaba de pie junto a la chimenea encendida, sostenía una copa de brandy en la mano. Se había quitado la chaqueta y tenía desabrochados los dos primeros botones de la camisa. Kathleen dirigió la mirada a esa parte de la anatomía del doctor y se enfadó consigo misma por sentirse turbada tan solo por ver tan insignificante porción de piel. Sin decir nada se dirigió a la mesita donde había un servicio de té y vertió el humeante líquido en una preciosa taza de porcelana. Se sentó en el que se había convertido en su asiento habitual: un sillón orejero que parecía abrazarla cada vez que se sentaba. El doctor la imitó, en el sillón contrario.

—Me gustaría… —empezaron a decir los dos al unísono.

Se detuvieron a la vez y emitieron una carcajada involuntaria.

Kathleen nunca lo había escuchado reír y le pareció que era una melodía preciosa.

—Por favor, dígame… —la invitó Connor a continuar, haciendo un gesto con la mano.

—No, después de usted… —sugirió Kathleen, casi arrepentida de lo que iba a proponerle.

—Insisto, por favor, empiece usted.

—Emmm…, pues yo… me preguntaba si usted podría hacer algunos cambios… —Kathleen no sabía cómo abordar el tema.

—¿Cambios? ¿En qué? —preguntó Connor entornando sus ya rasgados ojos.

—En realidad sería solo un cambio. Un cambio en su indumentaria. —Se atrevió a decir al fin Kathleen.

—¿En mi indumentaria? —repitió sorprendido Connor—. ¿Qué debería cambiar, según usted?

—Podría… ¿Podría dejar de ponerse camisa negra? —Kathleen soltó la pregunta rápidamente y le dio un trago al té. Notó cómo se quemaba la lengua y a punto estuvo de rociar los pantalones del señor Radcliffe con el hirviente líquido. En lugar de eso, tragó con dificultad y sintió cómo el calor invadía toda su cara.

—¿Se le olvida a usted, señorita Wilkes, que estoy de luto? —dijo casi ofendido por la sugerencia.

—Con todos mis respetos, señor, montones de hombres llevan luto por sus esposas, pero no van completamente de negro. Es más, algunos simplemente llevan un brazalete. No veo necesario ese uso excesivo de un color tan sombrío.

Connor tuvo que hacer un gran esfuerzo para no preguntarle a aquella entrometida que a ella qué le importaba si iba de negro o no.

—Le agradecería encarecidamente que me explicara ese repentino interés por mi forma de vestir —dijo en un susurro amenazante.

—Sus hijos han hecho alusión a su ropa negra en más de una ocasión. Cuando la ven les recuerda a la muerte de su madre. Me dicen que usted empezó a vestir así cuando ella se *fue*…

—Esa es una de las finalidades de llevar luto, señorita Wilkes, no olvidarnos de la persona que se ha marchado. Me alegro de que mis hijos se hayan dado cuenta de eso. No quiero que se olviden de su madre.

Kathleen negó con la cabeza, no podía estar más en desacuerdo. Connor percibió la determinación en su mirada. Se avecinaba tormenta…

—Lamento decirle, señor, que está usted muy equivocado.

Connor separó ambas manos y puso las palmas hacia arriba, como pidiendo una explicación.

—Llevando esa ropa tan lúgubre y severa lo único que está haciendo es recordando a sus hijos la *muerte* de su madre, no a su madre en sí. Les está recordando el aspecto más doloroso de sus vivencias con su madre. El mensaje que les envía una y otra vez es el de la pena por la pérdida, el dolor, la angustia, el duelo…

Connor abrió la boca para replicar, pero Kathleen se lo impidió.

—¿Habla usted con sus hijos sobre su esposa? ¿Les ha preguntado si la echan de menos? ¿Comenta con ellos todas las cosas buenas que

ella les aportaba? ¿Recuerdan anécdotas juntos?

Kathleen guardó silencio. Estaba alterada, al borde del llanto. Tomaba aire por la boca en un esfuerzo por no derrumbarse. Ella necesitaba tanto eso mismo… hablar de sus padres, de Rob, de Will, de todo lo que ellos trajeron a su vida, de sus virtudes y defectos, de lo mucho que les quería…

La respuesta de Connor a todas las preguntas que ella le lanzaba era un rotundo «no». Encajó cada pregunta como el púgil al que están a punto de dejar noqueado tras una serie de golpes certeros. No, no, no, no. No hablaba de ella. Ni con sus hijos ni con nadie. No quería. No podía. Y, sin embargo, una vez más, ella, la intrusa, la sabihonda, la entrometida, tenía razón. Llevando ese luto tan riguroso lo único que había hecho era levantar un muro que dejaba claro lo mucho que había perdido y lo poco que deseaba ser interrogado al respecto. Connor se encontraba incómodo ante la mirada inquisitiva de ella, pero esta vez no iba a darle la razón. No, señor.

—Es fácil hablar desde su cómoda posición de mera espectadora. Si realmente supiera de lo que estamos hablando…

Connor no pudo acabar la frase. El chirrido que hicieron las patas del sillón al arrastrarse sobre el suelo cuando Kathleen se levantó de repente le impidieron continuar. La miró sorprendido. Ella respiraba agitadamente, sus ojos y su nariz se habían enrojecido, como si estuviera a punto de empezar a llorar. Sus ojos ya no anunciaban tormenta, sino que reflejaban el mismo dolor que encontró en ellos cuando la vio por primera vez en el Café Royal. Se le había olvidado totalmente aquella imagen de ella, la de una persona rota por la pena. ¿Qué escondía esa mujer? A Connor volvió a invadirle una sensación de inquietud al darse cuenta de que no sabía nada de la mujer que cuidaba de sus hijos. Veía bondad en ella, pero estaba claro que algo le había ocurrido para mostrar tanta amargura en su rostro.

—Disculpe mi intromisión —logró decir Kathleen con un doloroso nudo en la garganta—. Debo… Buenas noches.

Kathleen abandonó la salita precipitadamente. Connor la vio marcharse lamentando su reacción anterior. Lejos de sentirse triunfante por ganar esa batalla dialéctica se sentía miserable por haberla alterado de aquel modo. Necesitaba más información sobre la vida de la señorita Wilkes.

—¡Johnson! —llamó impaciente.

A los pocos segundos, el mayordomo se presentó en la salita.

—Por favor, cierre la puerta y siéntese.

—¿Sentarme, señor? —preguntó extrañado Johnson.

—Sí, por favor —contestó Connor.

Johnson se sentó en el sillón que acababa de dejar Kathleen, entrelazó las manos y esperó en silencio.

—Johnson, necesito que hagas algunas averiguaciones sobre la señorita Wilkes.

—¿Qué quiere saber exactamente, señor?

«Todo, deseo saberlo todo», pensó Connor.

—No sabemos nada de ella, Johnson, me gustaría saber de qué familia procede, si tenemos algunas referencias sobre su cualificación profesional, sus estudios…

—Bueno, yo dispongo de alguna información sobre ella gracias a conversaciones con las criadas, con Wallis y con la propia señorita Wilkes.

—¿Y bien? —preguntó Connor ansioso.

—La señorita Wilkes es la hija del prestigioso pianista Robert Wilkes, fallecido recientemente en la tragedia del RMS Titanic.

Al escuchar semejante noticia, Connor inhaló aire profundamente y lo soltó mientras se frotaba la frente. Empezaba a entender el porqué del estado de ánimo de la señorita Wilkes. Intentó recordar cuándo había conocido la noticia. ¡Hacía apenas unos meses!

—En el naufragio, la señorita Wilkes también perdió a su madre, a su hermano y a su… prometido. —Johnson hizo una pausa para darle tiempo al señor Radcliffe a asimilar toda la información.

Connor estaba sobrecogido. Acababa de menospreciar su consejo y de decirle que ella no sabía de lo que estaba hablando, cuando en realidad ella podía escribir una enciclopedia entera sobre lo que es el dolor por la pérdida de un ser querido. Connor necesitaba disculparse con ella de inmediato.

—Debo… —dijo mientras hacía el intento de levantarse del sillón. Johnson se lo impidió elevando su enguantada mano derecha.

—Eso no es todo, señor.

—¿Hay más? —preguntó Connor perplejo. No sabía si quería seguir escuchando.

—Hace poco, la señorita Wilkes descubrió que realmente no era hija del señor y la señora Wilkes, sino que la habían adoptado cuando era un bebé. Además, descubrió que tenía una hermana gemela a la que no había visto nunca. Vino a Londres a conocerla, consiguió contactar con ella y confesarle que eran hermanas. Su hermana le aseguró que volverían a verse, pero no ha vuelto a saber nada de ella.

Connor se cubrió el rostro con ambas manos y se frotó los ojos y la frente como si ello le ayudara a digerir tanta calamidad.

—Esa muchacha está prácticamente sola en el mundo, señor. Antes de venir aquí, vivía en Southampton con su cuñada y su sobrino. —En el rostro de Johnson se traslucía un sentimiento muy cercano a la compasión.

Connor no podía hablar. Le venían a la cabeza imágenes de ella jugando con sus hijos, escenas de esa misma tarde haciendo el teatro

de títeres, haciendo reír a Mandy y a Daniel… ¿Cómo podía siquiera respirar después de haber vivido todo lo que Johnson le había contado?

Tenía que hablar con ella.

Sin pensar en si era apropiado o no, se dirigió a grandes zancadas al piso de arriba y se paró frente al dormitorio de Kathleen. Podía escuchar sus sollozos desde el pasillo. El corazón se le encogió de inmediato. Con los nudillos llamó suavemente a la puerta. Al otro lado se hizo el silencio.

—Señorita Wilkes —dijo en un susurro—, abra la puerta, por favor. Necesito hablar con usted.

Kathleen no quería abrir, si lo que pretendía el señor Radcliffe era acabar la conversación que habían dejado a medias, tendría que elegir otro momento. No tenía fuerzas para discutir.

—Me encuentro algo indispuesta, señor Radcliffe, por favor, hablemos mañana —rogó con voz nasal.

—Se lo suplico, señorita Wilkes, es urgente…

A Kathleen se le encendió una alarma en la cabeza, ¿les ocurriría algo a los niños?

Se levantó de un salto, corrió hacia la puerta y la abrió de golpe. Connor se encontró de frente con el rostro de Kathleen, totalmente congestionado por el llanto y no pudo sentirse más culpable.

—¿Les ha pasado algo a los niños? —preguntó Kathleen llena de preocupación.

—No, no, no es eso…

—¿No? —preguntó confundida Kathleen.

—No, señorita Wilkes, al que le pasa algo es a mí… —Bajó la mirada incapaz de mantenerla enfocada en los atormentados ojos de ella—. Soy un patán.

A Kathleen casi se le salen los ojos de las órbitas. Connor la miró.

—Sí, un patán ególatra que piensa que nadie puede sufrir como lo hago yo por la muerte de mi esposa.

En ese momento, Connor cogió la mano de Kathleen entre las suyas.

—Por favor, acepte mis disculpas por mi falta de empatía y por ser tan desconsiderado con usted. Yo no sabía… Johnson me ha contado lo sucedido a su familia y a su prometido…

Al decir esto último, Kathleen no pudo contener las lágrimas y volvió a romperse, allí mismo, delante de él. Verla así le partió el corazón y su cuerpo actuó por voluntad propia, sin escuchar ninguna voz que le hablara de lo correcto o lo decente. Soltó la mano de Kathleen, llevó las suyas a su rostro, le secó las lágrimas con los pulgares y, suavemente, la acercó a su pecho hasta que la rodeó completamente con sus brazos. Kathleen se aferró a él como si fuera el

único tronco al que agarrarse en un río desbocado. Su cuerpo temblaba con cada sollozo pero era incapaz de separarse del pecho del señor Radcliffe, cuyo corazón podía escuchar latiendo con fuerza.

Connor la rodeaba con sus brazos mientras trataba de consolarla, acariciando su espalda suavemente arriba y abajo, plenamente consciente de la suavidad de su cabello pegado a su cara y del cálido y sensual aroma que emanaba de él con dulces notas florales de jazmín y vainilla. Desde que la viera por primera vez en el Café Royal había deseado acariciar su pelo, le fascinaba, al igual que sus pecas. En aquel extraño momento, en mitad del pasillo de la primera planta, anhelaba poder besar todas y cada una de las manchitas doradas que adornaban su nariz y sus mejillas.

Ninguno de los dos podría decir con certeza cuánto tiempo permaneció abrazado al otro. Poco a poco, la respiración de Kathleen se fue haciendo más regular y las lágrimas cesaron. Se separó ligeramente del cuerpo del señor Radcliffe, tratando de buscar su mirada. Le daba mucha vergüenza, pero tenía que buscar una salida a aquella insólita situación. Connor la miró a los ojos. Durante unos segundos el tiempo se detuvo para ambos. Aún abrazados, Kathleen pudo sentir el aliento del doctor en su rostro. Parecía que respiraba algo aceleradamente. Kathleen sonrió.

—¿Ve? Creo que al final voy a tener yo razón. Es usted el que tiene magia de la buena en sus abrazos —dijo con humor—. Ha conseguido reconfortarme.

Y diciendo esto, se separó de él. Connor sintió como si lo despojaran de un cálido abrigo.

—Entonces, ¿me perdona? —preguntó realmente atribulado.

—No hay nada que perdonar, señor Radcliffe. Gracias a usted.

Antes de que Connor pudiera responder, ella se puso de puntillas y depositó un rápido beso sobre su mejilla. El calor pareció volver al cuerpo de Connor desde su rostro hasta todas sus extremidades. Apenas pudo ver el destello rojizo del cabello de Kathleen antes de que desapareciera tras la puerta de su dormitorio. Durante unos instantes, Connor se quedó parado mirando la puerta cerrada de la habitación de la institutriz, con el pulso acelerado latiendo en su cuello y en sus sienes. ¿Qué acababa de suceder?

CAPÍTULO 20

Durante los dos días siguientes, Connor y Kathleen parecían haberse puesto de acuerdo en no coincidir. Por la noche, cenaban con los niños, pero ponían excusas peregrinas para no acudir a su cita diaria en la salita. El tercer día era domingo y Kathleen libraba. Aunque no le hubiera importado volver a ver a lady Radcliffe, se marchó temprano por la mañana para no tener que inventar alguna excusa por no acompañarla a la iglesia.

Después de aquel momento tan íntimo en el pasillo, ambos sentían que habían traicionado el recuerdo de Amanda y Will respectivamente. Connor seguía sin entender lo que había ocurrido aquella noche. Aunque en apariencia él simplemente había ofrecido consuelo a una persona a quien la vida había castigado de manera reiterada, la realidad era bien distinta. Lo que él había experimentado al darle aquel abrazo había puesto su ordenado mundo patas arriba. Ella dijo que su abrazo era mágico, pero lo cierto es que fue ella la que obró un pequeño milagro en él. Excepto, de manera esporádica a sus hijos, llevaba dos años sin dar ni recibir ningún abrazo. Y el que ella le dio fue demoledor. Desde aquel momento no había podido dejar de pensar en otra cosa, en el cuerpo de Kathleen pegado al suyo, temblando, necesitándolo. No le hubiera importado seguir pegado a ella durante horas sintiendo su calor, inhalando su perfume, tocando su sedosa piel… Quería apartar todos esos pensamientos de su mente. Amanda era su esposa y, el hecho de que hubiera muerto para él no significaba nada. Ella seguía siendo el amor de su vida. Entonces, ¿por qué no podía alejar a Kathleen de su cabeza? Tras mucho meditar pensó que, quizás, lo que le ocurría era algo natural, ella era una mujer hermosa y él llevaba mucho tiempo célibe. Tal vez todo se reducía a una necesidad fisiológica… Aunque en esos dos últimos años, nunca había sentido *esa* necesidad… hasta ahora. Lo único que debía hacer era reprimir cualquier impulso básico de su cuerpo y relacionarse con la señorita Wilkes de manera cordial y respetuosa, manteniendo siempre las distancias propias entre patrón y empleado.

Kathleen sentía algo parecido. Pensaba en Connor en todo momento y eso la atormentaba. Will llevaba unos meses desaparecido y ella se acababa de lanzar a los brazos de otro hombre. ¿Qué clase de persona era? ¿Cómo había podido traicionar así a Will, a su memoria? Cuando pensaba en Connor todo su cuerpo se estremecía, era una sensación sobrecogedora que la asustaba. Recordaba el contacto con su cuerpo y un calor inmenso invadía su pecho. Jamás había experimentado algo así. ¿Por qué sentía todo aquello? Después de largas horas de insomnio, reflexionando sobre lo ocurrido, llegó a la conclusión de que lo que sentía era la consecuencia de todas las pérdidas que había sufrido en los últimos meses. Se sentía sola, triste, abandonada y era normal que encontrara consuelo en alguien que había pasado por una experiencia tan traumática como la pérdida de la persona amada. El señor Radcliffe y ella tenían mucho en común, por eso parecían comprenderse mutuamente sin necesidad de hablar. A partir de ese momento solo debía mantener su cabeza fría, no discutir con él y ceñirse a tener una relación estrictamente laboral.

A Connor aquel domingo se le estaba haciendo eterno, una vez que su mente había encontrado una explicación lógica a lo que le ocurría con la señorita Wilkes, veía totalmente innecesario verse privado de su compañía. Lo cierto es que echaba de menos las conversaciones con ella en la salita, se había acostumbrado a verla y extrañaba poder compartir esos momentos de distensión después de sus largas jornadas en el hospital. Por eso, cuando escuchó que llamaban a la puerta principal, se alteró, impaciente por saber si era ella. A duras penas contuvo su impulso inicial de salir del despacho para ir a su encuentro. En lugar de eso, esperó unos minutos y le pidió a Johnson que fuera a preguntarle si iba a cenar con los niños y con él.

—La señorita Wilkes ha dicho que sí les acompañará durante la cena —informó Johnson pasados unos minutos.

Kathleen estaba en su dormitorio preparándose para bajar al comedor y tratando de calmar a su traicionero cuerpo. Había pasado parte del día con Patrick, se encontraba serena y, por fin, parecía que su conciencia había dejado de castigarla con duros remordimientos. Su mente creía tenerlo todo bajo control, sin embargo, su cuerpo no se encontraba en sintonía con su cabeza. Desde que había entrado en la casa, parecía tener todos los sentidos alerta, pendientes de si percibían la presencia del doctor en algún lugar cerca de ella. Pensar que lo iba a ver durante la cena la hizo ponerse muy nerviosa.

Puntual, entró en el comedor, donde los niños la recibieron con los brazos abiertos. El doctor, de pie junto a una mesa redonda que Kathleen no había visto antes, le lanzó una mirada indescifrable que la recorrió de la cabeza a los pies. Un escalofrío invadió su cuerpo.

—Buenas noches, doctor.

—Buenas noches, señorita Wilkes.

—¿Esa mesa redonda es nueva? —preguntó Kathleen con curiosidad para romper el hielo.

—Ordené que la hicieran después de las dificultades que encontramos la primera noche para sentarnos los cuatro a la mesa. De este modo todos estaremos más cómodos.

—Una gran idea, señor.

—*Azí* puedo *zentarme* al lado de papá y a *zu* lado, *zeñorita Wilkez* —afirmó Daniel, contento con la nueva distribución del comedor.

—Oh, eso es fantástico, Daniel, ¿no crees, Mandy?

—Sí, esta mesa es mejor, la otra era demasiado grande para nosotros cuatro —aseguró Mandy.

«Nosotros cuatro», repitió la mente de Kathleen. «Nosotros». Un pensamiento fugaz y descabellado atravesó su cabeza, pero enseguida lo desechó.

La cena transcurrió de manera distendida, Kathleen detectó incluso cierta cordialidad entre el doctor y ella. Sin embargo, ella estaba algo inquieta aún por lo sucedido, lo que hizo que tomara una cena bastante frugal. Al terminar, acompañó a los niños a su habitación y se sorprendió de que el doctor la siguiera. Después de contar el cuento y cantar la nana a los niños absolutamente incómoda por la presencia silenciosa del doctor, Kathleen sintió que la cogía del brazo al salir de la habitación. Ese leve contacto, aparentemente sin importancia, hizo que su corazón se acelerara de manera pasmosa. Kathleen se giró levemente para mirar al doctor. En ese momento deseó fervientemente que no notara el efecto que tenía sobre ella.

—Señorita Wilkes, ¿sería tan amable de acompañarme a la sala de estar? Necesito comentarle algo.

El corazón iba a estallarle de un momento a otro.

—Sí, por supuesto —dijo sin aliento. ¡Dios! Iba a morir de un ataque si seguía reaccionando tan violentamente ante su contacto.

¿Habría decidido despedirla? Quizás el doctor consideraba que habían traspasado los límites de su relación laboral y debía librarse de ella lo antes posible… Kathleen no quería adelantarse, pero pensándolo fríamente, era muy lógico. Caminó hacia la salita aceptando su destino con resignación.

Al llegar a la salita, el doctor Radcliffe recuperó la cordialidad de las noches anteriores, le ofreció algo de beber, la invitó a sentarse y cuando él se sentó la miró con ¿cariño?

—¿Cómo se encuentra, señorita Wilkes? Aún me siento mal por haberla hecho llorar hace tres días.

A Kathleen le conmovió el hecho de que se interesara por su estado de ánimo y respiró aliviada.

—Me encuentro bien, doctor, todo lo bien que una persona que ha

perdido a su familia puede estar —confesó con sinceridad—. Cuidar a sus hijos está resultando una terapia realmente efectiva para mí. Antes de empezar a trabajar aquí mi vida no parecía tener sentido y cada mañana debía hacer un gran esfuerzo para levantarme y buscar algo en qué entretenerme. Ahora tengo todas las horas del día ocupadas y eso es maravilloso.

Kathleen sonrió. Connor ya había aprendido a leer sus sonrisas, las tenía de muchos tipos. La que ahora le ofrecía era una sonrisa triste, pero era una sonrisa, al fin y al cabo. ¡Cómo admiraba a aquella mujer! Él apenas había sonreído en casi dos años.

—Celebro oír eso, señorita Wilkes. Si algún día necesita ayuda, o no se encuentra con fuerzas para… afrontar el día, por favor, no dude en decírmelo. Aunque soy cirujano, no dejo de ser médico y estoy seguro de que podría ayudarla.

—Gracias, doctor, no lo olvidaré.

Ahora la sonrisa de Kathleen era más alegre, ya que también sonreían sus ojos.

—Bien, el asunto del que quería hablarle es el siguiente. Desde hace algunos años somos invitados a la casa de campo del duque de Avenford a pasar unos días y me preguntaba si querría acompañarnos a mi madre, a los niños y a mí durante nuestra estancia allí. Esos días no les daría clases, pero estaría con ellos parte del día. ¿Vendría?

Kathleen no salía de su asombro, ella era una empleada en esa casa y el señor Radcliffe le estaba preguntando si querría acompañarlos, como si realmente tuviera elección. Le pareció muy considerado por su parte habérselo preguntado, pero estaba claro que iba a ir.

—Por supuesto, ¿cómo no? Me encantará, aunque me inquieta un poco el hecho de ir a la casa de un duque… Nunca he conocido a uno.

—Este duque le gustará —dijo Connor con sinceridad—, es alguien muy cercano, si no supiera que es un duque, jamás lo sospecharía.

—Me alegra saberlo. —Kathleen sentía curiosidad por el motivo de la invitación del duque a su casa de campo pero no sabía si sería una indiscreción preguntar. Al final se atrevió a indagar sobre esa cuestión —: ¿Celebra el duque su cumpleaños en estas fechas?

—Bueno… podría decirse que sí, que está celebrando el aniversario de lo que él considera su segundo nacimiento. —Connor hizo una pausa antes de seguir—. Hace unos siete años me encontraba en White´s con unos amigos cuando en la sala privada que había junto a la nuestra se escucharon unos gritos pidiendo auxilio. Acudimos corriendo y al llegar vi a un hombre que trataba desesperadamente de respirar, pero daba la impresión de que le era totalmente imposible. Miré a los amigos que le rodeaban y pregunté desde cuándo estaba así. Uno de ellos dijo que estaban jugando a las cartas y de pronto empezó a asfixiarse. Eché un rápido vistazo a lo que había sobre la mesa y vi

un pequeño cuenco con frutos secos. Supuse que él estaría comiendo y se atragantó. Me coloqué detrás de él y presioné fuertemente varias veces por debajo de sus costillas. Una almendra salió volando de su boca después de varios intentos. Entonces pudo tomar una bocanada de aire y empezó a respirar. Lo miré a la cara y me di cuenta de que tenía los labios morados y el rostro totalmente congestionado, si hubiera tardado un poco más en ayudarle hubiera muerto asfixiado.

—¿Le salvó la vida al duque de Avenford? —preguntó sorprendida.

—Sí, creo que puedo decir que sí. Ninguno de los allí presentes sabía qué hacer, si no llegan a gritar pidiendo auxilio, habría fallecido —dijo el doctor reflexionando sobre lo sucedido.

—Fue una suerte que estuviera allí en aquel momento… Imagino que, por ello, el duque le está eternamente agradecido.

—Desde entonces somos grandes amigos. Somos muy distintos, pero sentimos un gran aprecio el uno por el otro. Yo no soy muy aficionado a las fiestas ni a las reuniones multitudinarias, pero a su fiesta anual no puedo faltar… Casi me obliga cada año. Envía un coche a buscarnos, lo aparca en la puerta y hasta que no nos subimos toda la familia no permite que se vaya. Así es Emmet.

—¿Emmet?

—Francis Emmet Lowell Murray, duque de Avenford —pronunció Connor con solemnidad y mucha pompa mirando a un punto indeterminado en el infinito.

Entonces dirigió su mirada hacia Kathleen y ambos empezaron a reír a la vez. ¿Por qué tenía tantas ganas de reír? Él, que llevaba casi dos años sin poder mostrar la más mínima emoción. ¿Por qué tenía tantas ganas de hacerla reír a ella?

Cuando las risas se apagaron, la salita se quedó en silencio, salvo por el sonido del pequeño reloj de péndulo que había encima de la repisa de la chimenea. En el rostro de ambos seguía dibujada una sonrisa y se miraban sin decir nada. Connor reconoció el ya familiar deseo de tocarla, sería tan fácil estirar el brazo y acariciar sus doradas pecas con la yema de los dedos… Kathleen percibió el momento en el que la sonrisa del doctor desapareció y su forma de mirarla cambió. Ya había visto esa mirada antes y le daba miedo lo que le hacía sentir, lo que le llevaba a anhelar. De repente carraspeó y se levantó del sillón. El doctor se levantó al instante. Durante un brevísimo momento ambos estuvieron muy cerca, quizás demasiado, tanto que el perfume y calor de ambos pareció envolver al otro. Kathleen sintió que las rodillas le fallaban, la cercanía del doctor era tan turbadora para ella…

—Buenas noches, doctor —masculló atropelladamente mientras se alejaba de él en dirección a la puerta.

«Buenas noches, señorita Wilkes», pensó Connor, incapaz de hablar

al tratar de retener en sus pulmones el aroma de aquella mujer que estaba empezando a ocupar un espacio demasiado grande en sus pensamientos.

CAPÍTULO 21

Los niños jugaban en el jardín, en la zona del laberinto de setos de la casa de campo del duque de Avenford. Kathleen también jugaba con ellos. Ella era la única de las cuidadoras que participaba en los juegos. Las demás niñeras la miraban como si fuera una especie exótica. Ellas no concebían como algo normal jugar con los niños a los que cuidaban. Su labor consistía en vigilarlos desde la distancia, encargarse de alimentarlos, vestirlos, asearlos, pero no entretenerlos.

Connor observaba el bullicioso laberinto, de pie, en la terraza trasera. Desde allí tenía una vista privilegiada de todo el jardín, que mostraba un intrincado diseño de parterres y caminos de grava que conducían a una zona central con forma circular donde los setos eran más altos y se habían recortado de tal manera que formaban un laberinto. Sus hijos jugaban con otros niños, hijos de las parejas que habían sido invitadas por el duque. Se les veía felices, reían y chillaban cada vez que eran descubiertos en sus escondites. En un momento dado, vio cómo Kathleen, tras encontrar el escondite de Mandy, se inclinó hasta colocar la cabeza a la altura de la niña, como la había visto hacer en otras ocasiones, y le dijo algo. Mandy asintió y salió corriendo. Al poco tiempo vio cómo su hija encontraba a Daniel y le transmitía un mensaje que, al parecer, no gustó nada al niño. Lo vio protestar con su postura típica, cruzando los brazos sobre el pecho y dando un fuerte pisotón en el suelo, pero Mandy, paciente, lo cogió de la mano y lo llevó hasta donde Kathleen estaba esperando. Una vez juntos empezaron a salir del laberinto.

—¿Disfrutando de la vista, Radcliffe?

Connor se sobresaltó levemente y se giró para saludar al duque, que miraba hacia Kathleen.

—Ya lo creo, *su excelencia* —dijo Connor, enfatizando la forma en que se dirigía al duque y que sabía que tanto le disgustaba.

—¿Has contratado a una nueva institutriz?

—En un principio solo iba a ser la profesora de piano de los niños, pero nuestra antigua institutriz se tuvo que marchar de Londres y no

me quedó más remedio que improvisar una solución.

—¿Entonces no es institutriz, sino profesora de piano? No sabía que había profesoras de piano, creía que eso solo lo hacían los hombres… —Se quedó en silencio, meditabundo y finalmente concluyó —: Los tiempos cambian, amigo mío.

—Es la hija de Robert Wilkes, un pianista famoso, al parecer.

—¿*Ella* es la hija de Robert Wilkes? —preguntó sin disimular su sorpresa instantes antes de que Kathleen apareciera junto a Daniel y Mandy en la terraza.

Los niños salieron corriendo hacia su padre en cuanto lo vieron, deseosos de contarle lo que habían estado haciendo en el jardín. Sin embargo, Connor los paró y les recordó sus buenos modales y la obligación de saludar cada vez que se aproximaran a cualquier persona. Los niños, obedientes, saludaron al duque. Este despeinó a Daniel e inclinó la cabeza con elegancia hacia Mandy, a lo que ella respondió separando su vestido hacia los lados e inclinando la rodilla. El duque sonrió.

—Me ha dicho un pajarito que van a repartir chocolate caliente en el salón principal a los niños que se han portado muy bien hoy.

—¡Chocolate caliente! —gritaron al unísono. Y enseguida miraron a su padre pidiendo su permiso para ir. Connor inclinó la cabeza y ellos emprendieron una frenética carrera hacia el interior de la mansión. No pudo evitar sonreír a su vez. Kathleen se disponía a acompañarlos cuando el duque la frenó.

—Señorita Wilkes, permítame que le diga lo honrado que me siento por tenerla entre mis invitados.

—Excelencia… —Kathleen no sabía cómo interpretar esa afirmación.

—Mi querido amigo Radcliffe parece desconocer la relevancia de tener a la mismísima hija del maestro Wilkes como profesora de piano de sus hijos.

Kathleen notó cómo se encendían sus mejillas.

—Mi padre se sentiría muy dichoso de escucharle decir eso, su excelencia, pero no me considero merecedora de tal halago.

—Créame si le digo que si usted toca la mitad de bien que lo hacía su padre, mi querido amigo Radcliffe debe tener la certeza de que sus hijos no pueden tener una mejor profesora.

Kathleen abrió la boca para contestar, aunque realmente no sabía qué decir. No hizo falta, al parecer el duque no había terminado su discurso.

—Hace más de veinte años, en 1887, tuve la suerte de que mi padre me obligara a ir al concierto que se dio en la Royal Opera House con motivo del jubileo de la reina Victoria. Yo era un niño que nunca se había sentido especialmente atraído por la música y no me apetecía

nada asistir al evento. Entre los virtuosos músicos que se dieron cita en aquel concierto se encontraba el padre de esta señorita —dijo señalando a Kathleen y mirando a Connor con suficiencia— y es gracias a él que me enamoré del piano. Después de aquel día intenté aprender a tocarlo, pero, al parecer, de las muchas virtudes que poseo —dijo guiñando un ojo a Kathleen— la de tocar el piano, no es una de ellas.

—Mi padre siempre habló de aquel concierto como el más importante de su carrera —dijo intentando evitar que los ojos se le humedecieran.

—Me haría usted el hombre más feliz de Inglaterra si quisiera tocar esta noche para mis invitados y para mí después de la cena —soltó de pronto el duque.

Kathleen parpadeó dos veces, como si no creyera lo que acababa de oír. Después miró hacia el doctor Radcliffe, buscando ayuda, pero él se limitó a asentir, como dándole permiso.

—Será un placer, excelencia —mintió desplegando su mejor sonrisa. Estaba aterrada. Hizo una leve inclinación de cabeza y se encaminó a buscar a los niños.

Kathleen pasó el resto de la tarde tratando de poner en orden sus pensamientos, debía pensar qué composiciones iba a tocar, aunque una de ellas la tenía clara. Sería una sorpresa para todos, pero sobre todo para el doctor Radcliffe…

Pidió ayuda a Bonnie, la doncella de lady Freedlace, para que aseara y vistiera a los niños y ella poder ensayar un poco y decidir qué vestido iba a ponerse. No había previsto participar en las actividades desarrolladas en la mansión del duque como una invitada más, sino como una empleada. Sin embargo, sabiendo que iba a tener que relacionarse con personas de la alta sociedad inglesa, había metido en su equipaje sus dos mejores vestidos.

Optó por un elegante pero sencillo vestido de seda en un brillante azul Prusia. Tenía el escote en forma de «v», ribeteado con un estrecho encaje blanco, el mismo que adornaba las mangas, que le llegaban justo por encima del codo. En el cuello se puso una gargantilla de perlas, a juego con los pendientes. Por último, se colocó unos guantes de seda blancos que cubrían sus antebrazos. Si su padre la viera, pensó, seguro que le daría su aprobación como indumentaria para un concierto. Así ataviada, se miró en el espejo de su dormitorio y escuchó cómo llamaban a la puerta. Se apresuró a abrir, pensando que serían los niños, pero allí plantado, delante de su dormitorio se encontraba el doctor Radcliffe. Estaba imponente, con chaqué y pantalón negro y de un blanco impoluto, camisa, chaleco y pajarita. A Kathleen le costó un gran esfuerzo llenar los pulmones. Por primera vez desde que conocía al doctor lo veía con camisa blanca. ¿Cómo una

prenda tan sencilla podía sentar tan bien a alguien? ¿Cómo era posible que el hombre más guapo que había conocido jamás estuviera más atractivo aún?

Connor sometió a un escrutinio similar a Kathleen. Estaba arrebatadora. El color azul del vestido hacía destacar el de sus ojos. Llevaba el pelo recogido en un moño por encima de la nuca y el rostro se hallaba enmarcado por un mechón de pelo cuidadosamente peinado haciendo unas hondas sobre su frente y la sien. Durante unos instantes no recordó lo que iba a decirle y se quedó mirándola a los ojos, atrapado en ellos.

—¿Ocurre algo, doctor? —preguntó ella, rompiendo el hechizo.

—No —dijo alargando la respuesta mientras movía ligeramente la cabeza, como si se sacudiera algo que estuviera pegado a su pelo—. Solo he venido a acompañarla al comedor.

—¿Y los niños?

—Ya se han ido con mi madre.

—Ah, bien.

Él se hizo a un lado y le ofreció su brazo. Ella accedió y tuvo que acercarse a él para poder introducir su mano entre el cuerpo de él y su brazo. A pesar de los guantes, notó la calidez de su contacto y volvió a sentir esa extraña sensación que cada vez era más frecuente cuando él estaba cerca. Llegaron al salón principal y él la condujo a la mesa del duque. Por un momento Kathleen pensó que la llevaba allí para que lo saludara y después acompañarla a otra de las mesas que había en la estancia. Sin embargo, la acercó a una silla que había a tan solo dos asientos del duque. El duque inclinó la cabeza hacia ella y Kathleen pareció advertir una risueña mirada de aprobación.

La cena transcurrió más deprisa de lo que ella hubiera deseado y pronto el duque de Avenford se encontraba liderando la comitiva que se dirigía al salón de baile, donde Kathleen debía dar su pequeño concierto. Cuando llegaron, la sala había sido preparada con sillas perfectamente alineadas en círculos concéntricos para permitir que todos los asistentes pudieran dirigir sus miradas hacia el piano, que se encontraba en el centro de la estancia. Ella, que iba cogida del brazo del doctor, apretó de manera involuntaria la mano contra su antebrazo y ahogó una exclamación. Estaba temblando.

Como si él leyera sus pensamientos, colocó su mano derecha sobre la de ella y le dio un ligero apretón. Ella levantó la mirada para ver su cara y se encontró con una expresión dulce y alentadora en sus ojos.

—Lo va a hacer muy bien, señorita Wilkes. Su padre se sentirá orgulloso de usted allá donde esté, estoy seguro. —Y le lanzó una sonrisa tierna.

Ella se sintió extrañamente reconfortada por esas palabras y tomó aire profundamente, sin dejar de mirarle. Era compositora, no solista

de piano, pero debía hacerlo bien para honrar la memoria de su padre.

Avenford ya se encontraba junto al piano dando un breve discurso de presentación en el que ensalzó las virtudes de su padre al piano y celebró la suerte de contar con ella entre sus invitados. Los asistentes, ya acomodados cada uno en su asiento, aplaudieron brevemente y esperaron. Ella soltó el brazo del doctor y se encaminó hacia el piano. En ese corto recorrido, barrió con la mirada la sala y muy cerca del piano, junto a su abuela, se encontraban Daniel y Mandy. Ella les guiñó un ojo en un saludo cómplice y se sentó en la banqueta frente al piano.

Tras inspirar profundamente, colocó las manos sobre el teclado y empezó a tocar. Comenzó con Chopin, el Nocturno, opus 9, número 2. Quería comenzar con algo que le resultaba fácil. Era una melodía que fluía lentamente y ella se encontraba cómoda siempre que la tocaba. La música parecía embriagar a los asistentes con su dulce armonía, no exenta de cierta melancolía, propia del romanticismo musical más puro. Kathleen tocaba esta composición con una delicadeza que tenía embelesados a todos.

Continuó con la *Gymnopedie* número 1 de Erik Satie. Había elegido esta obra porque era muy relajante para ella. Si estaba nerviosa a estas alturas, pensó, tocar la *Gymnopedie* 1 de Satie la relajaría y la prepararía para tocar la siguiente composición, que era, sin duda, mucho más complicada.

La tercera partitura que había seleccionado era *Islamey: Fantasie orientale* del ruso Mili Balákirev. Cuando empezó a tocar esta fantasía para piano, todos los presentes, sin excepción quedaron asombrados. La velocidad con la que tocaba esta pieza musical era pasmosa. Kathleen movía los dedos de tal manera que a veces resultaba difícil seguir sus movimientos. El ritmo de la melodía aumentó considerablemente para luego bajar y volver a subir después. Cuando terminó de tocar pasados unos minutos, todos aplaudieron al unísono. Kathleen se levantó de la banqueta y saludó, tal y como hacía su padre, inclinándose hacia adelante y llevándose la mano derecha al corazón. Cuando los aplausos callaron ella dijo, casi sin voz:

—Muchas gracias, pero este pequeño concierto no estaría completo si no tocara una sonata muy alegre y aún desconocida por el gran público, llamada *Mandanetto* —dijo levantando las cejas y con una leve sonrisa en la cara—. Pero para tocarla necesito la ayuda inestimable de dos maravillosos pianistas, Mandy y Daniel Radcliffe.

Los niños se acercaron con paso firme hacia ella, mientras su padre los miraba con los ojos desorbitados por la sorpresa.

Los hermanos se sentaron a ambos lados de Kathleen y, tras contar en voz baja hasta tres, empezaron a tocar. Al principio era una melodía muy sencilla, casi infantil, que sonaba ligera y divertida, pero

cuando Kathleen empezó a introducir acordes, la melodía se fue complicando y los niños, perfectamente sincronizados, tocaban ciertas notas que daban solidez a la melodía y parecía una pequeña obra de arte musical tocada a seis manos. Cuando la melodía llegó a su fin, el *público* estaba totalmente entregado al espectáculo y los más emocionados prorrumpieron en vítores y aplausos, dedicados principalmente a los niños, que habían conquistado el corazón de todos. Los tres se levantaron a la vez y Kathleen, con gesto formal, estrechó la mano de Mandy y después la de Daniel. Finalmente, saludaron al público con una inclinación de cabeza muy ceremoniosa.

Connor estaba totalmente asombrado y emocionado, sentía un orgullo inmenso por sus hijos. Los miraba una y otra vez mientras saludaban entusiasmados y no podía creer lo que acababa de presenciar. Sus hijos, tan pequeños, a los que había evitado durante meses cuando llegaba a casa, a los que temía enfrentarse, para no soportar sus miradas tristes, sus preguntas o sus peticiones. Sus hijos, a los que estaba volviendo a descubrir gracias a la señorita Wilkes. Entonces dirigió su mirada hacia ella y su pecho se llenó de una sensación que no era capaz de definir. Había tocado el piano de una manera sublime. Era una pianista excelente y él la tenía encerrada en su casa cuidando de sus hijos. Por un momento se sintió molesto consigo mismo por ello. Por otro lado, lo que estaba consiguiendo con Daniel y Mandy era maravilloso. En apenas unas semanas había logrado que rieran y jugaran como antes de la muerte de Amanda. Además, su fuerza, su capacidad de superación y su manera de sonreír ante la adversidad lo tenían totalmente fascinado. Sumido en sus pensamientos no se percató de que Avenford se acercaba por detrás.

—Esta mujer vale una mina de oro, Radcliffe. Espero que no seas tan estúpido de dejarla escapar —dijo el duque tan cerca de su oído que solo él pudo escucharlo.

Connor no pudo decir nada, pues su amigo ya se alejaba de él con paso ligero. Pensó, con cierta extrañeza, que Emmet no había dicho *institutriz,* ni *profesora de piano,* había dicho *mujer. No seas tan estúpido de dejarla escapar. Mujer.* No *institutriz* ni *profesora. Mujer.* Volvió su mirada hacia ella y vio cómo varios de los espectadores de aquel improvisado concierto la felicitaban y dedicaban elogiosas palabras a los niños. Cuando los últimos en saludar se marcharon, Kathleen se agachó y dio un cálido abrazo a sus pupilos. El pecho de Connor volvió a llenarse de varias sensaciones difíciles de calificar. Ese pecho que parecía haberse quedado hueco hacía casi dos años.

En la sala solo quedaban Connor, su madre, sus hijos y Kathleen. Cuando se acercó a ellos vio que su madre tocaba el brazo izquierdo de Kathleen y le daba un ligero apretón.

—Enhorabuena, Kathleen, ha sido un concierto delicioso —afirmó

la baronesa con franqueza.

—Gracias, lady Freedlace —contestó Kathleen tímidamente, se sentía algo abrumada por la respuesta de los asistentes, pero recibir la aprobación de lady Freedlace la hacía sentir especial. Por algún motivo que no se había parado a analizar aún deseaba agradar a la abuela de los niños.

Entonces Charlotte se dirigió a sus nietos y le dio un beso en la mejilla a cada uno. Todo un derroche de cariño para lo que ella solía acostumbrar.

—¿Queréis que os acompañe a vuestro dormitorio y os cuente un cuento?

—¡Sí! —gritaron emocionados los niños.

—¿Podemos irnos con la abuela, papá? —preguntó Mandy.

—No puedo dejaros ir sin antes deciros lo mucho que me ha gustado vuestra interpretación y lo orgulloso que me siento de vosotros —dijo apoyando una rodilla en el suelo y abrazando a Daniel y a Mandy a la vez.

Cuando se separaron, los niños dieron las buenas noches a Kathleen y salieron alegremente del salón de baile cogidos de la mano de su abuela.

—¿Le apetecería salir a la terraza o dar un paseo por el jardín? —preguntó Connor de repente.

—La verdad es que me vendría bien salir a tomar el aire —confesó ella—, creo que estoy a punto de marearme.

Al ver la expresión de preocupación que asomaba al rostro de Connor, ella levantó una mano sonriendo y dijo:

—¡Es una broma, doctor! Solo una forma de hablar, ¿de acuerdo? ¡No vaya a buscar su maletín de primeros auxilios! —bromeó riendo.

Él se relajó y rio también.

—Está bien, salgamos entonces.

Se dirigieron a la terraza y se acercaron a la balaustrada que se encontraba sobre el jardín maravillosamente iluminado por unas tenues luces doradas. Kathleen se puso los guantes, sin dejar de mirar hacia aquel sofisticado vergel.

—Es precioso —dijo al fin.

—Lo es —afirmó él mirando su rostro. Estaba nervioso. Había muchas cosas que quería decirle, preguntarle, pero no sabía cómo empezar.

—Kathleen —dijo usando su nombre de pila sin darse cuenta—, aún estoy fascinado con lo que he visto esta noche.

Ella lo miró con una sonrisa enorme en la cara, sus ojos lanzaban destellos brillantes de entusiasmo. No parecía haberse dado cuenta de la manera informal en la que él se había dirigido a ella.

—¿Los ha visto? ¿Ha escuchado cómo tocan? Yo también estoy

fascinada con ellos. ¡Han llevado a cabo una interpretación magnífica! Aún estoy temblando de la emoción.

—Sí —coincidió él, entendiendo que ella había malinterpretado su afirmación—, han estado soberbios. No salgo de mi asombro. Pero no me refería a ellos, señorita Wilkes, me refería a usted. No solo toca usted el piano de una manera magistral, capaz de sacar a la superficie las emociones más escondidas en el corazón de quien la escucha, sino que ha sabido transmitir su amor por la música a dos niños que se encontraban sumidos en una pena insoportable, les ha dado una nueva ilusión y les ha devuelto la alegría. Me encuentro profundamente agradecido y en deuda con usted.

Kathleen no daba crédito a lo que estaba escuchando. El hombre más serio y triste que había conocido jamás se encontraba frente a ella, dándole las gracias por hacer su trabajo.

—Además, deseo pedirle disculpas —continuó Connor— por el modo en el que la traté el día que vino a solicitar el trabajo de profesora de piano… y en los días posteriores. No me siento en absoluto orgulloso por la manera en la que le hablé… cómo la traté esos primeros días. Me alegro de que no saliera huyendo para no volver después de alguna de nuestras discusiones. Ruego acepte mis disculpas —dijo levantando la mano a la espera de que ella le entregara la suya.

Kathleen, estupefacta, acercó su mano a la de él y Connor se la llevó a los labios en apenas un roce sutil. Sin embargo, tardó unos instantes en volver a dejar libre la mano de ella, como si no quisiera perder ese mínimo contacto que salvaba la distancia entre sus cuerpos. El magnetismo volvía a flotar entre ambos. Ella sintió que se le erizaba la piel y él tuvo que hacer un enorme esfuerzo por no acercarse más a ella y aspirar el olor que emanaba de su cabello.

—No hay nada que perdonar, señor Radcliffe —acertó a decir al fin —. Siempre me ha gustado pensar que lo importante no es cómo empiece algo, sino cómo termine. Usted dice que yo le he devuelto a sus hijos la alegría, pero le puedo asegurar que conocer a sus hijos ha sido lo mejor que me ha pasado en el último año. Soy yo la que está agradecida de haberme encontrado aquel anuncio en el periódico. Esta noche he sido muy feliz al piano y tocar acompañada de Daniel y Mandy ha sido un regalo celestial.

—La sonata que ha interpretado con ellos… ¿Cómo se llamaba?

—*Mandanetto* —dijo sonriendo, como cuando presentó a los niños, con un toque divertido en la mirada.

—Sé poco de música, pero no me suena nada. Tiene un nombre curioso, usted dijo que no era muy conocido aún, ¿quién es el autor?

—Bueno, es un trabajo coral, de tres autores de reconocido prestigio —dijo de manera exagerada, enfatizando cada palabra y en

un tono excesivamente afectado—, es posible que no los conozca por ser muy jóvenes y, claro, para alguien como usted, profano en la materia… —No pudo continuar, cuando lo miró a los ojos comenzó a reírse sonoramente al ver la cara de disgusto de Connor.

—¿Qué le hace tanta gracia? —preguntó intentando ponerse serio, pero la risa de ella era demasiado contagiosa como para no caer en la tentación de compartirla.

—La hemos compuesto entre Mandy, Daniel y una servidora —dijo con la voz entrecortada por la risa —, de ahí lo de *Mandanetto*. Hemos tratado de darle un nombre sofisticado, pero no deja de ser la unión de los nombres de Mandy y Daniel —expresó, enfatizando la primera sílaba de cada nombre.

—¿Me está diciendo que la última melodía que han interpretado la han compuesto usted y los niños? —preguntó enarcando las cejas.

—Bueno, digamos que la base la puse yo y ellos los acompañamientos. Lo hemos pasado muy bien componiéndola.

—¿Eso lo han hecho hoy?

—¡No! Nos ha llevado semanas. De hecho, les di la idea en la primera clase cuando vi lo poco motivados que estaban por aprender. Pensé que si ellos creaban su propia melodía, podría despertar su interés y, al parecer, ha dado resultado. Es en esto en lo que invierte usted su dinero cuando me paga las clases de piano.

Connor movía la cabeza de un lado a otro, deslumbrado por la brillantez de aquella mujer. La hubiera besado en ese mismo instante. No lo hizo. En su lugar, levantó la mano y la llevó a la mejilla de ella. Acarició su preciosamente esculpido pómulo con el pulgar y notó cómo ella inclinaba la cabeza hacia el lado en el que los dedos de él acariciaban su rostro.

—Es usted… una mina de oro. —*¿Una mina de oro?* ¿En serio había dicho eso? ¿Se había vuelto estúpido de pronto? Y retiró la mano de su rostro.

—¿Una mina? ¿Y de oro, sin ir más lejos? —Kathleen no pudo evitar soltar una carcajada que se escuchó en todo el jardín.

Connor se sentía ridículo. En aquel mismo instante tenía unas ganas enormes de cavar un profundo túnel bajo sus pies que lo condujera directamente al lugar donde se encontrara el duque de Avenford y darle un derechazo en toda la cara, por meterle semejante idea en la cabeza.

—Volvamos dentro —dijo él muy serio.

—Sí, yo… estoy muy cansada. Me voy a mi habitación. Buenas noches —se despidió apresuradamente y comenzó a andar hacia el interior de la casa sin esperar al doctor.

—Señorita Wilkes, ¡espere! —exclamó, intentando improvisar algo. Kathleen se giró para mirarlo—. ¿Le apetecería dar un paseo a caballo

por la mañana?

—Ehmmm…, hace muchos años que no monto a caballo… —confesó, aunque se moría de ganas por aceptar su invitación—. Y los niños…

—Montar a caballo no se olvida nunca —afirmó con rotundidad el doctor—. Y de los niños no se preocupe. Iremos tan temprano que aún estarán durmiendo cuando volvamos.

—Entonces, acepto —dijo.

Aún le ardía la zona de la cara que él había tocado con su mano. No había podido evitar inclinar la cabeza para prolongar aquella caricia. Se sentía algo avergonzada por ello, pero fue algo instintivo, su cuerpo respondió al contacto sin pasar por el filtro de la razón. Al darse cuenta de ello había resuelto la situación como tantas otras veces había hecho en su vida: con sentido del humor. Pero al doctor Radcliffe parece que no le había hecho mucha gracia. Ninguna, se atrevería a decir. A ella tampoco, le costaba respirar y le temblaban las piernas. Rezaba por no caerse mientras se encaminaba hacia su habitación.

Connor la observaba alejarse desde la terraza. Se había quedado allí clavado, incapaz de moverse. ¿Qué le estaba pasando? No había podido controlarse y la había tocado. En realidad, la había acariciado. Y ella había respondido a esa caricia, estaba seguro. Había movido la cabeza como un gato se pega a la mano de su dueño cuando lo está tocando. Y entonces él tuvo que hacer la afirmación más simple y torpe de la historia de los halagos. Maldito Avenford.

CAPÍTULO 22

Una bruma matutina acariciaba las interminables praderas cubiertas de rocío. Como sacada de una novela propia del romanticismo, la blanca neblina daba al paisaje un aire fantasmal que envolvía a los dos solitarios jinetes mientras galopaban en silencio a través de los campos impregnados de olor a humedad, hierba fresca y tierra mojada.

Tal y como habían acordado, Kathleen y Connor salieron a cabalgar al alba. Durante largo rato no dijeron una sola palabra, ninguno de los dos parecía incómodo con el silencio del otro. Connor estaba sorprendido. En los dos últimos años había llegado a apreciar el valor del silencio, odiaba las conversaciones vanas y superficiales y agradecía infinitamente no tener que hablar con nadie. Poder compartir el silencio con ella le resultaba placentero. Y, a pesar de eso, le gustaba aún más conversar con ella.

—Me decepciona usted —dijo Connor al fin, mirándola de soslayo para ver cómo reaccionaba ante su comentario.

Kathleen, sobresaltada, lo miró con el ceño fruncido.

—¿Yo? ¿Le he decepcionado, señor Radcliffe? ¿Qué he hecho mal esta vez? —inquirió con preocupación.

—Después del encendido discurso que usted me dio sobre la conveniencia de cambiar mi forma de vestir y la necesidad de desechar de una vez por todas mi camisa negra, me entristece comprobar que anoche no hizo ni el más mínimo comentario acerca de mi atuendo. Francamente, me ha dolido —afirmó con aire afectado, pero incapaz de controlar las comisuras de sus labios que pugnaban por dibujar una línea ascendente.

Kathleen lo miró con detenimiento y se dio cuenta de que Connor no hablaba en serio.

—Se ríe usted de mí, doctor.

«Llámame Connor», le hubiera gustado decir. No entendía por qué, pero deseaba escuchar su nombre de pila pronunciado por los labios de Kathleen. ¡Qué estupidez! ¿Verdad?

—En absoluto, hablo muy en serio. ¿No va a elogiar mi elección de prendas de anoche?

A Kathleen le hubiera encantado poder decir lo que sentía realmente, que la había dejado sin respiración cuando abrió la puerta y lo vio, tan elegante, tan impecable y tan apuesto. En lugar de eso, optó por dar una respuesta correcta y acorde a su posición.

—Admito que no se me pasó el detalle de que no llevaba usted su camisa negra, el cambio es tan llamativo que es imposible pasarlo por alto. Sin embargo, pensé que era fruto de las circunstancias y que probablemente fuera solo algo puntual, para esa noche, por ser una cena de gala. Pero veo que hoy tampoco la lleva. ¿Ha decidido realmente dejar de vestir completamente de negro?

—Sí, lo he decidido. Tenía usted razón. —«Como casi siempre últimamente»—. Vestir de manera tan sobria no beneficia a nadie, todo lo contrario, perjudica a mis hijos gravemente. —Hizo una pausa antes de preguntar: —¿Le importa si le hago una pregunta personal?

—No, no me importa. ¿Qué quiere saber?

—¿Usted nunca llevó luto por su familia?

Kathleen respiró profundamente antes de contestar, sus heridas estaban aún demasiado recientes y ahondar en lo sucedido podía hacerlas más profundas.

—Pasadas las primeras semanas de confusión, en las que todavía teníamos esperanzas de que aparecieran con vida en algún hospital de Estados Unidos, llegó el momento de aceptar la realidad: habían fallecido. Asistimos a la misa que se ofició por los difuntos de la tragedia y desde ese momento mi cuñada y yo empezamos a llevar luto. Bueno…, yo lo llevé poco tiempo porque dejé de salir a la calle, llegó un momento en el que no salía de mi dormitorio, ni siquiera de mi cama. Entré en un estado de abatimiento tal que… —Ahora que estaba a punto de verbalizarlo, se dio cuenta de lo grave que había estado—. No deseaba seguir viviendo.

Connor tiró de las riendas de su caballo y se detuvo, mirándola con una expresión entre la incredulidad y el dolor. Kathleen, al darse cuenta de que él no la seguía, se giró y paró su caballo también. Su corazón se encogió al ver cómo la miraba.

—Vestir de negro no añadía ni un solo ápice de respeto o solemnidad a lo que yo ya sentía por todos mis seres queridos. El negro me estaba devorando por dentro y por fuera, me robaba la poca vida que me quedaba. Así que cuando vine a Londres decidí que no iba a llevarlo nunca más. Aunque nadie la vea, mi alma está de luto y seguirá estándolo cuando pase el tiempo que se considera correcto o razonable para llevarlo.

Connor tragó saliva mientras asimilaba todo lo que le había contado. De repente, la idea de que a ella le hubiera ocurrido algo, de

que esa tristeza la hubiera llevado a la muerte, la posibilidad de no haberla conocido… se le hizo insoportable. Kathleen se sometió a su intensa mirada con estoicismo, no alcanzaba a comprender por qué la miraba así.

—¿Le gustaría caminar un poco? —preguntó Connor desviando la mirada hacia un riachuelo que discurría junto a ellos.

—Oh, me encantaría, sí —dijo Kathleen recuperando su amplia sonrisa.

Desmontaron y caminaron junto al arroyuelo durante unos minutos, de nuevo en silencio. El sendero se hizo más angosto a medida que los álamos de la ribera ocupaban más espacio junto al riachuelo. Para pasar entre los árboles y el río Connor caminó delante y Kathleen lo siguió. Para poder llegar a un claro del pequeño bosque debían sortear algunas piedras, caminaron sobre ellas con cuidado, Connor alcanzó finalmente tierra firme y se giró para ofrecer su mano a Kathleen. Ella resbaló cuando pisó el último canto rodado, húmedo y cubierto de verdín, y hubiera caído al suelo de una manera muy poco elegante si Connor no la hubiera sujetado rápidamente de la cintura. La atrajo hacia sí con agilidad y le pasó el otro brazo por la espalda. Kathleen quedó atrapada en sus brazos, pegada completamente a su pecho, que subía y bajaba de manera agitada. Kathleen lo miró a los ojos, a esos ojos verde agua que ahora parecían de fuego. Sus narices casi se rozaban y sus labios entreabiertos exhalaban un aliento cálido que les estaba abrasando la piel. Connor apenas hizo un leve movimiento hacia ella y sus labios se encontraron provocando una auténtica tormenta eléctrica entre ambos. Se apoderó de su boca con un apetito voraz y Kathleen le respondió con la misma exigencia. Pronto Connor exploró con su lengua la boca de Kathleen y ella, movida por el instinto, salió a su encuentro, respondiendo a sus envites. Connor no quería pensar, solo embriagarse del dulce néctar de sus labios, mordiéndolos, succionándolos, devorándolos. Kathleen se aferró a sus hombros y después a su cuello, acariciando su nuca y entregándose al beso más apasionado que le habían dado hasta ahora. Su corazón latía desbocado y las rodillas empezaban a fallarle. En ese momento Connor se separó ligeramente de sus labios, sin soltar su cintura ni su espalda, la miró a los ojos y cuando parecía que todo había acabado, volvió a posar sus labios sobre los de Kathleen, esta vez con un roce sutil, una caricia que la hizo estremecerse de pies a cabeza. Profundizó en el beso con dulzura, deleitándose en ese contacto, ahora delicado y tierno, de sus bocas temblorosas. Kathleen, en mitad de esa vorágine de sensaciones, empezó a escuchar en su cabeza la dulce melodía de la preciosa obra de Edward Elgar, *Salut D´Amour*, opus 12, regalo de amor de Elgar a su prometida, Caroline Alice Roberts. Elgar no la había contratado para trabajar en su

orquesta pero Kathleen debía admitir que acababa de regalarle el acompañamiento musical que haría de aquel beso un recuerdo único y, sin lugar a dudas, *Salut D´Amour* sería para siempre Connor. Cuando el beso acabó y abrieron los ojos, se miraron como si acabaran de reconocerse, como si fueran viejos conocidos y volvieran a encontrarse después de muchos años separados… Fue toda una revelación descubrirse tras ese beso, mas ninguno de los dos sería capaz de admitir el alcance del mismo hasta mucho tiempo después.

—Creo… que deberíamos volver… —dijo Kathleen haciendo un esfuerzo sobrehumano por llenar sus pulmones de aire.

Connor la miró con el ceño fruncido, seguía abrazándola como si se estuviera despidiendo antes de partir a una guerra lejana. Asintió en silencio y llevó sus labios a la sien de Kathleen, donde dejó un delicado beso que se quedaría marcado a fuego en su piel. Entonces se separó de ella y ambos sintieron de repente toda la humedad y el frío de la mañana.

♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪

Avenford sirvió dos vasos de brandy y se acercó a la chimenea de su estudio para entregar una de ellas a Connor. Ya habían cenado y compartido parte de la velada con los invitados cuando el duque le hizo una señal a Connor para que lo siguiera.

—Hoy me apetece tener algo de privacidad —confesó Avenford.

—Invitas a casi un centenar de personas a tu casa y ¿quieres privacidad? Eres muy peculiar, Emmet.

—No menos que tú.

—¿Yo? Me temo que soy bastante convencional, sinceramente. Aburrido, incluso.

—Puede que últimamente hayas estado bastante sombrío y poco comunicativo, es cierto, aunque estos días he podido comprobar que algo ha cambiado en ti.

Connor dio un sorbo a su brandy y lo miró con curiosidad.

—Sí, estás cambiado, amigo, desde la última vez que te vi hasta ahora me atrevería a decir que te pareces bastante al hombre que me salvó la vida.

Connor no dijo nada y volvió a beber.

—Y creo que sé por qué —continuó el duque.

—Lo dudo —dijo cortante Connor, deseando cambiar de tema. Empezaba a sospechar los derroteros que iba a seguir aquella conversación.

—De modo que admites que hay una razón que te ha hecho cambiar de… humor —comentó Avenford divertido.

—Yo no he dicho tal cosa —replicó cada vez más incómodo Connor.

—He visto cómo la miras… —se aventuró a decir el duque son una

sonrisa ladina en sus labios.

—¿Qué demonios…? —empezó a decir Connor, visiblemente molesto.

Avenford levantó una mano imponiendo silencio.

—Vamos, Radcliffe, estamos solos, conmigo no tienes que disimular, ¿vas a contarme qué pasa?

—Me temo que tu vida empieza a ser tan aburrida que necesitas fantasear con las vidas de los demás. ¡No sé qué diantres quieres que te cuente!

—Bien, tú lo has querido, no me andaré con rodeos: se trata de la señorita Wilkes. He visto cómo la miras, Radcliffe, mientras cuida de tus hijos, cuando dio su pequeño concierto, ¡hoy! Cuando volvíais de vuestro paseo esta mañana. Hay cosas que no se pueden ocultar, amigo. Te sientes atraído por ella —sentenció al fin.

Connor se sentía acorralado. Avenford acababa de manifestar en voz alta cosas que él mismo negaba a su mente la posibilidad de pensar. Trató de aparentar una calma absoluta, aunque por dentro era un hervidero de sensaciones y pensamientos.

—Soy un hombre, Emmet, tengo ojos en la cara y ella es una mujer hermosa —adujo, pensando que sería un argumento sólido y suficiente para acabar con las sospechas de Avenford.

El duque negó con la cabeza y chasqueó la lengua.

—No niego que es una mujer hermosa, amigo mío, si no estuvieras tan interesado en ella, yo mismo intentaría seducirla. Pero no se trata de eso, Radcliffe, no se trata de eso en absoluto. En tu forma de mirarla hay mucho más que una atracción física. Estás fascinado con ella, la admiras por algo que va más allá de su belleza…, ¿me equivoco?

Connor cerró los ojos un segundo y se pasó la mano libre por la frente, el pelo y la nuca. Mantuvo la mano allí unos instantes y exhaló un profundo suspiro. Maldito Radcliffe. ¿Cómo podía explicarle algo que se negaba a admitir a sí mismo?

—Gracias a ella estoy recuperando a mis hijos. He pasado demasiado tiempo lamiendo mis propias heridas y no me había dado cuenta de que no era el único que había perdido a la persona más importante de su vida. Ella me ha mostrado en qué estaba equivocado y me ha ayudado a relacionarme con mis hijos de nuevo. Por ello le estoy profundamente agradecido y, por supuesto, estoy en deuda con ella. —Como argumento era realmente bueno y tampoco era una mentira, pero estaba muy lejos de ser toda la verdad sobre lo que Kathleen parecía estar despertando en él.

—Debes casarte con ella.

A Connor le dio un ataque de tos. Cuando consiguió recuperarse, dejó el vaso sobre la repisa de la chimenea y preguntó:

—¿Has perdido la cabeza? ¿En serio me estás diciendo que me case con ella? ¿Tú, que ni siquiera te has casado? Te recuerdo que yo ya me casé una vez y juré que sería para siempre.

Avenford ya sabía que su reacción iba a ser de profunda indignación, así que mantuvo la calma.

—No me he casado porque aún no ha llegado mi momento, amigo mío, pero el día que encuentre a la mujer de mi vida te aseguro que no la dejaré escapar.

—Yo ya encontré a la mujer de mi vida y me casé con ella. Esta conversación ha terminado.

—Oh, no, Radcliffe, no ha terminado en absoluto. Me temo que estás tan obcecado que necesitas que alguien objetivo te muestre el camino.

—Definitivamente *ha* perdido el juicio, *su excelencia* —sentenció Connor, con enfado.

—Todo lo contrario, amigo, lo veo con absoluta claridad. Déjame que te lo explique: independientemente de lo que sientas por ella, que es algo que tendrás que descubrir por ti mismo, está su relación con tus hijos. Ellos la adoran. Estos días he tenido tiempo para observarlos en varias ocasiones y definitivamente sienten devoción por ella. Y ella por ellos. ¿Te has parado a pensar en que esta hermosa joven un día cualquiera conozca a un hombre que la enamore y se case con ella? ¿Acaso seguiría trabajando para ti después de eso? Definitivamente, no. Entonces, ¿qué será de tus hijos? ¿Tendrán que pasar de nuevo por el mal trago de tener que superar otra pérdida? Perdieron a su madre, su anterior institutriz se fue y la señorita Wilkes podría irse de un momento a otro. ¿Cómo crees que vivirían esa pérdida? ¿Serías tú el que les ayudara a curar el daño causado por su marcha?

Avenford hizo una pausa para observar la reacción de su amigo. Llevaba rato mirando las llamas danzantes del fuego encendido en el hogar, aunque el duque dudó de que estuviera viéndolas realmente.

—Ahora estás demasiado ofuscado conmigo como para ver la situación desde todos los ángulos posibles, pero cuando estés más calmado, por favor, piénsalo. No me gustaría que te arrepintieras después, cuando ya no hubiera solución.

Connor lo miró al fin. No podía enfadarse con él. Era su amigo, sabía que le estaba dando ese consejo porque lo apreciaba de verdad, de eso no cabía la menor duda. No obstante, Connor pensó que Radcliffe no alcanzaba a entender lo infinitamente complejo que era para él plantearse tomar una decisión tan trascendental como esa, sin sentir que traicionaba las promesas que había hecho en el pasado, sin sentir que faltaba a la verdad ante sus propias palabras, sin sentir que era desleal a su amor por Amanda…

CAPÍTULO 23

Kathleen estaba a punto de cambiarse de ropa tras acostar a los niños, cansados por el viaje de vuelta de la casa de campo del duque de Avenford, cuando escuchó unos gritos acalorados en el vestíbulo. Con preocupación bajó volando las escaleras y se encontró una situación llena de tensión y violencia entre el doctor Radcliffe y un corpulento hombre elegantemente vestido que lo sujetaba por las solapas de su chaqueta y lo tenía aprisionado contra la pared. La frente del extraño casi tocaba la del doctor, en un claro gesto intimidatorio. Johnson se encontraba detrás del hombre, tratando de alejarlo de su señor, pero le era imposible. El intruso era más alto y más robusto que Connor y la furia que impulsaba sus movimientos era de una fuerza tal, que ni cinco hombres hubieran conseguido alejarlo de su víctima. Kathleen al ver la escena soltó un grito ahogado y se llevó la mano a la boca. El hombre que sujetaba a Connor desvió la mirada hacia ella y ese fue el momento que aprovechó el doctor para zafarse de su atacante. Le empujó lo suficiente como para tener espacio y salir de la trampa que suponía la pared y el desconocido.

—¡Por favor! —gritó Kathleen—. ¡No le haga daño!

El extraño la miró como si hubiera visto a un fantasma, giró la cabeza hacia la puerta de entrada y volvió a mirarla. Había confusión en su mirada, algo no encajaba en su mente…

—¿Cómo has…? —empezó a preguntar—. ¿Cómo pudiste llegar antes que…? —No pudo acabar la pregunta, volvió a mirar hacia la puerta y después hacia las escaleras por las que había bajado Kathleen.

—Por favor, caballero… —dijo Connor tratando de sujetar el brazo del extraño y guiarlo hacia la salida.

—¡No me toque! ¡No se atreva a poner sus sucias manos sobre mí! —gritó retirando con violencia el brazo que Connor trataba de asir.

Entonces se dirigió hacia Kathleen y su expresión cambió totalmente. Un dolor inmenso atravesó su rostro.

—¿Cómo has podido hacerme esto? Creía que me amabas. ¡Éramos

felices! ¿Cómo has podido partirme el corazón de esta manera?

—Yo… —Kathleen no sabía qué decir, pensó que era un desequilibrado y quizás lo más sensato sería seguirle la corriente.

—Señor, por favor, vayamos a mi despacho, seguro que allí podemos aclarar este asunto… —intervino Connor tratando de reconducir la situación.

El intruso se giró hacia Connor y lo miró de tal manera que a Kathleen se le heló la sangre. Ese hombre parecía capaz de todo.

—¿Aclarar? Aquí todo está muy claro, señor. ¡Debería matarle ahora mismo! —dijo apretando los puños.

—¡Roderick! —La voz firme y clara de una mujer llegó desde la puerta de entrada.

Todos la miraron a la vez y distintos sentimientos se apoderaron de los presentes: sorpresa, estupor, incredulidad, alivio… La mujer que había bajo el umbral era exactamente igual que la que había junto a la escalera. El desconocido la miró, después giró la cabeza hacia Kathleen y de nuevo hacia la entrada. Hizo un gesto con la cabeza lleno de confusión, como negando lo que sus ojos le mostraban.

—Rod —dijo lady Sutton—, amor mío, déjame que te cuente algo que debería haberte contado antes de casarnos. —Y bajó la mirada, avergonzada.

Lord Sutton no se movió y la observó estupefacto.

—Tengo una hermana. *Ella* es mi hermana —dijo señalando a Kathleen—. Se llama Kathleen y, como puedes ver, es idéntica a mí. Somos gemelas. Yo no sabía de su existencia hasta el pasado mes de octubre, cuando consiguió encontrarme y nos conocimos. Tanto ella como yo somos adoptadas. —Hizo una pausa para ver la reacción de su marido, pero seguía mirándola con un rostro inescrutable y un mutismo desconcertante—. La nota que imagino has encontrado en mi escritorio me la escribió ella, no el doctor Radcliffe. Al no ir firmada, entiendo que te haya llevado a confusión, pues en ella habla de lo mucho que ha pensado en mí desde que nos conocimos y de lo mucho que necesita recuperar el tiempo perdido… —En este punto de su relato, a Ann se le quebró la voz y miró a Kathleen, quien acudió a consolarla, dándole un sentido abrazo.

Las dos mujeres permanecieron abrazadas unos segundos mientras los presentes, a los que se les habían unido algunos criados más, las observaban con cierto pudor.

Kathleen notó cómo le daban unos leves golpecitos en el hombro, se separó de su hermana y se giró para ver de quién se trataba. Lord Sutton la miró unos instantes y después desvió la mirada hacia su esposa. Kathleen vio cómo su hermana contenía la respiración, sus ojos, arrasados por las lágrimas, transmitían un pavor irracional. Entonces ocurrió algo que a Kathleen le pareció absolutamente

extraordinario: él levantó su mano derecha y la llevó al rostro de su esposa, con el pulgar barrió sus lágrimas hacia la sien, suavemente llevó sus dedos hasta la nuca y con delicadeza la acercó a su pecho. Una vez allí, la rodeó con su brazo izquierdo y se rompió. Aquel Coloso de Barletta que a punto había estado de matar a Connor, lloró sobre la cabeza de su esposa y no paró hasta pasados unos minutos.

Mientras tanto, Connor ya había disuelto a los criados congregados y había pedido a Johnson que se encargara de que prepararan té y alguna bebida fuerte y la llevaran a la biblioteca. Finalmente lord y lady Sutton rompieron su abrazo y se miraron en silencio, agarrados de las manos.

—¿No estás enfadado conmigo por no contarte que soy adoptada? —preguntó Ann vacilante.

—¿Enfadado? Ann, creía que me estabas siendo infiel con otro hombre. La noticia de tu adopción me parece la más maravillosa del mundo —confesó sonriendo ampliamente.

Ann respiró aliviada y le devolvió la sonrisa. En ese momento dio la impresión de que acababan de ser conscientes de dónde y con quién estaban y soltaron sus manos. Ann pareció transformarse y Kathleen pensó que volvía a ser lady Sutton, serena, elegante, dueña de sí misma. A lord Sutton le sucedió algo similar, adoptó una postura más erguida y un gesto más serio.

—Señor Radcliffe, por favor, acepte mis disculpas —dijo extendiendo su mano hacia Connor—. Le pido perdón por mi comportamiento de antes, estaba fuera de mí.

—No hay nada que perdonar, señor…

—Spencer, Roderick Spencer y ella es mi esposa, Ann Spencer, condesa de Sutton.

—Encantado, lord Sutton, lady Sutton —dijo Connor estrechando sus manos—. Permítame, pues, presentarle a su cuñada —continuó el doctor, mientras levantaba un brazo hacia Kathleen, esperando que ella se acercara—. Kathleen Wilkes, excelente pianista y maravillosa institutriz.

Durante un instante fugaz sus ojos se cruzaron: los de él, llenos de admiración, los de ella, abrumados por los elogios hacia su persona. Después, Kathleen saludó a su cuñado con una ligera reverencia y este se disculpó también con ella por la forma en la que le había hablado momentos antes.

—¿Les parece que vayamos a la biblioteca y tomemos algo para templar el cuerpo y los ánimos?

—No deseamos molestar… —intervino Ann.

—No es molestia, ¿verdad, señorita Wilkes?

Kathleen se quedó paralizada, el doctor le acababa de hablar como si ella fuera un miembro más de su familia y pudiera tomar decisiones

en aquella casa.

—No… —dijo saliendo de su estupor—, yo… A mí me haría muy feliz que se quedaran. —Consiguió decir al fin, a la vez que retiraba su mirada de los océanos verdes que la escrutaban con intensidad.

—Pues no se hable más, acompáñenme, por favor.

Aquella velada terminó pasada la medianoche. Una vez en la biblioteca, bebieron y charlaron durante horas. Incluso Ann y Kathleen, después de tomar un té, se animaron a beber un brandy también. Estaban exultantes, felices de estar juntas, contentas porque el marido de Ann no había dado ninguna importancia al hecho de que ella fuera adoptada.

Rod y Ann resultaron ser una pareja encantadora, contaron cómo se conocieron, la manera en la que Ann lo rechazaba una y otra vez, cómo consiguió Rod conquistarla… También se interesaron por la vida de Kathleen, su infancia, cómo eran sus padres y su hermano. Connor los observaba con atención y apenas intervenía. Kathleen se sentía mal porque pensaba que él debía de estar cansado, deseando irse a dormir y en lugar de eso, allí estaba, compartiendo aquella velada con *su* familia. De hecho, Kathleen sentía que, en cierto modo, estaba abusando de su confianza.

Cuando se estaban despidiendo de lord y lady Sutton, Connor volvió a sorprender a Kathleen invitando a Ann a venir a casa siempre que quisiera a pasar ratos con Kathleen. Antes de que esta pudiera poner alguna objeción, Connor le dijo a Ann que, por las tardes, después de las clases de piano, los niños pasaban el resto del tiempo jugando.

—Por favor, venga y acompañe a su hermana durante esos ratos. Los niños ya no la necesitan a esas horas y estoy seguro de que ustedes dos sí que necesitan pasar ese tiempo juntas.

Escuchar al doctor Radcliffe decir eso hizo que Kathleen sintiera un calor tan vivo en su pecho que podría haber impedido que ella se congelara en mitad de una tormenta de nieve.

—Se lo agradezco mucho, doctor —dijo Ann, estrechando su mano —, espero que no se arrepienta de lo que ha dicho porque pienso tomarle la palabra.

Cuando se marcharon, Connor y Kathleen subieron las escaleras en silencio, pero Kathleen necesitaba hablar con él. Aún no habían intercambiado una sola palabra sobre el apasionado beso que se dieron junto al río, pero no era de eso de lo que le urgía hablar ahora, para ello deberían esperar a otro momento. Al llegar a la primera planta, Kathleen se detuvo en mitad del pasillo.

—Doctor, no tengo palabras para expresar lo agradecida que estoy por lo que ha hecho esta noche por mí. —Como lo vio negar con la cabeza, se apresuró a añadir—: Además, he de confesarle que me

siento muy mal por todas las molestias que le he causado, por el momento tan tenso que ha vivido por mi culpa…

—Por favor… —intervino con cariño Connor.

—No, por favor, doctor, permítame que le diga que… le estaré eternamente agradecida por permitir que mi hermana venga a visitarme… —No quería llorar, pero un picor, ya familiar, en su nariz y en sus ojos le anunciaba que estaba a punto de hacerlo. Ella era una empleada y a pesar de eso le estaba permitiendo recibir visitas.

Connor reconoció ese temblor en sus labios apretados, esa tonalidad rojiza en su nariz y esos ojos cristalinos a punto de desbordarse y no quería verla llorar. Sobre todo porque si lo hacía, no podría resistirse a abrazarla de nuevo…

—Señorita Wilkes, cualquiera que conozca su historia haría lo mismo que yo. Sería una crueldad por mi parte privarla de la compañía de su hermana, ahora que la vida les ha permitido encontrarse, no seré yo quien impida que recuperen el tiempo perdido.

—Mil gracias, gracias de todo corazón —dijo Kathleen con un nudo en la garganta.

Extendió su mano para estrechar la del doctor, pero este, en lugar de darle un simple apretón, la sujetó con su mano izquierda, se la llevó a los labios y le dio un beso en los nudillos. Connor supo en ese instante que aquello había sido un error. Empezaba a ser consciente de que cada vez que establecía el más mínimo contacto con Kathleen, le era imposible separarse de ella. Por ese motivo no pudo evitar girar su mano dentro de la de Kathleen y entrelazar sus dedos con los de ella. Kathleen no se apartó. El mundo pareció detenerse y no existía nadie más que ellos, perdidos en la mirada del otro. Connor pensó que si ella no ponía algo de cordura a ese momento, iba a besarla, por Dios que lo haría.

—Doctor —susurró Kathleen—, debe irse a descansar, ha sido un día muy largo…

Soltaron sus manos.

—Sí —coincidió Connor, llevándose una mano a la cabeza y pasando sus dedos por el cabello, mientras sonreía con un atisbo de timidez—, ha sido un día intenso. Usted debe de estar cansada también…

—Oh, sí, la verdad es que sí, aunque creo que me va a resultar bastante difícil conciliar el sueño después de tantas emociones… Buenas noches, doctor.

—Buenas noches, señorita Wilkes, que descanse.

Ella inclinó la cabeza a modo de despedida y se dirigió a su habitación. Connor la vio alejarse mientras lidiaba con una sensación extraña: sabía que ella había hecho lo correcto evitando que la besara.

Era la decisión más sensata para ambos y, sin embargo, se sentía completamente frustrado por ello.

♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪

Ann cumplió su promesa y visitó a su hermana casi todas las tardes durante las siguientes dos semanas. Ello contribuyó a que Connor y Kathleen pudieran mantener las distancias más fácilmente. Era curioso ver a las dos hermanas juntas. Aunque eran idénticas, el doctor era capaz de reconocer a Kathleen nada más verla. Puede que Ann fuera algo más delgada que ella y vistiera de manera más elegante también, pero era su forma de mirar lo que la hacía inconfundible. Más bien era su forma de mirarle a *él*, lo que hacía que el doctor no tuviera ninguna duda sobre la identidad de la institutriz.

La primera tarde, cuando Connor subió al cuarto de juegos para ver a sus hijos, las encontró tiradas en el suelo, jugando con los niños y con sus muñecas, soldados y un sinfín de piezas de madera con las que habían construido diferentes casitas y calles. La imagen le pareció de lo más variopinta, sobre todo por la rareza de ver a toda una condesa desparramada por el suelo tratando de que no se le cayera la última pieza que estaba colocando en su pequeña ciudad de bloques de madera. Como no se dieron cuenta de su presencia, prefirió no hacerse notar para que no pasara por una situación bochornosa al verse descubierta. Mas, con el paso de los días, se dio cuenta de que a ella parecía no importarle lo más mínimo que la vieran jugar como un niño más. Prueba de ello fue cómo se encontró a las dos hermanas unos días después: Connor llegó a casa y se encaminó, como siempre al cuarto de juegos, pero allí no había nadie. Mientras se dirigía a la planta baja se cruzó con una de las criadas, a quien preguntó por sus hijos y esta le informó que estaban con Meredith, preparándose para la cena.

—¿Y la señorita Wilkes? —Quiso saber el doctor.

La criada, algo apurada, desvió la mirada, como intentando evitar responder, aunque sabía que no podía mentir.

—La señorita Wilkes está con su señora hermana, la condesa, en el jardín trasero, señor —dijo con los ojos clavados en el suelo.

—¿En el jardín? ¿Con este frío? ¿Y se puede saber qué demonios están haciendo? —preguntó con el ceño fruncido.

—Están… están jugando, señor.

—¿Jugando? —preguntó más para sí mismo que para obtener una respuesta de la criada.

Ella, sin levantar la cabeza, asintió con énfasis. Connor pensó que era mejor ir a verlo con sus propios ojos que seguir interrogando a la pobre muchacha. Avanzó a grandes zancadas por el pasillo y llegó a uno de los salones que comunicaban con el jardín. Allí encontró, agazapados entre las cortinas, a varios criados, incluidos Johnson y

Wallis, que miraban con curiosidad a través de los amplios ventanales a las dos mujeres que había en el exterior. Connor carraspeó sonoramente y todos dieron un respingo a la vez. Al verlo, se apresuraron a salir de la estancia murmurando distintas excusas. Johnson, como siempre, imperturbable, se dirigió al doctor en tono solemne:

—¿Desea que anuncie su presencia, señor?

¡Maldito Johnson! Siempre tenía la salida más adecuada, incluso para sus propios errores. ¡Claro que no quería que anunciara su presencia! ¡Quería curiosear sin ser visto, igual que estaban haciendo ellos!

—No es necesario, Johnson, puede irse.

Cuando Johnson desapareció, Connor se acercó a uno de los ventanales y se quedó fascinado. El jardín estaba iluminado y en uno de los caminos de grava se encontraban las dos hermanas, ambas con las faldas remangadas. Desde donde se encontraba, no podía distinguir quién era quién, hasta que escuchó la cristalina voz de Kathleen:

—Tienes que separar más las piernas. Mi hermano me decía que las separara más para ganar estabilidad y poder golpear la bola con más fuerza —gritó Kathleen, adoptando una postura parecida a la de los lanzadores en el críquet.

—¿Más fuerza? ¡Me conformaría simplemente con darle! Este bate ya empieza a pesar demasiado…

—¡Vamos! ¡Voy a lanzar! ¿Estás lista?

—¡Sí!

Entonces Kathleen, con un movimiento que a Connor le pareció bastante profesional, lanzó la bola haciendo un giro completo de su brazo derecho, aunque, claramente, no con la fuerza con la que lo haría en una situación normal de juego, para facilitar a su hermana la posibilidad de darle a la bola. Ann la golpeó y Kathleen tuvo que agacharse con agilidad para evitar que le diera en la cabeza. La bola no llegó mucho más allá de ella, pero fue suficiente para que ambas hermanas chillaran como niñas ante tal hazaña. Kathleen fue corriendo hacia su hermana y se abrazaron dando saltitos y riendo llenas de júbilo. Connor sonreía mientras las observaba desde su escondite. Ver a Kathleen tan feliz le llenaba de alegría. Después de saber que había sufrido tanto, verla disfrutar así era todo un espectáculo. Connor reflexionó sobre la relación que habían establecido las dos mujeres: hacía poco más de un mes eran dos completas desconocidas y ahora jugaban juntas con la misma intensidad de un niño de ocho años. En lugar de ir de compras, bordar o pasear por Hyde Park, se dedicaban a jugar y a enseñarse juegos que alguna de las dos no practicó de pequeña. Daba la impresión de que querían recuperar su infancia perdida en común. Y se preguntó cómo

habría sido la vida de ambas si no las hubieran separado.

Aquella noche los condes de Sutton se quedaron a cenar. Como lady Sutton se retrasaba, Roderick fue a la casa del doctor a buscarla y este les invitó a cenar para deleite de las dos hermanas. Después, tomando un *whisky* a solas, mientras Kathleen y Ann acompañaban a los niños a su dormitorio, el conde confesó a Connor que desde el día en el que todo se descubrió y Ann empezó a visitar a Kathleen, su esposa era otra persona. Reía con mucha más facilidad, estaba contenta a todas horas y tenía una energía inagotable.

—Incluso… ehem… nuestra vida… privada, ya me entiende… he mejorado mucho —confesó Roderick.

Connor sonrió ante la sinceridad del conde y asintió con complicidad. Cada vez le caía mejor aquel hombretón que amaba a su esposa con locura y se alegraba sinceramente de que fueran más felices desde aquel día en el que entró en su casa hecho una furia.

No fue esa la única velada que compartieron, ya que Connor les invitó a cenar en varias ocasiones hasta que se convirtió en una costumbre semanal. Se encontraba muy cómodo con aquella pareja y ver a Kathleen radiante al otro lado de la mesa le hacía sentir ufano, como hacía mucho tiempo que no se sentía.

No obstante, su felicidad se vio empañada una tarde en la que, al volver del hospital, encontró a Kathleen en el pórtico de la entrada acompañada por aquel rubio impresentable con quien ya la había visto en una ocasión anterior. Mientras subía las escaleras hacia la entrada pudo ver cómo él se acercaba *demasiado* a ella y le susurraba algo al oído. Kathleen había apoyado la mano en su pecho con la intención de separarlo de ella, pero cuando apareció el doctor, él solo vio que ella estaba tocando a aquel hombre. La mirada que Connor lanzó al joven le hizo recordar a la que el conde de Sutton le dedicó al doctor unas semanas atrás. ¡Estaba furioso!

—Caballero —escuchó Kathleen que decía el doctor, con voz ronca —, le ruego que mantenga el decoro con esta señorita o me veré obligado a echarlo de mi propiedad.

Arthur lo miró de arriba abajo, sin la más mínima muestra de sentirse intimidado y le dedicó una sonrisa burlona.

—Querida —susurró dirigiéndose a Kathleen—, reconsidera mi oferta, por favor, sería un retrato bellísimo… —Y le lanzó una descarada mirada que la recorrió de cabeza a los pies.

Empezó a bajar las escaleras y desde la acera exclamó:

—Y recuerda, las puertas de mi apartamento siempre estarán abiertas para ti. Mi casa es tu casa… —Ante esta última afirmación se rio de su propio chiste y se fue silbando alegremente por la calle.

Kathleen se había quedado petrificada en el porche, incapaz de moverse bajo la mirada acusatoria del doctor.

—Ha venido a traerme unas cartas… y a pagarme el alquiler —se justificó Kathleen—. Le alquilé mi apartamento…

—¿Y es siempre tan cariñosa con sus inquilinos? —la interrumpió el doctor.

—¿Ca… cariñosa? —preguntó contrariada Kathleen.

—Efusiva, me atrevería a declarar.

—Disculpe, doctor, pero creo que se equivoca…

—Sí, seguramente me haya equivocado —dijo, y entró en la casa, dejándola con la boca abierta.

Kathleen sintió que aquella afirmación tenía un significado más allá del contexto en el que había sido expresada, y le dolió.

Connor fue directo a su despacho, destapó una botella de *whisky* y se sirvió un buen vaso. Le dio un trago y las palabras de su amigo Avenford le golpearon con fuerza.

«¿Te has parado a pensar en que esta hermosa joven un día cualquiera conozca a un hombre que la enamore y se case con ella?».

—Pues espero que no sea este imbécil —dijo en voz alta y el eco de su propia voz lo torturó hasta que se acabó el *whisky* y se fue a cenar.

CAPÍTULO 24

Kathleen se encontraba realmente emocionada, había pasado los últimos días planificando la noche del cinco de diciembre y estaba deseando que llegara la hora de la cena para poder repartir regalos con motivo de la celebración del día de San Nicolás. De manera inconsciente, se mantenía ocupada física y mentalmente, pues la Navidad estaba próxima y sería muy doloroso vivirla sin sus seres queridos. Necesitaba estar atareada y sentir ilusión o podría caer de nuevo en la profunda melancolía que ya la arrastró a lugares oscuros a los que no quería regresar.

Su tienda favorita de Londres era, sin duda, Hamleys, y había disfrutado como una niña pequeña recorriendo sus cinco plantas llenas de juguetes hasta dar con el regalo adecuado para Daniel y Mandy. Para poder llegar a la calle Regent lo más rápidamente posible le había pedido a Melville que la llevara en coche durante la hora del almuerzo y volver a tiempo para dar la clase de música a los niños. Ya había enviado a Southampton un paquete con juguetes para su sobrino Robbie y algunos retales de preciosas telas con una nota para su cuñada en la que decía:

Con el deseo de que encuentres la inspiración para tus propios diseños.

También tenía un regalo para el doctor, pero no estaba segura de si se lo daría o no. Hacer un regalo a los niños era una cosa, pero hacerle un regalo a su jefe era otra bien distinta. Además, después de aquel apasionado beso del que ninguno de los dos había querido hablar, no sabía cómo podría reaccionar. Esperaría. Y si veía que se daba la situación propicia, le entregaría su presente.

Los condes de Sutton llegaron puntuales, como siempre. Kathleen quiso cuidar la elección de su vestido de esa noche, ya que sabía que su hermana vendría ataviada de manera más elegante de lo habitual por tratarse de una fecha tan significativa.

—¡Mi dulce Kathleen! —exclamó Ann cuando saludó a su hermana —. Ese vestido te favorece muchísimo. Es increíble lo que se parece el color de la tela al de tus ojos.

En efecto, el tono de su vestido era de un celeste grisáceo que le hacía resaltar el color de sus ojos. Estaba confeccionado con terciopelo, excepto las mangas y el escote estilo *Queen Ann*, que eran de gasa. El vestido era realmente elegante y la transparencia de las mangas y los hombros le daban un toque romántico y sugerente.

Connor y Roderick se saludaron con afecto y Connor les propuso tomar un jerez antes de la cena, pero los niños tenían otros planes y querían llevar a Ann al salón donde se encontraba el piano para mostrarle sus progresos. Así que Ann y Kathleen acompañaron a los niños y Connor y Roderick se fueron a la salita a tomar un jerez. Después del pequeño concierto ofrecido por los niños, se dirigieron al comedor, donde ya los estaban esperando Connor y Roderick. Cuando las miradas de Kathleen y Connor se encontraron, Kathleen se ruborizó sin remedio. Él la estaba mirando con sus ojos felinos entornados que parecían escrutar cada palmo de su cuerpo. Kathleen creía estar empezando a conocer al doctor y pensó por un instante que él la contemplaba con deseo, pero tratándose del señor Radcliffe, no sabía si realmente la observaba censurando su indumentaria por extralimitarse vistiendo de gala. Sea como fuere, a la hora de sentarse a la mesa, fue todo un caballero retirándole la silla mientras lord Sutton hacía lo propio con su esposa.

La cena transcurrió en un ambiente jovial y divertido. Los niños hacían que todo fluyera con facilidad y daban al ambiente una sensación de familiaridad y confianza que a todos los presentes parecía agradar. Kathleen no salía de su asombro por la forma en la que todo daba la impresión de haber encajado en su vida, como si ese fuera su verdadero destino. No quería mirar demasiado hacia atrás porque le hacía mucho daño. Justo un año antes una noche como esa conoció a Will en un baile al que asistió con sus padres y su hermano. Todo demasiado doloroso como para pararse a pensar en ello. Por eso, allí sentada a la mesa con su hermana y su cuñado, los niños y el doctor Radcliffe sentía una plétora de emociones intensas, algunas bonitas y otras bastante tristes. Miraba a los presentes y tenía la sensación de que aquella era ahora su extraña familia: una hermana y su marido a los que acababa de conocer, unos niños que no eran sus hijos, pero a los que ya quería con todo su corazón y un hombre que en muy poco tiempo le había hecho sentir cosas que jamás había imaginado.

Ann y Roderick eran realmente cariñosos con los niños, se reían de sus ocurrencias y elogiaban su buen comportamiento. Kathleen observó cómo ambos intercambiaban miradas llenas de significado mientras conversaban con Mandy y Daniel. En una de sus tardes de juegos con los niños, cuando se hallaban distraídos con sus juguetes, Ann confesó a Kathleen que le encantaban los niños, pero que no

podía quedarse embarazada.

—¿Has ido al médico? —le preguntó Kathleen.

—Sí, a muchos. Todos coinciden en que no me ocurre nada y, sin embargo, después de varios años casada, sigo sin concebir.

Kathleen recordó cómo se le quebró la voz a Ann cuando le contó que se sentía culpable por no poder darle un hijo a Roderick y que incluso le había dicho que anulara su matrimonio con ella y se casara con alguien que pudiera darle descendencia. Ann sonrió con tristeza cuando le contó que él le había dicho que preferiría morirse antes que separarse de ella.

—¿Sabes lo que pienso yo, hermanita? —le preguntó Kathleen cogiendo sus manos—, que el secreto que has guardado durante tantos años dentro de ti te pesaba tanto que impedía que cualquier otra cosa creciera en tu interior. Pero ahora que te has liberado de esa pesada carga, tu cuerpo puede albergar una vida. Eso es lo que pienso.

Ann arrugó la frente y frunció el ceño al mismo tiempo que sonreía con esperanza ante la idea de su hermana.

—¿Crees eso de verdad, Kathleen? —preguntó.

—Estoy convencida de ello —afirmó, dándole un fuerte apretón en las manos.

Kathleen interrumpió sus cavilaciones cuando escuchó a Daniel decirle a su padre:

—Papi, ¿*zabez* una *coza*?

—No, hijo, ¿de qué se trata?

—*Puez* que ya me *guztaba* mucho tener una *zeñorita Wilkez*, pero tener *doz zeñoritaz Wilkez ez* mucho *máz vidertido*.

—Se dice *divertido*, Daniel —corrigió Mandy a su hermano en un tono de lo más profesional.

—*Ezo* dije, Mandy¸ *vi-der-ti-do*.

En la estancia se escuchó un coro de risas mal disimuladas tras el cual Roderick quiso seguir sonsacando al niño para ver cómo reaccionaba.

—Entonces, Daniel, ¿te gusta eso de tener a la señorita Wilkes repetida, verdad? —preguntó tratando de ponerse serio, aunque sus ojos lo delataban.

—Oh, *zí*, claro, por *zupuezto*. El *dezeo* cuando *zople laz velaz* en mi próximo *cumpleañoz* va a *zer* tener a *Walliz* repetida también.

—¿A Wallis? —preguntó con interés el doctor—. Y ¿por qué ella?

—Porque *zi* la tengo *repe* me hará el doble de *galletaz* de jengibre, papi.

Todos volvieron a reírse al unísono. Kathleen miró a Daniel y pensó que aquel niño hacía aflorar en ella sentimientos que le daba miedo sentir. Su corazón estaba lleno de ternura por él, por su inocencia y su espontaneidad. Pensar en que algún día abandonaría esa casa y

tendría que despedirse de él y de su hermana le dolía profundamente en el corazón. Sabía que era irreal la idea que se estaba formando en su mente, pero no podía evitar pensar en esos niños como si fueran de su propia familia. Entonces levantó la mirada tras observar a Daniel mientras meditaba sobre todas esas emociones y la dirigió sin darse cuenta hacia Connor, quien también despertaba en ella afectos y pasiones difíciles de controlar y de comprender.

Cuando ya se habían acabado el postre y los niños estaban a punto de irse a dormir, en el pasillo se escuchó el sonido de una campanilla. Todos se quedaron en silencio y Kathleen no pudo evitar sonreír al escucharla. Había convencido a Johnson, Meredith y Quentin para que la ayudaran a preparar una sorpresa para los niños.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Mandy mirando a su padre.

—No sé, hija, parece el sonido de una campanilla —contestó Connor, con cierta sorpresa.

—Yo he escuchado esa campanilla alguna vez… —dijo Kathleen—. De pequeña, cuando San Nicolás venía a casa a traernos regalos a mi hermano y a mí, escuchábamos un sonido igual.

Ann miró a su hermana y comprendió al instante lo que pretendía hacer. Existía entre ellas una conexión que a ambas asombraba cuanto más tiempo pasaban juntas.

—¡Oh! —exclamó Ann llevándose una mano a la boca.

—¿Qué ocurre? *¿Paza* algo malo? —preguntó Daniel lleno de curiosidad.

—¡No! No pasa nada malo, ¡todo lo contrario! —exclamó Ann—. Esta noche es la víspera del día de San Nicolás…

En ese momento se volvió a escuchar el tintineo de una campanilla.

—¡Otra vez! —dijo Kathleen—. ¡Debemos ir a ver si está por aquí o si nos ha traído algún regalo!

Connor miró a Kathleen comprendiendo al fin lo que pretendía. Aquella alocada institutriz había montado esa escena con la intención de hacer creer a sus hijos que San Nicolás había venido a su casa a traerles regalos.

—¿Podemos ir, papi? —suplicó Mandy.

—*¿Podemoz*, por favor, papá? —pidió Daniel a su vez.

—Por supuesto que podéis, de hecho vamos todos a ver si conseguimos ver a San Nicolás por aquí… —dijo lanzando una mirada cómplice a Kathleen, acompañada de una sonrisa ladeada que la dejó sin aliento.

En ese instante los niños salieron corriendo y llegaron al vestíbulo. Desde allí escucharon otra campanilla y empezaron a correr como locos por toda la casa. Las campanillas se escuchaban aquí y allá haciendo que los niños se precipitaran de una estancia a otra hasta que Kathleen y Ann los fueron guiando hacia la sala de música, donde

practicaban cada día.

—¡Oh! Pero, ¿qué hay allí? —preguntó Ann con entusiasmo señalando hacia el piano.

Los niños se quedaron paralizados junto a la puerta, con los ojos como platos.

—Son cajas —dijo Kathleen, mientras se acercaba al piano, sobre el banco había dos preciosas cajas de madera— y tienen una nota en cada una.

Connor acompañó a sus hijos hasta allí.

—Aquí pone «Mandy» —declaró Connor, deseoso de entrar en el juego también.

—Y aquí «Daniel» —dijo Roderick.

—¿*Zon* para *nozotroz*? ¿*Podemoz abrirlaz*? —Quiso saber Daniel.

—¿Usted qué opina, señorita Wilkes? ¿Deberían abrir esas cajas? —preguntó Connor a Kathleen, sin sonreír con los labios, pero sí con los ojos.

—Definitivamente, ¡sí! ¡Deben abrirlas ahora mismo! —exclamó Kathleen deseosa de comprobar si había acertado en la elección de sus regalos o no.

—¡No perdamos más tiempo! Vamos a ver qué hay dentro de las cajas —animó Connor a sus hijos.

Los niños las abrieron. La de Daniel tenía otra caja en la que se leía «Meccano. Ingeniería para niños». Daniel abrió la segunda caja y se volvió loco al ver lo que contenía: numerosos módulos metálicos, entre los que se distinguían placas, tuercas y tornillos con los que podría realizar infinidad de combinaciones para construir puentes, trenes o barcos. Kathleen había visto lo mucho que le gustaba a Daniel hacer sus propias construcciones con los bloques de madera y pensó que un Meccano podría hacerle ilusión, pero el entusiasmo mostrado por Daniel al abrir la caja superó todas sus expectativas. Por su parte, Mandy abrió la suya y encontró un bellísimo rompecabezas compuesto por doce cubos ilustrados en cada una de sus caras con secciones de preciosas láminas que representaban escenas de conocidos cuentos como *El gato con botas*, *Hänsel y Gretel* o *Blancanieves y los siete enanitos*.

—¡Qué bonito! ¡Es un rompecabezas! —exclamó Mandy—. ¡Me encanta! ¡Yo quiero jugar ahora!

—Ahora es un poco tarde… —empezó a decir Kathleen.

—Sí, Mandy, hoy es muy tarde para jugar, pero mañana podéis jugar todo lo que queráis, voy a tratar de convencer a la señorita Wilkes para que no os dé clase en todo el día… —Connor lanzó una mirada cómplice a Kathleen e hizo algo que la dejó boquiabierta: le guiñó un ojo—. Meredith, ¿podrías acompañar a los niños a su habitación para que los condes de Sutton y yo podamos convencer a la

señorita Wilkes de que suspenda sus clases por un día?

Meredith, que no había querido perderse la escena del hallazgo de los regalos por parte de los niños, aceptó encantada y se los llevó a dormir una vez que se despidieron de todos los presentes.

Kathleen vio en ese gesto del doctor una manera de agradecerle el detalle con sus hijos y de brindarle la oportunidad de seguir disfrutando de la velada en compañía de su hermana y su cuñado. No obstante, después de tomarse una copa de oporto, los condes de Sutton no se demoraron mucho en irse a casa. Al parecer deseaban hacer su propio intercambio de regalos en la intimidad de su hogar.

Cuando Connor cerró la puerta tras despedir a Roderick y a Ann, empezó a caminar hacia las escaleras, pero en mitad del vestíbulo se detuvo de repente.

—¿Lo ha escuchado, señorita Wilkes? —preguntó con el ceño fruncido.

Kathleen dejó de andar también y aguzó el oído.

—No, no escucho nada.

—¿De verdad que no lo ha oído? Viene de ahí —dijo señalando al pasillo que conducía a la salita donde normalmente se reunían después de cenar.

Kathleen movió la cabeza, negando de nuevo haber escuchado nada.

—Es una campanilla, ¿no la oye? —Connor quería mantener un semblante serio, pero un amago de sonrisa amenazaba seriamente con frustrar sus intenciones.

Cogió a Kathleen de la mano y la condujo a la salita. Ella no podía creerse que él hubiera hecho eso. Sentir el calor de su mano junto a su piel la hizo estremecerse de pura emoción. Entraron y Connor la soltó, cerró la puerta y se dirigió al aparador donde se guardaban las bebidas. Abrió un cajón y Kathleen pudo ver que sacaba algo que estaba envuelto en un trozo de terciopelo negro y atado con un cordón de seda de color dorado.

—San Nicolás ha dejado algo para usted también —dijo, tendiéndole el objeto envuelto en terciopelo.

El corazón de Kathleen comenzó a latir muy deprisa. ¿Era posible que el doctor le estuviera haciendo un regalo?

—¿Para mí? —preguntó extendiendo una mano temblorosa hacia el doctor.

—Eso parece.

Kathleen cogió el objeto, pesaba muy poco, era algo muy ligero, alargado y fino. No pudo esperar más, desató el cordón y desenrolló la tela. Al abrirla completamente encontró una preciosa batuta con la empuñadura de palisandro, con un lado liso en el que se podía leer una inscripción en latín:

«Kathleen, creadora de felicidad», pensó. Tenía un nudo en la garganta y necesitó respirar profundamente una vez antes de enfrentarse a la mirada del doctor.

—Es preciosa, pero…

—Un par de pajaritos me contaron que su verdadera vocación es la de componer… Sé que la batuta la usan los directores de orquesta, no los compositores, pero pensé que simbólicamente el que lleva la batuta en una orquesta es el compositor, puesto que todos están leyendo su partitura… —Como Kathleen permanecía en silencio, Connor pareció dudar—. Es una tontería, ciertamente. Seguro que a usted le habría hecho más ilusión un…

—No —le interrumpió Kathleen—, es preciosa. Es un regalo precioso… y tiene una inscripción realmente halagadora, pero de la que no me siento en absoluto merecedora… —Y bajó la mirada.

Connor puso su dedo índice bajo la barbilla de Kathleen para que ella volviera a mirarle a los ojos.

—No puede hablar en serio —dijo.

—Claro que sí, yo no creo felicidad, ni siquiera estoy creando música. Hace tiempo que no compongo nada…

—Compuso la canción que tocó con los niños en la casa del duque de Avenford.

—Pero aquello fue… —dijo agitando una mano como quitando importancia a lo que hizo.

—Aquello fue extraordinario, señorita Wilkes. —Connor terminó la frase por ella—. Se lo dije entonces y se lo repito: usted ha hecho que mis hijos recuperen la ilusión, que vuelvan a sonreír. Incluso yo… —Se detuvo sin acabar la frase.

Kathleen lo miró fijamente a los ojos, no sabía por qué no acababa de expresar lo que pasaba por su cabeza, pero pensó que tal vez fuera mejor así. Cuando había habido algún tipo de acercamiento o contacto entre ellos, después habían tenido un largo periodo de distanciamiento, en el que casi no se hablaban. Por ello, Kathleen prefirió que no hiciera ninguna confesión íntima que pudiera alejarlo de ella otra vez.

—Usted… también tiene un regalo —dijo con ilusión.

La expresión de Connor cambió y su semblante serio se transformó en uno de completa sorpresa.

—¿Un regalo? ¿Yo?

—Sí, señor. Acompáñeme.

Kathleen fue hacia la sala de música de nuevo, seguida de cerca del doctor. Ninguno veía la cara del otro, pero ambos sonreían. Ella por la ilusión que le hacía darle un regalo al doctor y él por sentirse el objeto de la atención de Kathleen. Ella fue hacia la banqueta del piano,

levantó el asiento y sacó lo que parecía un papiro atado con una delgada cuerda de yute. Kathleen pensó que el envoltorio de su regalo era la antítesis del que él le había hecho a ella, tan elegante y delicado.

Antes de cogerlo, Connor miró con anticipación a Kathleen, hacía mucho tiempo que no sentía la emoción de recibir un regalo. La hubiera besado en ese mismo instante, pero se contuvo haciendo un esfuerzo titánico por centrar su atención en el papiro. Desató el basto cordón y desenrolló el papel. Escrito en una lengua incomprensible para Connor había un texto con forma de cruz. Levantó la mirada intrigado, buscando algún tipo de respuesta por parte de Kathleen. Ella sonrió.

—Se trata del juramento hipocrático, es una réplica de un manuscrito bizantino del siglo XI.

Connor miró detenidamente aquel papel envejecido lleno de símbolos ilegibles y pensó que era el regalo más especial que le habían hecho jamás. Algo tan sencillo y a la vez tan… único. Levantó la vista del papiro y miró a Kathleen, que esperaba con paciencia obtener algún tipo de respuesta. A Connor le pareció que Kathleen resplandecía en medio de aquel salón vacío, con ese precioso vestido celeste y esa mirada tan dulce…

—No es el original —se disculpó Kathleen—, el verdadero está en la biblioteca vaticana. Este es solo una réplica.

En ese momento se sonrojó y a Connor le pareció la criatura más adorable sobre la faz de la tierra.

—Lo vi en un anticuario en Bloomsbury y pensé que quizás a usted le gustaría… ¿Le gusta?

Connor esbozó una sonrisa ladeada, la segunda de esa noche y a Kathleen se le aflojaron las rodillas. Él asintió lentamente, sin despegar los ojos de los suyos.

—Jamás en mi vida recibí un regalo como este, tan singular y tan simbólico.

Se moría por tocarla, por acariciar sus pecas y su cabello de fuego. Las yemas de los dedos le ardían por el deseo de aproximarse a su piel. Sin embargo, en lugar de satisfacer sus impulsos, se giró y se alejó de ella todo lo que pudo, apoyando los codos sobre la cola del piano. Kathleen se quedó de pie, junto al teclado, convenciéndose de que alejarse era lo mejor para ambos y, al mismo tiempo, refrenando un deseo cada vez más acuciante de lanzarse a sus brazos. Se reprochaba sentir esos impulsos hacia el señor Radcliffe, por su debilidad y por su deslealtad hacia Will. ¿En qué se había convertido?

—¿Puedo pedirle que me haga otro regalo? —preguntó Connor.

—Me temo que no tengo nada más…

—No es nada que usted pueda comprar. Me gustaría que tocara el

piano para mí, pero algo que nadie excepto usted haya escuchado antes. Me gustaría escuchar en primicia una de sus composiciones.

Kathleen se quedó en blanco, sorprendida y nerviosa ante la petición del doctor, era incapaz de recordar una sola nota de ninguna de sus composiciones.

—Me temo que eso va a ser imposible, no tengo mis partituras aquí… —dijo como excusa, pues su privilegiada memoria hacía innecesaria cualquier partitura. Una vez que escribía una composición, no necesitaba leer las notas para poder interpretarla, pero en ese momento, estaba tan nerviosa que no podía pensar.

—Oh, señorita Wilkes, no me haga suplicarle. Estoy seguro de que usted es capaz incluso hasta de improvisar algo ahora mismo.

— ¿Improvisar? No, no, no, no puedo —dijo negando repetidamente con la cabeza—. No puedo, de verdad. No me haga esto. El proceso creativo necesita su tiempo…

—Le dejo un poco de tiempo. Haga como si yo no estuviera aquí y concéntrese. Busque su inspiración —dijo alejándose de ella y situándose cerca de los grandes ventanales del salón.

Kathleen soltó un leve gemido de resignación. Sentía que no podía hacerlo, no con él allí, esperando para escucharla tocar, y a la vez no quería decepcionarle. Se sentó al piano, cerró los ojos y posó sus dedos sobre las teclas. Respiró profundo. Entonces los abrió y miró a Connor, estaba sentado de lado en la ventana y Kathleen podía ver su perfil, perfectamente recortado contra la oscuridad que se percibía al otro lado del cristal. Su corazón se saltó un latido. Los dedos de Kathleen empezaron a moverse sobre el teclado con tal delicadeza que parecían acariciar los oídos de Connor. Él la miró sorprendido por la belleza de las notas que escuchaba y se quedó embelesado mirándola. Ella le devolvía la mirada, bajaba los párpados con suavidad hacia el piano y volvía a clavar sus ojos en él. La melodía emanaba dulzura y emoción, elevando con cada nota las almas de aquellos dos seres tan distintos y a la vez tan conectados como ellos. Kathleen parecía estar hablando, con cada nota que tocaba, en un lenguaje que solo él podía entender. Estaban tan atrapados en aquel mágico momento que cuando la melodía terminó, se encontraban mirándose frente a frente a escasos centímetros el uno del otro, sin poder explicar cómo habían llegado a estar así.

—¿Cuándo compuso esta canción? —preguntó Connor.

—Acabo de hacerlo.

Connor se quedó perplejo.

—Y si quisiera volver a tocarla, ¿sería capaz de recordar cada nota?

—Solo si lo miro a usted —dijo sin pensar y enseguida se dio cuenta de lo que le había confesado.

Kathleen se llevó una mano a la boca, como si así pudiera impedir

que las palabras que acababa de decir fueran escuchadas. Ante ese gesto, Connor levantó su mano para intentar tocarla, pero ella dio un paso hacia atrás y después otro y otro hasta que se giró, empezó a correr y no paró hasta que llegó a su habitación.

CAPÍTULO 25

Tal y como habían acordado, los niños no tuvieron clases ese día por lo que, tras jugar con sus nuevos juguetes un buen rato y aprovechando que hacía una mañana espléndida para esa época del año, Kathleen decidió llevar a los niños a dar un paseo y después a hacer un pequeño picnic en Hyde Park. Y fue un alivio porque la noche había sido un verdadero infierno para Kathleen. Cuando llegó a su habitación después de *huir* del doctor Radcliffe, empezó a llorar desconsoladamente hasta que consiguió tranquilizarse dos horas después. No sabía lo que le estaba pasando, el doctor ocupaba cada vez más tiempo y espacio en su mente y ella no entendía cómo podía ser así. Las últimas palabras que le había dicho a Will antes de su partida fueron «te amo, William Clark», apenas ocho meses atrás. ¿Tan efímeros eran sus sentimientos? No hacía ni un año de la desaparición de Will y ella ya estaba anhelando recibir las atenciones de otro hombre. ¿Cómo podía ser tan irrespetuosa y tan desleal? ¡Qué falta le hacía su madre! ¡Cuánto añoraba a sus amigas en aquellos momentos! Seguro que ellas podrían aconsejarle ante las situaciones que estaba viviendo últimamente.

Otra de las razones por las que decidió salir de casa con los niños era que sabía que el doctor no iría al hospital por ser su día de descanso y prefería no cruzarse con él. Su actitud desde que lo conoció había sido desconcertante también: frío al principio, se había aproximado a ella después, parecía haber buscado su compañía, la había abrazado, la había besado... Tras el beso se había alejado otra vez y aquella noche había vuelto a acercarse a ella. Kathleen pensó que él también podría sentir que estaba fallando a su gran amor.

Antes de salir de casa, Kathleen pidió a los niños que eligieran el museo que querían visitar y volvieron a decantarse por el de Historia Natural. Antes de ir al museo dieron un pequeño rodeo hasta llegar al Royal Albert Hall. A Kathleen le fascinaba aquella impresionante construcción y no quiso perder la oportunidad de dar una pequeña clase a los niños. Les habló del mosaico que rodea todo el edificio y

que recibe el nombre de «El triunfo de las artes y las letras». Aunque eran muy pequeños aún, quería que los niños apreciaran la grandiosidad de los edificios que se encontraban cerca de su casa. Quería que se dieran cuenta de lo privilegiados que eran por vivir en una ciudad como aquella, llena de belleza y de historia. Antes de ir hacia el museo, Kathleen les confesó que su sueño era que alguna orquesta interpretara sus obras allí algún día.

Pasaron el resto de la mañana recorriendo las salas del Museo de Historia Natural y cuando empezaron a cansarse, compraron algo para comer y se fueron a Hyde Park. Después de reponer fuerzas sentados en la hierba, corretearon por el parque persiguiendo ardillas o espantando estorninos, pero el sol se había ocultado tras unas nubes pasajeras y Kathleen pensó que era mejor regresar a casa, pues los niños podrían coger frío.

Cuando volvieron del parque, los niños corrieron a la cocina a pedirle a Wallis algo para comer. El ejercicio les había abierto el apetito de nuevo. Mientras Johnson recogía su abrigo y su sombrero, a Kathleen le pareció que la miraba de una manera extraña.

—Tiene visita, señorita Wilkes. El señor Radcliffe la espera en la biblioteca con *esa persona.*

Kathleen se extrañó por el tono misterioso del mayordomo, pero no le hizo preguntas.

—Gracias, Johnson —dijo, y se dirigió a la biblioteca con la esperanza de que fuera su hermana o tal vez Patrick, pero por Dios bendito, que no fuera Arthur de nuevo.

Llamó a la puerta con los nudillos y abrió sin esperar respuesta. Enseguida distinguió la figura alta del doctor Radcliffe junto a una de las ventanas y a su lado… El corazón le dio un vuelco y sus pulmones dejaron de bombear aire, o eso le pareció a ella porque se había quedado sin respiración. De pronto, una sombra gris de estrellas brillantes comenzó a nublar su visión y las piernas le fallaron. «Will», pensó, pero no pudo articular palabra. Cayó al suelo.

Cuando se despertó tenía el rostro del doctor muy cerca del suyo. Movía los labios como si hablara, pero ella no podía oírle. Le palmeaba las mejillas sin miramientos y la llamaba por su nombre. Ahora sí oía lo que le decía.

—¿Puede oírme señorita Wilkes? ¡Señorita Wilkes! ¿Me oye? —insistía el doctor.

—Sí… —contestó al fin.

Y entonces recordó el momento justo antes de desmayarse. Movió los ojos frenéticamente hasta que volvió a verlo. No había sido un sueño. Estaba allí. Arrodillado en el suelo de la biblioteca junto al doctor Radcliffe.

—Ayúdeme a incorporarla, señor Clark.

Ambos hombres la sujetaron con firmeza y la sentaron en el sofá Chesterfield que se encontraba junto al ventanal. Connor le ofreció un vaso de agua y ella bebió sin apartar la mirada de Will. ¡Estaba vivo!

—Estás vivo. Will, ¡estás vivo! —Kathleen no salía de su asombro y respiraba con dificultad.

Él se sentó a su lado.

—Sí, Kathleen, he vuelto —dijo Will al fin.

Entonces ella se acercó, agarró las solapas de su chaqueta con ambas manos, apoyó la cabeza sobre su pecho y empezó a llorar desconsoladamente. Connor salió de la biblioteca sin que ninguno de los dos se percatara de ello.

Will esperó con paciencia a que se calmara. Antes de ir a verla sabía que aquello podía pasar. Ella había creído durante todo ese tiempo que él había muerto. La rodeó con sus brazos y le dijo palabras cariñosas al oído. Kathleen lloró de nuevo por la muerte de sus padres, por la de su hermano, incluso por la de Will. Lloró sin consuelo como el niño que se cae y se hace el fuerte hasta que ve a su madre, y entonces empieza a llorar sintiendo de nuevo el dolor de la caída. Kathleen lloró sobre el pecho del hombre que le había pedido que se casara con él, el hombre que vio a sus padres vivos por última vez, lloró sobre el pecho de su adorado Will… Pasada más de media hora, se separó y lo miró. Estaba más delgado y parecía que su rostro, antes casi aniñado y juvenil, había envejecido un poco.

—Will…

—Kathleen…

Ambos sonrieron por primera vez desde que se habían vuelto a ver.

—¿Cómo estás, Kathleen? Has adelgazado. ¿Has estado enferma?

Will era la única persona que conocía que no se alegraba de que hubiera adelgazado. En más de una ocasión le dejó claro que adoraba sus curvas y que le gustaba tal y como era.

—No. —Sonrió con tristeza—. Solo he estado muy apenada, Will. El duelo es casi tan duro como una enfermedad.

—¿Te gustaría salir a dar un paseo? Creo que tomar el aire nos vendrá bien a los dos. ¿Te ves con fuerzas?

—Sí, salgamos.

Kathleen le preguntó a Johnson dónde estaba el doctor para ir a pedirle permiso para salir.

—El doctor está en su despacho. Me ha pedido que le diga que se tome el resto del día libre —dijo Johnson.

—Pero creo que debería hablar con él, debo explicarle…

—Él está al tanto de todo, señorita Wilkes, me ha pedido que nadie le moleste. Puede salir tranquila.

Kathleen se quedó algo contrariada con la respuesta de Johnson, pero no quiso insistir. Nada más salir de la casa, Will le ofreció su

brazo y Kathleen se agarró a él de manera mecánica. Todo aquello parecía un sueño, uno de esos tan recurrentes antes de venir a Londres y que al despertar hacían que su vida fuera un infierno. Kathleen pensaba que de un momento a otro abriría los ojos y él desaparecería.

—Dime que no estoy soñando, Will —pidió Kathleen, parándose en mitad de la acera—, pellízcame y dime que no es un sueño.

—No estás soñando, Kathleen, estoy vivo, aunque ni yo mismo puedo creerlo.

Siguieron andando, caminaron durante algunos minutos sin rumbo fijo hasta que el frío de la tarde les hizo entrar en un salón de té cercano. De repente, montones de preguntas se agolparon en la cabeza de Kathleen que buscaban respuestas con desesperación.

—Will, si tú te has salvado, mis padres y mi hermano… —Se le quebró la voz a la vez que sus ojos se llenaban de lágrimas. ¿Habría aún alguna esperanza?

Will no contestó, se limitó a negar con la cabeza en silencio. Estaba tan cambiado, tan serio.

—Kathleen, yo no vi morir a tus padres ni a Rob, pero te puedo asegurar que busqué en todos los hospitales de Nueva York y no fueron ingresados en ninguno de ellos.

Kathleen se derrumbó de nuevo.

—Por favor, cuéntamelo todo —dijo al fin.

Will le contó cómo los cuatro primeros días fueron realmente idílicos. Pronto se acostumbraron a las rutinas del barco y tanto sus padres como Rob y él disfrutaron de las distintas estancias y actividades que el fabuloso trasatlántico ofrecía. Will le habló del lujo que destilaba cada rincón del barco, la exquisitez de la decoración, los muebles, las vidrieras y las fabulosas arañas de cristal. Le contó cuánto disfrutaba su madre recorriendo todos esos espacios y lo mucho que se acordaba de Kathleen cada vez que descubría algo de especial belleza. Kathleen lloraba en silencio mientras escuchaba el relato de Will, se imaginaba a sus padres paseando por el barco, fascinados por lo que veían y le dolía el corazón al pensar en lo que les esperaba días después.

Cuando llegó el momento de contar lo sucedido, la noche de la tragedia, Will empezó a dudar, a detenerse y a contar momentos sin conexión entre unos y otros.

—¿Qué te ocurre, Will? —le preguntó Kathleen con preocupación.

Will se llevó ambas manos a los ojos, después las deslizó hasta su frente y finalmente enredó los dedos en su pelo. Parecía terriblemente abatido.

—Creía que podría hacerlo, pensé que ya estaba preparado para contarte lo sucedido, pero es algo muy difícil para mí. —La miró con tristeza a los ojos y negó con la cabeza—. ¿Sabes por qué he tardado

tanto tiempo en venir a buscarte?

Kathleen se lo había preguntado desde que salieron de la casa. Habían pasado ocho meses desde la tragedia. ¿Por qué había esperado tanto para venir a buscarla?

—Aún hoy no puedo explicar cómo sobreviví. Cuando pienso en aquella noche veo imágenes en mi mente, como si fueran fotografías, pero no puedo hacer un relato lineal de lo sucedido. Los médicos dicen que mi mente selecciona los recuerdos para no revivir una experiencia tan traumática como esa, pero lo cierto es que sí que revivo una y otra vez lo sucedido: tengo pesadillas, en ellas lo veo y lo escucho todo con claridad, a veces me despierto en mitad de la noche muerto de frío, el frío que sentí al caer al agua cuando se partió el barco. Eso sí lo recuerdo. En mis sueños escucho los gritos de las personas que cayeron al agua conmigo en la oscuridad más absoluta después de que las luces del barco se apagaran.

—¿Cómo conseguiste salir del agua? —preguntó Kathleen.

—No lo recuerdo. Al parecer las personas que ocupaban uno de los botes salvavidas me sacaron del agua casi a punto de morir congelado. Trataron de darme calor hasta que horas más tarde nos rescató un barco. Dicen que llegué a Nueva York muy enfermo, con una fiebre altísima. Estuve ingresado en el hospital casi tres meses, padecí una pulmonía de la que casi no sobrevivo. Mis pulmones estaban gravemente dañados y no respondía a los tratamientos. Tras salir del hospital me encontraba tan débil que me costó unos dos meses más recuperar las fuerzas que tenía antes del naufragio. A pesar de que yo me encontraba mejor, los médicos desaconsejaron que viajara, sobre todo porque veían que todavía no estaba preparado mentalmente para ello. Mi familia estaba aterrada también, les daba miedo que pudiera pasarme algo y trataban de convencerme para que no viniera. Yo aun así lo intenté en dos ocasiones antes de conseguirlo. Compré el billete para venir, pero cuando tenía que subir al barco un sudor frío recorría todo mi cuerpo y empezaba a respirar con dificultad. En esas dos ocasiones no pude cruzar la pasarela para subir al barco y me tuve que dar la vuelta. Temblaba como un niño asustado. Es una sensación muy desagradable que no puedo explicar. Por eso he tardado tanto en volver.

—Entiendo. Todo lo vivido aquella noche debió de ser terrible, supongo que hace falta mucho tiempo para recuperarse de algo así.

—Yo no sé si algún día podré afirmar que lo he superado.

—Will, y de mis padres y de Rob, ¿recuerdas algo? ¿Recuerdas cuándo fue la última vez que los viste?

—De Rob tengo una imagen en la mente, está junto a mí ayudando a las mujeres y a los niños a subir a los botes, pero no consigo recordar nada más.

—¿Y mis padres? —insistió Kathleen. Por un lado pensaba que conocer muchos detalles podría añadir más dolor al que ya sentía, pero, por otro, necesitaba saber cómo murieron, si sufrieron y si estaban juntos en el momento final.

—Recuerdo ayudar a tu madre a subir a un bote… —Will se detuvo, cerró los ojos y pareció concentrarse para intentar recordar. Antes de continuar, negó con la cabeza—. Pero luego tengo otra imagen de ella abrazada a tu padre.

Will miró a un punto indeterminado por detrás de Kathleen, tratando de recordar lo sucedido. Kathleen esperó. Tras unos instantes, a Will se le iluminó la cara y enfocó la mirada de nuevo en Kathleen.

—Acabo de recordar que tu madre, una vez en el bote, al ver que no permitían a tu padre embarcar, se negó a quedarse y se bajó. Tu padre y ella se abrazaron. —Will vio cómo las lágrimas empezaban a rodar por las mejillas de Kathleen y buscó un pañuelo para ofrecérselo —. No llores, Kathleen, ellos permanecieron juntos en todo momento, no se separaron.

Will sonrió, tratando de reconfortar a Kathleen.

—¿Sabías que los músicos del barco estuvieron tocando en la cubierta? Acabo de recordarlo. De hecho tengo una imagen de tu padre rodeando a tu madre por los hombros y ella agarrando su cintura mientras escuchaban a los músicos tocar.

Kathleen visualizó a sus padres abrazados, escuchando la música, y sintió una pena inmensa. Ellos debían de saber en esos momentos que no iban a sobrevivir. ¡Cuánto miedo debieron sentir! Se le rompía el corazón solo de pensarlo.

Siguieron hablando durante algunos minutos más, pero Kathleen vio que Will parecía cansado y también algo atormentado por todo lo que acababa de contarle, por lo que le propuso que se marcharan de allí y que él pudiera descansar.

—Lo cierto es que necesito descansar, el viaje desde Nueva York, la incertidumbre por saber cómo estarías y el día de hoy me han pasado factura. Además, mañana debo volver a Southampton para realizar unas gestiones que me ha pedido la compañía. ¿Por qué no vienes conmigo a Southampton y pasamos unos días allí para que puedas contarme qué has hecho todo este tiempo?

—¿Ir a Southampton? —Durante unos segundos fugaces una imagen de Connor y los niños pasaron por su mente—. Debo consultarlo con el señor Radcliffe…

—Antes de que llegaras, tuve la oportunidad de hablar con él y me pareció un hombre muy razonable. Estoy seguro de que se hará cargo de la situación y entenderá que necesites unos días para asimilar la noticia de mi regreso.

—De acuerdo, iré. Aun así, debo hablar con él.

Volvieron a casa del señor Radcliffe cogidos del brazo y en silencio. Para Kathleen todo era muy extraño. Will estaba vivo, había vuelto a su vida, mas su vida ya no era la misma de antes.

CAPÍTULO 26

El tren avanzaba con inexorable rapidez hacia Southampton mientras Kathleen, sentada junto a Will en uno de los vagones, sentía una mezcla de sensaciones que no era capaz de asimilar. Estaba emocionada por volver a su hogar después de dos meses viviendo en Londres y hacerlo acompañada de Will, algo impensable tan solo dos días atrás, era maravilloso. Sin embargo, no se sentía como había creído que lo haría en una situación así. Las despedidas en la casa del doctor Radcliffe le habían dejado una sensación amarga en el corazón. El doctor se mostró absolutamente comprensivo cuando ella le habló de su deseo de acompañar a Will a Southampton. Aunque agradecida ante ese gesto, lo cierto es que se sintió decepcionada por la impasible reacción del doctor ante su marcha. Recordando ese momento, Kathleen lamentó a su vez la frialdad con la que la había tratado y lo distante que se mostró en todo momento. Volvía a ser el doctor Radcliffe que ella conoció cuando llegó a la casa: de gesto adusto e inescrutable y de sentimientos ocultos tras numerosas capas de indiferencia y rigidez. Y pensar que estuvieron a punto de volver a besarse la noche anterior al regreso de Will…

El doctor le dijo que no se preocupara por los niños, que en un par de días lady Radcliffe los llevaría con ella a su casa y después pasarían unos días con su tío, el hermano de Amanda, para disfrutar el resto de las Navidades con su familia materna. Lo que Connor no le había contado a Kathleen era que el mismo día que ella iba a marcharse a Southampton se cumpliría el segundo aniversario de la muerte de Amanda y por eso en esas fechas mandaba a los niños fuera de casa, para poder estar solo, lamentarse de su suerte y maldecir su destino a sus anchas sin hacer sufrir a sus hijos.

Lo único que el señor Radcliffe le había pedido era que se despidiera de sus hijos, y esa fue la peor parte de su regreso a Southampton. Cuando Kathleen les contó a los niños que se iba a ir de Londres durante unos días, Mandy empezó a hacerle innumerables preguntas para saber si su marcha iba a ser para siempre, como la de

la señora Simmons.

—¡No! ¡Claro que no! Solo serán unos días para poder ver a mi familia durante la Navidad, pero volveré con vosotros, os lo prometo.

Cuando buscó con la mirada a Daniel, lo encontró detrás de su hermana, con los ojos vidriosos y las comisuras de los labios apuntando hacia abajo. A Kathleen se le partió el corazón. Se arrodilló junto a ambos y los abrazó. Tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no romper a llorar ella también. En ese momento sintió un deseo irrefrenable de quedarse, de no marcharse de Londres. No sabía qué iba a ser de ella y de Will, ahora que había regresado, pero no deseaba separarse de los niños.

Quedaba poco para llegar a Southampton y Kathleen miraba los verdes campos pasar ante sus ojos a través del cristal. Durante el trayecto, Will y ella habían hablado poco. Kathleen se había quedado muy pensativa tras percatarse de que al mirarlo ya no escuchaba *Alla Hornpipe* de Georg Friedrich Händel, sino el aria *Lascia ch'io pianga,* de la ópera *Rinaldo*, de ese mismo compositor, pero mucho más dramática. La primera estrofa se repetía una y otra vez en su cabeza hasta atormentarla:

Lascia ch'io pianga Deja que llore
mia cruda sorte, mi cruel suerte,
e che sospiri y que suspire
la libertà; por la libertad;
e che sospiri… y que suspire…
e che sospiri… y que suspire…
la libertà. por la libertad.

Pensó que quizás todo era fruto del impacto que el regreso de Will había tenido en su ánimo y que iba a necesitar bastante tiempo para acostumbrarse a un cambio tan drástico. Aunque había algo que le inquietaba aún más, y era el hecho de que cuando Will y ella cruzaban sus miradas, Will no podía mantener sus ojos fijos en ella durante mucho tiempo. Will nunca se había mostrado tímido ni esquivo, todo lo contrario, era la persona más franca y más directa que había conocido jamás. Tal vez él también estaba atravesando algún tipo de crisis con respecto a su regreso a Inglaterra y, lo más preocupante, con respecto a ella. Kathleen decidió que hablaría con él cuando llegaran a Southampton.

—Esta tarde debo asistir a una reunión en el puerto, ¿te parece bien si luego voy a tu casa a cenar con Violet y contigo? —le preguntó Will, interrumpiendo sus pensamientos.

—¡Por supuesto! Violet se alegrará muchísimo de verte —dijo Kathleen.

—Bueno, Violet fue la primera persona a la que vi nada más desembarcar. Fue ella la que me dijo dónde encontrarte.

—¡Oh, claro! No había pensado en eso. ¿Cómo reaccionó cuando te vio? Seguro que ella no se desmayó como me ocurrió a mí —dijo Kathleen ruborizándose ligeramente.

—No, no se desmayó, pero por unos instantes pareció quedarse petrificada. Después de la impresión inicial empezamos a hablar y ella sí actuó de una manera parecida a la tuya, haciéndome muchas preguntas sobre Rob, principalmente, y sobre tus padres también.

—¿Te contó por qué fui a Londres?

—No, solo me dijo que habías descubierto algo muy importante sobre tu pasado y que te habías trasladado a Londres por ese motivo. Sin embargo, no quiso darme más información porque considera que es algo que solo te corresponde a ti contar.

A Kathleen se le hizo un nudo en la garganta y se dio cuenta de que no iba a poder contarle a Will su historia sin emocionarse. Hablar de su adopción le resultaba complicado, no tanto por haber sido adoptada, sino porque se lo hubieran ocultado durante tanto tiempo y, sobre todo, porque era algo que toda la familia conocía, incluso los empleados de la casa, y ella era la única que ignoraba la verdad. Todavía le dolía mucho aceptar ese hecho, que no quería llamar traición, pero al pensar en ello, escocía como si le hubieran echado sal a una herida abierta.

Kathleen empleó el resto del trayecto en contar todos los detalles que conocía de su historia. En algunos momentos de su relato, se derrumbó, embargada por la pena que vivía latente en su interior. Will la consoló, pasando un brazo por sus hombros y dejando que Kathleen apoyara su cabeza sobre su pecho. A pesar del indudable gesto de cariño de Will, Kathleen no pudo evitar compararlo con el que vivió con el doctor Radcliffe en una situación parecida. Sin embargo, en aquella ocasión encontró mucha más calidez y consuelo en los brazos del doctor que en ese momento con Will. Se sentía mal, muy mal, por comparar a ambos hombres y, sin embargo, no podía evitar hacerlo.

Violet y Robbie fueron el bálsamo que su mente necesitaba para no seguir pensando en ideas que solo sembraban dudas en su cabeza. Violet abrazó con fuerza a Kathleen en cuanto la vio y le preguntó varias veces cómo se encontraba, si estaba bien, si se sentía sola en Londres… A pesar de las cartas que había recibido, Violet temía que Kathleen la estuviera engañando y que en realidad se refugiara en la capital para no ser una carga para ella y no hacerla sufrir con su tristeza. Pero Kathleen parecía radiante, tenía muy buen aspecto y Violet la encontró incluso más guapa. En cuanto a Robbie, Kathleen lo vio muy cambiado, en un abrir y cerrar de ojos parecía que había dejado de ser un bebé. Estaba más alto y menos relleno y correteaba por la casa con una energía imparable. Decidió que no dejaría pasar

tanto tiempo entre visita y visita.

Un rato antes de la cena llegaron los padres de Violet. Según le había contado a Kathleen, se estaban alojando temporalmente con ella porque estaban haciendo reformas en su casa y les era imposible vivir allí mientras se desarrollaran las obras. Kathleen se alegró mucho de verlos, Paul y Sophia eran una pareja encantadora, afables y muy serviciales, siempre trataban con cariño a todos los que tenían a su alrededor. No en vano, su negocio era uno de los más prósperos de Southampton y eso era algo que habían conseguido tras años de mucho trabajo y esfuerzo, pero también gracias al trato que dispensaban a todos sus clientes. Cuando Kathleen se enteró de que estaban durmiendo en la habitación de invitados, no muy grande y poco luminosa, les pidió que se mudaran al dormitorio de sus padres, mucho más cómodo y espacioso.

—Te lo agradecemos mucho, querida, pero no creemos que sea lo correcto —dijo Sophia, rechazando su ofrecimiento.

—Insisto, Sophia, debéis trasladaros allí. Mis padres, por desgracia, no van a volver, es ridículo mantener esa habitación cerrada pudiendo ser usada. Además, ¿quién mejor que vosotros? A ellos les habría encantado. Os querían muchísimo.

A Kathleen se le pusieron los ojos vidriosos al pronunciar la última frase. Sophia, al verla, la cogió de las manos y se las estrechó.

—¡Oh, Kathleen! Si eso te hace feliz, nos mudaremos a su habitación. Mi niña linda, no llores, por favor. —Y le dio un abrazo fuerte, como si quisiera robarle la pena y llevársela consigo al separarse de ella.

En ese momento llamaron a la puerta. Era Will, que llegaba puntual a la cena. Kathleen se apresuró a ir a abrir la puerta, pero Peter se le había adelantado.

—¡Hola! —dijo sonriendo Kathleen.

—¡Hola! —saludó Will.

¿Por qué no le saltaba el corazón en el pecho al verlo? Sentía alegría, e incluso aún algo de asombro, pero su cuerpo no reaccionaba de la misma manera que lo hacía antes de la tragedia. La presencia de los padres de Violet la sacaron de sus cavilaciones e iniciaron una animada conversación con Will que continuó durante la cena. Demostrando su don de gentes, Paul y Sophia amenizaron la velada contando anécdotas ocurridas en su tienda y también de la reforma que estaban llevando a cabo en casa. Eran divertidos y en ningún momento le hicieron preguntas a Will relacionadas con el naufragio, algo que Kathleen agradeció infinitamente.

Tras la cena, se dirigieron al salón y siguieron charlando.

—Entonces, Will —intervino Paul—, ¿vas a seguir viviendo en tu antiguo apartamento o vas a buscar algo más grande? —preguntó

mientras subía las cejas con picardía y señalaba hacia Kathleen.

Will se quedó callado por un momento y miró con preocupación hacia Kathleen, que estaba sentada junto a él en el diván, pero hablando con Violet en ese momento.

—Bueno, yo… no tengo intención de quedarme en Inglaterra —aseguró.

Kathleen lo miró con una mezcla de sorpresa y dolor. ¿Otra vez era ella la última en enterarse de aspectos que afectaban directamente a su vida? Antes de que Kathleen pudiera preguntarle, Will se excusó:

—Mi contrato antes del naufragio era para unos meses solamente y ahora la compañía quiere que continúe trabajando para ellos, pero desde Nueva York —dijo mirando solo a Kathleen.

Se hizo el silencio en el salón. Ambos se miraban como si no hubiera nadie más en la habitación. Se escuchó un carraspeo.

—Cariño —dijo Sophia quedamente—, me temo que me está dando una de esas migrañas tan horrorosas. Acompáñame al dormitorio, por favor.

—Oh, sí, por supuesto, mi vida, vamos. Ruego nos disculpéis, jóvenes. Una velada encantadora —dijo Paul.

Diciendo esto, la pareja se levantó y se marchó discretamente del salón.

—Yo creo que estoy escuchando llorar a Robbie. También me retiro. Buenas noches —masculló apresuradamente Violet y se fue con la misma rapidez que sus padres.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —preguntó Kathleen con la voz quebrada en cuanto se quedaron solos.

—No ha habido tiempo, apenas hace unas horas que nos hemos vuelto a encontrar.

—Will, hemos pasado más de tres horas encerrados en un tren, ¿no crees que podrías habérmelo contado durante el viaje?

—No sabía cómo podrías haber reaccionado… —afirmó Will con verdadero pesar en su mirada.

—¿Tenías miedo de mi reacción? ¿Acaso soy de las que monta escenas en lugares concurridos? —preguntó con enfado Kathleen.

—No, Kathleen, claro que no…, pero han pasado ocho meses desde que no nos vemos. Los dos hemos atravesado por momentos muy duros y ya no somos los mismos que se despidieron en el puerto en abril. Sí estaba muy preocupado por cómo ibas a encajar la noticia…

Kathleen soltó un largo suspiro. No podía enfadarse con él.

—Te pido disculpas, Will. He sido injusta contigo. Están pasando muchas cosas en muy poco tiempo y es difícil asimilarlas. No puedo culparte por estar preocupado. Yo también lo estoy. Debemos hablar de manera más sosegada de todo esto. —Hizo una pausa para mirarlo—. Te veo cansado, ¿prefieres que hablemos mañana más

tranquilamente?

Will la miró con ternura y sonrió.

—En esto no has cambiado nada, sigues siendo la mejor persona que he conocido en mi vida.

Will levantó la mano y acarició la mejilla de Kathleen con suavidad. Lentamente se acercó y la besó en los labios. Fue un beso cálido y lleno de ternura. Con él parecían querer transmitirse todo el cariño que les unía. Era la primera vez que se besaban desde que se habían encontrado. Esa era otra de las cosas que preocupaban a Kathleen: desde que Will había vuelto, no la había besado ni una sola vez, a pesar de que habían tenido muchas oportunidades de hacerlo, pues habían estado a solas gran parte del tiempo. Ahora que lo había hecho, Kathleen se sentía confusa, si bien el beso le había gustado, no había sentido nada parecido a cuando Connor… ¡Oh, Dios mío! Kathleen se levantó de golpe, nerviosa.

—¿Quieres ir a dar un paseo mañana por la mañana? Me encantaría llevarte a alguno de los parques donde solía ir durante mi recuperación.

—Sí, por supuesto —dijo Will, levantándose también—, ¿paso a recogerte sobre las diez?

—Sí, me parece bien. Espero que no llueva —dijo con una sonrisa tímida. Se sentía rara, como si estuviera manteniendo una conversación con un desconocido.

Acompañó a Will a la puerta y allí se despidieron con un beso. Fue un beso breve y desapasionado. A Kathleen le pareció que Will se lo había dado como parte de un ritual establecido en algún protocolo para prometidos, pero que no respondía a un deseo verdadero. No era su imaginación, pensó Kathleen, era una realidad, su intuición se lo decía.

Al día siguiente, Will pasó a recogerla después del desayuno. Cuando lo recibió, Kathleen no hizo ademán alguno de besarlo y pudo comprobar que él tampoco lo intentó. Durante la noche había decidido hacer la prueba para ver la reacción de Will. Había sido una noche larga y agitada, en la que Kathleen pudo analizar todas y cada una de sus reacciones y las de Will desde que se reencontraron. También meditó muy seriamente sobre el hecho de que Will no iba a seguir trabajando en Inglaterra y si ella se casaba con él, debería marcharse a América, dejando atrás a la única familia que tenía. Pero lo que más tiempo ocupó su mente fue la idea de que si se marchaba al otro lado del Atlántico tendría que separarse de Daniel y Mandy y, aunque no quería pensar en ello, del doctor Radcliffe. Después de muchas vueltas en la cama e interminables horas en vela, Kathleen tomó una decisión.

Al llegar al parque Common, pasearon por sus senderos disfrutando

del tímido sol que lucía en el cielo tras una noche bastante lluviosa. Kathleen condujo a Will a una zona del parque a la que solía ir con sus amigas. Tras cruzar un pequeño riachuelo por un puente de madera, Kathleen divisó lo que parecía estar buscando.

—¿Ves ese árbol? —preguntó señalando a un joven roble que estaba frente a ellos.

—¿El roble? —preguntó Will para asegurarse, pues había otros árboles cerca.

—Sí, ese roble pequeño.

—¿Qué le pasa?

—Este roble me ayudó mucho cuando estaba tratando de salir de la tristeza en la que me había sumido tras vuestra desaparición.

Will la miró con cierta incredulidad, pero esperó a que Kathleen se explicara. Ella caminó hacia el árbol y acarició su tronco.

—Cuando empecé a salir de casa para intentar recuperarme y hacer una vida normal, mis amigas me traían aquí. Estar en contacto con la naturaleza me sentaba bien. Un día vinimos caminando por esta zona y vi este árbol casi completamente volcado. Unas noches atrás había habido una terrible tormenta de lluvia y fuertes vientos que debieron de hacer que cayera. Como ves, es joven aún y sus raíces son poco profundas. La imagen aún la tengo en la cabeza, el roble estaba volcado hacia un lado y tenía parte de sus raíces fuera de la tierra. Al verlo pensé que moriría al poco tiempo. Días después volvimos por aquí y me fijé en él, seguía vivo, con sus raíces al aire, pero con sus hojas de un verde intenso. Pasó el tiempo y cada vez que veníamos al parque pasábamos por aquí para ver si ya habría muerto el pobre roble, pero no, aquí seguía, luchando. Y verlo así, tan vulnerable y a la vez tan resistente me hizo pensar en mí misma. Yo también había caído, mis raíces ya no estaban en esta tierra, se habían marchado y, aun así, seguía viva y debía seguir luchando, como este roble. Un día convencí a Peter y a Tom para que vinieran a ayudarme a volver a colocar a este pequeño luchador a la posición que debería tener para seguir creciendo.

Kathleen miró a Will, extendió su mano y él se la cogió. Ella lo condujo hasta un banco cercano y se sentaron.

—Tú y yo somos como ese roble: somos supervivientes. La vida nos ha dado una segunda oportunidad —afirmó Kathleen, mirando a los ojos azules de Will, unos ojos que ahora le parecían tristes y atormentados.

—No llevas la sortija de compromiso que te regalé —señaló Will, mientras acariciaba el dorso de la mano de Kathleen con el pulgar.

—No la llevo puesta, pero la he traído para devolvértela. —Kathleen introdujo la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó la cajita de terciopelo azul que él le había entregado meses atrás.

Will la miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué? —preguntó sorprendido.

—Porque, como tú bien dijiste ayer, ya no somos los que se despidieron en el puerto en abril. Ambos hemos cambiado y me temo que nuestros sentimientos también. —No estaba siendo nada fácil para ella hacer aquella confesión. Lo cierto es que le daba miedo equivocarse, pero su corazón le decía que estaba haciendo lo correcto.

—¿Has dejado de quererme, Kathleen?

—Jamás podré dejar de quererte, Will, has sido mi primer amor y eso ha dejado una huella imborrable en mi alma. —Se le escapó una lágrima que rodó por su mejilla, pero Will la atrapó antes de que cayera.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Eso debes decírmelo tú, Will —dijo Kathleen con una sonrisa triste en sus labios.

Will la miró lleno de turbación y soltó un suspiro entrecortado.

—Oh, Kathleen, a pesar del poco tiempo que pasamos juntos, me conoces tan bien… Has de saber que yo tampoco dejaré de quererte nunca, aunque ahora todo es diferente.

—¿Qué ha cambiado?

—Todo lo que ha pasado ha hecho que me replantee mi vida. Antes del naufragio deseaba establecerme aquí, formar una familia contigo, echar raíces en esta tierra.

—¿Y ahora?

—Ahora siento la necesidad de estar junto a los míos. Estar tan cerca de la muerte ha hecho que reconsidere ciertas cosas que antes daba por hechas y que ahora sé que no durarán siempre. Lo creas o no, tus padres han jugado un papel muy importante en ello. Vosotros erais una familia feliz, lo teníais todo, os teníais los unos a los otros, pero de la noche a la mañana todo eso… —Will vio que los ojos de Kathleen volvían a humedecerse y no quiso seguir hablando de ello—. Por otro lado, he vuelto a encontrarme con alguien que fue importante para mí en el pasado. No puedo mentirte, Kathleen. Antes de venir por primera vez a Southampton yo tenía una relación con una joven llamada Emma, hija de unos amigos de mis padres. Todo iba bien hasta que la American Line me ofreció venir unos meses aquí y mi familia empezó a presionarme para que formalizara mi compromiso con ella y nos casáramos antes de venir a Inglaterra. Emma jamás me pidió tal cosa, pero yo sentía que ella también esperaba que diera el paso. Sus padres mantuvieron varias conversaciones con los míos en los que dejaron claro que una boda era lo que ambas familias necesitaban. Pero yo no deseaba que nadie me impusiera un compromiso, quería que todo llegara en su debido momento, sin forzar la situación. Quería proponerle matrimonio a Emma cuando yo

considerara que era el momento y así se lo hice saber a mi familia, pero ellos no lo entendieron y siguieron presionándome. No sé si fue un acto de rebeldía o si simplemente no estaba preparado para dar el paso, pero lo cierto es que un día antes de embarcar rompí mi relación con Emma. Ya que no le había pedido que se casara conmigo no me parecía justo que pasara todos esos meses esperando mi regreso. Ella es una mujer maravillosa que se merece ser feliz. Por eso le dije que era libre para empezar una relación con quien ella quisiera, que no se sintiera atada a mí.

—Si estaba enamorada de ti, sufriría muchísimo —intervino Kathleen.

—Sí y aun así me dijo que me esperaría.

Kathleen se quedó pensativa durante unos instantes mirando el paisaje, entonces se giró hacia él y preguntó:

—Pero Will, si sabías que ella te estaba esperando, ¿por qué me pediste que me casara contigo? ¿Por qué diste lugar a…?

—Yo no planeé enamorarme de ti, Kathleen —la interrumpió Will —, nada de esto entraba en mis planes. Mi única intención viniendo aquí era simplemente viajar, trabajar en un país distinto al mío, vivir solo, experimentar lo que es la vida lejos de mi familia, de mi tierra… Nada más. No te puedes hacer una idea del conflicto interior que sentía cada vez que te veía y me apetecía pasar más y más ratos contigo. Me repetía una y otra vez que yo no había venido aquí a enamorarme y cuanto más lo decía más me gustabas.

Will sonrió con pesar mientras la miraba a los ojos.

—¿Y qué hubiera pasado si yo hubiese podido viajar contigo a Nueva York y el barco no hubiera naufragado? ¿Me habrías presentado a tu familia como tu prometida?

—Sí, lo habría hecho. Ya les había hablado de ti en mis cartas.

—¿Y Emma?

—No mantuve contacto con ella mientras estuve en Southampton.

—¿Y después?

—Después todo fue muy extraño. Durante mucho tiempo, en el hospital creyeron que yo era otra persona. Cuando me rescataron del mar, alguno de los ocupantes del bote me cubrió con una chaqueta. En el forro de la prenda había unas iniciales bordadas, buscaron entre la lista de pasajeros y localizaron el nombre del dueño. Dicho nombre fue publicado en la lista de supervivientes y como yo estaba tan grave sin poder comunicarme debido a las fiebres altas, todos creyeron que yo era esa persona. Fue precisamente una enfermera amiga de Emma la que me reconoció y la avisó de que estaba en el hospital. Ella acudió al hospital para cerciorarse de que lo que su amiga le decía era cierto y fue a buscar a mis padres para darles la buena noticia. Desde aquel momento me visitó cada día y…

—Y habéis retomado vuestra relación donde la dejasteis —concluyó Kathleen.

—No exactamente. Yo al principio estaba muy débil. Como te dije, después de salir del hospital necesité varios meses para recuperarme. Durante ese tiempo solo pude centrarme en reponer fuerzas e intentar volver a ser el que era. Todo sucedió muy poco a poco. Cuando empecé a encontrarme mejor, también empecé a ser consciente de lo que había sucedido. Mis recuerdos se mezclaban, los buenos y los malos. Los pasados en Southampton, cuando te conocí, y los del naufragio. Todo parecía un sueño a veces, pero cuando los recuerdos de la tragedia me perseguían, entonces lo vivido se convertía en una pesadilla. En medio de toda esa confusión y dolor me reencontré con Emma, que me ofrecía su compañía y su apoyo incondicionalmente. Ella me daba paz, me traía al presente y me ayudaba a mirar hacia adelante. Ella ha sido la que verdaderamente me ha rescatado en esta tragedia.

—¿Le has hablado de mí?

—Sí, ella sabe que he venido a verte. Le hablé de ti y de nuestro compromiso.

—Pero también le habrás dicho que has venido a romperlo.

—No. Yo no he venido a eso, Kathleen, todo lo contrario. Nosotros estábamos comprometidos, hablé con tus padres la segunda noche de nuestra travesía, ellos me concedieron tu mano, estaban pletóricos con la noticia. Yo jamás habría faltado a mi palabra.

—Pero tú deseas vivir en América, junto a Emma…

—Mi corazón está dividido, Kathleen, quiero a Emma, es cierto, pero la quiero de una manera muy distinta a como te quiero a ti. Las dos tenéis un gran corazón, eso es algo que compartís, pero sois muy diferentes. La complicidad que compartí contigo los meses que estuvimos juntos, tu sentido del humor, esa forma tan tuya de hacerme reír, es algo único, adictivo, que hace que no quiera alejarme de ti. Sin embargo, te has convertido, sin pretenderlo, en un recuerdo muy doloroso para mí. Te miro y pienso en tus padres, en Rob, entonces los peores momentos vividos en el barco me acosan.

—Y, a pesar de eso, ¿hubieras seguido adelante con nuestro compromiso?

—Estoy seguro de que tarde o temprano lo habría superado. A tu lado lo habría conseguido.

—Cuando antes me preguntaste cuál era el problema, te devolví la pregunta, como si fueras el único que ha cambiado en este tiempo, pero no he sido del todo honesta contigo. Ninguno de los dos somos los mismos que se despidieron en abril. Yo tampoco te puedo mentir: recientemente he sentido cosas que no sabía cómo interpretar por…

—El doctor Radcliffe —intervino Will.

Kathleen ahogó una exclamación y se puso colorada en seguida. Se llevó las manos a las mejillas, queriendo ocultar su rubor.

—¿Cómo lo has sabido?

—No lo sabía a ciencia cierta, pero me lo acabas de confirmar. —Will sonrió como el antiguo Will lo hacía, por primera vez desde que se reencontraron—. Hay detalles sutiles que nos dicen mucho más que las palabras.

—Oh, Will, yo… —Kathleen intentó disculparse.

—Kathleen, no tienes de qué avergonzarte. De hecho me hace feliz ver que estás ilusionada por alguien.

—No sabría decir si es ilusión lo que siento. Mi relación con el doctor ha sido muy tortuosa desde el principio. De hecho, los comienzos fueron muy malos. Ni siquiera quería contratarme. Además, su corazón parece estar totalmente cerrado… Aún no ha superado la muerte de su mujer.

—Kathleen, compartí poco tiempo con él, pero te aseguro que no le eres indiferente en absoluto. Cuando te desmayaste yo me quedé paralizado y él en cambio acudió a tu lado a una velocidad pasmosa, te tomó el pulso y te sostuvo en sus brazos hasta que despertaste. Te apartó el pelo de la cara, te acarició la mejilla y te miró con preocupación, pero también con adoración.

—No sé, Will, me desconcierta. Tiene cambios de actitud que no entiendo. A veces parece que no me soporta y otras es dulce y comprensivo.

—¿Hace poco que es viudo?

—Hace casi dos años, creo.

—Puede que sienta que es demasiado pronto para buscar una nueva esposa.

—Estoy segura de que él no quiere una nueva esposa, creo que sigue amando a su mujer. En cualquier caso, lo que me ha hecho tomar la decisión de romper nuestro compromiso no ha sido él, sino sus hijos. Will, cuando dijiste que no pensabas quedarte en Inglaterra se me partió el corazón solo de pensar que me tenía que separar de ellos. Los quiero, no sé si los quiero como si fueran mis hijos, porque no tengo hijos propios, pero en tan solo dos meses me han robado el corazón. Si me separara de ellos sería muy desdichada.

En ese momento, Kathleen se quedó en silencio, mirando a Will con sorpresa, como si acabara de descubrir algo increíble.

—Will, la vida es demasiado corta como para vivirla a medias. Debemos vivirla intensamente y hacer lo que nos llena de felicidad. Tú debes volver a tu tierra, junto a Emma y tu familia y yo debo quedarme cerca de la poca familia que me queda, cerca de Violet y Robbie y de mi hermana y su marido.

Siguieron hablando durante largo rato hasta que la lluvia los obligó

a volver a casa. Se despidieron por ese día, pero se vieron en varias ocasiones más durante la estancia de Will en Southampton. Kathleen lo invitó a pasar la Navidad con ella y con Violet, disfrutando de su compañía y de su recuperado buen humor. Era curioso ver cómo tanto el ánimo de Kathleen como el de Will habían mejorado desde que rompieron su compromiso. Ahora estaban más relajados y risueños y compartían una complicidad que sería totalmente incomprensible para alguien que los viera sabiendo que eran una pareja que acababa de terminar su relación.

El día de Nochevieja, Kathleen se despidió de Will en el puerto de Southampton. Fue una despedida muy distinta a la anterior, aunque se abrazaron con fervor y alguna lágrima empañó sus ojos al decir adiós. Era difícil para ambos despedir a alguien tan querido y tan importante en sus vidas. Prometieron escribirse, Kathleen no quería perder el contacto con la última persona que había visto a sus padres con vida y le había pedido encarecidamente que si recordaba algo más sobre ellos, le escribiera para contárselo. Él aseguró que lo haría. Kathleen se quedó de pie en el muelle, viendo cómo Will se alejaba de ella para siempre y las lágrimas volvieron a surcar sus mejillas. Para ella, una despedida era una pérdida. Perder a Will de nuevo era doloroso. Había perdido a demasiados seres queridos en muy poco tiempo. Saber que estaba vivo había sido una gran alegría, pero verlo alejarse de ella hacía que se sintiera profundamente afligida de nuevo.

Después de ver el barco alejarse del puerto, Kathleen volvió a casa, se despidió de Violet y de Robbie y se fue hacia la estación de ferrocarril. Tenía poco tiempo para coger el último tren hacia Londres.

A pesar de lo mucho que Violet le había pedido que se quedara, Kathleen prefirió marcharse. Había pasado unos días felices en familia, pero cada vez percibía con más fuerza la sensación de que aquel ya no era su hogar. Sus padres no estaban, la presencia de Paul y Sophia en su dormitorio lo hacía más evidente aún y Kathleen se movía por las distintas habitaciones como si esperara encontrarse de pronto con alguno de sus familiares desaparecidos, pero la sensación de vacío era enorme. Había disfrutado mucho jugando con su sobrino, charlando con Peter y degustando los dulces de Margie, pero cada día que pasaba sentía de manera más acusada que le faltaba algo. Había tenido largas conversaciones con Violet y había comprobado que su cuñada estaba ilusionada con la elaboración de sus diseños de moda. Daba la impresión de que la moda se estaba convirtiendo en su particular terapia para sobrellevar la ausencia de Rob. Le mostró muchos bocetos de vestidos de paseo y trajes de gala. También le enseñó algunos modelos que ya tenía confeccionados y que dejaron a Kathleen con la boca abierta pues eran absolutamente fabulosos. Violet le contó que algunas damas de la alta sociedad de Southampton

habían mostrado interés por sus diseños cuando su madre los expuso en la tienda. Y una de ellas incluso le había ofrecido su casa para que le hiciera un pase privado a su círculo de amigas. Kathleen se alegró muchísimo de los avances que estaba haciendo Violet y la animó a que siguiera así. Le pidió que la avisara cuando hiciera su primer pase de modelos y le prometió que haría todo lo posible por acompañarla en un momento tan importante como ese.

—¿Quién sabe? ¡Puede que en lugar de traer la moda de Francia aquí, seas tú la que lleve sus diseños a París! —exclamó Kathleen llena de entusiasmo. Y ambas se rieron de alegría, dejando una puerta abierta a un futuro en el que se empezaba a vislumbrar algo de ilusión y esperanza.

CAPÍTULO 27

Al llegar a la estación de Waterloo, Kathleen se sintió abrumada por la cantidad de gente que atestaba los andenes. Si bien un día cualquiera, esa estación era de las más bulliciosas de Londres, tratándose del último día del año, los desplazamientos se habían incrementado considerablemente. El ambiente estaba cargado de una especie de urgencia que hacía que todos alrededor de Kathleen se movieran con precipitación. Los que debían coger un tren daban la impresión de que temían perderlo y se desplazaban corriendo de un lugar a otro. Los que llegaban a su destino, abrazaban apresuradamente a quienes los recibían y se lanzaban a la carrera para salir de allí lo antes posible. Todos parecían tener una cita importante, quizás una cena de gala o un baile de fin de año, pensó Kathleen. Ella también había venido con prisa a Londres, aunque no tenía ningún plan para esa noche. No sabía muy bien si había huido de Southampton para evitar dolorosos recuerdos o si, por el contrario, volvía a Londres buscando algo que debía averiguar qué era. Por lo que el doctor le había dicho, los niños no estarían en casa, pues se habrían ido con su familia materna. Con respecto al señor Radcliffe, no sabía si él también estaría fuera de casa, viajando o trabajando, tal vez. Desconocía lo que estaría haciendo ni cómo reaccionaría al verla en casa, pero Kathleen sentía algo en su interior que la impulsaba a ir a buscarlo. En el tren, cuanto más se acercaba a Londres, más inquieta se sentía. Tenía los nervios a flor de piel y cuando su mente la traicionaba trayendo imágenes del doctor cerca de ella, mirándola, abrazándola, besándola… ese calor ya familiar para Kathleen, invadía su pecho y aceleraba los latidos de su corazón.

En duro contraste con lo que ardía en su interior, el aire en Londres era gélido aquella última noche del año y, al salir de la estación, Kathleen tuvo que arrebujarse bien con su abrigo de lana. Dio gracias al cielo cuando tuvo la oportunidad de coger un taxi después de caminar un par de manzanas con temperaturas tan bajas. Si hubiera tenido que volver andando a la casa del señor Radcliffe habría tardado

más de una hora y habría llegado aterida de frío.

Cuando el taxi aparcó en el número uno de Queens Gate Terrace, Kathleen comprobó que todas las luces estaban apagadas. «El señor Radcliffe debe de estar fuera y puede que le haya dado el día libre a todo el servicio». Una punzada de decepción atravesó su pecho cuando pensó que pasaría sola la última noche del año. ¡Qué diferente a la Nochevieja del año anterior! Entró por la puerta de servicio y sus sospechas se confirmaron, no había nadie en la casa. Le dio pena no poder ver a Wallis, ¡ni a Johnson! Kathleen se percató en ese instante de que le hacía mucha ilusión volver a ver a Johnson. A pesar de que sus comienzos con él no habían sido nada buenos, lo cierto era que habían entablado una extraña relación en la que ella solía bromear con él y él hacía como si se ofendiera muchísimo, aunque en el fondo disfrutaba de su compañía.

La casa estaba fría y decidió irse directamente a su habitación para encender la chimenea lo antes posible. Cogería algún libro y pasaría la velada leyendo. Se imaginaría que era una noche cualquiera y no pensaría en que justo un año atrás había festejado con sus padres la que sería su última Nochevieja juntos.

Encendió el fuego en el hogar, se aseó, se puso un camisón y encima una bata que Margie había tejido para ella. Al ponérsela, Kathleen sintió como si la propia Margie la abrazara, pues la lana aún conservaba su dulce olor a nardos. Se acomodó en un sillón frente a la chimenea y leyó durante largo rato. Cuando los párpados se le empezaron a cerrar pesadamente, decidió irse a la cama. Si amanecía despejado —o incluso si llovía—, empezaría el año dando un buen paseo por Hyde Park. Sí, señor, eso haría. Empezaría el año llena de energía.

El ajetreo de toda la semana y el viaje en tren hicieron que Kathleen pronto se adormeciera suavemente hasta quedase dormida. Y sumida en un profundo sueño, comenzó el año mil novecientos trece. Soñaba que estaba en su casa, en Southampton, leía un libro mientras su padre tocaba el piano y Patrick lo acompañaba al violín. Alguien la llamaba desde algún lugar alejado de la casa. Era una voz familiar, pero no era ninguno de sus padres ni su hermano. Ella quería levantarse del diván donde estaba sentada e ir a buscar a quien la estaba llamando, pero el cuerpo le pesaba demasiado y no podía moverse. La melodía que tocaban su padre y Patrick se detuvo y de nuevo escuchó esa voz. Era una voz lastimera que pronunciaba su nombre. De repente se despertó sobresaltada. El sueño era tan real que se había asustado. Parecía que la estaban llamando de verdad. Necesitó algo de tiempo para poder ubicarse y recordar que no estaba en Southampton, sino en Londres, en la casa del señor Radcliffe y se dijo a sí misma que solo era un sueño. Casi a punto de volver a

dormirse, escuchó de nuevo una voz pronunciando su nombre, y un escalofrío la recorrió de pies a cabeza. «Mi imaginación me está traicionando, lo que escucho es irreal,» pensó para convencerse de que todo iba bien, «y no puede ser alguien real porque la casa está vacía.» Se giró en la cama y abrazó la almohada con fuerza, pero se sobresaltó de nuevo al escuchar que algo rozaba la puerta de su habitación por la parte de fuera. Le dio la impresión de que era un sonido parecido a cuando se pasa un paño por una superficie. Aquello sí que le pareció extraño. A esas horas ninguna de las criadas estaría limpiando, y menos aún, su habitación. Empezó a preocuparse. Pero cuando realmente se sobresaltó y se le erizó todo el vello del cuerpo fue cuando escuchó claramente cómo alguien pronunciaba su nombre. Era la voz de un hombre, mas su forma de hablar era casi un lamento.

Silencio.

Otra vez ese sonido de algo frotando la puerta. Ella no creía en fantasmas, pensó. Allí había alguien real. Se enfrentaría a él, quien quiera que fuese. Encendió la lamparita que había junto a su cama, se levantó y caminó hacia la puerta de su dormitorio. Pegó la oreja a la madera y notó que había movimiento al otro lado, como si deslizaran una mano por la superficie de la misma.

—Kathleen —dijo una voz profunda al otro lado, como si le hablara al oído.

¡El doctor Radcliffe! ¡Era el doctor! ¿Qué hacía allí? Su corazón empezó a latir desbocado. ¿Cómo sabía él que ella estaba allí? ¿Por qué la estaría llamando? ¿Qué debía hacer? Decidió abrir la puerta y averiguarlo. Agarró el pomo, lo giró y tiró hacia atrás. En ese momento notó como si la puerta pesara mucho más de lo que debería e inesperadamente algo voluminoso se precipitó sobre ella haciéndola trastabillar hasta no poder mantenerse en pie. Cayó al suelo de espaldas con lo que parecía el cuerpo del doctor encima de ella. Gracias a la mullida alfombra de su habitación, su trasero y su espalda no sufrieron demasiado. Una vez en el suelo, Kathleen comprobó que el doctor se encontraba algo aturdido, su aliento olía a alcohol y, por suerte para ella, en lugar de dejar caer el peso de su cuerpo sobre ella, apoyó los brazos y las piernas a ambos lados y eso hizo que Kathleen pudiera respirar con más facilidad.

—Kathleen —dijo despacio, enfocando su mirada en ella y mostrando verdadera sorpresa—, ¡has vuelto!

El doctor colocó ambas manos enmarcando la cara de Kathleen y con los pulgares acarició sus pómulos con suavidad, concentrado en adorar cada una de sus pecas.

—Sí. —Fue lo único que pudo decir Kathleen.

—¡Has vuelto! —repitió Connor, exactamente en el mismo tono en el que lo había dicho antes, como si fuera la primera vez que lo hacía.

Con una de sus manos atusó su larga melena, que Kathleen no había recogido en una trenza aquella noche, como era su costumbre antes de dormir.

—Sí, he vuelto, doctor — afirmó Kathleen mirando a sus vidriosos ojos verdes, convencida de que el doctor había abusado de alguna bebida espirituosa.

—¿Por qué has vuelto? —preguntó el doctor con voz pastosa.

—He vuelto porque dije que volvería. —Fue su única respuesta.

—¿Y tu prometido? —Puede que el doctor estuviera ebrio, pero su memoria parecía intacta.

—Va camino de América. Y ya no es mi prometido. —Kathleen no entendía cómo podían estar teniendo una conversación sobre algo tan personal para ella en una posición tan poco convencional. Debía intentar ponerse de pie.

—¿Ya no es tu prometido? —El doctor empezó la pregunta con gesto serio, pero la acabó con una sonrisa en los labios. Si era cierto eso que decían que los niños y los borrachos dicen siempre la verdad, aquel hombre se alegraba sinceramente de que ella no fuera a casarse con Will.

Kathleen negó con la cabeza.

Connor volvió a acariciar su cabello, lo miraba extasiado mientras enredaba sus dedos en los mechones cobrizos. Kathleen no sabía qué hacer, aquella situación era sumamente… inapropiada. Aunque tenerlo tan cerca le resultaba de lo más agradable y tentador.

—Doctor… —empezó a decir Kathleen.

—Llámame Connor —le pidió el doctor dirigiendo sus ojos a los de Kathleen.

—No creo que…

—Dilo. Di mi nombre, aunque solo sea por una vez —volvió a demandar el doctor, pero suplicando con la mirada.

Kathleen no pudo resistirse a aquella marea verde y cálida que la envolvía como un manto.

—Connor —dijo quedamente.

—Oh. —Connor giró su rostro y pegó su mejilla a la de ella, sus labios casi tocaban su oreja y el calor de su aliento le llegó hasta el hombro—. Suena mejor de lo que había imaginado.

Kathleen no sabía si lo hizo sin querer, pero Connor le rozó la oreja con sus labios. Aquello fue suficiente para que sintiera un pálpito ardiente en una zona de su cuerpo en la que le avergonzaba pensar. Para tortura de Kathleen, Connor pegó su nariz a su cuello e inspiró profundamente. ¡Oh, Dios! Su cuerpo reaccionaba sin que ella pudiera controlarlo, ahora sus pechos parecían cobrar vida. Kathleen se sonrojó al comprobar que un calor líquido invadía su entrepierna. Estaba completamente asombrada del efecto que Connor tenía sobre

ella, sobre su cuerpo, que actuaba con voluntad propia solo con tenerlo cerca.

—Hueles tan bien… —afirmó Connor, extasiado, después de soltar el aire que había respirado junto a su cuello.

A pesar del olor a alcohol, Kathleen admitió para sus adentros que él también olía de una manera que le hacía perder el sentido. Su aroma a maderas y ámbar la perseguían hasta en sueños.

Connor se separó de su cuello y la miró a los ojos. Como tantas otras veces, quedaron atrapados en la red invisible que se tejía entre ellos conectando sus ojos.

—Cuando me miras así soy incapaz de pensar con claridad… —confesó Connor, con los ojos llenos de deseo—. Voy a besarte, Kathleen, si tienes alguna objeción dímelo ahora para…

—No tengo ninguna objeción —aseguró Kathleen, convencida de que no deseaba otra cosa más en el mundo que volver a besarlo.

Connor se quedó un instante mirándola, como si no estuviera seguro de lo que había oído. Entonces se lanzó a su boca, buscando allí el consuelo que no había encontrado desde que Kathleen se fuera con Will a Southampton. Besarse de nuevo fue como volver al hogar: ambos encontraron una cálida bienvenida en los labios del otro. Movida por el deseo que Connor había encendido con sus sutiles caricias, Kathleen exploró con absoluta impudicia su boca, buscando su lengua, que vino a su encuentro ansiosa e impaciente. Kathleen notaba con más fuerza un deseo hasta ahora desconocido latiendo entre sus muslos y tener a Connor totalmente pegado a sus caderas, convertía la posición en la que estaban en una verdadera tortura. Se deleitaron en ese beso apasionado hasta que quedaron sin aliento. Connor se separó de ella y la miró con ojos turbadores.

—Pídeme que me detenga y lo haré —le aseguró a Kathleen, aunque realmente se encontraba en un estado de excitación tal que le resultaba sumamente doloroso no dar rienda suelta a su pasión. Deseaba a Kathleen con cada fibra de su ser. Si ella lo rechazaba ahora iba a fallecer por combustión espontánea.

—No puedo pedirte tal cosa —le aseguró Kathleen, pasando a tutearlo ella también.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero arrepentirme de lo que no he hecho. La vida es demasiado corta.

—¿Eres consciente de lo que eso significa?

—Sí.

—Pero, ¿eres…? —Connor dudó por un instante.

—¿Virgen? Sí.

Connor suspiró y le dio un tierno beso en los labios. No entendía qué había hecho en esta vida para merecer que esa hermosa e

inteligente mujer deseara entregarse a él. Entonces tuvo un momento de lucidez, se levantó y ayudó a Kathleen a incorporarse. El fuego de la chimenea estaba casi apagado y hacía frío en la habitación. Con una agilidad que demostraba que los efectos del alcohol habían remitido un poco, cerró la puerta del dormitorio, se dirigió al hogar, añadió carbón para avivar el fuego y volvió junto a Kathleen, todo en apenas unos segundos. La cogió de las manos.

—Están heladas —dijo, se las llevó al pecho y las cubrió con las suyas tratando de calentarlas.

Kathleen pudo sentir el corazón acelerado de Connor bajo la palma de su mano derecha y pensó que podría componer una fantasía con el ritmo de sus latidos.

Sin dejar de mirarla, Connor volvió a coger sus manos y las besó, primero una y después la otra y, sin darle tiempo a reaccionar, se lanzó a sus labios, soltando sus manos y rodeándola con los brazos con una intensidad que desarmó a Kathleen por completo. Lentamente se tumbaron sobre la cama sin separar sus labios y Kathleen notó cómo una mano cálida y suave acariciaba su muslo desde la rodilla hasta su cadera. Sin prisas siguió su camino hasta sus nalgas y las presionó con delicadeza, acercándola a él, como si no quisiera que los separara ni un gramo de aire. Kathleen sintió junto a su entrepierna la fuerza del deseo de él. Era inexperta, pero sus amigas casadas le habían explicado con detalle lo que ocurre en la intimidad de una alcoba entre un hombre y una mujer. Sin embargo, ninguna de ellas le había hablado de los escalofríos que se sienten cuando un hombre acaricia la piel de una mujer, la calidez de sus labios o la delicadeza que pueden transmitir sus fuertes brazos. No pudo evitar introducir su mano por debajo de la camisa de él y acariciar su espalda. La sensación era maravillosa, poder tocar su piel era algo que había deseado casi desde el mismo instante en que lo conoció. Ahora lo sabía. Connor soltó un largo suspiro. Se separó un poco de ella y, torpemente, intentó quitarse la camisa agarrando la tela de su espalda y tirando hacia delante. A Kathleen le hizo gracia ver cómo luchaba con su propia camisa, pues se había quedado atrapado en ella por las muñecas al no desabrochar los botones antes de empezar a quitársela.

—Espera, déjame que te ayude —dijo con dulzura Kathleen.

Ambos se incorporaron en la cama y Kathleen pudo entonces desabotonar los puños de la camisa de Connor, que se dejaba hacer con la docilidad de un niño pequeño. A Kathleen le pareció cómica la situación en la que estaban: ella ayudando a alguien que siempre parecía tener bajo control cualquier situación y él aceptando sumiso la ayuda que le brindaba. Además, su aspecto era tan diferente al que mostraba habitualmente, tan serio y pulcro. Tenía el pelo alborotado y varios mechones caían descuidadamente sobre su frente. Estaba tan

atractivo que a Kathleen le costaba respirar. Una vez liberado de tan traicionera prenda, Connor se centró en despojar a Kathleen de su camisón. Dados los antecedentes, Kathleen colaboró activamente en quitarse, no solo el camisón, sino su ropa interior y Connor se deshizo de sus pantalones y calzones con una rapidez pasmosa. Kathleen sujetaba con pudor el camisón sobre su pecho cuando Connor centró al fin toda su atención sobre ella. Con una mano le apartó un mechón de la cara y con el dedo índice dibujó la línea de su rostro hasta llegar al mentón y detenerse en la barbilla.

—Eres tan hermosa… —dijo embelesado.

Deslizó su dedo por el cuello y el escote de Kathleen hasta que se topó con el camisón. Ella bajó la prenda y dejó su pecho al descubierto. Sin dejar de mirarla a los ojos añadió:

—No me canso de mirarte, bella Kathleen.

Y aún sentados en la cama, Connor la abrazó con ternura. Pasaba su mano por la espalda de Kathleen con lentitud, como si tuvieran todo el tiempo del mundo y él necesitara recorrer cada centímetro de su piel desde los hombros hasta la cintura. Kathleen disfrutó del abrazo y de las caricias a la vez que exploraba los fibrosos hombros de Connor, los definidos músculos de sus brazos y su amplia y protectora espalda. Oh, aquel definitivamente era su hogar.

—Kathleen —susurró Connor.

—¿Mmmm? —Kathleen era incapaz de articular una sola palabra.

—Te deseo más que a nada en este mundo y anhelo hacerte mía en este mismo instante, pero nada de lo que yo quiera tiene ninguna importancia si tú no lo deseas también.

Kathleen sonrió sobre su hombro ante la insistencia de Connor. No sabía si se debía a los efectos del alcohol o porque era extremadamente caballeroso, pero estaba claro que necesitaba saber que no la estaba forzando a una situación no deseada por ella.

—Connor, no hay ningún lugar en el mundo donde quiera estar, excepto aquí… contigo.

Kathleen se separó de él y lo miró a los ojos. Connor vio en el azul de su mirada un cielo soleado en un día espléndido, no había tormenta en el horizonte, ni tristeza, ni dudas, sino una determinación y una honestidad abrumadoras. Entonces la besó de nuevo, con ternura al principio y con urgencia poco después. Ya estaba todo dicho, las palabras no eran necesarias entre ambos, a partir de ese momento serían sus cuerpos los que iniciaran un diálogo silencioso cargado de sensaciones, olores y sabores desconocidos. Se recostaron de nuevo y Connor acarició con lentitud y adoración sus turgentes pechos mientras lamía y mordía el lóbulo de su oreja, haciendo que Kathleen soltara gemidos involuntarios que parecían avivar el deseo de él. Descendió lentamente sin dejar de besar la piel de su cuello y

escote hasta llegar a uno de sus pechos, donde se detuvo para torturar suavemente a Kathleen mordiendo sus puntiagudas cimas y pasando su cálida lengua después. Repitió el mismo ritual con el otro pecho, haciendo que Kathleen ardiera también en el mismo fuego que él y deseando algo que aún era incapaz de pedir o de ponerle nombre. Pero Connor sí sabía lo que el cuerpo de Kathleen estaba pidiendo a gritos y por ello la acarició desde el pecho hasta sus muslos, separándolos ligeramente y llevando su mano a la calidez rizada que había entre sus piernas. Connor se alegró de comprobar que las palabras de Kathleen eran ciertas y que no mentía cuando decía que quería estar con él. Su cuerpo era tan honesto como ella, y hablaba alto y claro del deseo que Kathleen sentía. Ante aquel contacto, Kathleen ahogó una exclamación y contuvo el aliento unos instantes, pues nunca antes nadie la había tocado de manera tan íntima. Se sentía totalmente expuesta y, sin embargo, no deseaba que aquel momento cesara, más bien al contrario, necesitaba que Connor siguiera acariciándola, justo ahí, en el centro mismo de su ser. Los expertos dedos de Connor parecían obedecer los deseos de Kathleen y acariciaron con delicada precisión sus sedosos pliegues, haciendo que ella se estremeciera de placer. Sin darse cuenta y urgida por el deseo que palpitaba en su interior, movió las caderas ligeramente arriba y abajo, en un intento de buscar un contacto más intenso con los dedos de Connor. Él se percató enseguida de sus movimientos y trató de responder a sus demandas con caricias más enérgicas. Kathleen jadeaba quedamente. Él la besó con pasión, mordiendo sus labios y buscando su lengua. El efecto de las caricias de Connor era tan arrollador que Kathleen sentía que no era dueña de su voluntad. En ese instante habría hecho o dicho lo que él le pidiese con tal de que la elevara a ese lugar desconocido por ella pero que su cuerpo necesitaba alcanzar. Y de pronto, su piel se erizó por completo cuando un placer indescriptible brotó bajo los dedos de Connor y recorrió todo su cuerpo. Jadeos entrecortados salían de sus labios mientras Connor la miraba extasiado, disfrutando por haberla complacido.

Kathleen aún temblaba cuando Connor la cubrió con su cuerpo y, suavemente, empezó a entrar en ella. Aguardó con temor el doloroso momento que sabía debía llegar una vez que él rompiera la barrera de su virginidad, pero él lo estaba haciendo tan lentamente que cuando ocurrió apenas notó durante unos instantes una aguda sensación de desgarro que se disipó con rapidez. Connor la besó con ternura, esperó unos instantes y comenzó a mover sus caderas pausadamente. Para Kathleen esa experiencia no estaba siendo tan placentera como las caricias que la habían llevado al éxtasis momentos antes y, sin embargo, disfrutaba de sus besos y del contacto de su piel. Compartir con Connor esa intimidad tan profunda era un sueño del que no quería

despertar. Poco a poco empezó a notar sensaciones parecidas a las que acababa de experimentar y sintió cómo Connor aumentaba el ritmo de sus embestidas. Kathleen subió por instinto sus caderas y encontró una nueva cota de placer que la hizo jadear de nuevo. Él la miró con intensidad y sonrió, sabía que ella volvía a disfrutar y se entregó por completo a la tarea de hacerla gozar. Sus cuerpos empezaron a moverse como si fueran dos expertos bailarines danzando al compás de una melodía compuesta especialmente para ellos. Se abrazaban y se acompañaban en una generosa búsqueda por dar placer al otro. Kathleen se aferraba a la espalda de Connor, sintiendo sus músculos tensos bajo una piel húmeda y cálida que ya sentía como propia. Connor acariciaba sus sedosos cabellos esparcidos por la almohada, dando rienda suelta a una fantasía largamente reprimida. La besaba. Se separaba para mirarla fascinado y volvía a besarla con voracidad. Y así, entre jadeos y palabras incomprensibles susurradas al oído llegaron juntos a ese lugar elevado al que solo llegan los amantes que se entregan en cuerpo y alma. Llegaron al clímax respirando el aire que el otro le hacía llegar a través de sus labios entreabiertos, moviendo su corazón al ritmo de los latidos de un corazón que no era el suyo y viéndose reflejados en los ojos que los miraban.

Exhausto, Connor se dejó caer junto a ella y cerró los ojos al instante.

—Cásate conmigo —dijo en un susurro—, no soportaría que volvieras a alejarte de mí.

Y se quedó dormido.

CAPÍTULO 28

Al contrario que Connor, Kathleen no podía dormir. Después de experimentar todo un catálogo de sensaciones nuevas, estaba completamente despierta y cargada de extrañas emociones. Había vuelto precipitadamente de Southampton sin saber muy bien qué poderosa fuerza guiaba sus pasos. Ahora, cálidamente envuelta en los brazos de Connor, comprendió que era él y solo él el que la había traído de nuevo a Londres. Disipados los remordimientos por sentir que traicionaba a Will, Kathleen pudo ver con claridad que desde el primer instante en que lo vio, se había sentido fuertemente atraída por él. Había intentado negárselo a sí misma, engañarse, convencerse incluso de lo contrario, pero le había sido imposible. Allí estaba, acurrucada junto a su cuerpo. Había sido extremadamente cuidadoso con ella, tierno, cariñoso. Era un sueño tenerlo tan cerca, notar su respiración acompasada pegada a su espalda. Kathleen no quería que aquella noche acabase porque sabía que, una vez más, él se alejaría de ella. Torturado por los remordimientos, pondría distancia entre ellos hasta que asimilara lo que había pasado, o tal vez lo hiciera para siempre. Ella no era tan ingenua como para pensar que su propuesta de matrimonio era real. No lo era, solo fue un arrebato fruto del momento que acababan de vivir juntos. Además, era bastante posible que él no recordara nada de lo dicho cuando se despertara. Pero si fuera real…

Para inmortalizar la cara de Connor durmiendo a su lado con descuidada placidez, Kathleen se giró sobre sí misma hasta quedar frente a él. Lo observó durante largo rato a la tenue luz de la lámpara que había en la mesita de noche, pero el sueño inició una batalla que ella acabó perdiendo poco antes de que las primeras luces del alba entraran por la ventana.

Cuando Connor abrió los ojos por la mañana, la habitación se afanaba en girar a su alrededor. Al intentar fijar su mirada en un punto concreto, el objeto en cuestión se desplazaba en círculos, provocándole una desagradable sensación de mareo que le obligó a

cerrar los ojos en varias ocasiones. En sus intentos por recobrar la consciencia pudo comprobar que no se encontraba en su dormitorio. Era su casa, pero aquella no era su cama, definitivamente. Pegado a su pecho sintió el calor del cuerpo desnudo de… ¡Kathleen! De pronto dio un respingo y abrió los ojos como platos. Por suerte, Kathleen no se inmutó. ¿Qué había hecho? El dolor de cabeza pareció aumentar considerablemente al ser plenamente consciente de lo ocurrido. Se llevó la mano a la frente y la frotó repetidas veces en un intento vano por aliviar el dolor que lo golpeaba con crueldad. ¿Cómo había pasado? Intentaba recordar lo sucedido pero solo tenía claro que había compartido gran parte de la velada con Avenford y otros amigos en White´s. El tiempo transcurrido desde que se despidió de ellos hasta ese momento era una gran laguna en su memoria. Estar junto a Kathleen no ayudaba a aclarar su mente, más bien al contrario, sentir sus suaves curvas pegadas a su piel parecía ablandar su cerebro y endurecer otra parte de su cuerpo que en ese momento rozaba las nalgas de ella. Debía salir de allí e intentar aclarar sus ideas. Se daría un baño, de agua fría a ser posible, para ver si la memoria y el sentido común volvían a su atolondrada cabeza.

Después de asearse y vestirse debidamente, Connor se sintió mucho menos embotado y los recuerdos de la noche anterior comenzaron a surgir en su mente de manera desordenada. Salió al jardín buscando la frescura de la mañana para poder pensar con claridad y empezar a tomar decisiones. Paseó entre los setos tratando de poner en orden cada visión, sonido y olor que recordaba. Se mesaba la barba y se frotaba la nuca convulsivamente. Todas las sensaciones que invadían su cuerpo eran tan extraordinarias… Sin embargo, su mente tomó el control de la situación y no dejó que Connor siguiera recreándose en lo que había vivido junto a Kathleen.

Con la determinación de alguien que acaba de decidir su destino, se encaminó hacia la cocina para prepararse un café, aunque no tuviera la más remota idea de cómo hacerlo. Los criados empezarían a llegar pronto a la casa, pero no estaba dispuesto a esperar a que Wallis regresara para tomarse su preciado reconstituyente. Al entrar en la cocina, Connor se encontró con la sorpresa de que Kathleen, elegantemente vestida y peinada, se hallaba sentada a la mesa. Estaba radiante. Y parecía que estaba a punto de darse un festín para desayunar. Connor pudo ver que sobre la mesa había tostadas, *scones*, mantequilla, beicon, huevos y té recién hecho. Y también comprobó que ella acababa de llevarse a la boca un buen trozo de un pastel de arándanos que tenía un aspecto delicioso. Masticaba el apetitoso manjar a dos carrillos con una expresión de absoluto placer. Connor estaba francamente asombrado. Aquella no era la imagen de la damisela atormentada y en apuros que se había forjado su, al parecer,

fantasiosa mente, unos minutos antes.

—Me moría de hambre —dijo Kathleen a modo de excusa cuando lo vio y pudo tragar, no sin cierta dificultad, el enorme trozo de tarta que se había metido en la boca.

Kathleen, completamente abochornada por la situación, se reprochaba haber sido tan confiada. ¡Y qué glotona, por el amor de Dios! ¡Pero qué inoportuna había sido! ¡Su cara debía de tener un tono cercano al púrpura! Convencida de que él la evitaría durante los siguientes días, o meses, tras vestirse con esmero, decidió seguir con sus planes de dar un buen paseo por Hyde Park. No obstante, se había levantado con un hambre atroz, pues la noche anterior no había cenado, y quiso darse su particular banquete de año nuevo. Se había traído de Southampton un pequeño paquete preparado por Margie que contenía algunos de sus dulces favoritos, entre los que estaba esa exquisita tarta de arándanos. Ahora, con Connor allí delante de ella, parecía que su apetito se había esfumado. Estaba algo ojeroso y su barba no había sido recortada en días y, aun así, su mirada verde agua la dejaba sin aliento.

—Buenos días, señorita Wilkes —dijo Connor, haciendo una leve inclinación de cabeza.

«Vaya, vuelvo a ser *la señorita Wilkes*. Está bien, si desea jugar a que anoche no pasó nada. Juguemos».

—Buenos días, señor Radcliffe, ¿ha dormido usted bien? —preguntó con intención Kathleen, mirándolo fijamente con el ceño fruncido.

Connor pareció sorprenderse ante la pregunta y, titubeante, contestó:

—Sí, muy bien, ¿y usted?

—Eh… sí, sí, muy bien también. ¿Le apetece tomar algo? —preguntó Kathleen señalando todo lo que había sobre la mesa.

—La verdad es que necesito un café.

—He preparado té.

—No soporto ese brebaje.

—Oh, lo siento.

—No lo sienta. No es culpa suya. ¿Iba a salir?

—Sí. Había planeado ir a dar un paseo por Hyde Park —dijo sonriendo por primera vez desde que se encontraron, contenta de tener un plan de escape, en caso necesario.

—Perfecto —dijo Connor caminando hacia ella. La cogió de la mano y añadió—: Venga conmigo, iremos a un lugar donde los dos podremos satisfacer nuestros planes para esta mañana.

Kathleen, perpleja ante la familiaridad con la que la estaba tratando, se dejó llevar sin oponer resistencia. Al llegar a la entrada, él la ayudó a ponerse el abrigo. Él cogió el suyo y un sombrero y salieron

a la calle. Una vez fuera, Kathleen comprobó que la ciudad se mostraba extrañamente silenciosa, tal parecía que sus habitantes se resistían a levantarse de sus camas después de una larga noche de festejos. Empezaron a caminar, pero Kathleen se percató de que iban en sentido opuesto a Hyde Park.

—No es por aquí… —informó tímidamente Kathleen.

—No vamos a Hyde Park —contestó lacónicamente Connor.

Sin añadir nada más, siguieron caminando unos minutos hasta que un taxi pasó junto a ellos y Connor lo detuvo.

—A Battersea, por favor.

Kathleen estaba intrigada. Nada de lo planeado para aquella mañana estaba llevándose a cabo: ni su fantástico desayuno, ni su paseo por Hyde Park. No obstante, estaba encantada con el cambio de actitud de Connor. Tras un acercamiento tan íntimo entre ellos la noche anterior, en lugar de huir de ella, la llevaba a un lugar que estaba ansiosa por descubrir. Volvía a estar serio, como antes, pero no distante.

Tras cruzar el Támesis por el Puente de Alberto, Connor le pidió al taxista que se detuviera, pagó y se bajaron. Ofreció su brazo a Kathleen y ella lo tomó gustosamente. Caminaron unos minutos en silencio hasta que llegaron a una enorme extensión de terreno lleno de árboles y plantas.

—¿Ha venido alguna vez al parque Battersea? —preguntó Connor mirando a Kathleen con interés.

—No, nunca —confesó Kathleen mirando hacia el vergel que tenía delante.

A medida que se iban adentrando en el parque, Kathleen se sorprendía cada vez más de las diversas plantas y árboles que se hallaban diseminados a lado y lado de los caminos de grava. Ante sus ojos se erguían orgullosos, castaños de Indias, nogales negros, tuyas orientales o paulownias tormentosas, siendo todas ellas especies a las que solo podía admirar, pero no nombrar. Cerca de un lago había una zona con plantas muy distintas a las que estaba acostumbrada a ver y no pudo evitar preguntar:

—¿Qué lugar es este? Esas plantas son realmente… exóticas.

Connor sonrió.

—Estamos en el jardín subtropical del parque. Aquí hay plantas y flores de lugares tan distantes como Sudáfrica o Madeira. No hay nada igual en todo Londres. Venga.

Connor la condujo cerca del lago y casi oculta a los ojos de un visitante poco observador se encontraba lo que para Kathleen era la construcción más bonita que había visto jamás. Se trataba de una especie de casa de cristal de techos altos sustentada por una estructura de hierro forjado con detalles de plantas, hojas y pequeñas aves. Desde

fuera se podía apreciar que aquel fabuloso edificio estaba lleno de vegetación en su interior.

—¡Este lugar es extraordinario! —exclamó Kathleen sin poder ocultar su admiración.

Connor no dijo nada, pero una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

Nada más entrar, Kathleen notó que el ambiente era cálido y húmedo, aunque no sofocante. De hecho, en aquella mañana fría de enero agradeció entrar en un lugar tan agradable. Había plantas por todas partes, parecidas a las del exterior, que tanto habían sorprendido a Kathleen, exóticas y desconocidas para sus ojos. Había flores de colores intensos y plantas trepadoras que se enroscaban alrededor de troncos de palmeras, bambús o árboles del paraíso. Entre la vegetación había claros sin plantas donde estaban cuidadosamente colocadas preciosas mesas y sillas de forja de color blanco. Cada uno de los claros eran espacios con un ambiente íntimo, pues contaban con la privacidad que le otorgaban las plantas de alrededor. Al fondo se veía un mostrador detrás del cual se encontraba un hombre negro con un traje de un blanco impoluto. «Hasta el camarero es exótico», pensó Kathleen con humor.

—¿Le gustaría sentarse y tomar algo aquí? —preguntó Connor señalando una de las mesas.

—¡Oh, sí! ¡Me encantaría! —exclamó Kathleen entusiasmada, entrelazando sus manos enguantadas, con la ilusión de una niña que estuviera viendo el mar por primera vez.

Tomaron asiento en una de las mesas y el camarero se acercó para atenderlos. Connor y él se saludaron como si fueran viejos amigos y ambos se felicitaron el año nuevo. El camarero se giró hacia Kathleen y con una sonrisa amable dijo:

—Bienvenida al Jardín Subtropical. Mi nombre es Moses.

—Mi nombre es Kathleen. Encantada de conocerle y de haber venido a este lugar tan… cálido —dijo Kathleen con una gran sonrisa.

Extendió su mano y Moses se la estrechó ligeramente. Finalizados los saludos, tomó nota de sus pedidos y se alejó.

—Parece que le conoce bien, ¿suele venir a menudo, doctor? —preguntó Kathleen.

—Durante un tiempo vine casi a diario. Tras la muerte de Amanda pasé un tiempo sin poder trabajar, pero tampoco podía quedarme en casa. Sentía que me asfixiaba allí dentro. Así que un día salí a tomar el aire y comencé a andar hasta que llegué aquí. Encontré este sitio y pensé exactamente lo mismo que ha pensado usted cuando lo ha visto: que es un lugar extraordinario. Empecé a venir con frecuencia y Moses se convirtió en mi mejor compañía. Me escuchaba pacientemente durante horas mientras yo me lamentaba de mi desdicha. No me juzgaba ni me aconsejaba. Simplemente se quedaba junto a mí y me

dejaba hablar. Solo mucho tiempo después me confesó que él había perdido a su esposa y a su hijo durante el parto de este, pero que él no había tenido a nadie con quien compartir su dolor.

—Él quiso darle a usted el consuelo que él no recibió.

—Fue de gran ayuda para mí. Estoy en deuda con él.

Moses llegó en ese momento y sirvió café para Connor y té para Kathleen en unas tazas de finísima porcelana inglesa decorada con flores de vistosos colores. El olor del café era tan agradable que Kathleen se reprochó no haber pedido también uno para ella. A Kathleen le encantó lo que veía y olía, y no pudo evitar sonreír.

Connor dio un sorbo a su café y la miró intensamente por encima de su taza.

—¿Qué le hace sonreír, señorita Wilkes?

Kathleen respiró profundamente antes de contestar.

—Me gusta este sitio, doctor. Me hace sentir bien. Todo es hermoso aquí.

—Así es —coincidió Connor sin apartar los ojos de ella—, muy hermoso.

Kathleen no pudo sostenerle la mirada durante mucho tiempo, los recuerdos de la noche anterior hacían que se sonrojara ante sus ojos. Así que decidió que era un buen momento para servirse el té.

—Anoche… —empezó a decir Connor.

A Kathleen casi se le derrama el té de la taza. «Ay, Dios mío, ¿vamos a hablar de lo de anoche?». Intentó conservar la compostura, tragó saliva y colocó la tetera sobre la mesa muy lentamente.

—Todo está bien, doctor.

—Necesito saber si… si usted está bien. Tengo recuerdos, pero no demasiado claros de… mmm… nuestro… encuentro. ¿Fui brusco? ¿Le hice daño? —Apoyó el codo en la mesa y se frotó la frente con la mano.

Connor estaba siendo extremadamente directo. ¿Realmente iban a hablar de ello justo en ese momento? Kathleen hubiera preferido cambiar de tema, pero en lugar de eso, negó con la cabeza.

—Por favor, necesito saber la verdad, ¿se vio forzada en algún momento? No me lo perdonaría si así fuera —confesó Connor sinceramente atormentado.

Todo lo que recordaba de la noche anterior era excitante y placentero, pero le torturaba el hecho de pensar que quizás sus percepciones estuvieran totalmente distorsionadas por el alcohol y no fuera consciente de estar causándole un daño a Kathleen.

—No me sentí forzada en ningún momento. De hecho, usted me dio la oportunidad de detener lo que estaba pasando y no lo hice. —Kathleen se sonrojó intensamente, tomó su taza y le dio un sorbo.

Connor la miró en silencio durante largo rato.

—Debo compensarla por lo sucedido anoche. Como hombre de honor que soy, deseo reparar el daño que le he causado.

—No hay ningún daño que reparar, señor Radcliffe. Soy una mujer adulta, tomé una decisión y la asumo —interrumpió Kathleen.

—No soy de esas personas que eluden sus responsabilidades. Yo soy el que debe asumir las consecuencias de sus actos y enmendar esta situación: le propongo que se case conmigo.

Kathleen lo miró ceñuda. En apenas unos pocos días dos hombres se habían ofrecido a casarse con ella por honor… no por amor.

—Si aceptara su proposición, señor, sería yo la que le estaría forzando a una situación que no desea y yo no quiero cargar con eso el resto de mi vida. Le agradezco el ofrecimiento, pero mi respuesta es no.

—Usted no me fuerza a nada. Soy yo el que le está proponiendo matrimonio. Creo recordar que anoche dijo que usted y Will ya no estaban comprometidos. ¿Fue usted quien rompió el compromiso?

—Sí, fui yo, aunque lo cierto es que él también deseaba romperlo.

—Pero vino a buscarla desde América.

—Lo hizo por honor, como usted.

—Él siente por usted algo más que una obligación, estoy seguro.

—Entre él y yo siempre existirá algo especial…

—¿Tan especial que le impide casarse conmigo?

—Mi negativa a casarme con usted no tiene nada que ver con Will.

—¿Y si estuviera esperando un hijo mío? ¿También me diría que no?

Kathleen abrió la boca para hablar, pero no pudo decir nada. No había pensado en ello. De repente un aluvión de sensaciones recorrió su cuerpo: miedo, ansiedad, preocupación, alegría, expectación, ternura. Si estuviera esperando un hijo, sería algo bonito y emocionante. Una llamita de ilusión comenzó a calentar su corazón.

—No lo sé —admitió al fin Kathleen.

—¿Y si le dijera que antes de anoche ya había pensado en pedirle que se casara conmigo?

A Kathleen se le marcó una profunda arruga en el entrecejo cuando miró intrigada a Connor, sin poder decir nada. ¿Acaso él sentía por ella…?

—Cuando Will vino a buscarla y ambos se fueron a Southampton me di cuenta de que si se marchaba definitivamente, Daniel y Mandy habrían de afrontar otra pérdida más en sus vidas. Y no quiero que pasen por ello de nuevo.

—Entiendo —dijo Kathleen con un deje amargo en su voz—. Usted, para evitar que sus hijos sufran, haría el sacrificio de casarse conmigo.

—Para mí no es un sacrificio.

—Pero no es lo que desea.

¿No lo era? Los días que Kathleen había pasado en Southampton habían sido una verdadera tortura para Connor, creía verla o escucharla por cada rincón de la casa. Anhelaba volver a encontrarse con ella con toda la fuerza de su corazón y le aterraba que no regresara. Sin embargo, no dijo nada al respecto.

—Le ofrezco una familia, señorita Wilkes, mi familia. Mis hijos la adoran y estoy seguro de que se alegrarán de que usted se quede para siempre con nosotros. Con respecto a mí, no voy a engañarla ni prometerle algo que no voy a poder cumplir. No puedo ofrecerle amor, señorita Wilkes, pero sí respeto y afecto. Admiro su talento y la apoyaría en su deseo de componer música. Haría todo lo posible por que pudiera desarrollar su creatividad y realizarse profesionalmente. —Connor guardó silencio unos instantes sin dejar de mirarla.

A pesar de que se estaba expresando como si de las condiciones de un contrato se tratase, la verdad es que estaba muy inquieto por si ella se negaba definitivamente a aceptar su proposición.

—¿Aceptaría casarse conmigo, señorita Wilkes? —volvió a preguntar Connor.

Kathleen estaba hecha un mar de dudas, una cosa era rechazarlo a él y otra bien distinta renunciar a los niños. Si no aceptaba su proposición, tampoco podría quedarse y seguir trabajando para él. Sería muy complicado mantener una relación con el doctor después de lo ocurrido y de la conversación que acababan de tener. Por un lado, la oferta era tentadora, ella se sentía dichosa en aquella casa, los niños la hacían feliz y él afirmaba que la apoyaría en su carrera como compositora. Por otro lado, compartir la vida con el señor Radcliffe sabiendo que jamás podrían ser verdaderamente marido y mujer, se le antojaba más un motivo de sufrimiento que de alegría. Aun así, Kathleen se sirvió algo más de té y colocó las manos alrededor de la taza, buscando el calor que parecía haberse escapado de su cuerpo. Connor pudo ver que el sol se había marchado de los ojos de Kathleen y unas nubes grises lo miraban con tribulación.

—Debo pensarlo, señor Radcliffe —dijo finalmente Kathleen.

CAPÍTULO 29

Kathleen no tenía dudas sobre la respuesta que deseaba darle a Connor. Sin embargo, necesitaba escuchar la opinión de las personas más importantes de su vida allí, en Londres. Los niños llegarían en un par de días y ella quería hablar con Connor antes de su regreso. Primero quedó con Patrick para tomar el té en el hotel Langham y después fue a visitar a Ann a su casa.

—Estás radiante. —Fue lo primero que dijo Patrick cuando la vio—. El motivo por el que me has hecho venir debe de ser realmente bueno porque tu cara es el vivo retrato de la felicidad.

Kathleen no podía dejar de sonreír. Desde que Connor le hiciera aquella extraña proposición de matrimonio, se hallaba flotando en una nube. Si la petición de mano de Will le había parecido poco romántica, la de Connor, tal y como la había planteado, era una mera transacción comercial. Sin embargo, se sentía infinitamente dichosa por la perspectiva de compartir la vida con él y con los niños. No obstante, hacía tanto tiempo que Kathleen y Patrick no se veían, que tuvo que ponerle al tanto de las últimas noticias con respecto a Will y todo lo que había sucedido después.

A medida que el relato de Kathleen avanzaba, Patrick estaba cada vez más desconcertado: desde la repentina aparición de Will hasta el rechazo de Kathleen a contraer matrimonio con él.

—Entonces, esa cara de felicidad ¿a qué se debe? —preguntó perplejo.

—Se debe a que otra persona me ha pedido en matrimonio.

—¿Otra persona? ¿Pero quién pued…? —Patrick se detuvo unos instantes con el ceño fruncido mientras su cabeza hacía conjeturas—. ¡No será el taciturno señor Radcliffe!

Kathleen se llevó las manos a la cara para cubrir su rubor y su sonrisa boba.

—¡Sí! El doctor Radcliffe me ha pedido que me case con él —exclamó, tratando de bajar la voz para no llamar demasiado la atención.

Sin contarle que durmieron juntos en Nochevieja, Kathleen se embarcó en la narración de cómo se había desarrollado su relación con el doctor desde que llegara a su casa. La manera en la que él se acercaba a ella para después alejarse, cómo podía ser intratable y al segundo siguiente encantador, displicente y cortés, distante y después afectuoso.

—Pero, ¿estás enamorada de él? —preguntó Patrick, como siempre, preocupado por lo que ella sentía.

Kathleen lo miró en silencio durante unos instantes.

—No puedo poner nombre a lo que siento por él, Patrick. Solo puedo decirte que, incluso si Will hubiera deseado quedarse en Inglaterra e iniciar una vida conmigo, yo no habría podido casarme con él porque mi cabeza… o mi corazón, no lo sé, están ya en otra parte. —Y desvió la mirada, algo nostálgica, hacia la ventana, sin ver realmente lo que había detrás del cristal.

Patrick entonces tomó la barbilla de ella entre sus dedos e hizo que girara la cara de nuevo hacia él.

—¿Y él? ¿Está él enamorado de ti?

En ese momento Kathleen perdió todo el brillo de su mirada y soltó un largo suspiro antes de contestar.

—Él sigue enamorado de su esposa, fallecida hace dos años.

—Entonces, ¿por qué te ha pedido que te cases con él? ¿Y por qué estás tan contenta con su proposición? —preguntó algo molesto ante tal descubrimiento.

Kathleen dibujó una sonrisa triste en su rostro.

—Él me ha ofrecido una especie de acuerdo en el que todos, incluidos sus hijos, saldríamos beneficiados: Connor tendría la tranquilidad de que los niños se criarían conmigo sin el miedo a que yo pudiera marcharme en cualquier momento, Daniel y Mandy mantendrían una estabilidad emocional, tan necesaria tras la pérdida de su madre y yo ganaría una familia. Supongo, hermanito, que estoy contenta porque en el fondo deseo estar cerca de los niños… —«Y también de Connor», pensó.

Patrick la escuchó atentamente, pero a medida que ella esgrimía sus argumentos a favor de aquel *acuerdo*, su gesto se ensombrecía cada vez más y empezó a negar con la cabeza.

—Kathleen, no puedes aceptar casarte con él. Estás cometiendo un error.

—¿Por qué? —preguntó decepcionada Kathleen—. Las cosas entre Connor y yo podrían cambiar, tal vez él podría con el tiempo sentir algo por mí…

—Kathleen, Kathleen —la interrumpió Patrick, mirándola con una profunda tristeza por tener que ser él quien le mostrara la cruda realidad a su amiga—, no debes engañarte. Si compitieras con una

mujer de carne y hueso, tal vez tendrías alguna posibilidad, pero al hacerlo con un recuerdo, tienes la derrota asegurada. Puede que no todo fuera idílico en la vida que compartieron el doctor y su esposa, sin embargo, todos los recuerdos que él atesora en su memoria son bellos y dichosos, estoy seguro de ello. La memoria es caprichosa y elige siempre lo bueno, lo alegre, lo perfecto. Si aceptaras casarte con él, no estarías librando una batalla justa.

Kathleen escuchó con paciencia y cariño los consejos de su amigo, admitiendo para sus adentros que quizás tenía razón, que estaba formando castillos en el aire y fantaseando con algo que podía no suceder jamás. Pero, a pesar de todo, no podía negarse a intentarlo. La opción de rechazar a Connor y, con ello, renunciar a los niños y a pertenecer a esa familia, se le antojaba sencillamente impensable.

Después de encontrarse con Patrick, deseaba consultar a su hermana. Algo le decía que Ann comprendería mejor sus razones y tal vez ella también albergara esperanzas de que algún día pudiera ser feliz junto a Connor.

Cuando Kathleen se presentó en la casa de su hermana sin previo aviso, se encontró a una Ann absolutamente pletórica, que estrechó a Kathleen entre sus brazos largo rato hasta que se separaron ligeramente.

—Tengo algo que contarte —dijeron a la vez.

Al unísono soltaron una carcajada que se escuchó en toda la casa.

—Ven —dijo Ann bajando la voz y cogiendo a Kathleen de la mano —, vayamos a un lugar más íntimo para poder hablar con tranquilidad. Debemos darnos prisa, pronto regresará Rod para la cena y quiero que me lo cuentes todo antes de que llegue.

Se acomodaron rápidamente en los sillones ubicados frente al hogar encendido en el salón destinado a las visitas y comenzaron a hablar.

—Empieza tú, Ann, cuéntame, ¿qué ocurre? Te veo exultante, ¿qué ha pasado?

—Ay, Kathleen —dijo mientras estrechaba sus manos con fuerza—, creo que estoy embarazada…

Kathleen no pudo evitar soltar un grito de júbilo y se abrazó a su hermana llena de alegría.

—Dios mío, Ann, ¡esa es una gran noticia!

—Bueno, no estoy segura, Kathleen, he tenido una falta y empiezo a sentir cosas, pero aún no me lo ha confirmado ningún médico.

—¿Lo sabe Rodderick?

—No, todavía no. Quiero estar segura antes de darle la noticia, pero a ti no podía ocultártelo por más tiempo. Estaba deseando volver de casa de mis suegros estos días para contártelo. Oh, Kathleen, estoy tan emocionada… Creo que me quedé embarazada el mismo día en que le confesé a Rod que eras mi hermana. Si se confirma la buena

noticia, me parece que he de darte la razón: necesitaba contar la verdad para poder sentirme liberada del peso que llevaba sobre los hombros, ocultando ese secreto durante tanto tiempo. ¡Has sido una bendición para mí! Y doy gracias a Dios por que un día decidieras venir a buscarme. Pero, por favor, cuéntame tú, ¿qué noticia tienes que darme? ¡Me muero de curiosidad! Te veo rebosante de alegría.

—El doctor Radcliffe me ha pedido que me case con él —soltó sin rodeos Kathleen.

Ann soltó un gritito a la vez que estrechaba las manos de su hermana con fuerza.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que había algo especial entre vosotros! Cada vez que os hemos visitado, os he observado durante la cena y después y ¡oh! ¡Cómo te mira, Kathleen! ¡Sus ojos lo dicen todo!

Kathleen trató de apaciguar el entusiasmo de su hermana, negando con la cabeza.

—Espera, hermanita, por favor. Me temo que estás sacando conclusiones equivocadas. Si bien es cierto que me ha pedido en matrimonio y, no puedo negar que es algo que me ha llenado de ilusión, la verdad es que no son sus sentimientos hacia mí los que le han llevado a hacerlo.

Ann arrugó toda la frente para mostrar su total contrariedad ante las afirmaciones de su hermana.

—¿Cómo puedes decir eso? Yo sé lo que he visto. No sé lo que él te habrá dicho, pero yo no tengo dudas de que él se siente fuertemente atraído por ti. Lo sé. Y Rod opina lo mismo.

—¿Rod? ¿Habéis hablado Rod y tú sobre el doctor Radcliffe y yo? —preguntó Kathleen sorprendida.

—Kathleen, me da la impresión de que ni tú ni el doctor sois conscientes de lo que flota en el aire cuando los dos estáis en la misma habitación.

—¿Qué es lo que flota en el aire, Ann? Si habías percibido algo así, ¿por qué no me habías dicho nada?

—Estaba esperando a que fueras tú la que me lo dijera. Yo solo sé que cuando estáis cerca el uno del otro parece que los que estamos alrededor sobramos…

—Creo que te has llevado una impresión equivocada. Déjame que te cuente todo lo que ha sucedido estos días y entenderás mejor lo que quiero decirte. Pero antes debo ponerte al tanto de algo muy… inesperado que ha sucedido en tu ausencia.

—¿Más inesperado que el hecho de que el doctor Radcliffe te haya pedido la mano?

—Más inesperado e increíble a la vez, Ann.

Kathleen narró a su hermana el regreso de Will, el viaje a Southampton y la ruptura de su compromiso. Ann no salía de su

asombro.

—¿Y no sentiste nada cuando lo viste de nuevo? ¿Cuándo compartiste esos días con Will? —preguntó Ann intrigada.

—Sentí una alegría inmensa, Ann. Will, mi adorado Will estaba vivo y había venido a buscarme. Sin embargo, mi cuerpo no reaccionaba como yo creía que debía hacerlo.

—Como reacciona cuando ve al doctor Radcliffe…

Kathleen se sonrojó levemente y no pudo mantener la mirada de su hermana.

—El doctor me había besado una vez, antes de la llegada de Will…

Ann se llevó ambas manos a la boca para cubrir su expresión de absoluta sorpresa, ¿o quizás era júbilo? Sus ojos brillaban alegremente.

—…y desde entonces siento cosas que no había sentido con Will.

—¡Oh, Kathleen! ¿Cómo no me lo habías contado antes?

—¡Estaba absolutamente abrumada por los remordimientos! ¡Sentía que estaba traicionando el recuerdo de Will, cuando no se había cumplido ni siquiera el primer aniversario de su… desaparición!

—¿Y ahora que Will ya no está en tu vida?

Kathleen guardó silencio unos instantes. Quería contarle a su hermana lo ocurrido entre ella y el doctor la noche del treinta y uno de diciembre, pero le daba miedo que su hermana la juzgara duramente.

—Ahora… —Kathleen vaciló, pero finalmente decidió sincerarse con su hermana, tenía la sensación de que no podía ocultarle nada—. ¡Oh, Ann! Ha ocurrido algo muy… ¡Por favor, no seas dura conmigo! Ha ocurrido algo que ha sido el desencadenante de toda esta situación.

—¡Por favor, Kathleen! ¡Dime qué ha pasado! Estás empezando a preocuparme.

—El doctor Radcliffe vino a mi habitación de madrugada en Nochevieja. Él no sabía que yo había vuelto de Southampton, pero fue a mi dormitorio. Yo escuché cómo alguien me llamaba y me levanté de la cama, al abrir la puerta él cayó sobre mí. Estaba ebrio. Es extraño porque se mostró muy contento de volver a verme. Empezó a decirme cosas bonitas y me besó. Bueno, primero me pidió permiso. —Kathleen soltó una risita tonta al recordarlo.

Ann la miraba en silencio con ojos sonrientes e hizo una leve inclinación de cabeza como animando a su hermana a continuar.

—Después de ese beso vinieron otros y yo… ¡Por favor, Ann! No pienses que soy una perdida. Yo me entregué a él —dijo casi en un sollozo.

Después de su confesión, Kathleen observó a su hermana para comprobar su reacción, pero Ann seguía sin hablar. Hasta que una gran sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Después de contarme esto vas a negarme que él no siente nada por ti? No solo se siente atraído por ti, ¡sino que te ha pedido que te cases con él! ¿Sabes cuántos patrones dejan embarazadas a sus criadas y jamás se hacen cargo ni de las muchachas ni de sus criaturas? Jamás voy a juzgarte, hermanita, probablemente tú y yo seamos fruto de una relación así.

Kathleen abrazó a su hermana con fuerza y en ese momento el conde de Sutton entró en la habitación, obligando a las hermanas a aplazar la conversación a otro momento. Aquella noche Kathleen cenó con la pareja y después la acompañaron a casa del doctor. Al llegar a la mansión no había ni rastro de Connor y Kathleen se fue directa a su dormitorio.

Al día siguiente, Kathleen tampoco vio al doctor. Pasó casi toda la jornada sola, excepto en las horas de las comidas, que las tomó en la cocina, junto con Wallis y el resto del servicio. Después de la cena se fue a la biblioteca a leer y le pidió a Johnson que avisara al doctor de que lo estaba esperando allí, cuando este llegara a la casa.

Kathleen llevaba ya un buen rato hojeando un ejemplar de las *Baladas líricas* de William Wordsworth sin poder terminar de leer ni un solo poema. Estaba nerviosa y cada vez que empezaba a leer, se distraía al segundo o tercer verso y comenzaba a pensar en Connor. ¿Y si se había arrepentido? ¿Y si prefería dejar las cosas como estaban? ¿Y si…? En ese momento Kathleen escuchó unos leves golpes en la puerta y su corazón se desbocó de repente. Cerró el libro de golpe y casi se le cae al suelo de lo que le temblaban las manos. Miró hacia la puerta y vio a Connor entrando en la estancia mientras la buscaba con la mirada. Él cerró la puerta tras de sí y se acercó con pasos lentos hacia ella. Kathleen se levantó, observando su semblante serio. ¡Qué difícil era adivinar sus pensamientos cuando llevaba puesta esa máscara tan sombría! Connor se detuvo frente a ella, muy cerca, quizás demasiado, como aquella primera vez en que se encontraron en ese mismo lugar. Kathleen recordó aquel momento y no pudo evitar pensar en cómo empezó todo entre ellos y en qué situación se encontraban ahora. Se le escapó una leve sonrisa.

—Buenas noches —dijo Connor, mirando sus labios y después sus ojos.

A Kathleen le pareció que su expresión adusta se suavizaba un poco, pero era solo una impresión y podía estar equivocada.

—Buenas noches, doctor —saludó Kathleen—, ¿ha tenido un buen día?

—Los he tenido mejores —admitió—, ¿le apetece sentarse? —preguntó señalando el sofá del que ella acababa de levantarse.

Lo cierto era que Connor no deseaba hablar de los dos horribles días que acababa de pasar. Estaba inquieto, malhumorado,

impaciente. ¿Tan malo era que ella dijera que no a su proposición? ¿Acaso era él un novio primerizo? ¿Por qué tantos nervios ante su posible negativa? Se preguntaba y se reprochaba Connor constantemente. En cambio, su malestar iba en aumento a medida que pasaban las horas y los días. En el fondo de su corazón sabía que no estaba preparado para el rechazo de Kathleen.

—Sí, sentémonos. Imagino que estará cansado —contestó amablemente Kathleen.

Connor se sentó junto a ella en el sofá y rozó levemente la mano de Kathleen para arrebatarle el libro que aún sostenía. Miró la portada del libro.

—¿Le gusta la poesía, señorita Wilkes? —preguntó clavando sus ojos verdes en ella.

Kathleen se quedó unos instantes perdida en su mirada cristalina mientras trataba de recomponerse tras sentir cómo todo el vello de su cuerpo se había erizado con la caricia de su mano. Esto era lo que había tratado de explicarle a su hermana: que su cuerpo actuaba por voluntad propia cuando él estaba cerca y le era imposible controlar sus reacciones ante algo tan insignificante como el contacto de una porción mínima de la piel de Connor.

—Sí —consiguió decir al fin—, sobre todo del Romanticismo.

—Nunca he leído nada de Wordsworth —dijo abriendo el libro por una página al azar y leyendo en voz alta:

Ella era un fantasma del deleite
cuando por vez primera la vi,
ante mis ojos resplandeciente;
una adorable aparición enviada
para adornar un instante…

Connor levantó la vista del libro y miró a Kathleen. Ella no supo cómo interpretar su mirada, ¿acaso él le dedicaba las palabras de Wordsworth, como si sintiera lo mismo que el poeta al contemplarla? ¡Qué ingenua era! ¡Pero cuánto le gustaba la forma en que él la miraba! Connor siguió leyendo el poema hasta que llegó a los últimos versos:

Una mujer perfecta, noblemente planeada,
para advertir, para consolar y ordenar;
y aun así un espíritu que resplandece
con algo de luz angelical.

Connor tardó unos segundos en levantar los ojos del libro tras terminar de leer el poema. Tragó saliva y finalmente miró a Kathleen con una mirada extraña en sus ojos. El último verso aún flotaba en el aire cuando Connor se inclinó levemente hacia Kathleen para buscar sus labios y besarla con una calidez que la derritió por dentro como la cera de una vela largo tiempo encendida. Antes de que pudiera

asimilar lo que estaba pasando, Connor se separó de ella, carraspeó ligeramente y se levantó del sofá. Se dirigió a uno de los ventanales y se quedó de pie, dándole la espalda a Kathleen y dejándola desconcertada una vez más. Cruzó las manos a su espalda y guardó silencio.

—Ya he tomado una decisión —dijo Kathleen, con la esperanza de que él se girara y poder ver su reacción cuando le diera su respuesta.

No lo hizo. Connor se mantuvo hierático, sin mover un solo músculo, mirando hacia la oscuridad exterior.

—¿Y bien? —preguntó con voz ronca.

—Mi respuesta es sí —dijo Kathleen sin vacilar—, acepto su proposición de matrimonio.

Él siguió sin volverse hacia ella. No obstante, Kathleen percibió que los hombros de él se relajaban y escuchó como si un suspiro escapara de sus labios. Entonces Connor giró sobre sus talones y fue hacia ella. Kathleen se levantó y él cogió su mano, se la llevó a los labios y la besó.

—Espero ser digno de semejante honor —dijo.

—Y yo espero no defraudar ni a los niños ni a usted —confesó Kathleen, a la vez que le invadía un miedo irracional a ser rechazada por los pequeños.

Connor soltó su mano y se dirigió a la puerta.

—Los niños llegarán a mediodía. La espero aquí mañana después del desayuno para hablar de cómo vamos a organizarlo todo, incluido cómo se lo contaremos a los niños. Buenas noches.

Connor salió de la biblioteca y cerró la puerta tras de sí. Kathleen pudo escuchar sus pasos alejarse por el pasillo mientras pensaba que se iba a casar con el hombre más extraño sobre la faz de la Tierra.

CAPÍTULO 30

Connor ya estaba esperándola en la biblioteca cuando Kathleen entró sin haber desayunado aquella mañana. La inminente llegada de los niños hizo que le fuera imposible probar bocado. Estaba preocupada y temerosa de que Daniel y Mandy no la quisieran como esposa de su padre. Por otro lado, no sabía cómo podría sentar esa unión al resto de la familia de Connor, a su madre y a sus hermanos. Ahora que le había dado una respuesta afirmativa, empezaron a asaltarle muchas dudas.

—Buenos días —saludó Kathleen en voz baja.

—Buenos días, señorita Wilkes, ¿ha dormido usted bien? —preguntó Connor, levantándose del sillón orejero en el que se encontraba.

Kathleen se preguntó con sorna si Connor seguiría llamándola «señorita Wilkes» cuando estuvieran casados.

—La verdad es que apenas he podido dormir —admitió Kathleen.

Connor la miró con preocupación y, con un gesto de su mano, la invitó a ocupar el mismo sofá en el que se sentaran la noche anterior.

—Dígame, ¿qué le preocupa?

—Me preocupa que los dos hemos asumido que lo mejor para los niños es que yo me case con usted. Sin embargo, no sabemos a ciencia cierta si esto es así. No les hemos consultado a ellos y puede que, una vez que lo sepan, les horrorice la idea. Ellos pueden sentir que yo vengo a ocupar el lugar de su mamá y…

—Kathleen —dijo Connor con ternura, usando su nombre de pila de nuevo y cogiendo una de sus manos entre las suyas—, ¿confías en mí?

Kathleen asintió. No sabía por qué, pero así era, confiaba en él ciegamente, aunque lo conocía desde hacía tan poco tiempo. Connor le dio un leve apretón en la mano para reconfortarla.

—Yo hablaré con ellos. No debes preocuparte por nada. Todo irá bien —le aseguró Connor con una leve sonrisa en los labios.

Kathleen tomó aire profundamente y decidió hacer lo que le pedía.

Esperaría a que él hablara con los pequeños. A partir de ese momento la conversación derivó exclusivamente hacia la organización de la boda. Ambos estuvieron de acuerdo en que querían una ceremonia íntima, sin invitados. Kathleen, aunque no iba vestida de negro, estaba de luto por la muerte de sus padres y su hermano, y no deseaba ningún tipo de celebración. Y Connor, por su parte, al ser sus segundas nupcias y al haber pasado tan solo dos años desde la muerte de Amanda, tampoco quería dar demasiada difusión a un evento que pretendía que fuera absolutamente privado. Connor sugirió que fecharan el día de la boda lo antes posible, esperando el tiempo indispensable para que se leyeran las amonestaciones. Kathleen se sorprendió por la premura, pero entendió que, una vez que se había convertido en la prometida del doctor, su situación en la casa era algo poco ortodoxo, por lo que quizás era bueno no dejar pasar demasiado tiempo hasta la boda.

—Hablaré con el reverendo Clement, el capellán del hospital, para que lleve a cabo todos los trámites necesarios, ¿tienes preferencia por alguna iglesia en particular?

Kathleen pensó por un instante y negó con la cabeza.

—Bien, eso facilitará las cosas.

Continuaron hablando largo rato más hasta que Kathleen se despidió de Connor para dirigirse a su dormitorio. Al pasar por el vestíbulo escuchó cómo llamaban a la puerta y vio a Johnson acudir solícito a abrir.

—¡Señorita Wilkes! —gritaron al unísono dos vocecitas bien conocidas por Kathleen.

Con el corazón lleno de alegría por volver a verlos, se agachó y esperó con los brazos abiertos para recibirlos, pero fue tal el ímpetu de los niños que al abrazarse a ella la tiraron de espaldas. Los tres rieron a carcajadas, tumbados y abrazados en el suelo.

—Así que esta es la famosa señorita Wilkes… —dijo una voz profunda de varón por encima de sus cabezas.

Kathleen miró hacia arriba y vio a un hombre que le pareció enorme, muy distinguido y que la miraba de una forma que la hizo sentir incómoda. Los niños, al escuchar la voz, se levantaron inmediatamente y trataron de alisar sus ropas para estar presentables ante su tío. Él no hizo el más mínimo gesto de ayudarla a levantarse, por lo que Kathleen se incorporó como pudo y de manera bastante poco elegante.

—Sí, yo soy la señorita Wilkes, y usted debe de ser… —dijo Kathleen una vez estuvo de pie, extendiendo la mano hacia él para estrechársela mientras escuchaba *La noche* de Vivaldi en su cabeza.

—Él es el conde de Gowdeen y actual ministro de Hacienda —dijo Connor con gesto serio mientras se acercaba a ellos.

Kathleen miró a Connor con la boca abierta por la sorpresa. Él no le había dicho que el hermano de Amanda fuera un ministro del Gobierno. El conde no hizo ademán alguno de estrecharle la mano y ella la retiró avergonzada. Kathleen sintió que aquel hombre ya la despreciaba profundamente, y aún no sabía que iba a casarse con Connor… En aquel instante hubiera deseado desaparecer cuanto antes de si vista.

Ignorando completamente a Kathleen, el conde se dirigió a Connor:

—Vaya, Connor, ¿no había una institutriz más joven para contratar? Unos pocos años menos y casi iguala la edad de tus hijos.

—¿Te importaría pasar a mi despacho, Aiden? Deseo hablar unos instantes contigo —dijo Connor, desoyendo su comentario.

El conde asintió y se dirigió al despacho sin despedirse de los niños ni de Kathleen. Connor miró a Kathleen como si quisiera saber si ella estaba bien tras un encuentro tan desagradable y ella le sonrió e inclinó la cabeza. A Kathleen le pareció que él le devolvió la sonrisa antes de seguir al conde hasta su despacho.

—¿Me acompañáis arriba para cambiaros de ropa antes del almuerzo?

—*Zí, vamoz* arriba. ¿Puedo jugar un poco con *miz juguetez antez* de comer? Lo *nenezito* —preguntó Daniel.

A Kathleen se le ablandaba el alma cuando escuchaba hablar a Daniel, definitivamente aquel niño le había robado el corazón.

—Yo también quiero jugar un poquito. He echado mucho de menos a mis muñecas. ¿Podemos, señorita Wilkes?

—Sí, vayamos arriba, podéis jugar un ratito antes del almuerzo.

A Kathleen se le pasó pronto el disgusto por el encuentro con el hermano de Amanda al compartir unos minutos con los niños. Después de ayudarles a cambiarse de ropa y de acompañarlos a la sala de juegos, los dejó unos instantes con Meredith para bajar a buscar al doctor, pues deseaba comentarle algo que había olvidado hablar con él por la mañana. Kathleen pensaba que el conde ya se habría ido, pero estaba equivocada, seguía hablando con Connor, o más bien discutiendo, pues los gritos se escuchaban desde el vestíbulo. Kathleen se quedó paralizada.

—Eres un hipócrita, Connor. Me dices que te casas con ella por el bien de los niños. ¡Ja! Si lo que querías era tener a una institutriz para siempre en casa, ¿por qué no te casaste con la señora Simmons? ¡Maldita sea, Connor! He visto a esa muchacha, no trates de convencerme de algo que es evidente.

—Por el amor de Dios, Aiden. —Se escuchó la voz de Connor—. Trata de ser razonable y escucharme por un momento. Tú mismo has admitido que los niños estos días no han dejado de hablar de ella todo el tiempo. Por alguna razón se ha creado un vínculo muy fuerte entre

ellos y no quiero que dentro de un tiempo tengan que renunciar a ella. Ya han perdido a su madre…

—Pero tú has encontrado pronto una sustituta, de eso no cabe duda. ¿Eso es lo que dura ese amor incondicional que prometiste a mi hermana sobre su tumba? ¿Eso es lo que vale tu palabra? Aquel día tu discurso me pareció tan impostado, tan… ¡Nunca me has gustado, Connor! ¡Jamás debimos permitir que mi hermana y tú os casarais! Tú la animaste a que estudiara y fuera enfermera, es por tu culpa que ella está muerta, ¡maldición!

Se hizo el silencio durante unos instantes.

—Sé que es el dolor que sientes por la muerte de tu hermana y no el sentido común el que habla por ti. Si tu hermana no hubiera sido enfermera habría estado muerta en vida, habría sido una persona frustrada y amargada. Si tú y tu familia hubierais dedicado un poco de vuestro tiempo a hablar con ella, habríais comprendido que ser enfermera era su verdadera pasión y que se sentía una mujer plena cuando ejercía su profesión. No es justo que me culpes de su muerte, Aiden. Ella iba feliz a trabajar cada día. Murió haciendo lo que más amaba. Y, con respecto a mis sentimientos hacia ella, nada ha cambiado. Sigo pensando en ella cada día y jamás permitiré que mis hijos se olviden de su madre. Mi matrimonio con la señorita Wilkes es un mero trámite para que ella siga viviendo con nosotros y no exista el riesgo de que abandone a los niños. Se trata de un matrimonio de conveniencia. Yo sigo queriendo a Amanda y eso no va a cambiar…

A partir de ese momento, Kathleen no pudo seguir escuchando, un zumbido sordo se adueñó de su cabeza. Las palabras de Connor la habían golpeado con tanta fuerza que sintió como si se rompiera por dentro. Pensaba que el acuerdo entre ella y Connor se mantendría en privado, que no iría pregonando a los cuatro vientos que ella era una pieza insignificante, pero necesaria para que su vida siguiera estando ordenada y completa. Los ojos empezaron a escocerle e intentó no llorar, pero las lágrimas ya habían rebosado sus párpados y empezaban a deslizarse por sus mejillas. Pensó en Patrick y en sus consejos, pero después pensó en los niños y supo que hubiera aceptado ese matrimonio una y otra vez. Eso le dio fuerzas y tomó una determinación. Si Connor tenía tan claro que eran un matrimonio solo de nombre, así sería. No volvería a permitir que él traspasase esa línea y serían un matrimonio solo de cara a la galería y por el bien de los niños, pero nada más.

El resto del día transcurrió con una rutina poco habitual: almorzaron los cuatro juntos y, después, Connor quiso pasar la tarde con sus hijos, por lo que Kathleen tuvo tiempo libre para hacer algunas compras. Tras la cena, Connor y Kathleen acompañaron a los niños a su habitación y se despidieron con su ritual de abrazos y

besos.

—No sé si es mi imaginación, pero he sentido como si los niños me miraran de una manera extraña —dijo Kathleen una vez salieron al pasillo.

—¿Extraña? —preguntó Connor con una sonrisa que parecía esconder algo más.

—Sí, me dio la sensación de que me miraban con mucha atención…

Bajaron las escaleras y entraron en la biblioteca. Connor sirvió un oporto para cada uno y tomaron asiento.

—Tengo una ligera idea de lo que les pasa —dijo Connor antes de llevarse la copa a los labios.

—¿Y piensa compartirlo conmigo o es un secreto? —preguntó Kathleen algo picada, ante el tono misterioso de él.

Connor no pudo aguantar más y soltó una carcajada.

—¿Recuerda lo que me dijo ayer acerca de que le preocupaba que los niños la rechazaran cuando se enteraran de que nos íbamos a casar?

—Sí, por supuesto. ¿Se lo ha dicho ya? —preguntó Kathleen sin poder ocultar su preocupación.

—Digamos que han sido ellos los que me lo han dicho a mí… —contestó Connor, con una amplia sonrisa que mostraba sus blancos dientes.

Kathleen pensó que era muy raro verlo sonreír tan abiertamente y le gustaría que lo hiciera más a menudo. Viéndolo así parecía feliz, muy distinto al hombre que conoció pocos meses atrás.

—¿Cómo es eso posible?

—Señorita Wilkes —dijo con humor Connor enarcando una ceja—, me temo que subestima usted a su futuro esposo… Esta tarde hablé con los niños, les pregunté si recordaban el día que se marchó a Southampton. Lo recordaban perfectamente y no les gustó nada tener que despedirse de usted. Les pregunté también si les gustaba que usted estuviera en casa con ellos siempre. Contestaron afirmativamente, por supuesto. Entonces les dije que, como no es de Londres, de vez en cuando tiene que ir a su ciudad a visitar a su familia. Les dije que, al ser tan guapa, tiene muchos pretendientes y que en una de esas visitas alguno de esos pretendientes podría pedirle que se casara con él. Ellos se pusieron muy tristes y dijeron que no querían que eso sucediera. Yo les contesté que eso era algo que podía ocurrir y que nosotros no podíamos hacer nada para impedirlo. En este punto del relato, Daniel propuso que no la dejara ir más a Southampton, algo muy lógico para él. Sin embargo, Mandy, tan despierta e ingeniosa a sus siete añitos, me dijo que sí había algo que nosotros podíamos hacer.

Connor hizo una pausa y miró regocijado a Kathleen, parecía absolutamente satisfecho de su estratagema.

—¿Y bien? —preguntó Kathleen con impaciencia, abriendo las palmas de sus manos invitando a Connor a continuar.

—¿No lo imagina? Mandy me aseguró que si yo le pedía que se casara conmigo antes que ninguno de sus pretendientes, aceptaría y no se alejaría de nosotros.

Kathleen escuchó pensativa las palabras de Connor y no pudo evitar sonreír ante la astucia del padre y la viveza de la hija. Asintió varias veces y sonrió.

—¿Y cómo está Mandy tan segura de que yo aceptaré su proposición de matrimonio?

—Eso mismo quise saber yo. Y ella me aseguró que, siendo yo el hombre más guapo de Inglaterra, no se negaría —dijo Connor soltando una carcajada.

—¿Eso dijo? —preguntó Kathleen, contagiada del buen humor de Connor.

—Es mi hija, si ella no me ve como el hombre más guapo del país, ¿quién lo va a hacer?

«Yo, por supuesto». Kathleen no dijo nada, pero lo miró con una sonrisa que no dejaba dudas de lo que estaba pensando. Consciente de que él podría adivinar sus pensamientos, decidió cambiar de tema y abordar un asunto al que le había estado dando muchas vueltas.

—Connor… mmm… ¿puedo llamarte así? Al menos en privado… —preguntó tímidamente Kathleen.

—Sí, por supuesto. Yo también lo prefiero.

—Oh, entonces, mejor así. Hay algo que deseo plantearte. Ahora que soy tu prometida, no sé si es del todo adecuado que siga viviendo aquí. He pensado que, quizás, hasta el día de la boda, podría alojarme con mi hermana. Durante esos días, los niños podrían venir allí y yo pasaría gran parte del día con ellos. No sé si es una tontería…

—No, no es ninguna tontería, Kathleen, tienes razón. Es algo que he pasado por alto, pero es correcto que no vivamos bajo el mismo techo hasta entonces.

—Mañana podríamos hablar con los niños e informarles de todo.

—De acuerdo, así lo haremos. Yo, además, hablaré con el capellán del hospital para que comience con los trámites.

—Bien.

—Bien.

Se quedaron en silencio, mirándose. Kathleen empezó a ponerse nerviosa. Aquella mirada solo podía presagiar algo a lo que le era imposible resistirse. Debía salir de allí cuanto antes. Se levantó del sillón y Connor, al verla, hizo lo propio.

—¿Te vas ya? Aún no te has acabado el oporto —señaló Connor, algo decepcionado, intentando robarle algunos minutos más de su compañía.

—Sí. —La mente de Kathleen trabajaba a toda velocidad buscando una excusa, pero la intensa mirada de Connor sobre ella hacía que su cerebro no respondiera debidamente—. Creo que es mejor que me vaya ya…

—Si te vas mañana, puede que no volvamos a vernos hasta el día de la boda… ¿Puedo darle un beso de buenas noches a mi prometida? —preguntó Connor, casi con descaro.

¿Acaso le divertía ponerla en un aprieto? Kathleen ahogó un gemido. Connor estaba haciendo justo lo que ella pretendía evitar. Pero no podía evitarlo, no, estando él tan cerca y mirándola como lo hacía justo en ese momento.

—Sí, claro que sí. —Y tomó aire y lo soltó despacio.

Connor se acercó como si fuera un felino que se aproxima a su presa lentamente y sin perderla de vista. Pasó una mano por su cintura y suave, pero firmemente, la acercó a él. Kathleen contuvo el aliento. Ay, Dios. Connor se inclinó hacia ella y Kathleen pudo sentir su aliento sobre sus labios, justo antes de que la besara. Ya en ese momento tan sutil y tan íntimo se sintió embriagada. Aquel hombre hacía que su cabeza le diera vueltas sin rozarla siquiera. Entonces él la besó y ella se entregó a un beso dulce, tierno y apasionado a la vez. Oh, si él fuera capaz de amarla algún día… Y en ese instante todo volvió a colocarse en su lugar. A su cabeza acudieron las palabras de Connor cuando habló con su cuñado y un puño helado la golpeó en el estómago. Puso las manos sobre el pecho de Connor y consiguió separarse de él.

—Buenas noches —dijo casi sin aliento.

Sin duda, aquel podría ser el mejor beso de buenas noches que le hubieran dado jamás, si no fuera porque se lo estaba dando un hombre sin alma, que nada sentía por ella, más que una mera atracción física.

CAPÍTULO 31

Kathleen sentía que las palmas de sus manos transpiraban bajo los guantes que llevaba puestos. Enfundada en un vestido de seda de un suave tono dorado, surcado con intrincados bordados en hilo de plata, parecía una reina de algún país lejano. Ann se había empeñado en que debía estrenar un vestido el día de su boda y había puesto a trabajar a destajo a su modista y a sus ayudantes. También había deseado que su hermana llevara la misma tiara que ella lució el día de su boda. Kathleen agradeció a los cielos que la joya no fuera de grandes dimensiones, sino algo bastante discreto. No quería llevar nada llamativo, se suponía que era una boda íntima y Kathleen no deseaba incomodar a Connor. Pero lo cierto era que tanto el vestido como la tiara le conferían un aire regio a su conjunto y, al mirarse en el espejo, se quedó impresionada.

—Conozco a cierto caballero que va a caer rendido a sus pies, bella dama —aseguró Ann mientras contemplaba a su hermana en todo su esplendor.

—Oh, Ann, ¿no crees que nos hemos excedido? ¿Todo esto no es… demasiado? —preguntó angustiada.

—Querida, nunca se es demasiado elegante y tú no solo rebosas elegancia, sino que además estás deslumbrante.

En ese momento se escucharon unos leves golpes en la puerta.

—¿Se puede? —preguntó una voz femenina muy familiar.

A Kathleen se le aceleró el corazón, se giró y vio a Violet bajo el dintel. Soltó un grito y corrió hacia ella.

—¡Violet! ¿Cómo es que estás en Londres? ¿Acaso sabías que…? ¿Cuándo has llegado? —preguntó Kathleen mientras abrazaba a su amiga.

—La pregunta es: ¿cómo es que *tú* no me has avisado de que te ibas a casar? —contraatacó Violet tratando de ponerse seria, pero sin poder evitar sonreír.

—Oh, Violet, por favor, no te enfades conmigo. Yo… todo esto es muy extraño… En realidad no hay mucho que festejar con este enlace.

—Bueno, eso ya lo veremos… —contestó, mirando a Kathleen—. ¿Y bien? ¿Vas a presentarme a tu hermana o tendré que hacerlo yo misma?

Kathleen por fin reaccionó y le presentó a Ann. Después de algunos frases de cortesía, Kathleen quiso saber cómo se había enterado Violet de su boda.

—¿Has sido tú la que ha avisado a Violet? —preguntó Kathleen a Ann.

—¿Cómo podría yo hacer tal cosa? Ni siquiera sé su dirección en Southampton.

—Ha sido el señor Radcliffe —intervino Violet—. Hace una semana apareció en casa, se presentó, me contó que te había pedido que te casaras con él y que habías aceptado, pero que ambos habíais acordado que tendríais una boda en la más absoluta intimidad. No obstante, dijo que creía que a ti te gustaría que yo estuviera aquí hoy. Y aquí estoy.

Kathleen sintió como si un aire cálido invadiera su interior. Connor decía que no la quería, pero avisar a Violet para que viniera a la boda indicaba que había pensado en ella, en que esto la haría feliz. ¿Quedaba, pues, alguna esperanza de que este matrimonio fuera real algún día?

—Debemos darnos prisa, ya es la hora —dijo Ann.

—Sí, claro, salgamos —dijo Kathleen.

—Esperad, falta una cosa —señaló Violet, sacando de una bolsa una suave gasa bordada de color marfil—, una novia no puede casarse sin velo.

Con gran destreza, Violet desplegó la tela y cubrió a Kathleen con ella de cabeza a los pies.

—Este es… —dijo Kathleen sin poder acabar la frase por la emoción.

—Sí —coincidió Violet, con los ojos vidriosos y la voz temblorosa —, es mi velo de novia. Es el velo que tu hermano retiró de mi rostro el día de nuestra boda para darnos nuestro primer beso como marido y mujer…

Kathleen abrazó a su amiga embargada por la emoción. Salieron a la calle, donde Patrick la estaba esperando delante del coche que la llevaría a la iglesia. Con el ajetreo de la semana, Kathleen ni siquiera había preguntado dónde se casarían finalmente. Patrick la miró con devoción, cogió su mano y la besó.

—Jamás pensé que pudiera verte más bella de lo que ya eres, pero te has superado, hermanita.

Kathleen no pudo contestar, trató de tomar aire profundamente, pero sus pulmones parecían negarse a responder. Estaba muy nerviosa. Entró en el coche y trató de serenarse. Patrick no soltó su

mano en todo el trayecto. El coche se detuvo muy cerca de la casa del doctor, delante de la iglesia del Inmaculado Corazón de María, conocida en Londres como el Oratorio de Brompton. Kathleen volvió a sentir que todo su ser se calentaba, a pesar del frío invernal, con el calor de los gestos de Connor. Aquella era una iglesia católica. Ella sabía que Connor y su familia eran anglicanos y, sin embargo, había escogido una iglesia católica sabiendo que ella lo era. Su particular regalo de bodas, pensó.

Entró en el templo cogida del brazo de Patrick y caminó por el largo pasillo con paso lento y con una firme determinación que manaba de su corazón henchido de gozo. En los primeros bancos, pudo distinguir a lady Freedlace, acompañada de Mandy y de Daniel, y de un hombre que, dedujo, era un hermano de Connor, por su enorme parecido físico. Los niños la saludaron vehementemente con sus manecitas y ella les devolvió el saludo, lanzándoles un beso. También se alegró de ver al duque de Avenford sentado cerca de la baronesa viuda. Por último, Violet entró tras ella con Robbie en sus brazos y se sentó junto a los condes de Sutton.

Connor la esperaba al pie del altar, pero Kathleen no pudo ver muy bien la expresión de su rostro hasta que estuvo a su altura. Estaba terriblemente atractivo con un esmoquin negro, un chaleco gris plata y un plastrón anudado al cuello del mismo color que el chaleco. Tenía la boca entreabierta y parpadeó un par de veces antes de poder articular palabra alguna.

—Estás bellísima, Kathleen —dijo al fin.

—Y tú muy elegante, Connor —aseguró Kathleen con una sonrisa.

La ceremonia se desarrolló muy rápidamente. Antes de que Kathleen pudiera darse cuenta, ya habían intercambiado los votos y Connor le estaba poniendo una alianza en su dedo anular. En ese momento, Connor levantó el velo que cubría su rostro y la besó.

—Enhorabuena —escucharon que decía el sacerdote.

Pero ellos se habían quedado atrapados por unos instantes en la mirada del otro. Entonces Connor le regaló una amplia sonrisa, justo antes de que comenzaran los parabienes de los allí presentes, y el mundo volvió a aparecer alrededor de los recién casados.

Todos parecían contentos ante la unión de la pareja, incluso lady Freedlace, por quien Kathleen había estado realmente preocupada. Cuando la conoció le dio la impresión de que le había caído bien, pero una cosa es agradar a una mujer y otra bien distinta casarse con su hijo. Los niños se abrazaron a sus piernas y le dijeron que estaba guapísima, que parecía una princesa.

—A ver, niños, dejad que me presente a mi nueva cuñada —dijo una voz masculina mientras ella les devolvía el abrazo.

Cuando se incorporó, pudo ver más de cerca al hermano de Connor,

muy parecido a él, pero con más arrugas alrededor de los ojos y una mirada sonriente que parecía que no desaparecía nunca.

—Me llamo Killian y estoy encantado de conocerte, cuñada —dijo—, no sé cómo lo has hecho, pero me alegro mucho de que hayas sacado al ogro de mi hermano de la cueva en la que se había escondido.

Kathleen no pudo evitar reír ante la ocurrencia de su recién estrenado cuñado. Le dio la impresión de que Killian tenía un gran sentido del humor y que hacía gala de ello en cualquier momento y situación. Extendió su mano para que se la estrechara y él la besó con delicadeza.

—Es un placer, Killian.

Avenford también se acercó a Kathleen y la saludó afectuosamente.

—Os deseo toda la felicidad del mundo, Kathleen. —Avenford se inclinó hacia el oído de ella y susurró—: Lo creas o no, yo sabía que esto iba a pasar. Ya cuando vinisteis a mi casa lo vi claro.

Avenford le guiñó un ojo y ella se sonrojó casi al instante. Mientras tanto, Patrick se había acercado a Connor y, estrechando su mano, le dijo:

—Espero que algún día seas consciente de lo afortunado que eres por tener a alguien tan extraordinario como Kathleen a tu lado. Ojalá te des cuenta de lo especial que es antes de que la hagas infeliz.

—Si no supiera lo maravillosa que es, no me habría casado con ella —contestó Connor con rotundidad, molesto ante la afirmación de aquel hombre.

Aún no se habían soltado las manos cuando Kathleen se acercó a ellos.

—Veo que ya os habéis conocido —dijo Kathleen—. Creo que te he dicho alguna vez que Patrick es una de las personas más especiales que conozco.

—Qué curioso, eso mismo me acaba de decir él de ti —aseguró Connor mirando a Patrick.

Kathleen se percató de esa mirada e interrogó a Patrick frunciendo el ceño, pero este se limitó a sonreír y Kathleen le dio un abrazo cariñoso.

—Te quiero mucho —le dijo en voz baja, pero no lo suficiente para que Connor no la oyera.

—Yo también a ti, hermanita —contestó Patrick—, prométeme que no perderás jamás tu sonrisa.

—Lo prometo.

Aunque se trataban con la confianza de dos hermanos, Connor deseó que aquel abrazo acabara cuanto antes. En ese momento apareció Killian de nuevo.

—Tengo un regalo para vosotros —dijo Killian atrayendo la

atención de Connor y de Kathleen—, salgamos.

En la puerta estaba aparcado el coche que había traído a Connor a la iglesia.

—Para descubrir mi regalo tenéis que entrar en el coche e ir a donde os lleve —dijo con una expresión divertida en la cara.

—Pero… —comenzó a decir Kathleen.

—Pero nada. Si no fuerais tan desabridos, ahora mismo estaríamos celebrando vuestro enlace y brindando con champán a vuestra salud, pero como no habéis querido invitarnos ni a una simple copa de vino, largaos ya y comenzad vuestra noche de bodas.

Ninguno de los dos supo qué responder a ello, por lo que empezaron a despedirse de sus escasos invitados y subieron al coche. Después de varios minutos circulando por las calles de Londres, se detuvieron ante el hotel más lujoso de la ciudad, el Savoy. Kathleen estaba maravillada.

—Tu hermano debe de haberse gastado una fortuna, este hotel es… Es demasiado, Connor, quizás no deberíamos aceptar algo así…

—¿No te enseñaron que no aceptar un regalo es de muy mala educación? —dijo Connor divertido.

Kathleen sentía que Connor estaba exultante, sonreía y estaba relajado con ella. Al contrario de lo que pensaba que ocurriría, el matrimonio estaba teniendo un efecto positivo en él. Melville abrió la puerta del coche y Connor la ayudó a bajar. Entraron en el vestíbulo cogidos del brazo y Kathleen se sintió impresionada al ver la grandiosidad de la estancia. Los altos techos, las enormes columnas de dorados capiteles, los relieves de las paredes con motivos clásicos, el reluciente suelo de mármol de losas blancas y negras a modo de tablero de ajedrez… Todo lo que Kathleen veía hablaba de suntuosidad y opulencia. Solo el vestíbulo era más grande que su casa de Southampton, o al menos esa fue la impresión que tuvo Kathleen.

En el mostrador de recepción les informaron de que tenían una *suite* reservada para ellos y les indicaron que para llegar a ella podían subir en el ascensor.

—Si son tan amables de acompañarme —dijo uno de los dos recepcionistas, cogiendo la llave de su habitación y haciendo señas a un muchacho para que cogiera las maletas de la pareja.

En ese momento, tanto Connor como Kathleen se dieron cuenta de que ellos no habían preparado ninguna maleta y, sin embargo, Melville le estaba entregando dos al botones.

—¿Tú te has encargado de que trajeran una maleta para nosotros? —preguntó Kathleen.

—No, yo ni siquiera sabía que vendríamos aquí. Parece que mi hermano lo tenía todo pensado…

—Tendremos que agradecerle debidamente su regalo. Aún no

puedo creerme que estemos aquí. Por cierto, yo nunca he subido en un ascensor —dijo Kathleen en un susurro.

—Yo tampoco —confesó Connor—. Creo que este fue el primer edificio de todo Londres donde se instaló el primero… ¿Nerviosa?

—Un poco sí. —Aunque el ascensor era un asunto menor comparado con lo que realmente preocupaba a Kathleen.

Connor entrelazó sus dedos con los de Kathleen, besó el dorso de su mano y la miró mientras sonreía mostrando sus blancos dientes.

—Vamos a vivir nuestra primera *aventura* de recién casados… —comentó con humor.

La pareja comprobó que el elevador era una especie de habitación, igual de lujosa que el resto del hotel, con el suelo alfombrado y en el que había hasta un sillón isabelino de dos plazas. Una vez dentro, un amable ascensorista accionó el mecanismo que los conduciría a la tercera planta. Cuando comenzó a moverse, Kathleen se agarró con fuerza a Connor mientras contenía la respiración. Los dos experimentaron una extraña sensación en el estómago al ascender lentamente. El trayecto fue breve y pronto se encontraron en el salón de la *suite*, donde había una mesa, con un servicio completo dispuesto para una cena para dos.

—Si lo desean, les pueden servir la cena un unos minutos, cuando se hayan acomodado —les informó el recepcionista.

—De acuerdo. Muchas gracias —dijo Connor.

El recepcionista hizo una leve inclinación de cabeza y se retiró, cerrando la puerta tras de sí. Pronto les sirvieron la cena y disfrutaron de un delicioso menú elegido por Killian.

—¿Tu hermano también es médico? —preguntó Kathleen, consciente de que no conocía nada de la familia de su marido.

—Yo soy el garbanzo negro de mi familia —admitió Connor con una sonrisa—. Conmigo se rompió una larga tradición familiar dedicada a la Justicia. Killian es el p residente del Tribunal Supremo, al igual que lo fue mi padre.

—Presidente del Tribunal Supremo… —repitió pensativa Kathleen, tratando de conciliar la imagen que se había formado de ese alto cargo del estado y de la persona tan jovial y divertida que lo ostentaba realmente —. Jamás lo habría imaginado. Tu hermano es tan simpático…

Connor soltó una carcajada.

—Siempre cae bien, tienes razón. No conozco a nadie a quien mi hermano no haya conquistado con su sentido del humor.

—¿Y tus hermanas? ¿No han querido asistir a la boda?

—Ellas no saben que me he casado.

—¿No? ¿Por qué? —preguntó Kathleen intrigada.

—Ellas eran muy amigas de Amanda y no quería arriesgarme a

invitarlas y que pudieran desairarte de alguna manera. —Connor negó con la cabeza—. No quería que nada ni nadie estropeara este día.

Kathleen se quedó sin palabras. Connor no había invitado a sus propias hermanas para protegerla de su posible desprecio. El corazón de Kathleen volvió a llenarse de la calidez que manaba de los detalles que Connor tenía hacia ella.

Al acabar la cena, Kathleen se levantó y se dirigió a la ventana. La noche se había apoderado de la ciudad y Londres comenzaba a aletargarse poco a poco. Kathleen sintió la presencia de Connor a su espalda, el olor a maderas y ámbar comenzaba a envolverla, y ella tuvo que hacer un gran esfuerzo por no girarse y estrecharlo entre sus brazos. En cambio, Connor no reprimió en absoluto su impulso de tocar a Kathleen y con dedos ágiles deshizo el recogido que adornaba su cabello. El deseo largo tiempo contenido de acariciar aquella cascada de fuego, fue satisfecho en ese instante cuando rozó sus sedosas hebras con los dedos y enterró su nariz en ellas aspirando su tentador aroma. Kathleen sintió un escalofrío descendiendo por su espalda y echó la cabeza ligeramente hacia atrás, inspirando profundamente. Connor vio en su gesto una invitación a tomar su cuello y con deliberada lentitud fue depositando un reguero de cálidos besos sobre su piel. El cuerpo de Kathleen volvía a reaccionar con voluntad propia y todo su ser parecía fundirse bajo sus labios. Oh, aquello era tan bueno, tan maravilloso… Que debía pararlo inmediatamente.

—Connor, creía que el nuestro iba ser solo un matrimonio de nombre… —dijo con la voz entrecortada.

Connor seguía besándole el cuello con suavidad, mientras ella luchaba contra la intensa sensación de calor que empezaba a invadir ciertas partes de su cuerpo.

—Somos adultos, Kathleen, podemos disfrutar de los placeres del matrimonio… —dijo con voz ronca al oído de Kathleen, rodeando su cintura con ambos brazos.

Estaban tan cerca, tan juntos… «¿Qué había de malo en dejarse llevar?», preguntaba una seductora voz en la mente de Kathleen. Mañana podría pensar en ello, pero ahora… se dejaría amar.

Amar.

Esa era la razón por la que no debía continuar con aquello, le recordó una voz lejana pero cargada de sensatez que encendió una alarma en su cabeza. *Él no te amará jamás.*

—Puede que tú puedas separar lo que es estrictamente físico de lo emocional —consiguió decir—, pero yo no puedo. Yo entiendo que esos *placeres* son una forma de entregarte al otro, una manera de expresar tu amor por esa persona, no es algo puramente físico…

—No hay nada de malo en que una esposa se entregue a su

esposo… —dijo Connor al oído de Kathleen, acariciando con la punta de su lengua el lóbulo de su oreja. Parecía no escuchar lo que ella le decía.

—Puede ser muy malo si su esposo le ha asegurado que nunca podrá amarla —dijo con la respiración entrecortada.

Connor se lo estaba poniendo realmente difícil. Su cuerpo le pedía a gritos que cediera a las atenciones de él, pero ella debía protegerse, no podía iniciar algo que acabaría por destruirla.

—*Nunca* es una palabra demasiado contundente —dijo Connor sin pensar muy bien lo que decía.

Sus manos ya habían abandonado la cintura de Kathleen para dirigirse a sus pechos y masajearlos con absoluta devoción. Kathleen, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se zafó de su abrazo y se enfrentó a él. Connor la miró como si acabaran de despertarlo de un dulce sueño arrojándole un cubo de agua helada.

—Connor, no me estás escuchando, ¿verdad? ¿Qué quieres de mí? Me pediste matrimonio dejando bien claro que nosotros nunca podríamos ser verdaderamente marido y mujer, no tal y como hemos formulado nuestros votos esta tarde, con la promesa de amarnos hasta que la muerte nos separe. Le dices al hermano de Amanda que la sigues amando y que eso no va a cambiar. Pero ahora te acercas a mí y esperas que me entregue a ti sin condiciones… —Se le quebró la voz —. No puedo, ¿no te das cuenta? Para mí, amar con el cuerpo es una forma de amar con el alma, no puedo darte mi amor esta noche, porque con él te podría estar entregando mi alma y tú no la quieres. El día que me entregue a ti será con la certeza de que no solo quieres mi cuerpo, sino también mi corazón.

Connor, con sus ojos verde agua clavados en ella, parecía debatirse en una terrible batalla interior. El deseo se había adueñado de él y no le permitía pensar con claridad, pero viendo el rostro compungido de Kathleen trató de serenarse.

—Sé que tenemos un acuerdo y que nos hemos casado por el bien de los niños. Lamento que escucharas mi conversación con Aiden, pero no le dije nada que no te hubiera dicho antes a ti…

—Me dolió mucho escucharlo, Connor —intervino Kathleen—. Pensaba que nuestro acuerdo quedaría en privado, que solo lo sabríamos tú y yo, no que fuera *vox populi*. Me sentí humillada…

—¿Es por eso por lo que no quieres acostarte conmigo? ¿Es tu manera de castigarme por desvelar nuestro secreto?

Kathleen lo miró incrédula y negó con la cabeza.

—No me conoces en absoluto si piensas que soy capaz de hacer algo así por venganza. Yo solo quiero proteger mi corazón.

—Yo no puedo prometer algo que quizás no se cumpla nunca, pero has de saber que te deseo. Eres mi esposa y te deseo con toda la

intensidad con la que un hombre puede desear a una mujer. Sin embargo, si no quieres mantener una relación íntima conmigo lo respetaré.

Sin añadir nada más, se dio la vuelta y salió de la habitación, dejando a Kathleen sola y con una dolorosa sensación de vacío.

Una profunda desazón se adueñó de Connor y lo obligó a caminar a toda prisa hacia la calle. Necesitaba pasear, recuperar la templanza y poner sus ideas en orden. Después de una hora vagando por las calles de Londres, la única conclusión a la que había llegado era que él solo se había creado su particular tormento de Tántalo, casándose con una mujer a la que deseaba con tanta intensidad que dolía, pero a la que no podía tocar. Había colocado su tentación más preciada al alcance de su mano, pero debía mantenerse alejado de ella.

Desde aquella noche Connor empezó a arder en su propio infierno.

CUARTA PARTE
LA GRAN GUERRA

CAPÍTULO 32

Torquay, febrero de 1915

Hacía seis meses que oscuras nubes de guerra se cernían sobre Gran Bretaña. Lo que en un principio se vio como un conflicto lejano y ajeno a la mayoría de los países europeos, se había convertido en una contienda de dimensiones jamás conocidas hasta el momento. Cuando el veintiocho de julio de mil novecientos catorce, Austria-Hungría declaró la guerra a Serbia, todos en Europa pensaban que para las Navidades de ese mismo año todo habría acabado, pero no podían estar más equivocados. Los combates se habían complicado y habían derivado en una guerra de trincheras que, por momentos, parecía no avanzar hacia ningún frente claro y daba la impresión de no tener límites en cuanto a la pérdida de vidas humanas.

Todo había cambiado desde el comienzo de la guerra, también las vidas de Connor y Kathleen. Ambos se encontraban en Torquay con los niños en Greenway House, la residencia de verano de lady Freedlace, cuando Inglaterra declaró la guerra a Alemania, y eso marcó sus destinos. La Cruz Roja estableció casi desde el principio un hospital auxiliar en el edificio del Ayuntamiento de Torquay y pidieron a Connor que se encargara de organizar su puesta en marcha. Connor aceptó con la intención de volver a Londres lo antes posible, pero a medida que el tiempo pasaba y la guerra parecía no tener un final cercano, decidió que quizás lo más seguro para la familia era permanecer en Torquay. Cuando pocos meses después la capital fue bombardeada por dirigibles alemanes, Connor fue consciente de lo acertado de su decisión.

Kathleen apenas veía a Connor, pero eso era algo a lo que estaba acostumbrada. Antes del estallido de la guerra tampoco coincidían demasiado. Tras aquella frustrada noche de bodas, en la que ambos dejaron claras cuáles eran sus posiciones, su relación se volvió fría y distante. Sin embargo, los dos podrían haber escrito juntos el manual del buen matrimonio de conveniencia. Cuando se reunían, la mayoría de las veces para compartir ratos con los niños, su relación era

sencillamente exquisita: hablaban con cordialidad, eran amables el uno con el otro, sonreían e incluso bromeaban. Una vez se despedían de los pequeños, cada uno se dedicaba a sus quehaceres y evitaba encontrarse con el otro.

Poco tiempo después de la boda, Connor decidió contratar a un profesor para los niños sin consultar a Kathleen. Pretendía con ello liberarla de sus quehaceres y que tuviera más tiempo para componer música, si así lo deseaba. Sin embargo, no le dio ninguna razón y ella no preguntó, lo que provocó en Kathleen una profunda desazón, pues entendió con ese gesto, que no la consideraba adecuada para llevar a cabo tal labor. Sí continuó dándoles clases de solfeo y piano, algo que le producía gran placer y era motivo de satisfacción para los tres.

Al ser ahora la señora de la casa y tras ser relevada de sus funciones como institutriz, Kathleen tenía más tiempo que no supo muy bien cómo aprovechar las primeras semanas, hasta que decidió dedicar sus horas libres a hacer prácticas de conducción. Aunque no estaba obligada a realizar ningún examen para conseguir el carnet de conducir, no fue hasta que se sintió segura al volante cuando lo solicitó y se lo concedieron. Melville fue de gran ayuda y gracias a él y a sus expertos consejos, Kathleen ganó confianza en sí misma y se convirtió en una buena conductora. En una de las visitas que Margie y Peter le hicieron, Kathleen les pidió que le trajeran el coche de su padre, puesto que Violet no lo usaba y ellos tampoco. Alcanzado ese objetivo, se centró en componer música. Gracias a los compañeros de su padre de la Orquesta Sinfónica de Londres, consiguió contactar con Ethel Smyth y la visitó en varias ocasiones para compartir con ella sus creaciones y recibir sus consejos. También asistió a algunos de los discursos que Emmeline Pankhurst dio en Londres, reivindicando el derecho al voto para las mujeres y se sintió realmente identificada con el movimiento sufragista. Aunque no compartía ciertas acciones radicales, como cuando leyó en los periódicos que Mary Richardson había entrado en la National Gallery y había acuchillado la Venus del Espejo de Velázquez. Había tenido la oportunidad de contemplar con sus propios ojos ese bello cuadro y le dolió profundamente que dañaran una obra de arte semejante. Aun así, se ofreció a colaborar con las *suffragettes* en lo que estuviera en su mano. Todo ello llenaba su tiempo, pero no llenaba su corazón, que seguía afligido por la muerte de sus seres queridos y dolorido por la frialdad de Connor.

No fue hasta seis meses después de casarse, que la relación con Connor mejoró un poco y el trato entre ellos se relajó, paradójicamente, gracias a las hermanas de Connor. El primer verano tras la boda todos coincidieron en Greenway House, la casa familiar de los Radcliffe. Lady Freedlace había conseguido reunir de nuevo a sus cuatro hijos: Killian, Connor, Heather y Brittany. Tras la muerte de

Amanda, Connor había dejado de asistir a la cita anual con su familia… hasta aquel verano. Entonces Kathleen fue finalmente presentada a las dos hermanas de Connor, algo que no deseaba especialmente, pero que era inevitable. Ambas fueron educadas, pero le dejaron claro, por la expresión de sus rostros, que no les daba ninguna alegría conocerla. Kathleen intentó ponerse en su lugar y entender su rechazo hacia ella, pero sabía que necesitaría algo de tiempo para ganarse su confianza y, con suerte, ser aceptada por ellas como una más de la familia.

Cuando algún miembro de la familia estaba delante, sobre todo lady Freedlace o Killian, se mostraban más sociables y extrovertidas, pero cuando ellos no estaban, la evitaban abiertamente o simplemente no entablaban ninguna conversación con ella. Connor no siempre se encontraba en casa, aunque era verano, seguía yendo a Londres a trabajar al hospital, pasaba unos días en Torquay descansando y volvía a Londres, así que no era muy consciente del trato que sus hermanas dispensaban a su esposa.

Una tarde, al salir a la terraza, Kathleen se extrañó de que sus cuñadas estuvieran sentadas a la mesa donde ella solía tomar el té. Cautelosa, pero contenta porque pensó que quizás las hermanas de Connor empezaban a aceptarla en la familia, se sentó junto a ellas.

—Buenas tardes —saludó sonriente Kathleen.

—Buenas tardes —contestaron ellas, aunque sus rostros no mostraron el menor atisbo de sonrisa.

Sin saber muy bien de qué hablar, Kathleen decidió servirse un té y esperar a ver si ellas iniciaban alguna conversación. Apenas le había dado el primer sorbo a su taza cuando Heather dijo:

—Brittany, ¿acaso tenemos algún huésped en la casa y yo no me he enterado? Cada vez que paso junto a una de las habitaciones de invitados, la cama se ve revuelta, como si la estuviera usando alguien…

Al escuchar esto, Kathleen se puso tensa, hundió su mirada en el oscuro líquido de su taza y trató de respirar con normalidad. Connor dormía en el cuarto de invitados cuando volvía de Londres.

—Pues no sé, Heather, desconozco si hay algún invitado en la casa —contestó Brittany con una voz que a Kathleen le pareció impostada —, ¿tú sabes algo, Kathleen? ¿Quién usa una de las habitaciones de invitados? —preguntó, mirándola como si en realidad ya supiera la respuesta.

Kathleen no supo qué contestar y, de repente, sintió que se le secaba la boca. La pregunta de sus cuñadas la había pillado totalmente desprevenida.

—Connor, a veces, la usa… —empezó a decir Kathleen.

—¡Lo sabía! —exclamó Heather con rabia —. Sea cual sea la

artimaña que usaste para cazar a mi hermano, no te ha salido bien. Te has casado con él, pero está claro que él no te quiere. Ni siquiera comparte la cama contigo…

Dolida en lo más profundo por un ataque tan directo y tan cruel, Kathleen estuvo a punto de levantarse, pero le temblaban tanto las piernas que fue incapaz de moverse.

—No usé ninguna artimaña para casarme con Connor, yo…

—¡Bah! ¡A otro con ese cuento! Mi hermano estaba muy enamorado de Amanda, jamás podrá olvidarla. Estoy segura de que tú lo comprometiste de alguna manera y lo forzaste a un matrimonio que no deseaba.

Kathleen se sorprendió de lo cerca que estaban las conjeturas de Heather de la realidad, excepto por el hecho de que fue él quien la comprometió a ella y trató de convencerla tras su negativa inicial, alegando que los niños la necesitaban. Durante unos instantes no pudo responder, no sabía qué decir ni qué hacer. En cuanto reunió fuerzas para hablar de nuevo, afirmó con voz temblorosa:

—Yo no forcé a tu hermano. Si no me crees, pregúntale a él.

Convencida de que no podía hacer cambiar de opinión a sus cuñadas, se puso de pie con la intención de marcharse, pero se quedó paralizada cuando vio a Connor. Kathleen no sabía que estaba en la casa, creía que estaba en Londres… Se estaba acercando a ellas con paso firme y la miraba solo a ella, como si fuera la única mujer en el mundo, con esos ojos felinos que Kathleen tan bien conocía ya. La estaba devorando literalmente con la mirada. Al llegar cerca de donde ella se encontraba, Kathleen contuvo el aliento. Connor se detuvo a menos de un palmo de su cara. Sin mediar palabra, la rodeó por la cintura con un brazo, la estrechó contra su pecho y se apoderó de sus labios con una pasión que casi la hace desfallecer. La besó con intensidad durante unos instantes mientras Heather y Brittany contemplaban la escena boquiabiertas y algo abochornadas.

—Te echaba de menos —dijo Connor con voz ronca cuando separó sus labios de los de ella—, ¿me acompañas al dormitorio?

Con todos los nervios de su cuerpo a flor de piel y el corazón a punto de estallar, Kathleen solo acertó a mover la cabeza de arriba abajo. Connor la rodeó posesivamente por la cintura y antes de comenzar a andar miró por primera vez hacia la mesa y dijo:

—Hermanas. —Y saludó con una inclinación de cabeza.

Caminaron abrazados hasta que llegaron a la habitación, aunque Kathleen aún se preguntaba cómo lo había conseguido, pues sentía las piernas débiles y temblorosas. Cuando Connor cerró la puerta, atravesó la estancia en dos zancadas y se quedó de pie junto a la ventana, como si necesitara poner distancia entre ellos y tomar el aire. Kathleen apoyó su espalda contra la puerta del dormitorio y trató de

serenarse. El beso que se habían dado había sido tan intenso que su cuerpo necesitaba un punto de apoyo. Además, le costaba respirar con normalidad. Se miraron en silencio durante unos instantes hasta que, ante la mirada inquisitiva de Kathleen, Connor se encogió de hombros y dijo simplemente:

—Mis hermanas se merecían un escarmiento.

—Pero…

—Creo que ninguna sois conscientes de que la habitación de invitados está justo encima de la terraza donde estabais hablando. Con las ventanas abiertas, he escuchado lo que te decían y no he podido evitar bajar a desmontar su teoría sobre nuestro matrimonio.

Connor obvió contarle el hecho de que llevaba meses deseando tocarla, aunque fuera levemente, y fue en ese preciso momento cuando encontró la excusa perfecta para entregarse a un beso apasionado con su esposa.

—Pero, pretendes negar algo que es… evidente.

—Ahora no lo es tanto. De hecho, creo que hemos sembrado ciertas dudas sobre sus conjeturas, ¿no te parece? —dijo con una sonrisa ladeada.

Kathleen asintió en silencio con un nudo en la garganta.

—Gracias —dijo Kathleen al fin, con los ojos vidriosos.

—No hay de qué. De hecho, esta noche dormiré aquí, si no tienes inconveniente…

Lo tenía, pero no puso objeción alguna con tal de no desmontar la farsa que acababan de representar. De hecho, compartieron habitación, esa y seis noches más, pero ninguno de los dos durmió demasiado. Cuando, cada una de esas noches, Kathleen y Connor entraban en su dormitorio, empezaba la parte más dura del día: resistirse a la tentación de acercarse el uno al otro. Lejos de ser un momento de descanso, la noche era una tortura para los dos. Solo había una cama y debían compartirla. Al principio de la noche, ambos se ubicaban en los extremos más alejados, casi al filo de la misma. Intentaban no moverse demasiado, pero si finalmente el sueño se adueñaba de alguno de ellos, parecía como si sus cuerpos respondieran a su deseo más íntimo y acababan en el centro del lecho con alguna parte de su cuerpo tocando al otro. Las primeras noches se alejaban inmediatamente nada más rozarse, pero con el paso de los días y el cansancio haciendo mella en sus cuerpos, empezaron a relajarse ante el contacto del otro. Connor, de hecho, decidió que no iba a renunciar a tocar a Kathleen, a abrazarla, aunque fuera «en sueños», así que, sin miedo a las consecuencias, pasaba un brazo por encima de la cintura de Kathleen y acercaba el torso a su espalda. Dejaba que su melena rozara su cara y aspiraba su delicioso aroma. Era, sin duda, lo más placentero que había experimentado en meses.

Kathleen no se alejaba de él, más bien al contrario, parecía acurrucarse contra su cuerpo, incluso entrelazaba su mano con la de él. ¿A qué estaban jugando?, se preguntaba Connor. Era evidente que los dos deseaban lo mismo y sin embargo fingían que estaban durmiendo para así poder estar cerca. El último día de aquella larga semana, Connor decidió que los juegos de niños se habían acabado.

Durante la cena, Kathleen tuvo la impresión de que Connor estaba diferente aquella noche. Cada vez que cruzaban sus miradas, le invadía una sensación extraña, los ojos de Connor parecían sonreírle y acariciarla a la vez. Dudaba de si serían imaginaciones suyas, pero para Kathleen la calidez de la mirada de Connor podría haber derretido la nieve del Ben Nevis. Cuando terminaron el postre, Connor anunció que se retiraban, y la miró como si la estuviera desafiando a decir lo contrario. Kathleen le devolvió la mirada y supo lo que iba a pasar esa noche.

Al salir de la habitación de los niños, tras darles las buenas noches, Connor colocó su mano alrededor de la cintura de Kathleen y un calor intenso se apoderó de su cuerpo. Cada paso que daba hacia el dormitorio, era una duda que se disipaba y una nueva certeza que se instalaba en su interior. Aquella noche se convertirían en marido y mujer de verdad, daba igual que Connor no le dijera que la quería, ella sabía que así era. Se lo había demostrado de maneras muy diversas a través de sus gestos, de sus detalles, de sus acciones… Qué estúpida había sido. Estaban perdiendo un tiempo precioso. Amaba a Connor, oh Dios, ¡cómo lo amaba! ¿Cómo había estado tan ciega?

Cruzaron el umbral y no hicieron falta palabras, una tormenta de pasiones encontradas se desató contra la puerta del dormitorio. Connor se lanzó a los labios de Kathleen como si llevara semanas perdido en el desierto y en su boca estuviera el único manantial en miles de millas a la redonda. Kathleen se aferró a su cuello y respondió con una pasión desconocida, incluso para sí misma. No era consciente de lo mucho que deseaba a Connor hasta ese momento. Acariciaba su nuca y su cabello mientras Connor exploraba con su lengua cada rincón de su boca. De repente parecía que cualquier tejido que se interpusiera entre ellos les quemaba la piel y con movimientos torpes y atropellados se desvistieron el uno al otro hasta quedar desnudos y abrazados. Kathleen acarició la piel de la espalda de Connor, deleitándose al sentir bajo sus dedos los fuertes músculos que se tensaban con sus caricias. Connor besaba el cuello de Kathleen mientras susurraba palabras ininteligibles a su oído y sus manos exploraban sus pechos con urgencia. De repente, sintió cómo el cuerpo de Kathleen se ponía rígido y sus labios se quedaban inertes cuando intentó besarlos. Connor trató de buscar la mirada de Kathleen a la escasa luz de la habitación. Apenas podía distinguir sus ojos, pero un

frío intenso le heló la sangre. Una palabra, una simple palabra había apagado de un plumazo el fuego que ardía dentro de ella. Una sencilla palabra que volvería a llevarlos a los extremos opuestos de un abismo insalvable. Tres sílabas acababan de arruinar cualquier esperanza de felicidad entre ellos. Connor lo supo en cuanto fue consciente de lo que acababa de decir.

Amanda.

CAPÍTULO 33

Kathleen apretaba el acelerador cada vez que escuchaba gemir a los heridos que transportaba en la ambulancia. Sabía que no debía hacerlo, que tenía que ser prudente y no arriesgarse a tener un accidente, pero no podía evitarlo, quería llevarlos cuanto antes al hospital para que allí paliaran su sufrimiento de alguna manera. Lo pasaba mal cuando escuchaba a aquellos hombres, algunos, muchachos muy jóvenes, quejarse lastimosamente por sus heridas, pero saber que estaba haciendo algo por ellos mitigaba un poco ese desasosiego. Desde que se instalaran en Torquay, Kathleen se había sentido cada vez más inútil. Ahora todos los hermanos de Connor vivían en Greenway House. Al igual que él, consideraban que estaban más seguros fuera de la capital y habían traído a sus familias con ellos. Heather se había convertido en la encargada no oficial de la casa y disponía todo lo que en ella ocurría, desde las comidas y sus horarios hasta las rutinas más insignificantes de los niños. Había contratado a un maestro del pueblo para sus hijos y por ende, para los de Connor. Heather tenía una niña de once años, otra de diez y un niño de siete y Daniel y Mandy, ahora con ocho y diez respectivamente, pasaban las horas con sus primos, bien dando clases, jugando o paseando por los alrededores de la casa. Heather había decidido que tres criadas cuidaran de los niños exclusivamente, por lo que Kathleen poco podía hacer, excepto tratar de pasar ratos con ellos, como si fuera una más del servicio, a veces, observándolos de lejos mientras jugaban. Sin embargo, ellos eran cada vez menos dependientes de ella y, en aquella enorme casa, rodeada de campo, cerca de un río y cerca del mar, los niños parecían vivir en unas eternas vacaciones y Kathleen pensaba que sobraba, que no tenía nada que hacer allí. Hasta que un día, el azar quiso que ella encontrara una razón de ser a su vida en Torquay.

Una lluviosa y fría mañana de febrero llegó a Greenway House una enfermera preguntando por la señora Radcliffe. Aunque la habían traído en una ambulancia, solo de caminar el trayecto que separaba el

vehículo de la puerta de la casa se empapó completamente. Cuando Kathleen la vio, la hizo pasar enseguida a la sala de estar, donde el fuego estaba encendido y el ambiente era cálido. Le ofreció una toalla para que se secara y un té caliente. La enfermera, algo tímida, no quería molestar y aseguró que debía volver al hospital inmediatamente.

—Oh, por favor, siéntese un poco y cuénteme, ¿a qué se debe su visita, enfermera…? —le pidió Kathleen.

—Miller, Mary Clarissa… Disculpe, Christie, Mary Clarissa Christie. Hace apenas dos meses que me he casado y aún no me he acostumbrado a mi nuevo apellido —admitió con una leve sonrisa—. Me envía el doctor Radcliffe. Al parecer se ha dejado en casa su maletín y me ha pedido que venga a por él.

Kathleen se quedó pensativa. Le sonaba ese nombre. Connor había hablado de ella en alguna ocasión. Se había quejado de que había una enfermera voluntaria a la que había que atender más que a los heridos. Evidentemente, exageraba. Al parecer, se había mareado en varias ocasiones ante la visión de la sangre y eso a Connor le desesperaba. Fue la propia Kathleen la que le dijo que tratara de encomendarle tareas que la alejaran de los heridos a los que debían curar lesiones graves. Y, viéndola allí sentada, con el pelo mojado y tratando de entrar en calor mientras se bebía el té, Kathleen se sintió culpable, pues Connor finalmente había seguido su consejo y la había enviado a casi once millas de distancia del hospital para evitar Dios sabe qué. Poco a poco, la sinfonía número 48 en re mayor de Mozart comenzó a sonar en su mente.

—Vaya, qué despiste, ahora mismo pediré que lo traigan. —E hizo un gesto a un criado que se encontraba fuera de la sala de estar para que trajera el maletín del doctor.

—Tienen ustedes una casa preciosa, señora Radcliffe. Desde niña me ha fascinado este lugar, toda la finca es una maravilla. He venido muchas veces a pasear por aquí y pienso que es el lugar más encantador del mundo.

—Ciertamente, es un lugar extraordinario —coincidió Kathleen—. Y, dígame, ¿están muy agobiados en el hospital? ¿Hay muchos heridos en estos momentos?

—Sí, hay muchos. Y no dejan de llegar. Yo, si le soy sincera, siempre estoy agobiada. No soy enfermera, me ofrecí voluntaria, pero realmente no me he dedicado nunca a esto y a veces me encuentro en situaciones que no sé cómo resolver.

—Oh, debe de ser muy duro…

—Ciertamente lo es. Hay heridos graves y es difícil verles sufrir y no poder ayudarles. Yo preferiría estar en algún lugar del hospital donde no tuviera tanto contacto con los heridos. En el dispensario, por

ejemplo.

—¿Lo ha pedido? Si quiere yo puedo comentárselo a mi marido…

—No, por favor, no se moleste…

—No es ninguna molestia. Veré lo que puedo hacer —dijo Kathleen con una amplia sonrisa, contenta de haber encontrado una solución al problema tanto de la enfermera Christie como al de su marido—. Si no es usted enfermera, imagino que antes de ser voluntaria en el hospital, se dedicaba a algo relacionado con la medicina, ¿no es así?

La enfermera, a pesar de ser una mujer bastante tímida, no pudo evitar sonreír ante lo que estaba a punto de confesarle a aquella desconocida.

—No, en absoluto —dijo negando con la cabeza—, yo estudié canto y piano y por un tiempo pensé en dedicarme a la canción de manera profesional, pero mi verdadera vocación es otra…

Bajó los ojos y se miró los dedos de sus manos entrelazadas. A Kathleen le pareció que se ruborizaba. Picada por la curiosidad, para animarla a que le contase sus inquietudes, quiso compartir con ella cuál era su pasión:

—Yo escribo música, aunque ninguna orquesta ha tocado nada que yo haya compuesto… aún.

La enfermera levantó la cabeza, miró a Kathleen a los ojos, como si acabara de encontrar a alguien de su misma especie en mitad de un páramo, y la expresión de su rostro cambió.

—Yo también escribo, pero en mi caso son historias. Desde que tengo uso de razón he tenido siempre historias rondando por mi cabeza. He escrito poemas y relatos cortos…, pero ahora he empezado a escribir una novela. Tengo muchas ideas, me apasiona todo lo relacionado con el misterio y la intriga. Estoy realmente emocionada ante la perspectiva de que alguien pueda leer una historia mía algún día.

—Entiendo su entusiasmo. Cuando tengo una melodía rondando por mi cabeza, casi no puedo hacer otra cosa más que escucharla y darle forma. Una vez que la pongo sobre el papel es cuando puedo relajarme. Y mi mayor sueño es que una orquesta toque mis composiciones.

El criado regresó a la sala de estar con el maletín del doctor. Ahora Kathleen estaba totalmente convencida de que su marido se lo había dejado adrede para *descansar* por un tiempo del estrés que le suponía tener a la enfermera Christie cerca. Sin embargo, para ella había sido todo un regalo disfrutar de la compañía de aquella mujer que compartía con ella la pasión por la escritura, en sus diversas formas.

—Debo marcharme ya. Ha sido un placer charlar con usted, señora Radcliffe —dijo la enfermera al ver al criado.

—Pero aún está lloviendo a cántaros… ¿Van a venir a recogerla? —

preguntó Kathleen.

Christie negó con la cabeza.

—El doctor me aseguró que alguien de la casa me llevaría de vuelta… —dijo bajando la mirada, algo cohibida.

—¡Lo haré yo misma! —exclamó Kathleen encantada de poder ser útil.

—¿Usted conduce? —preguntó la enfermera.

—Sí, ¡me encanta! —dijo Kathleen levantándose del sofá—. Y gracias a eso vamos a poder seguir conversando un ratito más de camino al hospital.

En el trayecto, Kathleen y Mary Clarissa, casi de la misma edad, intercambiaron impresiones sobre las dificultades de las mujeres a la hora de publicar sus creaciones.

—Cuando termine su novela, ¿la publicará bajo pseudónimo o la firmará con su nombre real? —le preguntó Kathleen con interés, pues ella llevaba tiempo dándole vueltas a la idea de vender sus obras usando un nombre masculino.

—Mmmm, creo que no usaré un pseudónimo, aunque me parece que firmaré con mi primer nombre: Agatha.

—Agatha Christie… —murmuró Kathleen—. Me gusta cómo suena.

—¡A mí también! —coincidió la enfermera.

Y ambas soltaron una carcajada al unísono.

Cuando llegaron cerca del hospital ya había dejado de llover. En la puerta se encontraban algunas enfermeras y junto a ellas Kathleen distinguió la alta silueta de su marido. Su corazón se aceleró al instante. Aún no entendía cómo seguía reaccionando así al verlo, a pesar de las vidas tan distantes que llevaban. Antes de que la enfermera Christie se bajase del coche, Kathleen quiso saber por qué había tanto personal del hospital en la puerta.

—Suelen salir para estar preparados ante la llegada de heridos. Es algo tedioso porque, a pesar de que hay varias ambulancias disponibles, faltan conductores. La mayoría de los hombres de la zona se han alistado en el ejército y solo contamos con un voluntario. Por lo que los heridos llegan a cuenta gotas.

—Eso es terrible… —dijo pensativa Kathleen—. Si tardan tanto en llegar, puede que la vida de algunos de ellos corra peligro, ¿no es cierto?

—Bueno, aquí no suelen venir heridos de extrema gravedad, pero a veces sí tienen heridas bastante serias.

Kathleen aparcó algo alejada de la puerta principal, para dejar espacio libre a la ambulancia, en el caso de que llegara y vio cómo Connor se acercaba a paso ligero.

—Buenos días —saludó con semblante serio y el ceño fruncido—, pensaba que Charlie o Damian traerían a la enfermera Christie.

Kathleen captó enseguida el reproche y se sintió molesta. ¿Acaso ella no podía salir de casa cuando quisiera?

La enfermera Christie y ella salieron del coche.

—Su esposa muy amablemente se ofreció a traerme, doctor Radcliffe —dijo tímidamente la enfermera—. No nos había dicho que su esposa era tan buena conductora. De haberlo sabido podríamos haberla reclutado como conductora de ambulancias, con lo necesitados que estamos…

Connor la fulminó con la mirada, tenía los ojos entornados y la mandíbula tensa. La enfermera no pudo sostener aquella mirada tan beligerante y se despidió apresuradamente.

—Ha sido todo un placer, señora Radcliffe. Muchas gracias por traerme de vuelta. Aquí tiene su maletín, doctor.

Y se alejó de ellos.

—¡El placer ha sido mío! —dijo Kathleen alzando la voz para que pudiera escucharla.

Entonces miró a Connor. Seguía con cara de enfado, pero a ella el humor le había mejorado considerablemente. La enfermera Christie acababa de darle la solución para terminar con su tediosa vida en Greenway House.

—No tenías por qué haber venido tú a traer a la enfermera Christie —espetó Connor con brusquedad.

—Buenos días, Connor, yo también me alegro de verte —dijo Kathleen con una amplia sonrisa.

—Ehem, sí, eh… buenos días, Kathleen —dijo Connor, algo arrepentido por haber sido tan cortante.

—Los niños estaban dando clase con el profesor Smith y yo no tenía nada mejor que hacer. Además, me apetecía mucho seguir charlando con la enfermera Christie.

Connor soltó un resoplido de disgusto y apartó la mirada de ella por un instante.

—No sé por qué te cae tan mal. A mí me ha parecido una mujer muy agradable. Tenemos muchas cosas en común…

Connor no pudo evitar poner una mueca de disgusto. No podía estar más en desacuerdo. Kathleen era alegre, risueña, creativa, graciosa, además de tener uno de los rostros más bellos que él jamás hubiera visto. Por su parte, la enfermera Christie era tímida, reservada y bastante sosa. Además, ¡se mareaba nada más ver una gota de sangre!

—Ya quisiera ella… —susurró Connor casi imperceptiblemente.

Kathleen lo escuchó y se le escapó una sonrisa.

—Pues ha tenido una idea fabulosa —dijo—. Voy a presentarme voluntaria para conducir una ambulancia.

A Connor casi se le salen los ojos de las órbitas. El hospital era su

refugio, el único sitio donde podía estar alejado de Kathleen. No la quería allí.

—Ni hablar. No permitiré que lo hagas.

—¿Y cómo vas a impedírmelo? —lo retó Kathleen, a la vez que levantaba el mentón y lo miraba con una dureza que Connor jamás había visto hasta ese momento.

—Soy el director del hospital. Puedo rechazar tu solicitud.

—Puedes, pero no lo harás —dijo Kathleen desafiante.

Y lo dejó allí plantado para entrar en el hospital y presentar su solicitud.

«Maldita enfermera Christie».

Pasados varios meses desde aquel pulso entre Kathleen y Connor, al volante de la ambulancia de vuelta de la estación de tren de Paignton, Kathleen se reía al recordar aquel momento y se sentía satisfecha por haberse salido con la suya. Estaba sirviendo a su país y era muy gratificante pensar que ayudaba a todos aquellos soldados que llegaban heridos del frente occidental. Era una pena que a Connor le disgustara tanto su presencia allí.

Connor esperaba con impaciencia la llegada de las ambulancias en la puerta del hospital. Desde que Kathleen era conductora voluntaria, su nivel de ansiedad había aumentado a cotas inimaginables para él. Aunque la había visto conducir y sabía que era extremadamente prudente y muy diestra al volante, le aterraba que pudiera tener un accidente con la ambulancia. Por fin la vio aparecer por el oeste de Castle Circus, observó atentamente mientras aparcaba y contempló cómo bajaba del vehículo. En ese momento se quedó boquiabierto. ¿Qué demonios…? Kathleen llevaba puestos unos pantalones. ¡Pantalones! Cuando abrió las puertas de la ambulancia y se inclinó hacia adelante para ayudar a los heridos a bajar, su trasero y sus caderas se marcaron maravillosamente contra la tela del pantalón.

—¡Vaya, doctor! —Connor escuchó la poco delicada voz de la enfermera Reynolds a su derecha. Ni se giró a mirarla, pues sabía que la afilada lengua de la enorme matrona jubilada, ahora voluntaria de la Cruz Roja, iba a dedicarle uno de sus mordaces comentarios—. Que me aspen si no es usted el primer hombre casado que encuentro mirando a su propia esposa como si fuera la primera vez que la ve en toda su vida…

Connor resopló visiblemente molesto. Apenas podía hablar, pues sufría un insoportable dolor en la entrepierna que amenazaba con dejarlo sin conocimiento. Agradeció infinitamente llevar puesta su bata, ya que no hubiera habido manera humana de disimular su abultada erección.

—En lugar de irse tan tarde de aquí cada día, doctor, vaya con su esposa y haga lo que tenga que hacer… ¡Esa muchacha debería

albergar en su seno un hijo suyo desde hace tiempo! Va a dar lugar a que esta vieja matrona se muera sin traer a otro gruñón Radcliffe a este mundo —dijo la voluminosa enfermera dirigiéndose hacia los heridos para ayudarles a entrar al hospital.

Connor se quedó pensativo unos instantes y finalmente se acercó a Kathleen, que acompañaba a un herido. Cogiendo al hombre por el brazo que Kathleen no sujetaba, le preguntó:

—¿Qué llevas puesto? —siseó, con los dientes apretados.

Kathleen sonrió feliz.

—¿Te gustan? Le pedí a Violet que me hiciera unos pantalones a medida. Son mucho más cómodos que las faldas a la hora de conducir.

—Está claro que son a medida… ¿Vas a usarlos a diario? —preguntó, temiendo una respuesta afirmativa.

—Creo que los usaré con bastante frecuencia, sí.

—Y nada de lo que yo haga o diga te hará cambiar de opinión, ¿verdad?

—Me temo que no, doctor —dijo Kathleen, con una sonrisa desafiante.

Kathleen empezaba a mostrarse cada vez más rebelde ante Connor. Pensaba que él no tenía ningún derecho a opinar sobre sus decisiones y sentía cierto placer íntimo al retarle.

El herido que llevaban entre ambos escuchaba la conversación atentamente y miraba a uno y otro lado. Cuando lo ubicaron en una cama, miró a Connor y dijo:

—¿Qué más da si lleva o no pantalones, doctor? En mi casa soy yo el que los lleva, pero todo el condado de Hampshire sabe que es mi esposa la que manda…

Connor no respondió y salió de la sala con un humor de perros. Por su parte, Kathleen rio abiertamente y apretó el brazo del herido a modo de agradecimiento. Se despidió y volvió a su trabajo.

CAPÍTULO 34

Kathleen solo iba al hospital cuando la llamaban tras la llegada de nuevos heridos a la estación de tren de Paignton. Aquella mañana no tenía que cumplir con sus obligaciones, puesto que todos los heridos del último convoy habían sido trasladados el día anterior. Sin embargo, a pesar de ello, se levantó temprano para desayunar con los niños antes de que comenzaran sus clases. Charlaba animadamente con ellos cuando, para sorpresa de Kathleen, Margareta, la hija mayor de Killian, acudió al comedor a la hora del desayuno, coincidiendo con el resto de sus primos. Todos en la familia la llamaban Greta, pero ella no le había dicho a Kathleen que podía llamarla así, por lo que nunca lo había hecho. Era extraño verla tan temprano, pues solía levantarse muy tarde y no acostumbraba a comer con el resto de la familia. Kathleen sentía cierto rechazo por aquella muchacha, no entendía cómo se podía parecer tan poco a su padre. Killian era cordial, ingenioso y con un agudo sentido del humor, mientras que su hija era caprichosa, petulante y podía llegar a ser muy irritante. La joven, de dieciocho años, llevaba desde que se trasladaron a Greenway House quejándose de su infausto destino, ya que la guerra había estallado justo cuando ella iba a ser presentada en sociedad y la había privado de poder asistir a fiestas, lucir vestidos bonitos, flirtear con jóvenes pretendientes y elegir candidatos a convertirse en su marido. Pobre Margareta, qué desgraciada era allí en Greenway House, condenada al ostracismo en aquel rincón perdido del condado de Devon. Kathleen la miraba y no podía soportar su cara de amargada, su falta de inquietudes y su pasividad. Ella a su edad ya llevaba tiempo estudiando en Milán y posteriormente en París. Greta estaba tan metida en sus propios *problemas* que no era capaz de ver la crudeza de la situación que estaban atravesando debido a la guerra, la cantidad de vidas humanas perdidas, de hombres mutilados de por vida, de familias rotas, de dolor, de muerte.

—Buenos días, Margareta —saludó Kathleen.

—Serán para ti —respondió cortante la más joven.

A Kathleen le empezó a hervir la sangre y decidió que aquella situación de patética autocompasión tenía que acabar de inmediato. Se despidió de los niños con un beso y les dijo que los vería para el almuerzo. Su mente acababa de idear un plan.

—¿Vas a desayunar? —preguntó Kathleen.

—No tengo hambre.

Eso era lo que solía decir, pero era un secreto a voces para la familia que visitaba la cocina a deshoras y comía con fruición todo lo que encontraba a su paso.

—Perfecto.

Kathleen salió como una exhalación del comedor dejando a Greta algo confusa. Dos minutos más tarde volvía a entrar cargada con un maletín.

—Ven conmigo —ordenó.

—¿A dónde? —preguntó Greta, levantándose de la silla.

Kathleen no las tenía todas consigo, pero al ver que la muchacha se levantaba vio la oportunidad de seguir con su plan. Al parecer, la clave estaba en no dejarle mucho tiempo para pensar.

—Toma —dijo entregándole el maletín—. Sígueme.

El peso del maletín cogió a Greta por sorpresa y su cuerpo se inclinó bruscamente hacia el brazo con el que lo había agarrado. Pronto recuperó la compostura y comenzó a caminar detrás de Kathleen, quien tomó un par de abrigos del perchero de la entrada y unas llaves y salió de la casa. Se montó en su coche, que estaba aparcado en la parte de atrás y urgió a Greta a que la acompañara.

—¿A dónde vamos? —insistió la muchacha.

—Pronto lo sabrás.

La respuesta pareció picar la curiosidad de Greta y finalmente se acomodó en el asiento del copiloto.

—¿No me vas a decir a dónde me llevas? —quiso saber.

—Por lo pronto a dar un paseo.

—¿Y el maletín?

—¿Sabes leer? —preguntó Kathleen levantando una ceja.

—Por supuesto —aseguró Greta, elevando a su vez la cabeza con indignación—, ¿acaso crees que eres la única que ha recibido una educación?

Kathleen no entró al trapo y continuó:

—Como nunca te he visto leyendo…

La joven soltó una especie de gritito de disgusto y Kathleen tuvo que hacer un esfuerzo enorme por no reírse. Tras casi media hora de paseo en coche, Kathleen aparcó en la puerta del hospital de Torquay.

—¿Es aquí donde me traes? —preguntó con una mueca de desagrado en sus labios.

Kathleen pensó en ese momento que nunca la había visto sonreír.

Era una muchacha bonita, de cabellos dorados y los ojos verdes de su padre, pero su eterno gesto de hastío hacía que perdiera su encanto.

—Sí, por una vez en tu vida vas a hacer algo útil —dijo Kathleen.

Se bajó del coche y se dirigió a la puerta del copiloto para invitar a su sobrina a salir, pues seguía sin moverse de su asiento.

—Dame el maletín y sal del coche.

El tono de Kathleen no permitía ningún tipo de réplica y la joven se apeó sin rechistar. Entraron en el hospital y enseguida vio con el rabillo del ojo cómo Greta arrugaba la nariz ante la mezcla de olores que se concentraba en la primera sala. La sangre seca, la carne putrefacta y la ropa hedionda de los heridos recién llegados del frente no eran olores agradables, Kathleen lo sabía, pero quería que Greta se diera un baño de realidad por una vez.

—¿Qué hemos venido a hacer aquí? —preguntó con un rictus de asco en su rostro.

—Vamos a hacerle la vida algo más llevadera a estos hombres. Abre el maletín. —Greta así lo hizo y se sorprendió al comprobar que estaba lleno de libros, todos obras de Shakespeare—. Vas a leer algunos pasajes a los heridos que no pueden o no saben leer.

A Kathleen le pareció que la joven respiraba aliviada, tal vez creía que su labor allí iba a consistir en curar a los heridos…

—Bueno, eso puedo hacerlo… —dijo en voz baja.

—Bien, ¿qué prefieres poesía, tragedias o comedias de Shakespeare?

—Mmmm, creo que comedias.

Kathleen consideró apropiado darle un ejemplar de *La fierecilla domada.*

—Perfecto. Puedes moverte por cualquiera de estas salas, intenta no entorpecer el trabajo de las enfermeras y los médicos. Y sé amable. Si consigues leerle una sola línea al soldado silencioso —dijo Kathleen señalando hacia un rincón donde se encontraba un herido con los ojos vendados— no tendrás que venir mañana.

—Eso es pan comido —dijo con altivez mirando hacia el soldado.

Kathleen la miró con una taimada sonrisa en sus labios.

—Me alegro. Te buscaré para irnos a casa a la hora del almuerzo. Hasta luego.

Tal y como hiciera en el desayuno, Greta no contestó al saludo y se marchó.

Kathleen pasó la mañana leyendo poemas de Shakespeare y algunos pasajes de *Mucho ruido y pocas nueces* a los heridos que así lo deseaban. De vez en cuando buscaba a Greta con la mirada. La muchacha podía ser algo voluble y antojadiza, pero había recibido una esmerada educación, por lo que sus modales eran exquisitos y los heridos parecían encantados con ella. En una de esas ocasiones vio

cómo el herido con el que estaba Greta hizo un comentario sobre su lectura y la joven soltó una carcajada que dejó a Kathleen asombrada. Su rostro se había transformado, era como ver a otra persona. Kathleen acababa de descubrir la belleza que la joven se empeñaba en ocultar tras su máscara de pesadumbre. Fue en ese momento de descubrimiento absoluto cuando Connor hizo acto de presencia. Kathleen supo que estaba detrás de ella incluso antes de que pronunciara su nombre.

—Kathleen…

—Hola, Connor —saludó a su vez Kathleen mientras se levantaba.

—Pensaba que hoy no venías —Connor habló despacio, midiendo sus palabras, para que ella no notara lo molesto que estaba por que ella hubiera ido al hospital.

—Yo también lo pensaba, pero en el desayuno cambié de opinión —dijo señalando con el mentón hacia Greta.

Connor miró hacia donde le indicaba Kathleen y no pudo ocultar su sorpresa al ver a su sobrina charlando animadamente con un soldado.

—¿Greta ha venido como voluntaria al hospital?

—Digamos que no ha sido muy… voluntariamente —confesó Kathleen con gesto inocente.

—Si la has obligado, no parece muy disgustada.

—No la obligué, yo le di algunas órdenes y ella obedeció —dijo encogiéndose de hombros.

Connor sonrió a su esposa con una expresión indescifrable en sus ojos. Una vez más, para Kathleen era un misterio si su marido la estaba censurando o si, por el contrario, apoyaba su decisión. Él dirigió su mirada de nuevo hacia su sobrina.

—No recordaba lo hermosa que está Greta cuando sonríe —dijo pensativo.

Entonces hizo algo que pilló a Kathleen desprevenida. Se giró hacia ella, se inclinó sobre su rostro y le rozó la mejilla con los labios en un tierno y fugaz beso. Su piel se erizó al instante en un delicioso escalofrío que recorrió su cuerpo de la cabeza a los pies. Su mejilla aún ardía cuando se dio cuenta de que Connor se había marchado.

Era casi mediodía cuando Kathleen buscó por la sala a Greta. Al parecer aún no se había acercado al soldado silencioso y justo en ese momento la vio aproximarse a su catre. Kathleen se quedó quieta observando la escena. Vio cómo Greta acercaba un taburete a la cama del muchacho, que estaba inmóvil, tumbado boca arriba y con los ojos vendados. Kathleen no podía escuchar lo que decía Greta, pero daba la impresión de que lo estaba saludando. El soldado no se inmutó, ni siquiera giró la cabeza hacia el lugar de donde procedía la voz de la joven. Greta, en un intento de llamar su atención, posó su mano sobre la de él pero él la retiró violentamente, como si se hubiera quemado

con las ascuas de un brasero. Entonces, sin mediar palabra, se tumbó sobre su costado izquierdo y le dio la espalda a Greta. La joven se quedó unos instantes paralizada, no estaba acostumbrada a que la ignoraran de esa manera. Contrariamente a lo que pensó en un principio, a Kathleen no le pareció graciosa la escena, más bien le dio pena el desplante del soldado hacia Greta. La muchacha llevaba toda la mañana leyendo para los heridos y lo había hecho con una gran disposición y muy buen talante. No le gustó que acabara la mañana con mal sabor de boca. Greta finalmente reaccionó y se levantó. Al alzar los ojos, se encontró con la mirada de Kathleen, que le hizo un gesto con la cabeza para indicarle que debían marcharse en ese momento.

Subieron al coche en silencio. Kathleen no sabía si preguntarle a Greta sobre su experiencia en el hospital. Seguramente se encontrara aliviada porque la jornada allí se había acabado…

—Lo has hecho muy bien hoy, Margareta— dijo Kathleen al fin.

Greta la miró de soslayo, pero no dijo nada y Kathleen decidió dejarlo estar. Cuando llegaron a Greenway House, Kathleen se despidió de Greta y se dirigió hacia la casa para ver a los niños.

—Creo que el problema está en las obras que has elegido… —dijo Greta a su espalda.

—¿Qué? —preguntó Kathleen sin comprender.

—Que el problema está en las obras que has elegido para que leamos a los heridos. Por tu culpa tendré que volver mañana. Cuando le dije al soldado silencioso que le iba a leer *La fierecilla domada*, se giró y me dio la espalda. Mañana seré yo quien haga la selección de lecturas —sentenció Greta caminando hacia el interior de la casa como si fuera la reina de Inglaterra, dejando a Kathleen atrás totalmente anonadada y, por otro lado, satisfecha con la decisión de haber llevado a la muchacha al hospital.

Aquella noche, tras la cena, Kathleen acompañó a los niños a la cama y volvió a la sala de estar donde se encontraban Connor, Heather y Brittany con sus maridos, Samuel y Matthew junto con Faith, la esposa de Killian. Killian no estaba en Greenway House porque debía quedarse en Londres trabajando. Charlaban animadamente, pero al entrar Kathleen todos se quedaron en silencio. Connor la miró desde el otro extremo de la estancia y le dedicó una sonrisa cómplice. Verlo sonreír la tranquilizó, porque ese silencio tan descarado solo podía significar una cosa: estaban hablando de ella. Entonces Faith se acercó a Kathleen y la cogió de las manos cuidadosamente.

—Oh, Kathleen —dijo con una amplia sonrisa—, estoy tan agradecida… Estábamos comentando que hoy es el primer día desde que empezó esta horrible guerra que Greta no se ha quejado en

ningún momento de su desdichada vida aquí. Y todo gracias a ti.

Kathleen miró a Faith sonriendo y luego al resto de los presentes. Todos, incluso Heather, que seguía mostrándose muy distante con ella, la miraron asintiendo. Tras seis meses de convivencia en Greenway House, toda la familia parecía haber aceptado a Kathleen. Ninguno se mostraba demasiado efusivo con ella, pero tampoco eran hostiles. Brittany, después de aquel primer verano en el que Heather y ella atacaron con crudeza a Kathleen, no volvió a actuar de esa manera. De hecho, el verano siguiente la relación entre ambas mejoró considerablemente: hacía muy poco que Brittany había dado a luz a su primer hijo y llevaba varios días sin dormir. La niñera que cuidaba del pequeño Reggie estaba enferma y el bebé no dejaba de llorar desde hacía horas. Brittany y Kathleen coincidieron en la terraza cuando estaba atardeciendo. El bebé seguía llorando en brazos de su madre y Kathleen vio en su rostro los signos del gran cansancio que arrastraba Brittany. Sin dudar, Kathleen se ofreció a cuidar del bebé mientras Brittany descansaba un poco. La joven madre la miró incrédula y sin saber cómo reaccionar, pero Kathleen reiteró su ofrecimiento. Con lágrimas en los ojos, agotada pero muy agradecida, Brittany cedió a su propio cansancio, le entregó a su hijo y se fue a su dormitorio a echarse un rato. Durmió toda la noche. Kathleen no tenía la menor idea de cómo lo hizo, pero el bebé dejó de llorar al poco tiempo de tenerlo ella en brazos. Desde aquel momento, Brittany cambió su actitud hacia Kathleen y su trato fue cada vez más cordial y comunicativo.

—Greta ha hecho un gran trabajo hoy en el hospital. Los heridos han agradecido mucho su presencia allí, ya que las horas de convalecencia pueden hacerse eternas si no hay ningún entretenimiento —contestó Kathleen.

—Greta me ha dicho que volverá a ir mañana —afirmó entusiasmada Faith.

—Sí, parece que tiene alguna tarea pendiente… —contestó Kathleen, riendo para sus adentros.

Y vaya si la tenía. Kathleen pudo comprobar que Greta se había tomado como algo personal la tarea de sacar de su mutismo al soldado silencioso. En los días sucesivos intentó de todas las maneras posibles arrancar algún tipo de respuesta de aquellos labios que parecían sellados. Cada día probaba con distintos géneros literarios, pasó del misterio a la tragedia, sin olvidar el terror e incluso la mitología. Nada parecía interesar a aquel muchacho.

—Creo que el problema no es el género literario que elija, Kathleen —comentó un día Greta en el coche de vuelta a casa—, ese soldado se siente muy abatido…

—Quizás deberías cambiar de estrategia. Tal vez podrías ofrecerle

otro tipo de ayuda. Afeitarlo, por ejemplo, o acompañarlo a dar un paseo. Apenas se mueve de esa cama. No creo que sea bueno que pase tanto tiempo tumbado.

—Buena idea, veré qué puedo hacer. Muchas gracias, Kathleen.

—De nada, Margareta.

—Llámame Greta, por favor.

—De acuerdo —contestó Kathleen, consciente de que había ganado una pequeña batalla.

Con el paso de los días, Greta se encontraba cada vez más cómoda en el hospital. Todo el personal la conocía y los heridos se alegraban mucho cuando ella aparecía por allí. Algunas enfermeras incluso le pedían ayuda de vez en cuando para hacer curas de poca gravedad. A Kathleen le hizo mucha gracia la primera vez que la vio ayudando a una enfermera mientras cambiaba el vendaje de un herido. Tenía tanto reparo en tocar el torso del soldado, que sujetaba las vendas con las yemas de los dedos, procurando así el mínimo contacto posible con el cuerpo del hombre. Pero a medida que se familiarizaba con el instrumental usado en las curas, se sentía más cómoda ayudando a las enfermeras. De hecho, tras varias semanas, era mayor el tiempo que invertía en cambiar vendajes y hacer curas que el que dedicaba a leer libros a los heridos.

—Greta me ha pedido que le traiga de la biblioteca de casa en Londres los libros que tengo sobre enfermería… —le contó una noche Connor a Kathleen.

—¿En serio? —preguntó ella enarcando las cejas.

—Sí —contestó Connor con una sonrisa que dejaba ver sus blancos dientes—. La he observado en el hospital y no lo hace nada mal. Al contrario de lo que pensé en un principio, no le afecta la visión de la sangre y, si le desagradan los olores o la crudeza de ciertas heridas, poco a poco ha ido superando esos reparos y no los muestra abiertamente.

—Está siendo todo un descubrimiento…

—Tu descubrimiento, Kathleen —dijo Connor apartando un mechón de pelo de su frente y su mejilla—. Le has cambiado la vida a esa jovencita…

Connor no apartó su mano y la dejó apoyada sobre el cuello de Kathleen mientras acariciaba con el pulgar la línea de su mentón. Kathleen se quedó atrapada en el verde luminoso de sus ojos y anheló con toda la fuerza de su corazón haber sido ella la mujer amada por aquel hombre que la dejaba sin respiración con solo mirarla. El destino le había jugado una mala pasada y debía vivir cerca del hombre más tentador de la tierra que, a veces, hacía cosas incomprensibles para ella. Como en aquel momento, en el que, si no hubiera sabido lo que sentía por Amanda, pensaría que iba a besarla…

Estaban en mitad del pasillo, tras acompañar a los niños a su dormitorio. Sin darse cuenta, Kathleen había dado un paso atrás, pero la pared del corredor le impedía alejarse de Connor, que se acercaba a ella lentamente. Dios, ¿qué estaba haciendo? Kathleen empezó a respirar entrecortadamente. Sintió cómo él posaba la otra mano sobre su cintura y se acercaba algo más a ella. Apenas quedaba un suspiro entre sus bocas. Connor rozó con su nariz la de Kathleen. Por favor, ¿acaso no se daba cuenta de la tortura a la que la estaba sometiendo? El cuerpo de Kathleen reaccionó ante la proximidad de Connor y un calor intenso invadió su pecho. Connor acercó sus labios a los de Kathleen y los acarició con un roce sutil. Oh, el contacto fue abrasador.

En ese instante escucharon el carraspeo de alguien que se encontraba cerca de ellos en el pasillo y Connor se separó levemente. Era Garret, uno de los criados.

—Disculpe que le moleste, doctor, si no fuera importante no le moles…

—¡Al grano, Garret! —le interrumpió Connor, visiblemente enfadado.

—Han llamado del hospital, necesitan que acuda urgentemente.

Connor no contestó, aunque soltó una especie de gruñido que hizo a Garret despedirse precipitadamente. No había apartado la mirada de ella en ningún momento. Acercó sus labios a la oreja de Kathleen y susurró:

—Me debes un beso.

Y se fue.

CAPÍTULO 35

¿Que *ella* le debía un beso?

Connor llevaba tres días seguidos en el hospital, sin volver ni siquiera para dormir. Al parecer uno de los heridos había tenido que ser intervenido de urgencia y su vida corría peligro. Se había quedado allí por si debía realizar otra operación de emergencia. Kathleen llevaba esos tres días muy enfadada, no tanto con él como consigo misma, dándole vueltas a lo ocurrido y a su propia reacción. No había tenido que ir al hospital, así que había sido una bendición no tener que verlo durante ese tiempo.

Desde que se casaron, siempre que él se había acercado a ella, la había tocado o simplemente la había rozado, ella no había sido dueña de su voluntad. Todo su cuerpo se había olvidado de lo sufrido y había anhelado que él rompiera la distancia que había entre ellos. No entendía por qué y se reprochaba su falta de orgullo. ¿Acaso no había tenido suficiente aquella horrible noche en que sufrió la humillación más grande de su vida? Echaba la vista atrás y sentía vergüenza cada vez que ciertas imágenes acudían a su mente. Ella, desnuda entre sus brazos, decidida a entregarse a Connor en cuerpo y alma y él imaginando que era a Amanda a la que estaba a punto de hacer el amor. Aún se sonrojaba al pensar en el vilipendio sufrido.

Aquel día Kathleen fue a la *playa*, como los niños llamaban a la pequeña bahía junto al embarcadero que la casa tenía junto al río Dart. Hacía un día de abril espléndido y, aprovechando que los niños no tenían clases porque el señor Smith se encontraba enfermo, Brittany y ella decidieron llevarlos a pasar la mañana en el río.

Tras casi tres horas jugando y correteando por la orilla, el apetito empezó a hacer mella en ellos y pidieron a Kathleen volver a casa.

—Si te apetece quedarte un rato más y disfrutar del silencio… —propuso Brittany guiñándole un ojo— puedo llevármelos yo a casa, no me importa.

Kathleen agradeció profundamente el detalle de su cuñada, necesitaba estar un poco a solas, pensar, aclarar sus ideas…

—La verdad es que me apetece dar un paseo antes del almuerzo, hace tan buen día… —dijo Kathleen mirando hacia la extensa orilla.

—Pues no se hable más. Quédate y disfruta. ¡Niños! ¡Nos vamos a casa! ¡Tenemos que idear un plan para distraer a Sally y sacar algo de comida de su cocina!

Los niños gritaron y aplaudieron ante la ocurrencia e iniciaron el camino de vuelta proponiendo ideas tan descabelladas como soltar una culebra en la cocina para asustar a Sally o secuestrar a Frederick, el mayordomo, y pedir bocadillos y pasteles como rescate…

—¡Adiós, chicos! —se despidió Kathleen, divertida al escuchar a los niños.

Una vez a solas, Kathleen cogió el bajo de su falda por un lado y lo sujetó a su cintura, de este modo la falda quedaba casi por encima de las rodillas y podía meter sus pies descalzos en el agua. A pesar de que estaba bastante fría, el movimiento ondulante del río y la suavidad de la arena le proporcionaban una sensación muy agradable. Para intentar alejar el pensamiento recurrente de Connor de su cabeza, trató de distraerse recordando vivencias de los últimos días. Como la conversación que había mantenido con la enfermera Bonnie Graham, una escocesa muy extrovertida con la que había congeniado a las mil maravillas, a pesar de que a veces le costaba entender su fuerte acento de las Tierras Altas. Bonnie le había contado que el soldado silencioso había salido de su mutismo y le había preguntado por Greta. La joven no había podido ir al hospital durante dos días debido a que se encontraba realmente indispuesta por estar en esos días del mes… Y a Kathleen le dio alegría comprobar que la constancia de Greta había dado sus frutos.

—¿Y la muchacha insufrible? —le había preguntado el soldado a la enfermera Graham.

—¿Perdón? —inquirió a su vez ella.

—¿Hoy tampoco ha venido esa muchacha que se empeña en leer libros a los heridos, queramos o no?

—Mmmm, no, no ha venido. Y si te parece tan insufrible, díselo tú mismo a la cara cuando vuelva por aquí. La muchacha solo quiere ayudar, cretino —dijo incisiva, sin ocultar su malestar.

Kathleen se rio al imaginarse la escena: Bonnie realmente enfadada y el muchacho desconcertado, al haber recibido de su propia medicina sin esperarlo.

El agua empujó hasta los pies de Kathleen una fina rama de un árbol. La cogió y la arrastró distraídamente sobre la arena. Se alejó un poco del agua y comenzó a dibujar garabatos en la zona menos húmeda de la orilla. Cuando terminó, giró sobre sus talones para volver a acercarse al agua, pero chocó contra un cuerpo firme que no retrocedió ni una pulgada al toparse con él, al contrario, la rodeó con

sus brazos. Su sombrero de ala ancha no le permitía ver de quién se trataba, pero ese olor a maderas y ámbar le dio una pista sobre quién podría estar abrazándola tan suavemente. Levantó la cabeza y se dio de bruces con la mirada verde de Connor.

—¡Connor! —dijo Kathleen con el pulso acelerado por la sorpresa y por tenerlo pegado a su cuerpo.

Aún se asombraba al admitir que, a pesar de que era su marido, tenía el poder de alterar todo su ser, como si fuera la primera vez que se tocaban. Él le dedicó una sonrisa enigmática sin apartar sus ojos verde agua de su rostro. Parecía querer descifrar algo oculto en su interior.

—Aquí estoy, sus deseos son órdenes para mí, *milady* —dijo Connor con humor, inclinando su cabeza.

—¿Mis deseos? —preguntó Kathleen, algo aturdida, incapaz de pensar con claridad al tenerlo tan cerca. Desde luego, había estado pensando en él, pero ¿acaso ahora podía leer sus pensamientos?

—Me has invocado y yo he aparecido —dijo él con una sonrisa lobuna mientras señalaba con el mentón a algún punto detrás de la espalda de Kathleen.

Connor soltó su abrazo y ella pudo girarse para ver a qué se refería. En ese momento un rubor le quemó las mejillas con más fuerza que el sol que brillaba ese día en el cielo. Los garabatos que había estado escribiendo antes sobre la arena no eran otros que el nombre de Connor repetido varias veces usando distintas grafías llenas de florituras. Su mandíbula cayó pesadamente y los ojos se le abrieron como platos. Kathleen deseó que una súbita crecida del río la arrastrara hacia el mar y se perdiera su rastro para siempre. Se sentía totalmente avergonzada. No solo no era capaz de controlarse cuando él estaba cerca sino que tampoco lo era cuando lo tenía lejos. No sabía cómo salir de esa situación tan embarazosa, no se le daba bien mentir y, desde luego, no había forma humana de justificar lo que había hecho. Así que utilizó una táctica de distracción, tratando de llevar la conversación hacia otros derroteros.

—Mmmm, ¿qué tal está el soldado al que tuviste que operar de urgencia?

El rostro de Connor se ensombreció rápidamente y miró a lo lejos antes de responder.

—Su estado es muy grave. Estuvo crítico, pero conseguimos estabilizarlo. Sigue estando muy grave, pero si en los próximos días no contrae ninguna infección, es muy posible que se recupere.

—Este caso te tiene especialmente preocupado… —comentó Kathleen, reprimiendo un irrefrenable deseo de acariciar su hermoso rostro.

—Jason es un muchacho muy joven, apenas acaba de cumplir

dieciocho años. Tiene toda la vida por delante…

—Se te ve muy cansado. Volvamos a casa, podrías almorzar con los niños y después echarte un poco a descansar.

—¿No quieres quedarte un rato más?

—Ya es la hora del almuerzo y le dije a los niños que llegaría para comer con ellos.

—Volvamos, entonces.

Connor cogió su mano y caminaron juntos hacia el sendero que conducía a la casa. Cualquiera que los hubiera observado desde lejos habría pensado que formaban una encantadora pareja de enamorados. Nada más lejos de la realidad, pensó Kathleen. ¿Por qué la cogía de la mano? ¿Eran imaginaciones suyas o Connor volvía a estar mucho más cercano que antes? Al pasar junto a una roca, Connor cogió un ramillete de coloridas camelias que se encontraba sobre ella.

—Toma, son para ti —dijo, ofreciéndoselas a Kathleen.

—¿Para mí? —preguntó ella algo confundida.

Jamás le había regalado flores. ¿Por qué lo hacía ahora? ¿Por qué le estaba haciendo esto? ¿No se daba cuenta del daño que le causaba?

—De camino al embarcadero pasé por el jardín de camelias y no pude evitar coger unas pocas… para ti.

—Son preciosas. Gracias. —Fue lo único que pudo decir Kathleen.

Tenía un nudo en la garganta. Aquel detalle por parte de Connor, lejos de llenarla de alegría, le entristecía sobremanera. Había llegado a un punto en su vida en el que se encontraba mucho más cómoda lidiando con la frialdad de Connor que con sus muestras de… ¿cariño? Durante un tiempo, cuando veía lo que quería ver, pensó que era amor lo que él sentía por ella, pero la realidad le puso los pies en la tierra de la manera más cruel y supo que estaba equivocada. No deseaba su caridad. Su piel se había curtido debido a los golpes recibidos y ese tipo de obsequios no hacían más que causarle un desgaste mental del que luego le costaba recuperarse.

Durante el trayecto de vuelta a casa Kathleen fue consciente de que Connor la observaba. Se había percatado del mutismo de ella y no había intentado iniciar una conversación. Sin embargo, la miraba de soslayo mientras caminaban. Ella sostenía el ramo con una mano y la otra estaba entrelazada con la de Connor. A pesar de la rebeldía que sentía hacia sus gestos con ella, no podía evitar mantener ese leve contacto con él. Le gustaba mucho ir cogida de su mano. A ese grado de incongruencia y estupidez estaba llegando, se reprochaba Kathleen. Y aun así no podía resistirse.

Al llegar a la casa, Kathleen le dijo a Connor que necesitaba cambiarse de calzado. Connor, antes de dejarla marchar, se llevó a los labios la mano de Kathleen que tenía unida a la suya y besó el dorso. En ese momento, Heather pasaba por el vestíbulo camino del comedor

y Kathleen pensó que, quizás, el gesto de Connor era un mensaje para su hermana para que no tuviera dudas sobre la buena relación entre ellos. Aunque para Kathleen toda la familia debía de tener muy claro que algo no iba bien en su matrimonio puesto que en esos dos años no había concebido ningún hijo.

♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪

Tras aquel embarazoso encuentro con Connor en el río, Kathleen se alegró de recuperar su rutina de trabajo al tener que asistir varios días seguidos a la estación de Paignton para trasladar a los heridos, que estaban llegando a cuentagotas. En una de sus visitas al hospital se reencontró con la enfermera Christie, que se mostró feliz por haber sido destinada al dispensario del hospital.

—Me han dicho que debo pasar un examen para poder trabajar allí, pero lo cierto es que no me importa estudiar. Es más, me parece muy edificante todo lo que estoy aprendiendo y… —Se acercó a Kathleen como si quisiera confiarle un secreto y habló en voz muy baja—: Desde luego que lo usaré en la novela que estoy escribiendo.

Kathleen y ella intercambiaron sonrisas y miradas cómplices y continuaron con sus quehaceres.

Al día siguiente fue con la enfermera Graham, con quien charló durante un buen rato. La escocesa la puso al corriente de la evolución del soldado silencioso. Al parecer, pronto iban a quitarle la venda de los ojos para comprobar si había perdido visión tras haberse visto afectado por el uso de gas en la batalla de Ypres. Le habían diagnosticado una ceguera que, esperaban, fuera temporal, pero aún no se conocía el alcance de los daños causados por el cloro. También le informó de que el soldado había empezado a comunicarse con Greta, quien se mostraba bastante cautelosa con él, pero no dejaba de visitar su catre cada día. Kathleen sonrió ante la noticia. No obstante, la alegría le duró poco, pues Bonnie le dijo que pronto se marcharía de Torquay.

—¿Te vas? ¿A dónde? —preguntó Kathleen con sorpresa y tristeza a la vez.

Bonnie Graham se había convertido en poco tiempo en una buena amiga, con un gran sentido del humor y una fuerte personalidad, que siempre conseguía que Kathleen se evadiera de sus propios problemas.

—Me voy a Serbia con los Hospitales de Mujeres Escocesas.

—¿A Serbia? ¡Pero eso es donde empezó la guerra! ¡No puedes irte tan lejos! Además, debe de ser muy peligroso… —argumentó Kathleen.

—Estamos en guerra, Kathleen, ya no hay lugar seguro… Además, siento que mi tiempo aquí se ha acabado. Parece que en Serbia lo están pasando realmente mal. Aparte de la guerra, tienen el problema de las enfermedades infecciosas como el tifus. Creo que allí soy más

útil que aquí.

—Aquí eres muy necesaria, Bonnie, no puedes irte. Los heridos te necesitan, ¡y yo también! ¿Quién me va a hacer reír si tú te vas?

Bonnie no dijo nada e hizo un gesto con la cabeza indicando hacia un lugar a la espalda de Kathleen. Esta siguió la mirada de la enfermera Graham y vio a Connor a lo lejos. Una sonrisa triste se dibujó en los labios de Kathleen.

—Algún día te contaré por qué es tan difícil que el doctor Radcliffe pueda hacerme reír…

Aquella noche, a Kathleen le costó mucho tiempo dormirse pensando en la marcha de Bonnie. Cuando por fin lo consiguió, su sueño no era profundo y estaba bastante inquieta y agitada. En una de las vueltas que dio en la cama, se giró tan bruscamente que se despertó. Junto a su cama pudo distinguir una presencia que la hizo gritar sobresaltada. Pronto una mano se posó sobre su boca para impedir que siguiera chillando. Entonces el rostro de Connor apareció ante el suyo y se tranquilizó un poco, pero solo momentáneamente, ya que otros miedos la asaltaron al instante.

—¡Connor! ¿Ha pasado algo? ¿Los niños están bien? —preguntó con el corazón desbocado.

Él se arrodilló junto a la cama y le habló en susurros. Kathleen se incorporó y se sentó al borde de la cama con la intención de levantarse.

—Tranquila, los niños están bien.

—Entonces, ¿por qué tienes lágrimas en los ojos? ¿Qué ocurre? Por favor, dime lo que ha pasado, te lo ruego.

Él puso un dedo sobre los labios de ella, pidiendo silencio. De rodillas junto a la cama, tenían las cabezas a la misma altura y muy cerca la una de la otra.

—No ha pasado nada, al menos no a nuestra familia. Es solo que he tenido un día horrible en el hospital.

Kathleen podía sentir su aliento en el rostro. Al escuchar esto, dejó caer los hombros exhalando un suspiro.

—¿Y qué…? ¿Qué puedo hacer para ayudarte? —preguntó.

—Solo necesito uno de tus abrazos mágicos —dijo apoyando el torso sobre su regazo y la cabeza sobre la cintura de Kathleen—, Jason ha fallecido. No he podido hacer nada por salvarle la vida.

—Oh —exclamó Kathleen, con el corazón encogido—, no sabes cuánto lo lamento, Connor.

Kathleen estaba abrumada por la situación. El frío y distante doctor Radcliffe se aferraba a su cuerpo como si fuera el único asidero que lo pudiera mantener pegado a la tierra en mitad de un huracán. No sabía qué hacer para consolarlo. Bajó las manos y acarició su pelo mientras susurraba palabras de ánimo. Él no se movió. Entonces Kathleen, sin

despegar los labios, empezó a entonar una canción. Se trataba de un fragmento del *Dúo de las flores,* de la ópera Lakmé de Léo Delibes. La vibración que emanaba del cuerpo de ella mientras emitía esos hermosos sonidos parecía ser como un bálsamo para el espíritu abatido de Connor y a Kathleen le dio la sensación de que se relajaba y aflojaba la rigidez de sus brazos. Cuando ella terminó, se incorporó y la miró a los ojos. Kathleen ya se había acostumbrado a las luces y sombras de su habitación y, a pesar de que el rostro de Connor quedaba en penumbra, pudo sentir la intensidad de su mirada. Al principio, cuando se separó de su largo abrazo, su mirada era una mezcla de tristeza y gratitud, pero en el momento en el que sus ojos se encontraron, la mirada de él volvió a recordarle a la de un felino hambriento, una pantera de oscuro pelaje y ojos verde agua.

Allí quedaron los dos, atrapados en aquel instante, que podría haber durado toda una eternidad. Tan cerca y tan lejos de ese abismo que eran sus bocas y en el que los dos deseaban caer. La respiración de ambos era cada vez más agitada y sus bocas se abrieron al unísono. Entonces él bajó sus ojos hacia los labios de ella, toda una declaración de intenciones que Kathleen supo leer a la perfección. Como si se tratara del dueto más bellamente interpretado desde que se inventó la música, los labios de Kathleen y Connor se encontraron justo a mitad de camino entre ambos. Durante unos instantes se entregaron a un largo beso apasionado, danza de labios y lenguas que parecían celebrar su reencuentro, la vuelta al hogar de dos almas perdidas que se afanaban en tomar caminos separados y que todos los astros del universo, en su búsqueda del cosmos, una vez más, volvían a juntar.

Connor separó sus labios de los de ella y comenzó a besar su piel desde el cuello hasta la oreja. Pasó la lengua por el lóbulo y Kathleen soltó un gemido. En un segundo Connor se puso en pie y la cogió por la cintura, incorporándola a ella también. Kathleen no fue consciente de cuándo ni cómo él le quitó el camisón y él se quitó su bata, la única prenda que llevaba puesta. No le dio tiempo a pensar cuando él la pegó a su cuerpo rodeándola con sus brazos por la espalda. Sus cuerpos quedaron adheridos el uno al otro y una corriente eléctrica pareció atravesarlos de pies a cabeza. La piel les ardía allá donde estaban en contacto. Sus labios volvieron a encontrarse, ahora con más urgencia, con impaciencia, ambos deseaban llegar a un lugar que ya conocían y del que sabían el camino. Kathleen acarició la espalda de Connor e hincó los dedos en su piel para atraerlo aún más hacia ella. No quería pensar en lo que estaban haciendo, simplemente quería vivir aquel momento con intensidad. Movida por el deseo, superó la vergüenza y bajó sus manos hasta el trasero de él. Había fantaseado con aquello muchas veces. Esa parte de la anatomía de Connor la volvía loca. Enseguida sintió cómo él se excitaba aún más al notar la

caricia de ella. La pasión los devoraba y amenazaba con consumirlos allí mismo, de pie junto a la cama. Connor introdujo la mano entre los muslos de Kathleen, llegando al mismísimo centro de su ser y comprobó que ella estaba preparada, que lo esperaba con una calidez húmeda que casi le hizo perder el poco control de sí mismo que le quedaba. Sin dejar de besarla se recostó en la cama y la atrajo hacia sí, la subió a horcajadas sobre sus caderas y con rápidos movimientos de sus dedos la hizo gemir y jadear de placer hasta que ella no pudo más y llegó a un éxtasis largamente esperado. Con el corazón acelerado y la respiración entrecortada, Kathleen, sin creer todavía lo que estaba pasando, pero a su vez como si hubiera nacido para ello, con un suave movimiento de sus caderas, selló por fin el encuentro entre ambos, anclándose a él en lo que parecía el encaje perfecto de un engranaje hecho a medida para ellos dos. En ese instante el tiempo se detuvo, Connor y Kathleen se miraron con una intensidad renovada, apenas podían respirar, allá donde estaban unidos ardía un fuego abrasador y Kathleen empezó a moverse instintivamente buscando algo que su cuerpo le pedía con urgencia. De nuevo las lenguas se encontraron, se mordían los labios, se lamían el cuello y se jadeaban al oído mientras una danza de caderas cada vez más frenética los arrastraba más y más lejos de todo su mundo. Con ese rítmico movimiento llegaron al clímax de aquella partitura que tan bien sabían leer y que habían ejecutado con la precisión de los intérpretes más virtuosos. Allí, abrasados por el fuego de su deseo, quedaron unidos durante unos minutos, sudorosos y jadeantes, mientras Kathleen volvía a escuchar en su cabeza *Salut d´Amour*, después de mucho tiempo escondida en algún rincón de su memoria.

Kathleen se separó y ambos rodaron sobre la cama, tumbados uno frente al otro. Se miraron con ojos cansados y una sonrisa en el rostro, ninguno parecía querer quedarse dormido, pero en algún momento Morfeo extendió sobre ellos su dulce manto y cayeron en un profundo sueño.

Aquella misma noche, de madrugada, Kathleen descubrió que había nuevos placeres que jamás habría imaginado. Connor la había despertado besando su piel en un tentador recorrido desde su cuello, pasando por sus pechos y su vientre hasta enterrar su rostro entre sus piernas. Kathleen sintió una vergüenza tremenda cuando descubrió sus intenciones y, sin embargo, fue incapaz de detenerlo. Con una habilidad pasmosa le estaba arrancando gemidos que no podía controlar. Con la poca cordura que le quedaba, Kathleen llegó a la conclusión de que ardería en el infierno porque aquello que Connor le estaba haciendo no solo debía de estar prohibido por varias leyes estatales, sino que tenía que ser pecado mortal. La lengua de Connor era prodigiosa y ella no podía evitar mover sus caderas buscando una

sensación cada vez más placentera. Con cada milímetro de su piel erizado, Kathleen llegó al clímax totalmente abandonada de sí misma. No se reconocía, se había derretido literalmente ante las caricias de Connor y había sido incapaz de pensar con lucidez. Aún jadeante y abrumada por lo vivido, sintió cómo Connor la cubría con su cuerpo y parecía reclamarla para sí con una necesidad que Kathleen recibió con la misma urgencia. Connor soltó un profundo jadeo cuando se fundió con Kathleen formando un solo cuerpo.

—Dios… —dijo con voz ronca—, esto es increíble, Kathleen, es… sublime.

Kathleen no pudo contestar porque en ese momento estaba pensando que no había experimentado jamás nada igual. Sentía que su cuerpo solo estaba completo si estaba así, encajado de manera perfecta con el de Connor. No quería que ese momento acabase.

Pero acabó, después de vivir de nuevo una explosión de sensaciones, de sentir los febriles besos de Connor sobre su piel, su caricias desesperadas, sus miradas de complicidad. Después de entregarse en cuerpo y alma al hombre que amaba. Todo acabó después de que los dos llegaran a tocar las estrellas con la yema de sus dedos, de que creyeran que la perfección existía. Todo acabó y los dos se fundieron en un abrazo silencioso que ninguno quiso romper.

CAPÍTULO 36

Intensos rayos de sol torturaban los cansados párpados de Kathleen, que intentaban proteger sus ojos de la brillante luz de media mañana. Con gran dificultad consiguió abrirlos para cerrarlos rápidamente y apretarlos en un acto de rebeldía inútil, pues sabía que debía de ser muy tarde y tenía que levantarse. De repente, montones de imágenes de la noche anterior asaltaron su mente y de manera instintiva estiró el brazo hacia la parte de la cama donde debía estar Connor, pero no estaba. «No pasa nada», pensó, «que no esté no significa nada. Tiene que ir al hospital y no ha querido despertarme, eso es todo». Después de la noche que habían pasado juntos, Kathleen no quería sacar conclusiones equivocadas. Lo que había vivido junto a Connor era tan auténtico, tan especial, que no podía enturbiarlo pensando que él había huido de ella una vez más. No, eso no podía haber pasado, estaba segura.

Se levantó y comenzó a vestirse. Mientras lo hacía pudo ver su reflejo en el espejo y se sorprendió de la sonrisa bobalicona que mostraba al pensar sin darse cuenta en los momentos vividos apenas unas horas atrás en esa habitación. Bajó a desayunar y al salir del comedor se encontró con Frederick en el vestíbulo.

—Buenos días, señora, el señor me ha pedido que le informe de que se va a ausentar unos días de Greenway House porque va a resolver un asunto pendiente en Londres.

—¿No le ha dicho nada más? —preguntó Kathleen con la decepción reflejada en su tono de voz.

—No, señora.

—Gracias, Frederick.

La nube en la que se desplazaba desde que se despertó aquella mañana desapareció abruptamente y Kathleen se dio de bruces con el duro suelo bajo sus pies. «Se va a ausentar unos días». ¿Estaría huyendo de nuevo? ¿Se estaría repitiendo una vez más su patrón de comportamiento con ella? ¿Se habría arrepentido de lo de anoche? Kathleen no quería pensar que todas sus dudas fueran ciertas. No,

después de las sensaciones tan extraordinarias que había vivido con él. Y no eran imaginaciones suyas, para él también había sido algo especial, estaba segura. Su viaje a Londres podía estar debido a una poderosa razón. Esperaría hasta que volviera y hablarían. No iba a dejar que nada se interpusiera entre ellos. Ya habían perdido demasiado tiempo.

Los tres días que Connor tardó en volver fueron los más largos y angustiosos que Kathleen había vivido desde que lo conoció. Aunque no quería tener pensamientos negativos, una oscura corazonada empezó a atenazar la confianza de Kathleen. Algo no andaba bien, llevaba tres días sin saber nada de Connor y la idea de una nueva huida de ella cobraba cada vez más fuerza.

Kathleen se encontraba descansando en su habitación después del almuerzo cuando escuchó cómo la puerta se cerraba a su espalda. Se giró y vio a Connor con semblante serio.

—Ha llegado una carta para ti —dijo sin saludar siquiera, lanzando la carta sobre la cama en la que estaba Kathleen.

A ella se le heló la sonrisa en el rostro al ver su gesto. Miró quién era el remitente y comenzó a entender.

—Es una carta de Will —dijo mirando a sus fríos ojos—, ¿ocurre algo?

—No lo sé, eso tendrás que decírmelo tú —espetó Connor.

Kathleen frunció el ceño. No entendía a Connor, tres noches atrás había acudido a ella en busca de consuelo. Habían pasado la noche más maravillosa que Kathleen pudiera haber imaginado jamás y ahora se mostraba tan hostil con ella…

—¿Qué quieres que te diga? Will y yo decidimos seguir en contacto. Nos hemos escrito en varias ocasiones. Él ha sido alguien muy importante para mí. Fue la última persona que vio a mis padres y a mi hermano con vida y no pienso dejar de comunicarme con él, ni ahora ni nunca.

—¿Así de rotunda te muestras? ¿No vas a intentar disimular ni siquiera un poco? ¿No vas a tratar de convencerme de que no hay nada entre vosotros?

—¿Qué es lo que puede haber entre Will y yo, Connor? ¡Vivimos a miles de millas de distancia! ¿Qué insinúas? ¿Que somos amantes? —preguntó Kathleen incrédula y no pudo evitar soltar una risa amarga, aunque sus ojos empezaban a escocerle.

—Se puede amar en la distancia —afirmó Connor.

—Y en el tiempo. De eso tú sabes más que yo —contraatacó Kathleen, sucumbiendo a la tensión de los últimos días y dejando aflorar su lado rebelde. Connor guardó silencio, haciendo que Kathleen entendiera que así era, que seguía amando a Amanda a pesar del tiempo transcurrido desde su muerte—. Si quieres saber lo que hay

entre Will y yo, abre esa carta y léela, yo no tengo nada que ocultar.

—Yo no voy a leer esa carta —contestó obcecado él.

—Claro que no vas a leerla, porque si la leyeras comprobarías que realmente no hay nada reprochable en ella y entonces no tendrías una excusa más para alejarte de mí —exclamó Kathleen desesperada—. Al menos Will está vivo, él no es un fantasma cuya presencia es más tangible que esta carta, una presencia que lo domina todo, que controla nuestras vidas e incluso me causa angustia, me ahoga —dijo ya con lágrimas en los ojos—. Al menos yo no tengo que pedirle permiso a un fantasma para dar rienda suelta a mis sentimientos —añadió, soltando toda la rabia contenida desde hacía mucho tiempo.

A Connor se le endureció el gesto, Kathleen pudo ver cómo apretaba las mandíbulas y su mirada se volvía de acero. En aquel mismo momento supo que algo se había roto entre ellos, acababa de herirle donde más le dolía, había cruzado una línea que la iba a alejar para siempre de él.

En ese instante se arrepintió de lo que le había dicho, pero por otro lado pensó que quizás era lo mejor para ellos. Ella vivía una vida basada en una ilusión, en un espejismo, algo que veía a lo lejos, pero que jamás alcanzaba. Se había engañado creyendo que Connor algún día llegaría a amarla, que podría cerrar el capítulo de su vida que había compartido con su primera esposa y disfrutar con ella de lo que le quedaba por vivir. Pero eso nunca llegaría. El amor de Connor por Amanda era tan grande que había superado hasta la muerte. Lo mejor sería tomar distancias y aceptar la condena de vivir atada al hombre que amaba sin esperar jamás ser correspondida. Kathleen se giró, para que él no la viera llorar y esperó hasta que escuchó la puerta abrirse y cerrarse de nuevo para dar rienda suelta a todo el dolor que se había acumulado en su pecho y en su garganta. De pronto se sentía vacía, hueca, como un harpa a la que le hubieran quitado las cuerdas. Solo había aire en su interior, un aire que le quemaba por dentro y salía como fuego líquido resbalando por sus mejillas. Todo había acabado.

Apenas habían pasado unos minutos cuando unos leves golpes en la puerta la sobresaltaron. ¿Sería Connor de nuevo? ¿Vendría a hacer las paces? ¿Podría tener tanta suerte?

—Adelante —dijo.

No, aquel no era su día de suerte. Garret asomó la cabeza por la puerta.

—Señora, ha llegado un telegrama para usted.

Kathleen se acercó rápidamente a él y cogió el telegrama. Al leerlo se quedó petrificada. El escueto mensaje le informaba de que Margie estaba gravemente enferma y deseaba verla. De pronto se le encogió el corazón y un miedo cerval le heló la sangre.

¡Margie! ¡Enferma!

Tratando de poner en orden sus ideas y haciendo memoria de las últimas veces que la había visto en Londres cuando habían ido a visitarla, se dio cuenta de que no le había dado importancia al hecho de que Margie había adelgazado y de que parecía cansada… Kathleen lo achacaba siempre al viaje desde Southampton, pero ahora empezaba a pensar que quizás se debía a que algo no iba bien.

No podía perder tiempo, si quería llegar cuanto antes a Southampton debía coger el próximo tren a Londres. Llenó una bolsa de viaje con varias mudas de ropa y algo para su aseo personal y pidió a Garret que la llevara a la estación de tren. Mientras esperaba a que Garret trajera el coche a la entrada de la casa, habló con Frederick y le explicó la situación. No pudo decirle el tiempo que iba a ausentarse, pero le aseguró que sería el mínimo indispensable. Cuando supiera si se alargaría su estancia allí o no, se lo haría saber a su marido a través de una carta o un telegrama. Garret ya había detenido el coche en la puerta cuando se acordó de los niños. No podía irse sin despedirse de ellos y contarles los motivos por los que se iba. Subió corriendo las escaleras y, por suerte, los encontró en el cuarto de juegos junto con sus primos y dos de las criadas que estaban al cuidado de ellos.

—Mandy, Daniel, debo marcharme unos días a Southampton.

—¿Por qué? —preguntó enseguida Daniel, cambiando su preciosa sonrisa por una expresión apenada.

—Hay una persona que necesita verme, Daniel. Es alguien a quien quiero mucho y que ha sido como mi mamá desde que era pequeña. Parece que está enferma y puede que necesite que la cuide hasta que se mejore.

Kathleen deseaba que así fuera, que Margie mejorase de su dolencia muy pronto, pero una terrible corazonada le decía que eso no iba a ocurrir.

—¿Podemos ir contigo? —preguntó Mandy.

—No, cariño, debéis quedaros aquí. No vamos a dejar solo a papá. Yo volveré pronto, ¿de acuerdo?

Los niños asintieron en silencio, pero sus rostros mostraban el descontento por la marcha de Kathleen. Se abrazaron durante un buen rato y Kathleen les repitió varias veces lo mucho que los quería. Ellos le respondieron dándole besos y abrazándola muy fuerte.

Kathleen tenía un nudo en la garganta cuando salió de la casa. No le gustaban las despedidas y cada vez tenía más claro que se dirigía a Southampton para despedirse de alguien a quien quería mucho. Consiguió llegar a tiempo para coger el último tren a Londres, pero cuando llegó a la capital ya era demasiado tarde y no había ningún tren hacia Southampton hasta el día siguiente. Tuvo que irse a casa a pasar la noche, pero apenas pudo conciliar el sueño. Le daba miedo quedarse dormida y perder el primer tren de la mañana, le asaltaban

imágenes de Margie esperando su llegada, postrada en una cama… ¿Cómo de grave era su enfermedad? Se reprochaba no haber ido a visitarla con más frecuencia.

Al alba, Kathleen ya se encontraba lista para partir. Cogió más ropa de su armario por si necesitaba quedarse durante un tiempo prolongado en Southampton y se despidió de Johnson. No respiró tranquila hasta que estuvo sentada en el tren a la espera de partir hacia su antiguo hogar. Poco antes de que se pusiera en marcha, Kathleen vio cómo entraba en su vagón una mujer que le resultaba familiar. La mujer, de melena larga y oscura, se sentó unos asientos por delante de ella. Kathleen no podía dejar de buscar en su memoria para encajar aquel rostro entre sus recuerdos. Hasta que de pronto se sintió estúpida, al darse cuenta de que se trataba de su querida amiga Bonnie Graham. Siempre la había visto con su uniforme de enfermera, cofia y el cabello recogido, por eso al verla fuera del hospital y ataviada con un bonito vestido azul cielo no había sido capaz de reconocerla. Se levantó de inmediato y se dirigió a ella con una mezcla de alegría y sorpresa en su rostro.

—¡Bonnie! ¿Eres tú?

La enfermera se giró al escuchar su nombre y le dedicó una gran sonrisa.

—¡Kathleen! ¿Qué haces tú aquí? —preguntó Bonnie.

—Eso debería preguntártelo yo…

—Me voy a Serbia, ¿recuerdas?

—¿Ya? ¿Tan pronto? ¿Te ibas sin despedirte?

—¿Viajas sola?

Kathleen asintió.

—Siéntate conmigo, entonces, y te cuento.

—Oh, estupendo. Pensaba que sería un viaje muy largo y tedioso, pero contigo seguro que se pasará rápido. Dime, ¿cómo te vas de manera tan repentina? —preguntó Kathleen, acomodándose en el asiento junto a Bonnie.

—Me avisaron de que en el puerto de Southampton hay atracado un barco hospital que va hacia el Mediterráneo, parece que llegará hasta Albania y desde allí podría desplazarme por tierra hasta Serbia. Por el norte dicen que es más peligroso.

—Pero Bonnie, ¿no crees que es muy arriesgado? ¿Cómo vas a llegar hasta Serbia tú sola?

—En el barco hospital seguro que va más gente con el mismo destino. No creo que sea la única persona que vaya hacia Serbia. Lo importante es desplazarse en vehículos claramente identificados como transporte sanitario.

Siguieron hablando durante las más de tres horas que duró el trayecto y Kathleen contó a Bonnie el motivo de su precipitado viaje a

Southampton. También decidió contarle su historia con Connor y su extraña relación matrimonial.

—Pues yo tengo muy claro lo que ocurre entre ambos —sentenció Bonnie.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué es? —preguntó Kathleen entre incrédula y divertida.

—Está claro que él te ama, es algo que no puede evitar y, sin embargo, lucha contra ese sentimiento con todas sus fuerzas.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Lo sé. Palabra de escocesa. Ya sabes que mi pueblo es único a la hora de hablar de sentimientos. Créeme. Él sufrió tanto tras la muerte de su primera esposa que piensa que si dice que no te ama, no va a sufrir por amor. Pero lo cierto es que debe de estar pasando un verdadero infierno. Los hombres pueden ser muy estúpidos a veces. Por eso yo no pienso enamorarme nunca.

Kathleen soltó una sonora carcajada. Qué fácil veía Bonnie eso de no enamorarse nunca. ¿Acaso pensaba que somos dueños de lo que dicta el corazón? Algún día se tragaría sus palabras. Estaba segura.

Cuando llegaron a Southampton, Kathleen invitó a Bonnie a alojarse en su casa hasta que partiera el barco hospital, pero Bonnie se negó rotundamente al saber que la situación allí podía ser muy delicada. Entonces Kathleen le pidió que se quedara con ella como un favor personal, contar con una enfermera le daba mucha tranquilidad por si en algún momento necesitaban su consejo o ayuda. Ante estos argumentos, Bonnie accedió, pero antes de ir allí debía ir al puerto a informarse de cuándo saldría el barco hacia el Mediterráneo. Se despidieron en la estación y cada una se dirigió a su destino.

Cuando al fin Kathleen llegó a casa, se encontró con un Peter muy demacrado y totalmente hundido, que se derrumbó al verla y la abrazó llorando como un niño pequeño. Entonces Kathleen confirmó sus sospechas y supo que Margie estaba agonizando. Kathleen quiso ir corriendo a su habitación a verla, pero Peter la detuvo.

—Margie ya no es la que tú conociste, apenas es la sombra de lo que fue. Debes ser fuerte y estar preparada para lo que vas a ver. Ha adelgazado mucho y está muy débil.

Kathleen no pudo decir nada. Solo asintió y salió corriendo hacia el dormitorio. No sabía si estaba preparada para lo que iba a encontrar tras esa puerta, pero no quería demorarse ni un minuto más. Tocó levemente con los nudillos y abrió. Violet estaba sentada junto a la cama. Kathleen apenas la miró, pues sus ojos buscaron con premura a Margie. La mujer que se encontraba recostada sobre los almohadones de la cama era casi una desconocida para Kathleen. Margie, que siempre había sido bastante rolliza y con sus eternas mejillas sonrosadas, estaba realmente delgada, su rostro lleno de arrugas y un

color ceniciento en la piel. Oh, Dios mío. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que no se veían?

Kathleen se acercó a la cama por el lado contrario al de Violet y se sentó junto a Margie.

—Margie, ¡qué alegría volver a verte! —Kathleen no sabía cómo había sido capaz de articular palabra, lo que realmente quería era romper a llorar hasta deshacer el nudo que se le había formado en el pecho.

Margie sonrió con dulzura y sus ojos se volvieron vidriosos. Kathleen la cogió de las manos y besó su mejilla.

—Qué bien que hayas podido llegar a tiempo, tesoro. ¿Cómo estás? ¿Va todo bien con tu marido?

—Sí, Margie —mintió Kathleen con su mejor sonrisa—, estamos muy bien, gracias a Dios. Y los niños también. ¿Cómo estás tú? ¿Te duele algo?

—Yo voy a estar bien, mi niña. Ahora que puedo hablar contigo voy a estar mucho mejor. —Margie se detuvo para coger aire, parecía muy cansada—. Necesito que sepas…

—Margie, no hace falta que hablemos ahora. Descansa un poco, por favor, luego podemos hablar. —Kathleen estaba sufriendo horrores al ver el esfuerzo que Margie estaba haciendo para comunicarse con ella.

Margie le apretó levemente las manos y negó con la cabeza.

—No hay tiempo, tesoro. Yo me voy ya, cariño, y necesito decirte que no debes dudar nunca del amor que tus padres y tu hermano te tenían —la respiración era cada vez más agitada y tuvo que parar para llenar sus pulmones—. Ellos te amaban por encima de todas las cosas, jamás distinguieron entre tu hermano y tú.

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por las mejillas de Kathleen. Era tan doloroso ver a Margie tan preocupada por lo que sintiera ella por sus padres y su hermano.

—Eras el ojito derecho de tu padre. A veces se sorprendía del talento que mostrabas al piano, sin compartir una sola gota de sangre con él. Estaba tan orgulloso de ti… Nunca podría haber imaginado tener una hija tan buena como tú.

—Oh, Margie, no te angusties por mí. Yo sé que ellos me querían muchísimo…

—De eso no tengas ninguna duda, mi niña… —Margie cerró los ojos unos instantes. Respiraba como si hubiera estado corriendo largo rato. Su pecho subía y bajaba de manera irregular.

—Margie, ahora soy yo la que necesita hablar. ¿Puedes oírme?

Margie asintió, aún con los ojos cerrados. Kathleen no quería cometer el mismo error que con sus padres, no quería dejar de decirle todo lo que sentía a aquella mujer que había estado presente en su vida desde que ella tenía recuerdos.

—Margie, has de saber que eres una de las personas más importantes de mi vida. Desde que tengo uso de razón has estado a mi lado, siempre dándome tu amor incondicional, apoyándome en todo, dándome esos abrazos tan blanditos y tan cálidos que hacían que nunca quisiera separarme de ti. Te quiero mucho, Margie. Eres como una madre para mí. Puede que la vida no me haya permitido conocer a mi verdadera madre, pero he podido recibir el amor de dos madres maravillosas. Perdóname por no haber venido a verte antes, por favor, perdóname…

Kathleen no pudo contener más la emoción y rompió a llorar. No quería llorar, sabía que pronto tendría todo el tiempo del mundo para llorar su marcha, pero no podía evitarlo. Margie extendió sus brazos levemente en un gesto que la invitaba a abrazarla y Kathleen se lanzó a aquellos débiles y huesudos brazos consciente de que sería la última vez que recibiría su calor. Allí permaneció largo rato hasta que se separaron. Entonces Kathleen se dio cuenta de que Violet se había marchado de la habitación. Se levantó de la cama y ocupó la silla en la que había estado sentada su cuñada.

Margie no vio el amanecer del siguiente día. Aquella noche se marchó en paz, con un semblante sereno, tranquila tras haber hablado con Kathleen. Tal parecía que la hubiera estado esperando para poder marcharse. Peter, Violet y Kathleen la acompañaron en sus últimos momentos, transmitiéndole todo el amor que sentían por ella y tragándose las lágrimas hasta que ella soltó su último aliento.

♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪

Southampton, 17 de mayo de 1915

Querido Connor,

Esta es, sin duda, la carta más difícil que he tenido que escribir jamás.

La última vez que nos vimos dije cosas que sé que eran muy dolorosas para ti y lamento profundamente haberte hecho daño. He sido injusta contigo, tú siempre has sido sincero conmigo. Nunca me has mentido sobre tus sentimientos y jamás me has prometido un cuento de hadas, ni amor romántico. Yo acepté formar parte de vuestra familia y estuve de acuerdo en que nosotros no tendríamos un matrimonio de pleno derecho, pero lo cierto es que me engañaba. Me decía a mí misma que era afortunada por ver crecer a Mandy y Daniel, y, sin ser su madre, sentía que podía recibir su cariño, ser un referente para ellos y darles todo mi amor.

En cuanto a ti, todo era mucho más confuso, aunque, si lo pienso detenidamente, todo ha estado muy claro para mí desde el principio. Creo que me enamoré de ti desde el momento en que te acercaste a mí en la biblioteca cuando fui a preguntar por el puesto de «profesor» de piano. Ya en aquel momento tuve que reprimir un deseo

irracional de apoyar mi cabeza sobre tu pecho y escuchar tu corazón; tenía curiosidad por conocer su ritmo, su compás… Aunque en aquel momento no era consciente de lo que estaba sintiendo, más bien al contrario, intentaba reprimir cualquier emoción que despertabas en mí. Después, cuando me propusiste matrimonio, acepté, justificando ante mis emociones ya completamente desatadas que era por tener una familia, una seguridad, por formar mi propio hogar, pero lo cierto es que lo que deseaba desde el fondo de mi corazón era estar contigo, no separarme de ti… Y lo peor es que en ese engaño a mí misma albergaba la esperanza de que en algún momento empezaras a quererme un poquito, que serías capaz de hacerme un pequeño hueco en tu corazón. Ahora sé que eso no es posible, que tu corazón está lleno de amor… por Amanda, y no queda espacio para mí. Me duele en el alma afrontar esa realidad y eso me ha llevado a tomar una decisión.

Margie ha fallecido, pude llegar a tiempo para despedirme. Aún no puedo creerme que se haya ido. En apenas tres años mi vida ha dado un vuelco tan grande que no sé ni quién soy. Han fallecido demasiados seres queridos y no consigo recuperarme de tanto dolor. Nunca conoceré a mis verdaderos padres y los que me criaron nunca me contaron la verdad.

El azar quiso que coincidiera con la enfermera Graham en el tren que iba a Southampton. Deja Torquay para coger un barco hospital que se dirige al Mediterráneo. No sé si es lo más descabellado que he hecho en mi vida o si por el contrario es lo más sensato, pero me voy con ella. Me siento tan sola y tan desdichada que he decidido irme un tiempo de voluntaria con los Hospitales de Mujeres Escocesas. Probablemente recibirás esta carta cuando yo esté cerca de mi destino, pues le he pedido a Peter que la envíe una vez que el barco haya zarpado del puerto.

No os estoy abandonando, Connor, por favor, no penséis eso de mí. Dile a los niños que voy a pasar una temporada como voluntaria fuera del país, pero que volveré pronto. No quiero que piensen que los he abandonado. No obstante, necesito alejarme, no de ellos, de ti. Necesito reconciliarme con la decisión que tomé, aquella en la que decidí casarme con el hombre al que amaba aceptando unas condiciones que han destrozado mi corazón.

Escribiré a los niños desde mi destino, pero no deseo que contestes a ninguna de mis cartas.

Te amo, Connor. Te lo digo ahora que me alejo de ti y que no puedo ver tus ojos llenos de remordimientos al mirarme. Te lo digo ahora porque esas dos palabras me estaban quemando el pecho por no poder decirlas en voz alta.

Te amo y allá donde vaya estarás conmigo.

Kathleen

CAPÍTULO 37

Kragujevac, Serbia. Julio de 1915

Anochecía mientras Kathleen caminaba de vuelta *a casa* con paso cansado. Siempre se acordaba de su hermana a esas horas en las que su cuerpo dolorido solo deseaba encontrar un poco de descanso y cada paso suponía un esfuerzo hercúleo. Pensaba en la elegancia de su hermana al caminar e intentaba emularla, no arrastrar los pies por el suelo y andar con algo de dignidad, pero era una tarea harto difícil. Trabajaba de sol a sol en el hospital y, sin duda, el suyo era de los trabajos más duros. Cuando Bonnie y ella por fin llegaron a su destino, se encontraron con el rechazo inicial de Elsie Inglis, la fundadora de los Hospitales de Mujeres Escocesas, porque Kathleen no era ni médica ni enfermera, ni siquiera camillera. Entonces Bonnie desplegó todas sus dotes de persuasión y rompió una lanza a su favor, alegando que había sido conductora de ambulancia durante meses en Torquay y que había desempeñado una labor encomiable durante todo ese tiempo. Eso parece que ayudó a que fuera aceptada como miembro de la unidad de Hospitales de Mujeres Escocesas destinada en Kragujevac, aunque las tareas que le encomendaron fueron las que estaban relacionadas estrictamente con la limpieza y la higiene del hospital. Agradecida por el voto de confianza depositado en ella, Kathleen se empleó a fondo para no defraudar a la directora del hospital, la doctora Lilian Chesney, y para que la doctora Inglis no se arrepintiera de haberla aceptado en la unidad de Kragujevac. Se esforzó mucho por limpiar a conciencia las distintas estancias del hospital, hacer la colada y esterilizar todo lo que le indicaban, hasta que se hizo con las rutinas del hospital y no necesitó tener a nadie supervisando su trabajo. La doctora Inglis estaba absolutamente obsesionada con la higiene, ya que aquel no era realmente un hospital, sino una antigua escuela con los suelos de madera llenos de agujeros. Por lo que desinfectar y esterilizar las estancias era una tarea casi imposible, dadas las características de los materiales que se habían usado originariamente en la construcción de la escuela.

Tenía las manos destrozadas, llenas de grietas y rozaduras y enrojecidas por los fuertes productos de limpieza. Las miraba y pensaba en su piano con añoranza. Tenía la piel tan poco hidratada que si hubiera tenido que tocarlo, seguro que le habrían sangrado. No obstante, daba gracias a Dios cada noche, primero por seguir con vida y segundo por estar tan cansada que apenas tenía tiempo de reflexionar sobre la vida que había dejado atrás, antes de quedarse dormida. No quería pensar en nada ni en nadie, porque si lo hacía, era muy doloroso. Añoraba a los niños con una intensidad que a veces hasta dolía y a Connor… No quería pensar en él. Se negaba una y otra vez a hacerlo. Sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarse a la realidad de su vida, pero no podía, aún tenía muy fresca en su memoria la última noche que pasó con él y aceptar que nunca podría vivir algo así, le causaba un profundo sufrimiento. La sensación de soledad se acentuaba con el hecho de que Bonnie y ella se habían separado prácticamente en el momento de llegar a Kragujevac. Kathleen se quedó en el hospital quirúrgico, donde se encontraba la doctora Inglis, pero Bonnie fue enviada inmediatamente a un hospital dedicado al tratamiento de la fiebre recurrente y de enfermedades comunes.

—Allí solo hay una doctora y dos religiosas durante el día y solo una monja por la noche para más de doscientas camas —le dijo la doctora Inglis a Bonnie—. Será usted de gran ayuda si se incorpora a ese pequeño equipo.

—He venido aquí a colaborar en todo lo que me sea posible. Me alegra saber que voy a ser de utilidad en ese hospital.

—No espere demasiado, se trata de un barracón a las afueras de la ciudad. Las condiciones son difíciles… Solo cuentan con la ayuda de algunos prisioneros austríacos que trabajan como camilleros.

—Haré todo lo que esté en mi mano para conseguir que se parezca lo máximo posible a un hospital decente.

A pesar de que Bonnie y Kathleen apenas se habían podido ver en un par de ocasiones en el mes y medio que llevaban allí, Kathleen, con su innata capacidad para ver siempre el lado bueno de las cosas, se sentía afortunada. Había sido alojada con la familia Bogdanović, que la había acogido maravillosamente bien. Se trataba de tres mujeres de tres generaciones distintas. La mayor, Iskra, era una anciana que, por las arrugas de su rostro, Kathleen pensaba que era la persona de mayor edad que había conocido en su vida, mas no se atrevía a preguntar cuántos años tenía. La segunda por edad, Ljubica, era su hija, una viuda que se ganaba la vida haciendo arreglos de ropa y alquilando la habitación que había pertenecido a su hijo y que ahora estaba vacía tras haber sido reclutado por el ejército serbio. Finalmente, la más joven, Svetlana, tenía dieciocho años y le

recordaba muchísimo a Greta. Svetlana también se sentía frustrada, como Greta, pero por motivos bien distintos. Había empezado a estudiar en Belgrado para ser maestra, pero la guerra había truncado sus propósitos. Sin embargo, era una chica obstinada y se dedicaba a formarse de manera autodidacta leyendo libros tomados en préstamo de las distintas bibliotecas de la ciudad. Ljubica no quería que trabajase para que pudiera cuidar de Iskra, pero Kathleen llegó a la conclusión de que aquella madre abnegada y trabajadora, lo que realmente pretendía era darle a su hija la oportunidad de estudiar sin que sintiera remordimientos por no poder aportar un sueldo a la economía familiar. Ljubica le había contado que estaba ahorrando para que Iskra pudiera presentarse por libre a los exámenes de magisterio y, viendo el empeño que la muchacha ponía en aprender, estaba convencida de que lograría su propósito de ser maestra. Por el momento, estaba siendo una ayuda excelente para Kathleen, puesto que le estaba enseñando serbio y era la única de la familia que sabía algo del idioma inglés. Kathleen incluso había comenzado a aprender el alfabeto cirílico. Por su parte, Kathleen, agradecida, la ayudaba a mejorar su expresión en la lengua inglesa y era muy satisfactorio ver los grandes progresos que la joven hacía. Era una chica realmente inteligente.

Las tres eran mujeres muy agradables, pero la que tenía absolutamente desconcertada a Kathleen era la anciana. Desde que había llegado a aquella casa, Kathleen había tenido la sensación de que Iskra la observaba con mucha atención, quizás demasiada, hasta el punto de que se sentía incómoda a veces. Un día, mientras cenaban, no pudo contener más su curiosidad y le preguntó a Svetlana por el interés que parecía despertar en Iskra. Svetlana sonrió y miró a su abuela, dijo algo en serbio y la anciana también sonrió. Después hizo un gesto con la mano hacia su nieta, como invitándola a explicarse.

—Mi abuela tiene un… —A la joven le costaba encontrar la palabra en inglés—. Ella puede… puede ver la luz de las personas.

—¿La luz? —preguntó con extrañeza Kathleen—. ¿Las personas tenemos luz?

—Mi abuela dice que todas las personas tenemos una luz… —Svetlana hizo un gesto con su mano, como si abarcara el contorno de su cuerpo.

—¿Alrededor de nuestro cuerpo? —Kathleen trató de ayudar a la muchacha.

Svetlana sonrió con entusiasmo y trató de continuar.

—Mi abuela puede ver esa luz. Muy pocas personas pueden ver lo que ella ve…

—¿Y ella puede ver mi… luz? —preguntó Kathleen con curiosidad y algo de incredulidad, mirando alternativamente a abuela y nieta.

Iskra la observaba incluso con más intensidad ahora y la joven trató de traducir lo que su abuela le decía. De las explicaciones de Svetlana, Kathleen creyó entender que desde que había llegado a su casa, Iskra había visto que la luz que ella desprendía era muy débil. Al principio, la historia le hacía gracia, aunque se cuidó mucho de mostrar su diversión al respecto, pero a medida que la joven le contaba lo que la anciana opinaba, dejó de parecerle gracioso.

—Mi abuela dice que tienes el corazón roto…

Kathleen sintió como si le dieran un puñetazo en el pecho. ¿Cómo podía saber eso? ¿Tanto se le notaba? Debía de ser casualidad, algo que la anciana había dicho al azar… Iskra dijo algo en su idioma.

—Mi abuela dice que tu luz es muy blanca, buena, pero que es muy… débil, muy…

—¿Apagada? —quiso saber Kathleen.

—Sí, muy apagada —convino Svetlana.

Iskra volvió a hablar.

—Dice que cuando quieras contarle tu historia estará encantada de escucharte.

Kathleen dudó unos instantes, no sabía si quería hablar del amor que su marido sentía por su esposa difunta, de su tristeza y de su propia decepción al no haber conseguido su amor. Por un momento consideró la posibilidad de dejar ahí la conversación, pero de pronto pensó que estaba a miles de millas de distancia de su hogar y que aquellas mujeres eran unas completas desconocidas. ¿Qué de malo podía tener abrirse a estas personas? No le importaba si la juzgaban a ella o a Connor, le daba igual, cabía la posibilidad de que incluso le sirviera para deshacer el nudo que tenía por dentro desde que dejó Inglaterra…

—¿Ahora es un buen momento? —preguntó sonriendo.

La joven tradujo su pregunta a la anciana y esta, en respuesta, le regaló una tierna sonrisa desdentada.

—Bueno, pues yo vine a Serbia porque… por favor, no me juzguen mal, deseo ayudar al pueblo serbio y a los heridos de guerra, pero lo que verdaderamente me impulsó a venir fue alejarme de mi marido.

Kathleen esperó a que Svetlana tradujera sus palabras a su abuela. Iskra la miró con el ceño fruncido, pero no dijo nada.

—Él y yo teníamos un acuerdo: formaríamos una familia, pero no seríamos un verdadero matrimonio, al menos no uno de esos en el que marido y mujer se quieren, ya que él sigue amando a su primera esposa, fallecida hace unos años.

Svetlana volvió a traducir y su abuela empezó a negar con la cabeza. Mirando a Kathleen pronunció unas palabras.

—Mi abuela dice que eso no es lo que te pesa en el corazón. Lo de tu marido lo superarás, pero hay algo que te duele en lo más profundo

y que no te permite seguir adelante…

Kathleen se quedó paralizada, casi sin aliento mientras Iskra la miraba con los ojos llenos de compasión. Kathleen reflexionó unos instantes; si bien era cierto que su corazón sufría porque Connor no la amaba, lo que había ensombrecido su espíritu en los últimos años era el sentimiento de decepción causado por sus padres y su hermano al no haberle contado la verdad sobre sus orígenes. Kathleen miró a Iskra y pensó que aquella mujer podía leer lo que había escrito en su alma. Entonces, sin previo aviso, empezó a llorar de manera descontrolada y no pudo parar hasta casi una hora después. Tanto Iskra como Svetlana la observaban en silencio y a ellas se unió Ljubica, cuando llegó a casa. Ninguna de las tres parecía extrañada ante la reacción de Kathleen, más bien daba la impresión de que era algo a lo que estaban acostumbradas.

Cuando Kathleen se calmó un poco, aún entre hipidos y sin poder contener las lágrimas, les habló sobre la muerte de su hermano y sus padres y su posterior descubrimiento de que era adoptada. Se desahogó diciendo en voz alta lo que le dolía no haber sido digna de la confianza de sus padres como para que le revelaran un secreto tan importante como ese. Todos los sentimientos habían vuelto a aflorar como el primer día que descubrió la verdad. A ella acudieron un profundo dolor y un rencor absolutamente descarnado. ¡Dios, cómo dolía aún aquella herida que ella creía cerrada! Siguió hablando durante un buen rato, reprochando en voz alta a sus familiares no haberle dicho que era adoptada, hasta que fue consciente de que Svetlana hacía rato que había dejado de traducir sus palabras. Se quedó en silencio de repente y contempló los rostros de las tres mujeres que tenía enfrente. En sus miradas encontró mucha comprensión. Las mejillas de Iskra estaban húmedas. Entonces extendió las manos hacia ella y Kathleen se las estrechó. La anciana empezó a hablar. Kathleen la miraba con atención y la escuchaba como si realmente entendiera lo que le estaba diciendo, porque aquella mujer le estaba hablando con tanto amor que no hacía falta entenderla. Nada malo podía salir de sus arrugados labios. Cuando terminó, le soltó las manos y las colocó sobre su regazo. Fue entonces el turno de Svetlana.

—Mi abuela dice que lo único que te permitirá recuperar la luz y volver a brillar como un día hiciste es que perdones a tus seres queridos. Dice que debes abrazarlos y decirles que los perdonas.

En ese momento Kathleen pensó con todo el dolor de su alma que aquella anciana estaba perdiendo la cabeza… Miró alternativamente a nieta y abuela y dijo en un susurro:

—Pero ya os he dicho antes que ellos están muertos…

—Sí, lo sabemos, Kathleen, pero eso es lo que debes hacer. Mi

abuela dice que cuando estés preparada, sabrás cuándo es el momento para darles ese abrazo y decirles que los perdonas. Debes abrazarlos con el alma.

Tras decir estas palabras, las tres mujeres se levantaron de la mesa y se fueron a dormir. Kathleen se quedó sentada mirando al vacío y escuchando una y otra vez las palabras de Svetlana en su cabeza. Debía perdonarlos. Parecía fácil, pero eso era algo que había intentado ya en numerosas ocasiones y aún no había conseguido. Seguía sin poder entender por qué nunca le contaron la verdad y se sentía muy dolida. No quería, de verdad que no quería, pero sentía un profundo rencor por ello.

♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪ ♫ ♪

Los días de verano se sucedían y Kathleen tenía la impresión de que estaba en un lugar lejano de vacaciones. Si no fuera por los heridos que llegaban a diario al hospital, se le habría olvidado que estaban en guerra. A veces, cuando no terminaba demasiado tarde en el hospital, paseaba por la ribera del río Lepenica y disfrutaba del verde paisaje que se extendía ante sus ojos. Aquel país no era tan distinto a Inglaterra, pues contaba con extensos parajes boscosos cuajados de fresca y brillante hierba. A menudo esperaba hasta ver la puesta de sol antes de volver a casa. ¿Qué estarían haciendo los niños a esa hora? ¿Y Connor? ¿Habría vuelto ya del hospital? Esas y muchas preguntas más asaltaban su mente en aquellos momentos de paz. No podía evitar pensar en ellos cuando veía un hermoso atardecer o cuando paseaba por los verdes campos que rodeaban la ciudad, pero aún no se sentía preparada para volver. ¿Lo estaría algún día?

Kathleen escribía cartas casi a diario a los niños, a su hermana, a Patrick y a Violet. Hasta aquel momento solo había obtenido respuesta de los niños y de Ann. No sabía si sus cartas estaban llegando o si la guerra estaba ocasionando retrasos o incluso el extravío de alguna de ellas. Se sintió muy feliz cuando recibió la primera carta de los niños, los dos querían contarle sus cosas, por lo que cada uno escribió su propia misiva. La letra de Daniel era bastante farragosa y Kathleen no podía evitar imaginarse al niño tratando de escribir unas líneas mientras se mordía la lengua con gesto concentrado. Ay, qué ganas tenía de abrazarlo. Aunque ella se lo había pedido, sintió una punzada de dolor al comprobar que Connor no había escrito ni una sola línea para saludarla o interesarse por ella.

Por fin un día a finales de agosto Bonnie y Kathleen pudieron encontrarse para tomar el té y ponerse al día. Bonnie se veía cansada, pero estaba contenta por el trabajo que estaba realizando en el hospital al que había sido destinada. Kathleen le habló de la doctora Inglis y de su afán por que todo el personal se comportara de manera educada y respetuosa.

—La doctora se define a sí misma como una persona de carácter victoriano, aunque obviamente es una mujer de su tiempo, no cabe duda. Yo la admiro mucho —dijo Bonnie.

—Yo también siento una gran admiración por ella. Es magistral la manera en que da órdenes sin ser déspota y cómo corrige a los que nos equivocamos sin ser paternalista. Solo su mera presencia impone respeto sin causar miedo o inquietud. Al principio cuando la conocí pensé que el ambiente del hospital sería algo parecido a un campamento militar, sin embargo, el clima de trabajo es muy agradable y hay días en los que incluso se organizan juegos y competiciones deportivas para que el personal, los pacientes y los soldados puedan conocerse mejor. No hay día que no aprenda algo nuevo de ella.

—Sin duda es una mujer extraordinaria. Desde que oí hablar de ella por primera vez he deseado trabajar bajo sus órdenes, por eso estoy aquí y me alegro de haber venido.

—Yo también. ¿Sabes? Llevo tiempo dándole vueltas a una idea, pero no me atrevo a llevarla a cabo por si a las doctoras Chesney o Inglis no les gusta…

—¿Qué es? ¡Cuenta! ¡Cuenta! Tú ya sabes que a mí me encanta hacer alguna travesura que otra. Si la idea es buena, ¡me apunto!

—Pues… hace unas semanas entré en una habitación en la que no había entrado nunca y descubrí que se ocultaba bajo una colcha vieja un pequeño piano. Como el edificio era un antiguo colegio supuse que lo habrían mantenido allí guardado a la espera de que todo esto pase. Se me saltaron las lágrimas sólo de ver sus teclas. Hace tanto tiempo que no toco…

—¿Y qué se te ocurre que hagamos?

—Me encantaría poder tocarlo, Bonnie. Me da mucha vergüenza tocar en público, pero está claro que si toco en el despacho donde se encuentra guardado se escuchará en las salas aledañas. ¿Y si pedimos permiso para sacar el piano de allí y toco alguna canción? Puede que los heridos se sientan reconfortados al escuchar música.

Bonnie empezó a aplaudir entusiasmada.

—¡Me parece una idea fantástica! ¡Vamos ahora mismo!

—¿Ahora? —preguntó Kathleen algo desconcertada.

—¡Pues claro! ¿Cuándo vamos a poder coincidir tú y yo de nuevo otro día libre? ¡Vamos!

Bonnie se levantó de la mesa del café en el que se encontraban, pagó y tiró de Kathleen para salir corriendo hacia el hospital. Buscaron a la doctora Chesney y la encontraron precisamente en el despacho donde estaba guardado el piano. Le contaron su idea y la doctora, escocesa hasta la médula y melómana empedernida, les dio su bendición y hasta las ayudó a llevar el piano al centro de la sala

más grande. Los pacientes y el personal las miraban con curiosidad y un nudo de nerviosismo se instaló en el estómago de Kathleen. ¿Sería capaz de tocar después de tanto tiempo? ¿Recordaría las partituras? Una vez más, su padre acudió a su mente y le dio tranquilidad. Recordó su mirada serena y su expresión de absoluta confianza en ella. Entontes se sentó en la banqueta que había colocado frente al piano, respiró hondo y empezó a tocar. Lo primero que vino a su mente fue *Claro de luna*, de Beethoven. Un silencio sepulcral invadió la sala. Quedó patente que la música no entiende ni de guerras, ni de banderas, ni de idiomas y todas aquellas personas, de distintas clases y procedencias, se deleitaron con las delicadas notas de esa sonata que, de alguna manera o de otra, habían escuchado alguna vez. Después, la música empezó a fluir de los dedos de Kathleen casi sin pensar y acabó tocando canciones populares británicas, algunas de ellas religiosas, que todo el personal del hospital conocía y que prácticamente todos los presentes acabaron cantando o tarareando. *Joy to the World* y *Amazing Grace* animaron y emocionaron a partes iguales a los presentes, pero, sin duda, la canción que consiguió arrancar unas lágrimas a todas las mujeres escocesas allí congregadas fue *Auld Lang Syne*. Si Robert Burns hubiera contemplado la escena, sin duda se le habría ensanchado el corazón orgulloso de ver a sus compatriotas cantar sus versos con tanto sentimiento. Cuando Kathleen percibió que el ambiente se había vuelto nostálgico y poco festivo, decidió tocar un par de alegres valses con la esperanza de que más de un herido sacara a bailar a alguna de las enfermeras. Por suerte, así sucedió y las risas, las palmas y las expresiones de júbilo volvieron a flotar en el aire.

Aquella tarde fue una de las más felices que Kathleen pasó en Kragujevac. Nada hacía presagiar lo que estaba por venir.

CAPÍTULO 38

Los cálidos días de verano tocaron a su fin. Poco a poco la temperatura fue bajando durante el mes de septiembre, y octubre, además, comenzó mostrando su cara más lluviosa. Kathleen miraba a través de la ventana cómo la lluvia mojaba las calles y hacía que los viandantes se desplazaran con paso acelerado tratando de evitar los charcos o ser salpicados por los coches que pasaban. En su mente se coló el sonido del constante goteo de la lluvia al caer sobre la madera del alféizar de la ventana. Hacía mucho tiempo que no componía ninguna melodía, pero esas rítmicas gotas parecían marcar el compás como si de un metrónomo se tratase y la incitaban a hilar notas en su cabeza. Sin apenas darse cuenta, una preciosa melodía se materializó en su mente y los rostros de sus padres y su hermano aparecieron ante ella. En ese instante, Kathleen se percató de que en su corazón solo albergaba amor hacia ellos, todo rastro de rencor había desaparecido y lo único que sentía era un profundo agradecimiento por todo el cariño que había recibido de ellos. Jamás supo en qué momento ocurrió el cambio, pero sí estaba convencida de que su conversación con Iskra había tenido mucho que ver. Desde aquel día en que lloró desconsoladamente contando todo lo que le había sucedido, una especie de paz se había instalado en su interior.

Con el rostro sereno y una plácida sonrisa en los labios se giró y vio que Iskra la miraba con las manos entrelazadas a la altura de su boca. Parecía emocionada. Empezó a asentir e hizo un gesto con sus brazos, como abarcando la silueta de Kathleen. Kathleen creyó entender lo que la anciana le estaba indicando y se dirigió a una lamparita que había sobre una pequeña mesa junto a ella, accionó el interruptor y la encendió.

—¿He recuperado mi luz? —preguntó con alegría.

La anciana sonrió y asintió con entusiasmo. Le agarró las manos y las apretó con fuerza mientras decía algo en su idioma. Entonces señaló hacia la puerta e hizo un gesto como si se abrazara a sí misma. Kathleen recordó lo que Iskra le había dicho que debía hacer y se

dispuso a llevarlo a cabo. Le dio un beso en la mejilla, cogió un abrigo y salió a toda prisa de la casa. No llevaba paraguas, de algún modo quería que aquella lluvia limpiara su espíritu y, como si fuera agua bendita, santificara el ritual que estaba a punto de realizar. Pronto llegó al río Lepenica, se quitó los zapatos y sintió la hierba mojada bajo sus pies. Respiró hondo. Extendió los brazos, elevó la cabeza hacia el cielo y cerró los ojos. Estaba preparada.

Uno a uno, fue abrazando *con el alma* a sus familiares, tal y como le había indicado Iskra, los perdonó de corazón y también les pidió perdón por aquellos tres años de resentimiento hacia ellos. La melodía que acababa de componer la acompañó durante todo el tiempo que duró su particular ceremonia de reconciliación. Aquella *Sonata de lluvia*, así la había titulado, estaría vinculada para siempre a ese momento y a ese lugar en el que la serenidad había vuelto a su espíritu. Con paso lento y semblante tranquilo, volvió a casa, se sentó a los pies de Iskra y apoyó la cabeza sobre su regazo.

—Хвала —dijo Kathleen. *Gracias*.

Iskra acarició su pelo mientras Kathleen se lamentaba de que jamás sería capaz de transmitirle lo inmensamente agradecida que estaba por sus palabras y sus consejos. Creía que había venido a Serbia huyendo de Connor, pero ahora tenía la certeza de que había llegado a ese lugar porque su destino era encontrarse con aquella anciana que guardaba en sus acuosos ojos toda la sabiduría de los años y de la vida.

En ese mismo momento, a unas doscientas millas al norte de donde Kathleen había encontrado al fin la paz, soldados alemanes y austrohúngaros cruzaban los ríos Sava y Danubio protegidos por su potente artillería pesada camino de Belgrado. Tres días más tarde, la capital caería a manos del ejército alemán. Y tan solo dos días después, el once de octubre, Bulgaria declararía la guerra a Serbia y sus ejércitos empezarían a avanzar desde el este. Había comenzado el derrumbamiento de Serbia.

Todas las unidades de los Hospitales de Mujeres Escocesas se vieron afectadas por la invasión de Serbia. Una a una tuvieron que abandonar sus posiciones, siendo el hospital que dirigía la doctora Beatrice MacGregor en Mladenovac la primera unidad en ser obligada a evacuar y trasladar a todos los heridos hasta Kragujevac. En el hospital se vieron desbordados, eran tantos los pacientes, que llegaban a atender hasta a cuatrocientos al día.

La apacible vida que Kathleen había conocido en Serbia tocaba a su fin. El miedo por el avance de los distintos ejércitos de las potencias centrales hacía que se viviera en una calma tensa que las llenaba a todas de incertidumbre. Kathleen trataba de mantener la serenidad y, para ello, seguía el intachable ejemplo de la doctora Inglis, centrada

solo y exclusivamente en el cuidado de los pacientes y en que el hospital funcionase como un reloj.

La necesidad hizo que Kathleen tuviera otras funciones, aparte de las de la limpieza e higiene. A marchas forzadas recibió formación en curas, vendajes, suturas, medicación a administrar e incluso sobre el instrumental usado en intervenciones quirúrgicas. Cualquier ayuda era poca ante la avalancha de heridos que atendían a diario. Las jornadas eran muy intensas y los días, agotadores. Además, las copiosas lluvias hacían que las calles estuvieran llenas de barro y muchas enfermeras y voluntarias como Kathleen llegaban con la ropa empapada y con los bajos de sus faldas embarrados, algo totalmente incompatible con la estricta disciplina de higiene de la doctora Inglis.

—Vamos a cortar nuestras faldas —les dijo un día la doctora Inglis. Adoro este país y sus gentes, pero este barro es absolutamente insufrible. Jamás había visto nada igual, ¡ni siquiera en Escocia! Recortaremos nuestros uniformes lo suficiente para no llenar el hospital de suciedad.

Nada les decía aún la doctora sobre los avances de los alemanes hacia el sur, quienes habían conseguido asegurar dos nuevos puentes sobre el Danubio, ni sobre los aliados que, por diversos avatares del destino, no conseguían llegar a tiempo para ayudar a Serbia a defenderse de la invasión. Por este motivo, Kragujevac finalmente también se vio amenazada. El veintitrés de octubre de mil novecientos quince se ordenó que toda la población de Krajugevac se retirase. La doctora Inglis reunió a su unidad y les informó de la situación.

—El ejército alemán se acerca y el gobierno serbio nos pide que abandonemos Kragujevac hacia Kruševac. Con todo el pesar de mi corazón debemos marcharnos. Hemos conseguido que esta antigua escuela sea un verdadero hospital. Me siento orgullosa de todas vosotras, de vuestro trabajo y dedicación. Seguiremos nuestra labor en Kruševac, si así nos lo permiten.

A pesar de apremiar a todo su equipo a marcharse, Elsie Inglis no abandonó Kragujevac hasta dos días más tarde. Permaneció junto a sus pacientes todo el tiempo que le fue posible y Kathleen también quiso esperar hasta que la doctora Inglis abandonó Kragujevac. Tenía la esperanza de que su familia de acogida: Iskra, Ljubica y Svetlana las acompañaran hacia Kruševac, pero las tres mostraron su más rotundo rechazo a huir.

—Este es nuestro hogar. No nos iremos de aquí —aseguró Svetlana con rotundidad.

Kathleen no dejaba de maravillarse por la madurez de aquella joven.

—Pero no sabemos lo que pueden hacer los alemanes con vosotras, os tomarán como prisioneras o… —Kathleen no quiso seguir

enumerando las atrocidades que le estaban viniendo a la cabeza y que podían ocurrirles si se quedaban atrás.

—Solo somos tres mujeres indefensas, no somos una amenaza para nadie. Además, mi abuela no aguantaría un viaje demasiado largo. Está muy débil.

Kathleen no pudo rebatir su argumento, la mirada de Iskra mostraba toda la fuerza y la determinación de una joven de veinte años, pero estaba atrapada en un cuerpo frágil y delicado. No resistiría las calamidades de un desplazamiento a larga distancia.

La despedida fue dramática. En tan solo cuatro meses, aquellas tres mujeres se habían convertido en parte de su vida, de su familia, y Kathleen no asimilaba la idea de que, probablemente, no las volvería a ver jamás. Les dio su dirección en Londres, por si alguna vez debían emigrar a Inglaterra y les pidió que no dudaran en acudir a su casa. Las abrazó con todas sus fuerzas y les dio las gracias una vez más por su hospitalidad, generosidad y ayuda. Sin duda, lo más doloroso para Kathleen fue decir adiós a Iskra debido al fuerte vínculo que se había creado entre ellas. Lo único que le quedaba por hacer era rezar por ellas y que Dios las protegiera cuando llegasen los alemanes a la ciudad…

Kathleen abandonó Kragujevac hecha un mar de lágrimas, acompañada de cientos de personas que dejaban atrás sus hogares con la incertidumbre de no saber si podrían regresar algún día o si sus casas seguirían allí en el caso de poder volver. Familias enteras, cargando con todo lo que podían, avanzaban lentamente por los caminos con la mirada perdida y un silencio desolador, solo roto por el llanto de algún niño. Aquella salida hacia Kruševac fue una señal inequívoca de que toda esperanza de mantener Serbia libre se había perdido. La Entente aconsejó una retirada hacia Scutari a través de las montañas de Montenegro y Albania. Todos los miembros de los Hospitales de Mujeres Escocesas tuvieron la opción de unirse a la retirada o quedarse atrás. Ninguna de las opciones era fácil, el éxodo por las montañas suponía enfrentarse a terribles ventiscas y tormentas de nieve a lo largo de cientos de millas por terrenos escarpados. Quedarse en Serbia suponía enfrentarse a un futuro incierto; nadie sabía qué harían con ellos los ejércitos de los Poderes Centrales cuando llegaran a Kruševac. La mayoría decidió quedarse.

El siete de noviembre los alemanes llegaron a Kruševac y su comportamiento fue bastante amable… al principio. Las mujeres del equipo médico británico fueron capturadas como prisioneras, pero llegaron al acuerdo de cuidar de los heridos de los Poderes Centrales, lo que les permitió cierta autonomía. La unidad de Hospitales de Mujeres Escocesas se alojó y empezó a trabajar en el hospital militar serbio. A partir de aquel momento se inició una ardua batalla contra

la proliferación de infecciones y de enfermedades infecciosas debido a la masificación del hospital y a que el tifus se hallaba muy extendido entre los soldados del ejército de ocupación. Sin embargo, las condiciones de vida de las mujeres que se ocupaban del hospital fueron empeorando a medida que pasaba el tiempo. La ropa adecuada y las raciones diarias de comida —sopa de judías y pan negro, principalmente— empezaron a escasear. Kathleen era consciente de que estaba perdiendo peso debido al intenso trabajo y a la mala alimentación. En aquellos días difíciles el deseo de regresar a casa creció en su mente hasta convertirse en una idea recurrente que la obsesionaba. Pensaba en los niños y en Connor, en lo mucho que los echaba de menos y los necesitaba. Deseaba volver, eso era un hecho irrefutable ya, pero ¿cómo podría hacerlo? Ahora era prisionera de los alemanes…

Kathleen sería prisionera del Ejército germano por poco tiempo. A finales de noviembre, los alemanes preparaban su salida de Kruševac con la intención de dejársela a austríacos y a búlgaros. Sin embargo, antes de marcharse, le hicieron una propuesta a la doctora Inglis un tanto sorprendente: que firmara un certificado de buen comportamiento por parte de los alemanes durante la ocupación de Kruševac. Ella se negó y tuvo que enfrentarse a duras amenazas antes de ser liberada y poder volver con su unidad. Inglis no firmaría tal certificado y fue algo de lo que se alegró infinitamente cuando, ya en suelo británico supo que lo que realmente pretendían los alemanes era un lavado de imagen. Cuatro semanas antes de coaccionar a Inglis para que firmara, ellos habían condenado a muerte y ejecutado a Edith Cavell, una enfermera británica a quien habían acusado de alta traición por haber ayudado a soldados belgas, franceses e ingleses. La noticia había dado la vuelta al mundo y los alemanes habían sido criticados duramente por haber llevado a cabo semejante condena.

La vida de las mujeres británicas y de los prisioneros de guerra no mejoró cuando la ciudad pasó del control de los alemanes al de los búlgaros y austríacos, más bien al contrario, se fue deteriorando poco a poco durante el final de mil novecientos quince. En diciembre muchos miembros de la unidad aceptaron una oferta de repatriación al Reino Unido, pero no fue hasta febrero de 1916 que pudo materializarse.

Kathleen vivió con impaciencia los meses que pasaron desde que se les hizo la oferta hasta que parecía que podía llevarse a cabo. Lo único bueno de aquel tiempo fue su reencuentro con Bonnie. Ahora volvían a estar juntas y Kathleen tuvo la oportunidad de aprender mucho de ella. Bonnie era un torbellino y, a la vez, una mujer completamente dueña de sí misma en momentos de máxima tensión. Cuanto más trabajo tenían, más tranquila estaba ella y más capaz era de dar

instrucciones y de repartir el trabajo. Kathleen trataba de seguir su ejemplo y trabajaba muy duro, a la vez que intentaba mantener su mente ocupada. Sin embargo, cada día le resultaba más difícil sentirse a gusto allí. La sensación de que su tiempo en Serbia se había acabado era agobiante. Hacía mucho que no recibía cartas de los niños ni de Ann. Tampoco sabía si sus cartas estaban llegando. Ahora debía dejarlas abiertas y permitir que los soldados de ocupación las leyeran antes de enviarlas. No les daban noticias del exterior. La incertidumbre sobre la situación en Inglaterra también la atormentaba. ¿Estarían todos bien? ¿Habría sido Inglaterra invadida? ¿Podría volver a ver a sus seres queridos algún día? ¿Querrían ellos verla a ella después de haberse marchado de aquella manera?

Finalmente, el día llegó y, al parecer, gracias a la mediación de diplomáticos americanos, las autoridades británicas pudieron negociar la liberación de las unidades de Hospitales de Mujeres Escocesas. La doctora Inglis no quería marcharse, pero tuvo que aceptar las órdenes recibidas e iniciar el largo viaje que la llevaría de vuelta a las islas británicas junto con todo su equipo. Haciendo escala en la neutral Zurich y viajando en muy diversos medios de transporte, llegaron finalmente al puerto de Londres, donde desembarcaron algunas mujeres, entre las que se encontraba Kathleen. Era el veintinueve de febrero de mil novecientos dieciséis.

Una vez más, Kathleen tuvo que pasar el mal trago de despedirse de personas que habían formado parte de su vida durante unos meses cruciales en los que sus vidas habían corrido grave peligro. El barco seguía su recorrido hacia el norte, hacia Glasgow, por lo que tanto Bonnie como la doctora Inglis y un nutrido grupo de mujeres de la unidad, permanecieron en el barco. Kathleen abrazó a Bonnie mientras le pedía que volviera a Torquay. La escocesa la miró con cariño, pero no le prometió nada.

—No sé cuál será mi próximo destino, Kath, pero prometo que iré a verte a ti y a ese gruñón que tienes por marido. —Bonnie se acercó a su oído y le dijo en un susurro—: Espero que pronto me des buenas noticias y me cuentes que mi teoría sobre el doctor Radcliffe y tú es cierta…

Esta vez fue el turno de Kathleen, quien le sonrió con anhelo, pero no pudo asegurarle que así sería. Por último, Kathleen se dirigió a la doctora Inglis y le confesó su gran admiración y respeto por su forma de trabajar y su gran corazón. La doctora le quitó importancia y le agradeció su labor en Serbia.

—Vamos, vuelva a casa, señora Radcliffe, que tiene a mucha gente preocupada por usted…

Kathleen le lanzó una mirada cargada de dudas, a lo que la mujer de mayor edad respondió con una sonrisa condescendiente.

—Me temo que no es usted consciente de la gran labor diplomática que hay detrás de su regreso a Inglaterra.

Kathleen negó con la cabeza, confusa, mientras la doctora la conducía amablemente a la salida.

—Muchas gracias por todo —fue lo único que consiguió decir Kathleen antes de cruzar la pasarela hacia el puerto.

¿Qué había querido decir la doctora Inglis con eso de la labor diplomática para liberarla? Kathleen estaba convencida de que se refería al regreso de toda la unidad, no solo a ella. Con esos pensamientos en la cabeza caminó lentamente siguiendo los pasos de sus compañeras. Ya había anochecido y a lo lejos distinguió una silueta familiar junto a un coche oscuro. Del asiento del piloto descendió otra persona que también le resultaba conocida. Los dos hombres se colocaron delante del vehículo y la observaron a medida que se acercaba a ellos. De repente, Kathleen los reconoció y soltó un grito de alegría.

—¡Johnson! ¡Melville! —gritó y empezó a correr hacia ellos como una exhalación.

De repente todos los convencionalismos sociales desaparecieron de la mente de Kathleen, nada le importó que ellos fueran el mayordomo y el chófer y ella la señora de la casa. Eufórica por el reencuentro, se abrazó a ellos con un entusiasmo poco apropiado para una mujer casada de su posición. Ellos, mucho más comedidos, no respondieron tan efusivamente al abrazo, pero tampoco pudieron evitar rodearla con sus brazos y alegrarse infinitamente por su regreso.

—Bienvenida a casa, señora Radcliffe —pudo decir Johnson al fin.

—Oh, Johnson, no sabes la alegría que me da verte. Y a ti también, Melville, no os hacéis una idea de lo contenta que estoy de estar de vuelta.

—Y nosotros de que haya regresado, señora.

Kathleen volvió a abrazarlos una vez más y de manera inconsciente lanzó una mirada al asiento de atrás del coche, como buscando a alguien. Johnson, observador, como siempre, se percató de su interés y quiso aclarar la pregunta no formulada:

—El señor Radcliffe no ha podido venir a recogerla, señora. Nos pidió que viniéramos por usted mientras él regresa de un viaje.

—Ah, entiendo —dijo Kathleen, sin poder evitar que la decepción se trasluciera en sus palabras.

Se había preguntado en numerosas ocasiones a lo largo del viaje de regreso cómo reaccionaría Connor al verla, aunque también se había preguntado si simplemente querría verla. Existía una posibilidad bastante grande de que estuviera enfadado con ella por haberse marchado sin hablar con él, incluso puede que le propusiera que se separaran… Por el momento, el hecho de que no hubiese venido él en

persona a recogerla no era buena señal.

Sin más, abandonaron el lugar y la condujeron a casa. Allí se encontró a todos los criados aguardándola perfectamente alineados como si estuvieran esperando al mismísimo rey Jorge. Kathleen trató de no ser tan efusiva como lo había sido con Johnson y Melville, pero cuando llegó el turno de saludar a Wallis y a Quentin no pudo reprimir el deseo de tomarlos fuertemente entre sus brazos.

—La cena está lista, señora, pero quizás prefiera darse un baño antes de cenar… —sugirió Wallis, lanzando una mirada a sus sucias ropas.

Kathleen no había sido consciente de ello hasta ese momento, pero su aspecto debía de ser realmente lamentable. Aparte de la mala alimentación, Kathleen no había podido darse un baño de verdad desde que abandonara la casa de la familia Bogdanović. Seguro que olía fatal y aquellas buenas gentes estaban disimulando delante de ella para no hacerla sentir mal…

—Sí, por supuesto, me daré un baño antes de cenar.

—Venga conmigo, señora, el baño está preparado —dijo Sybil mientras subían las escaleras.

—¿Ya está listo? Si acabo de llegar… —Se sorprendió Kathleen.

—El doctor nos pidió que tuviéramos todo preparado a su regreso. Nos dijo que usted llegaría muy cansada y que debíamos tener todo dispuesto para ayudarla a recuperarse de tan largo viaje —aclaró la muchacha.

—Oh, gracias. —Entonces Connor había pensado en ella y en su bienestar después de todo…

Cuando Kathleen se sumergió en la amplia bañera humeante, estuvo a punto de echarse a llorar. Aquel era un placer del que se había visto privada durante meses y poder disfrutar de la calidez del agua, del perfume del jabón de rosas y del silencio de la intimidad de su habitación era un regalo difícil de superar. O eso creía ella, porque cuando bajó al comedor para cenar y encontró la larga mesa llena de numerosos manjares, pensó que Wallis había preparado un banquete digno de reyes.

—¿Todo esto es para mí? —preguntó Kathleen asombrada—. ¡Wallis! ¿No crees que te has excedido un poco?

La cocinera se ruborizó ligeramente, pero se sobrepuso pronto.

—No me decidía entre varios menús así que los hice todos —contestó sin más.

Kathleen y varios de los criados allí presentes rieron ante la sinceridad de la cocinera. Tomó asiento y se dispuso a probar todas y cada una de las viandas que le ofrecían, pero se le hacía extraño comer sola, cuando había pasado tantos meses rodeada de cientos de personas con las que compartía espacio, alimento y a veces hasta

confidencias. Era incapaz de llevarse nada a la boca sin que la acompañaran.

—Por favor, necesito que compartáis conmigo estos maravillosos platos. Tomad asiento y cenad conmigo —pidió.

—Señora Radcliffe —intervino Johnson—, lo que nos pide es totalmente inaudito, no podemos aceptar.

—Inaudita es la soledad que he tenido que soportar estando tan lejos. Ahora que he vuelto, no quiero seguir sintiéndome sola. ¿Cambiaría algo si, en lugar de pedirles que me acompañen, se lo ordenase? —preguntó Kathleen con una sonrisa pícara en los labios, consciente de que ponía en un brete al pobre Johnson.

—Eso… lo cambiaría todo, señora…

—Entonces no se hable más, ¡a la mesa todo el mundo! —ordenó con una gran sonrisa y extendiendo los brazos a modo de invitación.

Fue una velada de lo más insólita, pero muy especial, en la que todo el servicio de la casa compartió mesa y mantel con su señora. Kathleen les contó anécdotas de su vida en Serbia y de las gentes que había conocido durante su estancia en aquel bello país. Trató de obviar los episodios más dolorosos en los que había sido testigo de cómo jóvenes soldados perdían algún miembro de su cuerpo o incluso la vida, de cómo toda una ciudad quedó vacía mientras sus habitantes se alejaban de ella con el corazón roto, de cómo un pequeño pero aguerrido pueblo europeo se había tenido que doblegar ante la potencia de alemanes y austrohúngaros.

Después de cenar, todo el cansancio acumulado tras las largas horas de travesía, la tensión y la incertidumbre vividas en los días previos a su regreso a casa hicieron acto de presencia y obligaron a Kathleen a irse a dormir. Apenas le dio tiempo a ponerse el camisón y meterse en su mullida cama antes de quedarse profundamente dormida.

CAPÍTULO 39

Después de meses siguiendo una férrea rutina diaria, el cuerpo de Kathleen estaba activo desde bien temprano. Así que, aunque podía haberse quedado más tiempo en la cama, se levantó, se vistió y bajó a desayunar, cogiendo desprevenido al personal de la casa. No obstante, en apenas unos minutos el desayuno estaba servido y un delicioso olor a bollos recién horneados invadió la planta baja. A pesar de la opípara cena, Kathleen dio buena cuenta de todo lo que se sirvió en el desayuno mientras leía el periódico que Johnson le había dejado sobre la mesa. Saber lo que estaba ocurriendo en el mundo fue toda una novedad para ella tras los meses de aislamiento forzoso en Kruševac. Cuando estaba a punto de levantarse de la mesa, Johnson apareció en el comedor.

—Disculpe que la moleste, señora Radcliffe, pero el doctor me pidió que le entregara esto una vez que usted hubiera descansado.

Johnson le tendió un abultado portafolios de piel. Por un momento, Kathleen temió cogerlo. «Los documentos con las condiciones de la separación… o los argumentos a favor de la nulidad matrimonial. Ya está, hasta aquí mi vida de casada». No le quedó más remedio que tomar lo que Johnson le ofrecía, el pobre se estaba quedando petrificado con la mano extendida.

—El doctor me pidió encarecidamente que le dijera que debía leerlo todo, de principio a fin.

—Así lo haré, Johnson, muchas gracias.

Johnson se retiró y Kathleen se quedó mirando fijamente el portafolios. Con el dedo índice siguió la línea de las letras C. R. grabadas sobre la piel de la portada. No quería abrirlo, pero no hacerlo solo supondría retrasar lo inevitable. Al fin se levantó y salió del comedor para refugiarse en su dormitorio. Si tenía que llorar, prefería hacerlo en la intimidad. Cerró la puerta tras de sí y se sentó en un sillón frente a la ventana. Tomó aire y lo abrió. La primera hoja era una carta manuscrita con una letra farragosa, muy desgarbada, como si se hubiera escrito con rapidez o… con enfado… La firmaba

Connor.

Torquay, 26 de mayo de 1915

Maldita seas, Kathleen, maldita, una y mil veces.

Kathleen levantó la vista de la carta. ¿De verdad Connor quería que leyera todo eso? ¿Cómo podía ser tan cruel? Kathleen no estaba segura de si quería seguir leyendo. Si lo que él quería era el divorcio, no tenía por qué ensañarse con ella. Cerró el portafolios y se levantó del sillón. Miró a través de la ventana, el día se presentaba como el futuro de Kathleen, oscuro y frío. Pronto empezaría a llover. Se sintió tentada de salir a la calle, de correr, de alejarse de las palabras hirientes de Connor, pero una vez más se recordó que ella no era una cobarde. Johnson había insistido en que debía leerlo de principio a fin y así lo haría. Tenía que hacerlo para poder enfrentarse a Connor sabiendo todo lo que pensaba de ella. Volvió a sentarse.

Maldita seas, Kathleen, maldita, una y mil veces. Leo y releo tu carta y no lo entiendo. ¿Dices que no nos abandonas? ¡Eso es exactamente lo que estás haciendo, maldita sea! ¡Ni siquiera has tenido la decencia de decirme a dónde vas! ¿Al Mediterráneo? ¡Dios! ¡Ahora mismo podría destrozar esta maldita casa con mis propios puños de la rabia que siento! Encima me prohibes que te escriba, ¿cómo puedes ser tan déspota? Pues lo siento, de veras, porque puede que no te envíe estas cartas, pero sí que las voy a escribir y algún día las leerás para que seas consciente de lo que has provocado con tu… huida.

Aquí terminaba la carta. Las manos de Kathleen estaban frías, como todo su cuerpo. Cuando se marchó jamás pensó que a Connor le importaría. Le preocupaban mucho más los niños que él. ¿Por qué estaba tan enfadado? ¿Se habría sentido herido en su orgullo?

Londres, 29 de mayo de 1915

He venido a Londres, no sé por qué lo he hecho, pero aquí estoy. He ido a buscar a Patrick. Se me ha pasado por la cabeza la estúpida idea de que quizás me hayas engañado y, en realidad, eso de irte de voluntaria ha sido una patraña para darme un escarmiento. Después de varias indagaciones he conseguido dar con él. Habría ido a buscar a tu hermana, pero no están en Londres. No sé si es el mejor actor del mundo o si es cierto lo que me ha dicho: que no sabe nada de ti desde tu última carta hace varias semanas. Se ha quedado muy sorprendido cuando le he contado el contenido de tu carta. No me ha reprochado nada, pero su mirada lo decía todo. El día que nos casamos me dio a entender que yo no iba a ser capaz de hacerte feliz. En aquel momento me sentí ofendido, pero ahora veo que tenía razón.

La mirada de Patrick aún me escocía sobre la piel cuando he caminado de vuelta a casa por las calles de Londres. No he visto ni

oído a nadie en todo el camino. ¿Cómo puede una sola persona dejar vacía una ciudad con su marcha?

¿Connor había ido a buscarla a Londres? ¿Tenía la esperanza de que no se hubiera ido? Kathleen cogió otra carta.

Torquay, 2 de junio de 1915

Hoy hace una semana que recibí tu carta. No puedo decir que no siga enfadado contigo, pero creo que te debo una disculpa. He volcado contra ti toda la frustración que sentía por tu marcha, pero lo que en realidad estaba haciendo era desviar toda la ira que debería haber descargado contra mí mismo. Yo soy el único culpable de que te hayas ido. Yo te he empujado a un destino incierto y me angustia pensar que tu vida esté en peligro en estos momentos. Si te ocurriera algo malo jamás me lo perdonaría.

La letra de esta carta era mucho más cuidada que las anteriores. Tanto lo que escribía como el modo de hacerlo parecía más meditado. Más sosegado.

Torquay, 14 de junio de 1915

Hoy hemos recibido tu primera carta. Bueno, realmente debería decir que los niños han recibido tu primera carta. Ha sido muy revelador comprobar que no me has mencionado en las cuatro hojas que ha ocupado tu misiva. Ni un saludo ni un comentario casual. Nada. Mandy, con su particular agudeza ha debido de leer la decepción en mi rostro y me ha preguntado por qué no mandabas besos y abrazos para mí también, como haces con ellos. He tenido que inventarme que tú me habías escrito una carta solo para mí…

Ojalá fuera cierto.

Oh, Dios mío. Connor se había sentido igual que ella cuando leyó la primera carta de los niños y él no había escrito nada en ella. Aún quedaban muchas cartas por leer y su curiosidad iba en aumento. ¿O era esperanza lo que empezaba a albergar en su corazón?

Londres, 20 de junio de 1915

Hoy he vuelto a Londres. Ahora que sé dónde estás he venido a pedirle ayuda a la única persona que puede ofrecérmela. Jamás imaginarías de quién se trata, pero estoy decidido a saber de ti y he dejado mi orgullo a un lado con tal de conseguir mi objetivo. Hoy he ido a ver a Aiden. Ahora es ministro de Armamento y está al tanto de lo que está ocurriendo en Europa casi a tiempo real. Cuando le he contado que quería que me diera información sobre la situación en Serbia porque tú te habías ido allí, se ha echado a reír. He estado a punto de marcharme. Me alegro de no haberlo hecho porque me ha dicho una serie de cosas que me han dejado asombrado. Me ha contado que después de su última visita a casa, cuando le dije que nos íbamos a casar, pasó varias semanas reflexionando sobre lo que habíamos hablado acerca de Amanda, que vivía para ser enfermera,

que amaba su profesión y que era muy feliz ejerciéndola. Confesó que se sentía culpable por todas las veces que había tratado de disuadirla para que no estudiara enfermería y después para que no trabajara como enfermera. Se arrepentía de corazón. Lo vi abatido. Por otro lado, admitió que aquel día que nos visitó se mostró realmente hostil contigo y, sobre todo conmigo y que se sentía miserable por ello. Me dijo que no estaba en su naturaleza comportarse de esa manera. Había comprendido que nuestra infelicidad no iba a traer de vuelta a su hermana. Por supuesto que era doloroso para él ver que había otra persona ocupando el lugar de su hermana, pero no era menos doloroso que sus sobrinos crecieran sin el amor de una madre.

Me ha asegurado que me hará llegar toda la información sobre Serbia de la que tenga conocimiento.

Torquay, 29 de junio de 1915

Querida Kathleen,

«¿Querida Kathleen?». De todas las cartas que había recibido esta era la primera en la que él se dirigía a ella en esos términos.

Querida Kathleen,

Me hubiera gustado contarte esto en persona, pero el tiempo pasa y no parece que tu regreso esté cercano. Últimamente estoy reflexionando mucho sobre la muerte. En el hospital llevamos un tiempo recibiendo heridos de la batalla de Galípoli y, lamentablemente, en demasiadas ocasiones no podemos hacer nada por ellos. La muerte llega de manera tan repentina que me da miedo que pueda sucederme a mí y no haberte dicho todo lo que siento.

¿Recuerdas la última noche que pasamos juntos? Yo no puedo borrarla de mi cabeza. Todo acude a mi mente con una nitidez que abruma. Tu olor, tu sabor, el sonido de tu voz… Jamás había experimentado nada igual. Tener la sensación de que la perfección existe, pero que solo es así si tú y yo somos uno.

Kathleen tenía el corazón golpeando con fuerza contra su pecho. Le temblaban y le sudaban las manos. No podía creer lo que estaba leyendo.

Todo lo hice mal. No decirte lo que sentía aquella noche es algo que me reprocho a diario. Por no expresar mis sentimientos tú ahora estás en Serbia, poniendo en riesgo tu vida. Y lo que hice después fue aún peor. Me levanté aquella mañana y me fui a Londres. Por primera vez desde que te conozco no huía de ti ni de lo que me hacías sentir, sino que fui a cerrar un capítulo de mi vida que seguía abierto desde hacía años. Fui a ver a Amanda. No había ido al cementerio desde su funeral, día en el hice una promesa sobre su tumba delante de todos los presentes. Pronuncié unas palabras que han sido mi tormento y fuente de un remordimiento constante desde

que te conocí, pues había jurado que la amaría por siempre y eso cambió el momento en el que entraste en mi vida.

Estuve allí varias horas. Le hablé de mi vida sin ella, de los niños, de lo que la echábamos de menos. Le hablé de ti, de cómo apareciste en nuestras vidas y de cómo las has cambiado.

Finalmente me despedí de ella. Le dije adiós y la dejé marchar.

Después de hacer esto, fui a casa y Johnson me dio toda nuestra correspondencia. Entre ella encontré la carta de Will y volví a tomar la decisión equivocada. Empecé a sacar conclusiones y me dio aquel estúpido ataque de celos que fue haciéndose cada vez más grande hasta que estallé cuando volví a Torquay y hablé contigo. Pienso en aquel momento y daría lo que fuera por cambiar todas y cada una de las palabras que te dije. Tus ojos de asombro me lo decían todo, pero yo no quería escucharte. Soy un miserable porque no solo no te creí, sino que después hice algo totalmente inmoral. Pasadas varias semanas abrí la carta de Will y la leí. Me sentí un completo imbécil. En ella te contaba que estaba feliz por el nacimiento de su primer hijo y que había tenido la oportunidad de conocer a un director de orquesta al que le había hablado de ti. Decía que se había interesado por tu obra y quería que le enviaras varias de tus partituras para que las viera.

No sé si ya lo sabías, pero estás casada con un mentecato.

Torquay, 30 de junio de 1915

Ayer acabé mi carta sin decirte lo más importante: Te amo.

Connor

Torquay, 9 de julio de 1915

Yo quise abrazarte incluso antes de conocerte. Nunca te lo he contado, pero te vi unos días antes de que vinieras a casa para preguntar por el puesto de «profesor» de piano. Yo estaba en el café Royal cuando te vi por primera vez. Me quedé sin respiración cuando contemplé tu rostro. Te acercaste al piano como si tirara de ti un hilo invisible y empezaste a tocar. Era la melodía más triste que jamás había escuchado. Al acabar, una lágrima caía por tu mejilla y a mí se me encogió el corazón. Deseé acercarme y abrazarte, consolarte en la pena que atormentaba tu alma. En lugar de eso salí huyendo de allí, como tantas veces he hecho después.

Torquay, 17 de julio de 1915

Te amo tanto que duele. Has tenido que viajar miles de millas para que yo pueda ver la verdad en mi corazón. Siempre pensé que lo que expresaban los poetas en sus versos eran solo palabras, bellas ideas que rimaban de manera hermosa para deleite de románticos lectores. Ahora sé que amar intensamente puede producir un dolor físico. Desde que recibí tu carta de despedida no puedo llenar los pulmones completamente al respirar, me duele el pecho cada vez que lo

intento… ¿Y mi corazón? Me está castigando por mi estupidez, por haberte alejado tanto y haberte dejado marchar. Me ataca desde dentro y golpea mi tórax cada vez que alguien menciona tu nombre, cada vez que alguien habla de ti, o simplemente recuerdo una imagen tuya.

Kathleen no podía dejar de leer, estaba emocionada, nerviosa, temblorosa. ¿Dónde estaba Connor? Necesitaba verlo, abrazarlo, decirle que ella también lo amaba… ¡Oh, Dios mío! ¿Estaría soñando o era cierto lo que acababa de leer?

Torquay, 23 de julio de 1915

Creo que las enfermeras me odian. A todas en algún momento de la jornada las llamo «Kathleen». Ellas me lanzan miradas asesinas y siguen con su trabajo como si no me hubieran escuchado. Por el amor de Dios, Kathleen, vuelve a casa.

Torquay, 8 de agosto de 1915

Las noticias que me ha enviado Aiden son preocupantes. Al parecer, Serbia se está convirtiendo en un objetivo a conseguir. Ejércitos de varias potencias centrales se están acercando a la frontera norte de Serbia y eso no puede significar otra cosa más que, tarde o temprano, van a invadirla. No puedo dormir desde que lo sé. No tengo un momento de paz. De día vivo angustiado. Aunque estoy trabajando, no consigo sacarte de mi cabeza, pero las noches son aún peores. La preocupación me oprime tanto el pecho que no puedo dormir.

Torquay, 17 de agosto de 1915

He descubierto que lo único que me hace olvidar el peligro que estás corriendo es pensar en tu rostro, en las distintas expresiones que eres capaz de mostrar. Me haces sonreír cuando recuerdo nuestra primera conversación en la biblioteca, cómo te enfadaste porque te dije que buscaba a un hombre para el puesto de profesor de piano…

Me divierte mucho recordar el teatro de títeres que preparaste para los niños. ¡Era tan divertido y tú eras tan ocurrente! ¿Cómo no iba a enamorarme de ti? Eres tan distinta a todas las mujeres que he conocido…

Siempre me arrancas una sonrisa cuando recuerdo el día en que te descubrí escribiendo mi nombre en la arena. Oh, Kathleen, estabas tan bonita con tu falda remangada, tu sombrero de ala ancha y ese rubor en las mejillas tan encantador. Aquel día me di cuenta de que no todo estaba perdido entre nosotros dos. Para mí, aquel momento fue el acicate que necesitaba para intentar conquistarte.

Cuando echo la vista atrás y pienso en todo el tiempo que hemos perdido…

Kathleen no podía estar más de acuerdo. Llevaban dos años casados, pero no habían compartido ni un solo día como un matrimonio de verdad. ¿Dónde estaba Connor? ¿Por qué no había ido

a buscarla si era cierto todo lo que decía en sus cartas?

Cambridge, 13 de septiembre de 1915

Querida Kathleen,

Ha pasado casi un mes desde que te escribí por última vez porque he estado muy ocupado. He pasado en Cambridge varias semanas aprendiendo nuevas técnicas de cirugía con un doctor extraordinario llamado Harold Gillies. Me he visto obligado a venir debido a las lesiones tan horribles que el armamento usado en esta odiosa guerra está provocando en los soldados. Cada vez recibimos más heridos con el rostro desfigurado al que no puedo atender debido a mi falta de conocimientos en el campo de la reconstrucción facial. Por azares del destino, alguien me habló de un doctor que se había formado en Francia y que ahora está en Cambridge tratando de ayudar a tantos y tantos soldados que vuelven del campo de batalla con lesiones dantescas en su rostro que los condenan a vivir ocultos o incluso a acabar con sus vidas debido al horror de ver en lo que se han convertido.

Estoy muy agradecido por que el doctor Gillies haya aceptado formarme en este campo. Mañana vuelvo a Torquay. Pasaré por Londres para que Aiden me informe de primera mano cómo va todo por Serbia.

Siempre tuyo,

Connor

Torquay, 15 de septiembre de 1915

Aiden me ha dado buenas noticias, no sé cómo lo ha hecho pero ha conseguido que le envíen información sobre ti. Sé dónde estás viviendo, dónde estás trabajando y con quién. La tal doctora Inglis parece ser toda una institución en Serbia y el Gobierno la tiene en alta estima, por lo que tratan de proporcionarle todo lo que pide. Me dice que estás bien, que trabajas mucho y que incluso has deleitado a los heridos con un concierto de piano. ¡Cuánto echo de menos escucharte tocar! A menudo, cuando practicabas en casa, me acercaba al salón del piano y te observaba desde la puerta. La tentación de acercarme y acariciar tu pelo era tan grande que en muchas ocasiones tenía que salir de casa para luchar —estúpidamente— contra ese impulso. ¿Cómo habrías reaccionado si te hubiera estrechado entre mis brazos mientras hundía mi rostro en tu pelo?

Kathleen tenía muy clara la respuesta: se habría derretido en ese abrazo, como tantas otras veces en las que había intentado resistirse, pero había hecho justo lo contrario, entregándose a cada beso y a cada caricia que él le había dado.

Torquay, 28 de septiembre de 1915

Hoy he soñado con nuestra noche de bodas. El sueño era muy

distinto a la que vivimos en realidad. En él simplemente éramos dos amantes que nos entregábamos con pasión el uno al otro. No había reproches, ni malos entendidos. No ocultábamos nada, admitíamos sin temor a ser rechazados lo mucho que nos amábamos.

Me debes una noche de bodas. O tal vez sea yo el que te la deba a ti. En cualquier caso espero que cuando vuelvas no sea demasiado tarde para cobrar nuestras deudas.

Torquay, 14 de octubre de 1915

La invasión de Serbia es un hecho, amor mío, y yo no sé qué hacer para sacarte de allí. No sé lo que tardarán los alemanes en llegar hasta donde tú estás, pero me aterra pensar lo que pueden haceros cuando esto ocurra. Aiden me asegura que nada le ocurrirá a la población civil y mucho menos al personal sanitario. Yo no estoy tan seguro.

Torquay, 17 de noviembre de 1915

Hace mucho tiempo que no recibimos carta tuya. Si no fuera porque Aiden me mantiene informado me habría vuelto loco. Qué duro es esto. No solo he de luchar contra el dolor que me produce no verte, sino que además debo hacer un esfuerzo sobrehumano para no caer en pensamientos recurrentes en los que solo te ocurren cosas malas. Sé que los alemanes os han capturado. Por favor, Kathleen, mantente con vida. Aguanta hasta que volvamos a vernos. Me da miedo que a tu regreso no quieras seguir casada conmigo. En parte sé que lo tendría merecido. No obstante, eso pasa a un segundo plano. Mi prioridad es que vuelvas y que vuelvas sana y salva. Solo quiero verte una vez más. Le pido a Dios que me permita verte al menos una vez más y que tú me dejes abrazarte.

Torquay, 25 de diciembre de 1915

Mis hermanas han hecho un gran esfuerzo por que esta Navidad no sea demasiado distinta a las anteriores. Sin embargo, esta guerra y, sobre todo, tu ausencia hacen que disfrutar de estas fiestas sea algo muy difícil. Hoy me ha venido a la cabeza el primer año que celebraste con nosotros San Nicolás, cómo conseguiste que todos los criados entraran en tu juego y planearan contigo aquella magnífica sorpresa para Daniel y Mandy. Para entonces ya estaba enamorado de ti, estoy seguro de ello. Aquella misma noche, cuando me diste tu regalo y después tocaste el piano para mí, sentí que mi vida jamás estaría completa si tú no estuvieras en ella. Después de tocar aquella melodía tan hermosa te habría besado hasta dejarte sin aliento. ¡Qué demonios! Te habría hecho el amor allí mismo.

Torquay, 9 de enero de 1916

Amor mío, me da miedo hacerme ilusiones, pero puede que tu regreso esté cerca. Al parecer se os ha dado la posibilidad de volver o de quedaros en Serbia. Espero que seas sensata y decidas regresar…

Torquay, 11 de febrero de 1916

Mi pequeña y testaruda Kathleen,

Sé que has decidido quedarte junto a la doctora Inglis. Admiro tu lealtad y tu compromiso con la causa que te ha llevado hasta el punto más candente de toda Europa, pero mi paciencia tiene un límite. He iniciado mi particular campaña de presión para que te traigan de vuelta, quieras tú o no quieras. Sé que las condiciones allí son duras y la situación solo puede ir a peor. No voy a permitir que te pase nada. Pronto —espero— te subirás a un barco de regreso a casa. Deseo de corazón que sigas queriendo ser mi esposa cuando vuelvas a pisar tierra británica porque voy a demostrarte que puedo ser un buen marido para ti.

Esa era la última carta de Connor. Kathleen se levantó de un salto y bajó las escaleras corriendo mientras llamaba a Johnson a gritos. El pobre mayordomo apareció en el vestíbulo con la preocupación dibujada en su rostro.

—¿Se encuentra bien, señora Radcliffe?

—Oh, sí, Johnson, perfectamente. ¿Sabe algo del doctor? ¿Tiene idea de cuándo va a regresar?

—Yo creo que debe de llegar como mucho en una hora. Si no surge ningún problema, creo que llegará sobre las doce.

Kathleen soltó un gritito de emoción, se remangó la falta y subió las escaleras de dos en dos.

—¡Por favor, Johnson! Avisa a Melville y dile que prepare el coche —gritó desde la escalera.

—¿Va a salir, señora?

—¡Sí!

—Pero… ¿no espera a que llegue el doctor? —preguntó Johnson algo apurado. Había recibido instrucciones de que no dejara salir a la señora Radcliffe bajo ningún concepto.

—No me voy muy lejos, Johnson. El doctor sabrá dónde encontrarme.

—¿De veras? Por favor, señora, quédese hasta que vuelva. Si no lo hace… —«Va a pedir mi cabeza».

—No te preocupes, Johnson —gritó Kathleen emocionada desde lo alto de la escalera—, tú solo dile al doctor que he leído sus cartas de principio a fin y que lo espero para pagar mi deuda y para que él pague la suya.

En menos de quince minutos, Kathleen se subía al coche con una pequeña bolsa de viaje y el corazón a punto de estallar por la emoción.

CAPÍTULO 40

Kathleen se paseaba inquieta por la misma *suite* en la que pasó su desafortunada noche de bodas, preguntándose si había hecho lo correcto. Había revisado incontables veces su aspecto ante el espejo y, a pesar de lo precipitado de su salida de la casa, su cabello se mantenía recogido en un bonito moño trenzado en la coronilla. El vestido le quedaba poco ajustado debido a la pérdida de peso, pero se veía muy favorecida por el color verde botella del tejido.

Estaba más nerviosa que el día de su boda. Entonces no esperaba nada de aquella noche, ya que Connor le había dejado muy claras las condiciones de su acuerdo matrimonial, pero ahora… Ahora todo era diferente. Después de leer sus cartas, su corazón había encontrado el sosiego que necesitaba, aunque en ese momento se encontraba completamente desbordado por la emoción. Se acercó a la ventana. Hacía ya un buen rato que había empezado a llover. Ay, Dios, quizás debería haber esperado en casa a que llegara Connor. ¿Qué hago aquí? ¿Y si no viene? ¿Y si le ha pasado algo y ni siquiera ha llegado a casa aún? En medio de esas cavilaciones, Kathleen escuchó que una puerta se cerraba a su espalda. Con el corazón palpitando a un ritmo desenfrenado comenzó a girarse lentamente. Ante la puerta se encontraba un hombre alto, de anchos hombros y cabello oscuro que la miraba con intensidad. Tenía el pelo húmedo. Kathleen tardó unos segundos en reconocer en aquel apuesto hombre a su marido. No tenía barba ni bigote y Kathleen pudo apreciar por primera vez desde que lo conocía su perfilada mandíbula cuadrada y un levísimo hoyuelo en la barbilla. Los labios de Kathleen dibujaron una preciosa «O» por la sorpresa. ¿Podía su esposo ser aún más guapo de lo que recordaba?

—¿Connor? —preguntó Kathleen casi sin aliento.

Él vio hacia dónde dirigía ella su mirada y, por un instante, pareció sonrojarse con timidez, mientras se frotaba la mejilla.

—Me afeité la barba… —confesó—. ¿Te gusta?

Connor avanzó unos pasos. Kathleen seguía clavada al suelo. No podía creerse que Connor estuviera allí, con ella, mirándola con esos

ojos cargados de emociones, todas ellas hermosas. Por fin, su cerebro ordenó a sus pies que se movieran y se encontraron en mitad de la habitación. Kathleen acercó su mano temblorosa al rostro de Connor, acarició su mejilla y no pudo evitar llevar su dedo pulgar hacia el tentador hoyuelo. Connor cerró los ojos al sentir el contacto de Kathleen sobre su piel e inclinó la cabeza contra la palma de su mano. Soltó un sonoro suspiro.

—Me encanta —dijo Kathleen al fin.

En ese momento Connor abrió los ojos y la rodeó con sus brazos, ella se pegó a su pecho y quedaron fundidos en un abrazo interminable. Ninguno de los dos tenía prisa por separarse, parecía como si ambos hubieran llegado al acuerdo de que aquel momento era único e iban a saborearlo lentamente para disfrutar de todos sus matices. Connor aspiraba el olor del cabello de Kathleen como si se tratase de un perfume exótico que tuviera que guardar en su memoria para poder recordarlo cuando se alejara de ella. Kathleen se aferraba a su cintura, haciendo realidad lo que tantas veces había imaginado desde que supo que se había enamorado de él. Se estaba tan bien entre sus brazos… Cuántas veces había deseado estar así, junto a su pecho, escuchando los latidos de su corazón. En Serbia había soñado despierta con un abrazo como ese y ahora que lo estaba viviendo realmente apenas podía creer que fuera cierto.

—Estás muy flaquita —dijo Connor al oído de Kathleen mientras palpaba los huesos de sus hombros—. No os han alimentado bien últimamente, ¿verdad?

Kathleen notó la preocupación en su voz, pero estaba tan feliz por el giro que habían dado los acontecimientos que no quiso desviar la atención hacia las penurias que había pasado. Solo deseaba disfrutar de cada segundo a su lado.

—Si Wallis sigue preparando banquetes nupciales en cada comida del día, pronto rellenaré mis curvas, amor mío, no debes afligirte por ello — le aseguró con una sonrisa en los labios.

Él volvió a soltar lentamente el aire de sus pulmones. Por alguna razón, parecía tenso y algo nervioso.

—Tienes la chaqueta mojada —dijo Kathleen, con la cara pegada al pecho de Connor.

—Estaba lloviendo a cántaros al llegar aquí. —Connor se separó ligeramente de Kathleen y empezó a quitársela.

Kathleen se alejó de él para que tuviera espacio al sacar los brazos de la misma, pero él no la dejó. La cogió de la cintura con el brazo libre y la acercó a su cuerpo mientras se acababa de quitar la chaqueta.

—No quiero que te alejes de mí —dijo Connor abrazándola de nuevo—. Nunca más.

Connor la miró a los ojos con una súplica en su mirada.

—Jamás volveré a separarme de ti, Connor. Lo prometo.

Kathleen se puso de puntillas y acercó su boca a la de él. Sin llegar a besarlo, acarició con sus labios los de Connor. Él recibió expectante las caricias de ella, sintiendo cómo su piel se erizaba con su sutileza, hasta que Kathleen al fin atrapó su labio inferior entre los suyos y lo succionó con suavidad. Lo soltó y Connor respondió atrapando sus carnosos labios. La sensación de volver a saborear a Kathleen era maravillosa. Ambos experimentaron un escalofrío cuando sus lenguas se encontraron y danzaron lentamente al son de una melodía que solo ellos podían escuchar. Casi sin aliento, separaron sus bocas y se miraron a los ojos. Los de Connor estaban vidriosos y a Kathleen se le había escapado una lágrima furtiva. Los dos sonreían.

Connor la condujo al sofá que había frente al fuego encendido. Se sentó e hizo que Kathleen se sentara estirando las piernas sobre el asiento para poder volver a abrazarla y mirarla de frente. Con una mano apartó un mechón de pelo que se había escapado del recogido y la miró embelesado.

—No sabes cuánto he echado de menos poder contar tus pecas…

Kathleen sonrió. Le encantaba esa nueva faceta de Connor, tan sincero, tan tierno.

—¿Contar mis pecas? —preguntó Kathleen sorprendida.

—¿Nunca te diste cuenta de cómo te miraba? Desde que te conozco he tenido que hacer verdaderos esfuerzos para no acariciar tu nariz y tus mejillas. No sé cómo no me he vuelto loco.

Kathleen se sonrojó y Connor enmarcó su rostro con las manos para darle un rápido beso.

—Y cada vez que te sonrojabas, como ahora… —Volvió a besarla—. Te habría devorado a besos.

Kathleen se mordió el labio inferior, extasiada ante las confesiones de Connor.

—Pues yo he echado de menos ese ceño fruncido, que ya no veo por ninguna parte —dijo ella tocando el entrecejo de Connor con un dedo.

Connor sonrió.

—Y menos mal que nunca te vi sin barba, si no, yo sí que me hubiera vuelto loca por tocar este hoyuelo —dijo llevando su dedo desde la frente hasta la barbilla, pasando por el mentón.

Connor soltó una carcajada.

—¿Leíste todas mis cartas de verdad? —preguntó con los ojos llenos de ilusión.

—De principio a fin —aseguró Kathleen—. No estaría aquí si no lo hubiera hecho.

Connor frunció el ceño, preguntando por qué.

—No me lo pusiste nada fácil, Connor —explicó Kathleen—, tu primera carta era demasiado dura, tanto que estuve a punto de dejar de leer. Creía que en esas cartas me dabas todos los argumentos que pensabas alegar para anular nuestro matrimonio o separarte de mí.

Connor negó con la cabeza.

—Y yo me pasé todos estos meses pensando que tú no querrías volver conmigo. Que te habrías cansado del necio de tu marido.

—Cuando bajé del barco y vi que no estabas, todos mis miedos se confirmaron. Pensé que ya no querías saber nada de mí. Y aun así, deseaba seguir a tu lado, aceptando incluso que no me amaras.

El rostro de Connor se ensombreció.

—No te merezco, Kathleen. A pesar de haberte hecho sufrir todo este tiempo, ocultando mis verdaderos sentimientos hacia ti, eres tan generosa que estabas dispuesta a seguir a mi lado…

—«Hasta que la muerte nos separe», prometimos en nuestra boda —aseguró.

Connor volvió a sonreír y pegó su frente a la de ella. De nuevo se besaron. Eran besos cargados de emociones, en los que ambos se decían sin palabras cuánto se amaban.

—Lamento mucho no haber podido estar en el puerto cuando llegaste. Aiden me había dicho que llegaríais a Glasgow, así que me apresuré a viajar hacia allí para poder encontrarme contigo. Ya había recorrido más de la mitad del camino cuando pude llamar por teléfono a casa. Entonces Johnson me dijo que después de mi partida Aiden había enviado una nota a casa informando de que vuestro barco haría escala en Londres para dejar algunas voluntarias, entre las que te encontrabas tú. Me desesperé al pensar en lo lejos que estaba y lo difícil que sería para mí llegar a tiempo para recibirte.

Kathleen puso un dedo sobre los labios de Connor.

—No debes torturarte por eso, Connor. Soy la mujer más feliz sobre la faz de la tierra. Hubiera sido maravilloso verte allí, pero quizás, si todo hubiera sucedido de ese modo, no habrías considerado necesario que leyera tus cartas. Ha sido toda una sorpresa y, desde luego, un regalo fascinante descubrir lo que se escondía bajo todas esas capas de seriedad, sobriedad y contención.

Kathleen sonrió ampliamente y él negó con la cabeza.

—No seas tan dura conmigo —pidió Connor con una sonrisa también—, has tenido la mala suerte de conocerme en mi peor momento. Yo no soy tan sombrío como te pudo parecer en aquella extraña entrevista de trabajo.

—¿Sombrío? Me diste un poquito de miedo, la verdad —dijo Kathleen soltando una carcajada, pero se puso seria antes de añadir—: Y a pesar de ello, me sentí irremediablemente atraída por ti.

Connor le dio entonces un largo y profundo beso. Kathleen se sintió

mareada. ¡Qué bien besaba su marido, Dios bendito! Pero había algo que debía preguntarle antes de que perdiera la consciencia completamente.

—¿Y los niños? —preguntó cuando pudo tomar algo de aire—. ¿Cómo están? ¿Sienten que les he abandonado? ¿Crees que han dejado de quererme porque me he ido?

Ahora fue él quien le puso un dedo sobre los labios.

—Shhhhhh. No te angusties por ellos. ¿Te llegó alguna de sus cartas?

Kathleen asintió.

—¿Y en ellas detectaste que sintieran rencor hacia ti o te reprocharan algo?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué piensas que van a estar enfadados contigo?

—No lo sé. Tú lo estabas.

—Yo estaba enfadado conmigo mismo por no haberte dicho lo que sentía desde hace mucho tiempo, pero como soy tan insensato, solté mi rabia contra ti, en lugar de hacerlo contra mí.

—¿Y ellos saben que ya he regresado?

—No.

Connor la miró entonces con su característica mirada felina, esa que hacía estremecer a Kathleen de cabeza a los pies sin ni siquiera tocarla.

—Aunque sea tan solo por hoy, quiero tenerte únicamente para mí —le dijo con su profunda voz—. Pienso pagar mi deuda con creces y quiero que tú me devuelvas la tuya con intereses. Han sido demasiados meses sin verte y dos largos años sufriendo la tortura de tener a mi tentadora esposa tan cerca de mí sin poder tocarla. No, señora mía, no le he dicho nada a los niños. Hoy no voy a compartirte con nadie.

A Kathleen las palabras de Connor le calentaron la sangre y un deseo largamente acallado despertó de repente. Rodeó su cuello con las manos y se lanzó a su boca, tratando de encontrar en ella la manera de apagar el fuego que ya hervía en su interior. Kathleen notó cómo su pelo caía suelto sobre sus hombros cuando él deshizo su recogido con impaciencia. La miró unos instantes, como si hubiera deseado durante mucho tiempo contemplar esa imagen suya, natural, sin artificios, y la sentó sobre sus muslos estrechándola contra su pecho. Se besaron y dieron rienda suelta a toda la pasión que habían contenido desde que se conocieron. Connor empezó a desabrochar los botones del vestido de Kathleen mientras besaba su cuello. Kathleen era más hábil con las manos y consiguió quitarle la camisa antes de que él pudiera acabar de desabotonar su vestido. Contenta por la victoria, se deleitó acariciando el torso y los fuertes brazos de Connor.

Cruzaban miradas sonrientes mientras Connor se afanaba en desvestirla. Consiguió abrirle el vestido hasta la cintura y ella sacó los brazos de las mangas, movimiento que Connor aprovechó para sacarle la camisola interior por la cabeza. Impaciente ante el contacto con su piel, se levantó, cargando a Kathleen en brazos, la llevó hacia la cama y la tumbó en ella. Allí la ayudó a deshacerse del vestido y de su ropa interior y él se quitó los pantalones y se desnudó por completo. Kathleen admiró el cuerpo de su marido durante unos fugaces instantes hasta que él se tendió a su lado. Él la contempló en su espléndida desnudez y soltó un suspiro entrecortado. Se abrazaron mientras se besaban con avidez y él rodó hasta que quedó tendido sobre ella.

—Así tendría que haber sido nuestra noche de bodas… —dijo Connor con voz ronca junto al oído de Kathleen.

Ella negó con la cabeza.

—No te tortures pensando en el pasado. Ahora estamos aquí. El camino que hemos recorrido hasta llegar a este momento era necesario y yo estoy feliz de haber dado todos y cada uno de los pasos hasta alcanzar este punto… —susurró Kathleen al tiempo que elevaba sus caderas suavemente y rodeaba a Connor con sus piernas.

Connor soltó un sonoro jadeo al sentir a su ardiente esposa pegada a su entrepierna. Oh, cuánto la deseaba.

—Yo también estoy feliz de estar aquí contigo, inmensamente feliz, por eso hoy, aquí y ahora voy a renovar mis votos matrimoniales —dijo Connor.

Entonces movió ligeramente las caderas y buscó la suave abertura de ella. Sin llegar a penetrarla completamente, aproximó su miembro a sus cálidos pliegues y con un movimiento contenido, la acarició. Kathleen soltó un gemido e instintivamente levantó sus caderas. Connor no se movió.

—Yo, Connor, te tomo a ti, Kathleen —dijo con los labios pegados a los de Kathleen e introduciéndose un poco más en ella — como mi esposa para honrarte y respetarte…

Connor volvió a moverse ligeramente en su interior. Kathleen sentía que la estaba torturando, empujó con sus piernas hacia arriba, tratando de calmar el deseo que amenazaba con abrasarla completamente. Connor sonrió, sabía lo que ella deseaba. Él también se moría por darle todo lo que demandaba, pero debía acabar su ritual. La besó con ardor.

—…en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de mi vida. —Connor se adentró completamente en ella y sintió cómo Kathleen lo recibía en su interior envolviéndolo con fuerza.

Ambos contuvieron el aliento unos instantes mientras se miraban

con ojos llameantes. Connor giró sobre sí mismo, arrastrando a Kathleen consigo hasta colocarse de espaldas en la cama.

—Me gusta contemplarte desde aquí abajo, mi hermosa guerrera vikinga —confesó Connor.

Ciertamente, Kathleen se veía hermosa, su largo cabello cobrizo caía sobre su espalda y su pecho, refulgiendo contra su blanca piel de terciopelo. Era un deleite para la vista admirarla en todo su esplendor, como una poderosa diosa pagana.

Kathleen entrelazó sus manos con las de Connor y las apoyó sobre la cama a la altura de su cabeza. Acomodó sus caderas ligeramente hasta que sintió que había encontrado ese enigmático punto donde todas sus terminaciones nerviosas parecían reaccionar de manera deliciosa, haciendo que su piel se erizara completamente y que su cuerpo se moviera de manera instintiva. Ahora era ella la que torturaba a Connor: se movía muy lentamente, tan lenta y acompasadamente que Connor necesitó soltar sus manos y llevarlas hacia las caderas de Kathleen, demandando con frenesí que acabara con su tormento. Kathleen sonrió con picardía y se inclinó para besarle, explorando con su lengua todos los rincones de su boca. Sabía lo que él le estaba pidiendo y su cuerpo empezó a tomar el control de la situación. El movimiento de sus caderas se fue acelerando poco a poco y la intensidad de sus embestidas hizo que ambos comenzaran un diálogo de gemidos, jadeos y palabras entrecortadas. Ninguno de los dos pudo prolongar mucho más aquel momento de placer, pues ambos habían esperado durante demasiado tiempo compartir aquel encuentro de pieles y de almas. El éxtasis les alcanzó casi al mismo tiempo y les hizo llegar a la conclusión una vez más de que estaban hechos el uno para el otro.

Aún unidos, con Kathleen recostada sobre su pecho y los rostros pegados, Connor escuchó la voz de ella como en un sueño:

—Yo, Kathleen, te recibo a ti, Connor, con mi cuerpo y con mi alma, y te tomo como esposo para honrarte y respetarte en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza todos los días de mi vida.

Kathleen levantó la cabeza y sus azules ojos, más azules que nunca, se clavaron en los de Connor. *Salut D´Amour* volvía a sonar en la cabeza de Kathleen con suavidad. Todo el tiempo que había pasado separada de Connor se había negado a sí misma poder escucharla. Cada nota le dolía en el alma, pero ahora volvía a ser la melodía más hermosa que hubiera escuchado jamás. Esa melodía era Connor. Lo besó con ternura y le dijo «te amo» sin separar sus labios de los de él. Deshizo su unión, se acurrucó contra el cuerpo de Connor y apoyó su cabeza en el hueco de su hombro.

Kathleen empezó a tararear una canción que a él le resultó familiar

y se le erizó el vello de la nuca. Buscando entre sus recuerdos llegó a un momento en el pasado en el que ella tocaba el piano solo para él y se dio cuenta en ese mismo instante de que aquel lejano día ella le había declarado su amor. Rodeó a Kathleen con sus brazos con el corazón rebosando de ternura. Sin duda, era el hombre más afortunado del mundo. La melodía que Kathleen entonaba los acunó como si se tratase de una nana y los dejó adormilados durante algún tiempo. Pero pronto sus cuerpos se avivaron con caricias y con besos y volvieron a amarse con el firme propósito de recuperar todas las ocasiones perdidas anteriormente.

Así pasaron parte del día y de la noche y los primeros rayos del día siguiente les sorprendieron contando confidencias en voz baja, como si estuvieran en una sala abarrotada de gente y no quisieran que nadie más supiera sus secretos. Eran dos amantes despreocupados y ufanos, desnudos bajo las sábanas, que disfrutaban de su amor sin miedos ni condiciones. Eran Connor y Kathleen. Marido y mujer, al fin y para siempre.

CAPÍTULO 41

Antes de abrir los ojos, Kahtleen sonrió perezosamente con una sensación de absoluta dicha latiendo en su interior. Se había despertado, pero la tarea de levantar sus párpados parecía implicar un enorme esfuerzo. Todo su cuerpo estaba agotado por la noche de amor pasada con Connor. ¡Connor! El deseo de ver a su marido hizo que reuniera las fuerzas necesarias para abrir los ojos y luchar contra los pinchazos que la luz le estaba infligiendo a sus pupilas. Parpadeó varias veces hasta poder enfocar su mirada y encontrar los brillantes ojos verdes de su esposo mirándola con adoración. Estaba tumbado de costado, apoyado sobre el codo y sujetando su cabeza con la palma de la mano. Con el torso desnudo, era la viva imagen de un poderoso dios del Olimpo.

—Buenos días —dijo con una sonrisa que dejó a Kathleen sin aliento.

—Buenos días —respondió, algo azorada por la atenta mirada de su marido. Aún no se había acostumbrado a esta nueva situación—. ¿Me estabas observando mientras dormía?

—Desde hace más de una hora —contestó despreocupado—. Y por fin puedo afirmar sin temor a equivocarme que tienes setenta y ocho pecas graciosamente repartidas entre tu nariz y tus mejillas.

Kathleen levantó las cejas y soltó una carcajada.

—¿En serio has contado mis pecas?

—Varias veces, y ha sido una de las experiencias más gratificantes de los últimos meses… si obviamos la noche pasada, claro —afirmó Connor con una sonrisa maliciosa.

Kathleen se ruborizó al pensar en ello y levantó la sábana hasta cubrirse la cara con ella.

—Me temo que tendrás que hacerte a la idea de que estoy dispuesto a recuperar el tiempo perdido… —dijo Connor desde el otro lado de la sábana, tan cerca que Kathleen podía sentir el aliento de él sobre sus labios.

Kathleen retiró la tela y se encontró con la mirada luminosa de

Connor, que la besó con tanto ardor como si no hubieran pasado gran parte de la noche haciendo el amor.

—Debo pedirte algo… —dijo Kathleen cuando Connor se separó de ella levemente.

—Yo también —afirmó Connor a su vez.

—Bien, pues, adelante, tú primero —dijo Kathleen.

—No, las damas primero, ¿qué deseas? —Connor la miraba con intensidad, ansioso por complacerla.

—Debo pedirte algo, pero no sé si… —Kathleen pareció dudar—. Me gustaría…

—¿Sí? —preguntó Connor levantando las cejas.

—Me encanta estar aquí contigo, Connor, pararía el tiempo ahora mismo y me quedaría para siempre en esta habitación, pero necesito ver a los niños, saber cómo están, abrazarlos… ¿Podemos volver a casa?

Connor se quedó mirándola en silencio con una sonrisa dulce en los labios. Retiró un mechón de pelo de la frente de Kathleen con una ligera caricia.

—Soy el hombre más afortunado del mundo. No solo tengo tu amor, sino que lo compartes con Daniel y Mandy y eso me hace inmensamente feliz. Sí, volveremos a casa. Pero antes…

Connor se levantó de la cama y paseó su gloriosa desnudez por la habitación hasta llegar a su chaqueta. Desde donde estaba, Kathleen no pudo ver lo que sacó de uno de sus bolsillos. Con el puño cerrado, volvió a tumbarse junto a ella.

—Ahora soy yo el que debe pedirte algo —dijo Connor—. Me gustaría que aceptases esto, aunque llegue con varios años de retraso.

Kathleen frunció el ceño intrigada y Connor abrió su mano, donde reposaba una pequeña cajita de piel negra. Kathleen miró a Connor, después a la cajita y de nuevo a Connor.

—Ábrela, por favor —le pidió él.

Kathleen la cogió al fin y la abrió. En su interior había una preciosa sortija de oro con un zafiro rodeado de pequeños diamantes con forma de pétalos que hacían que pareciera una hermosa flor brillante. Kathleen contuvo el aliento durante unos segundos.

—Pero… —empezó a decir ella.

—Estoy tratando de enmendar todo lo que he hecho mal hasta ahora. Este es el anillo de pedida que debería haberte regalado cuando nos comprometimos, en lugar de proponerte aquel estúpido trato.

Kathleen sonreía mientras le escuchaba hablar.

—Gracias a aquel estúpido trato hoy tú y yo estamos aquí. Creo de corazón que todo pasa por algo. Aunque estos años casados y a la vez separados han sido muy duros, eran necesarios. Yo tenía que marcharme para que todo encontrara su sitio.

Horas más tarde, en el tren de regreso a Torquay, Kathleen le contó a Connor su experiencia con *su familia serbia*, como le gustaba llamarla. Su especial relación con Iskra y el extraño don que poseía, que consiguió que pudiera buscar en su corazón para encontrar el perdón para su familia y el descanso para su alma atormentada. Kathleen estaba convencida de que todo lo ocurrido con Connor era necesario para que ella encontrara la paz y si para ello se había visto empujada a viajar a Serbia, había valido la pena. Connor la abrazó con ternura cuando ella terminó su relato. Era muy consciente de que ella se había quedado sola en el mundo y que él y los niños eran ahora su única familia.

—He de contarte algo antes de llegar a casa —dijo Connor—. Un día al volver del hospital encontré a los niños esperándome en la puerta de la casa. Me dijeron que querían hablar conmigo. Yo me preocupé porque estaban muy serios, pensé que te había ocurrido algo… Entonces Daniel comenzó diciendo que ellos sabían que tenían una mamá que se llamaba Amanda, que les quería mucho y que ellos la querían también.

—Pero ella ahora está en el cielo —dijo Mandy —y nosotros nunca la vamos a olvidar.

—Queremos pedirte algo, pero no queremos que te enfades —dijo Daniel.

Yo traté de tranquilizarles. Seguían muy serios, con gesto preocupado hasta que Mandy dijo que quería que les diera permiso para llamarte *mamá*.

A Kathleen se le formó un doloroso nudo en la garganta que le impedía hablar. Se le humedecieron los ojos y lo único que pudo hacer fue abrazar a Connor y suspirar con un alivio inmenso. Que los niños la aceptaran como su madre supuso para ella la guinda del pastel de la sucesión de hechos maravillosos que en pocos días le habían ocurrido. No podía ser más feliz. Bueno, quizás, sí, cuando pudiera abrazar a los niños y escuchar de sus labios esa preciosa palabra.

No tardó mucho en comprobar el cariño que seguían sintiendo los niños por ella y lo ansiosos que estaban por decir *mamá* nada más verla. En cuanto llegaron a Greenway House, ni siquiera tuvieron que entrar en la casa para buscarlos, los niños salieron corriendo hacia el coche en cuanto escucharon que se aproximaba por el camino de grava. Esperaban encontrarse con su padre, pero cuando vieron a Kathleen, sus caras lo dijeron todo. A Kathleen no le cupo ninguna duda de que tanto Mandy como Daniel la habían echado mucho de menos y se alegraban infinitamente de su regreso.

—¡Mamá! —gritó Daniel mientras se lanzaba con toda la fuerza de su cuerpo a los brazos de Kathleen.

Kathleen se agachó para estar a su altura y lo estrechó con fuerza.

Con los ojos vidriosos buscó a Mandy que estaba junto a su padre esperando su turno para ser abrazada. Kathleen estiró un brazo hacia ella y la niña la rodeó con los suyos, abarcando la espalda de su hermano también.

—¡Dios mío! ¡Cuánto habéis crecido! —Kathleen se separó un poco de ellos mientras sujetaba entre sus manos el rostro de Mandy y después el de Daniel—. ¡Os he echado tanto de menos! Prometo que nunca más me separaré de vosotros.

—Menos mal —dijo Daniel—, porque papá ha estado enfurruñado todo el tiempo que has estado fuera…

—Daniel… —dijo Connor con un deje de advertencia en su voz, pero cuando Kathleen lo miró, tenía una sonrisa en los labios.

Los días siguientes fueron una vorágine de sentimientos y emociones difíciles de controlar. Kathleen trató de pasar el máximo tiempo posible con los niños, pero, para su sorpresa, muchas personas, entre ellas sus cuñadas y cuñados, querían charlar con ella y saber cómo había sido su experiencia tan lejos de casa y tan cerca del frente. Brittany se mostró muy contenta con su regreso, Kathleen pudo saber que sus palabras eran sinceras porque sus ojos y su sonrisa no podían ser fingidas. Realmente se alegraba de verla. Pero la gran alegría se la dio Heather. Cuando se encontraron, Heather le dio la bienvenida a casa, pero se mantuvo distante. Deba la impresión de que quería tener algún contacto físico con ella, pero algo le impedía dar el paso. Por ello, Kathleen se acercó a ella con los brazos abiertos y Heather no lo dudó, se abrazó a ella con fuerza.

—¡Oh, Kathleen! —dijo sollozando en su oído—. Por favor, perdóname, fui cruel contigo. No me guardes rencor, yo…

—Heather, tranquila, no hay nada que perdonar…

La otra no la dejó acabar.

—Cuando te fuiste me sentí culpable. Nunca hice ningún esfuerzo por que te sintieras bien. Y tú eres la mujer que hace feliz a mi hermano. Jamás me hubiera perdonado que te hubiese pasado algo. Connor habría sufrido demasiado. Él ya sufrió mucho y no quiero verlo así nunca más.

—Gracias por decírmelo, Heather, me alegra escucharte. No te angusties. No hay rencor en mi corazón. Ahora sois mi familia y me siento muy afortunada de haberos encontrado.

Días más tarde, con los ánimos más calmados, pudo al fin hablar tranquilamente con Greta. La había visto muy poco por la casa porque, al parecer, pasaba casi todo el día en el hospital. Sus jornadas eran en ocasiones tan largas como las de Connor. Kathleen no podía creer que aquella frustrada debutante, caprichosa y enfadada con el mundo, se hubiera convertido en una enfermera voluntaria a tiempo completo.

—Pasas mucho tiempo en el hospital, Greta, vas a acabar exhausta. Deberías descansar más —le sugirió Kathleen al ver las profundas ojeras que oscurecían la mirada de la joven.

—Tengo mucho que aprender aún. Ir al hospital me ayuda a mejorar cada día.

—No puedes esperar convertirte en enfermera en unos pocos meses, no te agotes, intenta descansar un poco más…

—No es enfermería lo que quiero estudiar, Kathleen —la interrumpió Greta—, deseo convertirme en doctora.

Kathleen abrió la boca por la sorpresa y enarcó las cejas.

—¿Acaso no me crees capaz? —preguntó la más joven levantando la barbilla, aunque Kathleen pudo detectar un ligero temblor en su labio inferior—. Mi padre ya ha intentado persuadirme de que no lo haga.

Kathleen cogió las manos de Greta entre las suyas y las acarició con ternura, mientras negaba con la cabeza.

—Jamás trataría de convencerte de que hicieras algo semejante. Por supuesto que creo que eres capaz de convertirte en médico, que no te quepa duda. Es solo que me ha venido a la mente aquella mañana en la que te llevé al hospital para que leyeras libros a los heridos y ¡mírate ahora! No tienes nada que ver con aquella muchacha antojadiza. En apenas unos meses te has convertido en toda una mujer, que sabe lo que quiere y que está dispuesta a luchar por conseguirlo. Estoy muy orgullosa de ti —dijo Kathleen con los ojos brillantes por la emoción.

—Aquel día fue un punto de inflexión en mi vida. Creía que mi frustración y mi enfado se debían a no haber podido celebrar mi presentación en sociedad, pero lo cierto es que mi existencia estaba vacía. No tenía inquietudes ni preocupaciones de ningún tipo. Era una completa inútil y me he dado cuenta de que yo no soy así. No quiero ser así. Quiero ayudar a los demás… Salvar vidas. Jamás podré devolverte todo lo que has hecho por mí, Kathleen.

Ahora era Greta la que estrechaba con cariño las manos de Kathleen que estaba visiblemente emocionada.

—¿Y qué fue del soldado silencioso? Lo último que supe de él fue que iban a retirarle la venda de los ojos para comprobar si veía.

Kathleen vio cómo un velo de tristeza cubría la mirada de la joven, aunque trataba de disimularlo con una leve sonrisa.

—El día que le quitaron la venda fue muy emocionante —Kathleen vio cómo Greta apretaba un poco los labios, como si intentara no llorar—. Preguntó si yo estaba por allí, bueno, a decir verdad nunca le dije mi nombre, él preguntó por la «muchacha lectora», le dije que sí, que estaba a su lado. Entonces él levantó una mano y yo se la estreché. Estaba temblando. Le dije que todo iría bien, aunque yo

también estaba muerta de miedo. No sé por qué, pero deseaba de corazón que aquel muchacho pudiera ver, estaba tan abatido… El tío Connor fue el que se encargó de retirar la venda y por fin pudimos ver sus ojos. Tenían buen aspecto, aunque alrededor estaban oscurecidos. El tío dijo que era normal. El muchacho empezó a parpadear…

—¿Cómo se llama el soldado? —Quiso saber Kathleen.

Greta se sonrojó al instante.

—No lo sé. Yo le llamaba «soldado». Él nunca me preguntó mi nombre y yo… no quise preguntarle el suyo por orgullo. Fui una tonta porque pocos días después de que le quitaran la venda, alguien vino al hospital y se lo llevó. —La tristeza era palpable en su rostro.

—Pero… ¿quién se lo llevó del hospital?

—La enfermera Reynolds me contó que un hombre elegantemente vestido se lo llevó en un coche una mañana antes de que yo llegara. Al parecer el soldado intentó persuadir al hombre para que esperara un poco, pero no lo consiguió y se marcharon. —La voz de Greta era ya un susurro.

—Pero, ¿el soldado había recuperado la vista o no?

Greta recuperó el brillo de sus ojos mientras recordaba.

—¡Sí! Sí, claro que sí. No he acabado de contarte: cuando le quitaron la venda, parpadeó varias veces y dijo que no veía nada. Después dijo que veía borroso, que solo veía sombras, pero el tío Connor puso unas gotitas de suero en sus ojos y empezó a parpadear de nuevo. Hasta que miró fijamente al tío y dijo: «No le imaginaba con barba». Y el tío empezó a reírse a carcajadas.

—¿Y qué dijo cuando te vio a ti? —preguntó Kathleen llena de curiosidad.

—Oh, Kathleen, me miró de una manera… Se quedó mirándome mucho rato y con tanta intensidad que me fue imposible mantenerle la mirada. Jamás me habían mirado así. Entonces dijo: «Para ser una muchacha de pueblo eres muy…». No acabó la frase, en aquel momento se dio cuenta de que había mucha gente alrededor y no dijo lo que pensaba de mí. Para salir del paso, creo, acabó diciendo: «Eres rubia» y yo no pude evitar reírme, supongo que fue mi manera de aliviar la tensión que había estado conteniendo durante todo ese tiempo.

—¿Y después?

—Yo hacía mi ronda y llevaba a cabo todas las tareas que me encomendaban habitualmente, pero cada vez que tenía un momento de descanso iba a buscarlo. Como ya podía ver, se levantaba con más frecuencia y daba paseos fuera del edificio para fortalecer sus piernas. Paseábamos juntos y hablábamos durante largo rato. El día antes de que se lo llevaran del hospital me cogió la mano y la besó. Me dio la impresión de que quería decirme algo, pero no dijo nada. Si hubiera

sabido que era la última vez que lo iba a ver…

Kathleen vio cómo los ojos de Greta se llenaban de lágrimas. La muchacha se había enamorado de un hombre del que ni siquiera sabía su nombre y su amor había desaparecido de la noche a la mañana. Kathleen le dio un fuerte abrazo. Poco a poco, Greta se fue calmando mientras ella le susurraba lo que tantas veces le había dicho su madre, que Dios escribía recto con renglones torcidos. En ese momento llegó Connor y Greta decidió retirarse. Desde que Kathleen había vuelto, se había dado cuenta de que les era imposible estar en la misma habitación sin tener algún tipo de contacto físico entre ellos. A diferencia de como actuaba antes, su tío no podía tener las manos alejadas de su mujer por mucho tiempo. Si estaba cerca de ella, parecía que no podía evitar estrechar su cintura, rodearle los hombros con el brazo o simplemente abrazarla y besarla sin ningún pudor. Jamás había visto a su tío actuar así con Amanda. Sin la más mínima duda, estaba enamorado de Kathleen hasta la médula. Al pensar en ello, una sonrisa triste se dibujó en su rostro y volvió a acordarse del soldado silencioso, al que no volvería a ver jamás.

—Hola, tío Connor, yo me marchaba ya. Nos vemos a la hora de la cena.

—Adiós, Greta. Hasta luego.

Cuando Greta abandonó la habitación, Connor posó sus ojos en su esposa.

—El día se me hace eterno hasta que vuelvo a verte. —Le rodeó la cintura con los brazos y la besó con tanta pasión que parecía querer devorarla allí mismo.

—Podríamos vernos más si volviera a trabajar como conductora de ambulancia —sugirió Kathleen cuando pudo recuperar el aliento.

—Oh, no, soy tu doctor y debes seguir mis instrucciones. Tienes que descansar y acabar de recuperarte…

—Con *recuperarme* quieres decir que engorde, ¿verdad? —preguntó Kathleen fingiendo enfado.

—Noooo, en absoluto. Aunque no me importaría… —Deslizó su mano lentamente desde la cintura hacia el trasero de Kathleen—. Encontrarme una curva algo más pronunciada por aquí. —Apretó sus manos con descaro en aquellas sedosas redondeces y la acercó a sus caderas. A Kathleen se le volvió a cortar la respiración.

—Connor, te estás volviendo muy osado… Cualquiera podría entrar y…

—¿Y qué? ¿Y ver cómo le hago el amor a mi esposa? Sería lo más normal del mundo. Lo que era extraño y antinatural era cómo me comportaba antes. No pienso volver a reprimir lo que siento, Kathleen. Y cada vez que te veo mi corazón late desbocado. Desde que has vuelto, desde que somos marido y mujer de verdad, todo parece

haberse iluminado, la comida está más sabrosa, la cama más blanda, el aire más limpio. No me importa madrugar porque si abro los ojos puedo verte. Voy al trabajo feliz porque sé que te encontraré aquí cuando vuelva, porque puedo tocarte, besarte, amarte.

A Kathleen le temblaban las piernas.

—¿Y ahora puedes hacerme alguna de esas cosas? —preguntó Kathleen con fingida inocencia—. ¿O estás muy cansado?

—Para ti nunca estoy cansado, amor mío.

Antes de que pudiera zafarse, Connor cogió a Kathleen en volandas y la llevó a su dormitorio para seguir pagando aquella deuda que quizás ninguno de los dos quisiera acabar de saldar nunca.

EPÍLOGO

Londres, Teatro Drury Lane, diciembre de 1917

Greta se había sentado junto a Kathleen. Quería estar a su lado y poder disfrutar de la ópera junto a su autora y compositora. Estaba muy orgullosa de ella. Allá lejos quedó la época en la que la consideraba alguien inferior a ella. Ahora sentía que todo lo que ella era hoy, se lo debía a Kathleen. A diario daba gracias por haberse montado en aquel coche para ir al hospital a leer libros a los heridos. Se encontraba en su segundo curso de la carrera de medicina y nunca se había sentido más viva que cuando asistía a clases y estudiaba durante horas para sacar las mejores notas. En ella no quedaba nada de aquella niña consentida que se quejaba porque no había sido presentada en sociedad... Hoy daba gracias por que aquello no hubiera ocurrido y poder descubrir su verdadera vocación.

—Hay alguien en el palco del duque de Stavonshire que no te quita ojo, querida —dijo Kathleen en el oído de Greta.

Greta dirigió su mirada al palco que Kathleen le había señalado y en seguida localizó a un hombre que la miraba con intensidad. Cuando sus ojos se encontraron el mundo pareció detenerse unos instantes y a la mente de Greta acudieron imágenes de un soldado cuyo rostro estuvo oculto por una venda durante mucho tiempo… Inconscientemente había agarrado la mano de Kathleen y la apretaba con fuerza sin poder apartar la vista de él. En ese mismo momento el hombre se levantó y salió del palco.

—Creo que viene a buscarte, muchacha. Di que necesitas ir al tocador y ve a su encuentro —sugirió Kathleen.

—Oh, Dios, ¿crees que debo ir? Apenas puedo respirar, Kath, estoy… No sé qué me pasa… —Greta respiraba con dificultad.

—¡Vamos! —insistió Kathleen—. Luego hablaremos de lo que te pasa.

—Voy al tocador, disculpad —dijo mirando a su padre, como pidiendo permiso, pero él apenas se dio cuenta, sumido como estaba en una conversación con Connor.

Cuando salió al pasillo allí estaba él, esperándola. No lo recordaba

tan alto… ni tan guapo. Tenía un aspecto mucho más saludable que cuando estaba en el hospital, sin esas manchas oscuras bajo los ojos.

—¿Cómo están sus ojos, *soldado*? —Greta decidió romper el hielo, nerviosa ante el escrutinio de él.

—Alegres de poder verte, *muchacha lectora* —respondió él—. No dejo de preguntarme cómo una sencilla joven de un pueblo costero del sur de Inglaterra puede encontrarse en el palco del lord Canciller.

—Yo me estaba preguntando lo mismo… ¿Cómo puede un simple soldado encontrarse en el palco del duque de Stavonshire?

—Parece que ni usted ni yo somos quienes creímos ser. Mi nombre es Alexander Dankworth, marqués de Rodbridge —dijo dirigiendo su mano derecha hacia ella.

—Me llamo Greta Radcliffe, sin título nobiliario, aunque espero poder tener un título universitario algún día. Estoy estudiando para ser médico —dijo estrechando la mano de Alexander, quien se la llevó a los labios y posó un delicado beso en el dorso sin apartar los ojos de ella.

Alexander sostuvo su mano durante más tiempo del debido y, por unos instantes, Greta se sintió reconfortada por el calor que le transmitía él a través del suave raso de su guante y no la retiró.

—Te… —«He echado de menos», estuvo a punto de decir Greta mientras sonaba el inconfundible sonido de la campana que avisaba de que la ópera iba a comenzar—. Tengo que volver.

Él asintió con gesto serio y soltó su mano.

—Sí, yo también. Ehmmm… —Carraspeó ligeramente Alexander—. Ahora que sé quién eres… puede que te busque algún día para que me recomiendes alguna lectura. Desde que no me leen, las novelas parece que han perdido su encanto y no consigo acabarme ninguna —confesó con una media sonrisa que hizo que se le aflojaran las rodillas a Greta.

—Me temo que yo tampoco leo mucho últimamente… —Fue lo único que se le ocurrió contestar.

Se escucharon pasos apresurados por el pasillo y Alexander, antes de que Greta fuera consciente de lo que pasaba, se acercó a ella, la rodeó por la cintura y la besó en la mejilla. Todo su cuerpo reaccionó a aquel suave contacto, erizando su piel completamente. No pudo devolverle el beso porque él ya se alejaba por el pasillo cuando ella volvió a la realidad.

Entró en el palco justo cuando el telón se abría, ocupó su asiento junto a Kathleen y esta le estrechó la mano.

—¿Todo bien? —preguntó.

—No lo sé… —dijo Greta—. Hablamos después de la función.

Kathleen asintió en silencio.

—¿Nerviosa? —preguntó Connor al oído de Kathleen.

—Creo que el corazón me va a estallar… —confesó Kathleen con la

voz temblorosa.

—Todo va a ir bien, los vas a conquistar como hiciste conmigo —le aseguró Connor.

Y se sintió reconfortada. Ann y Rod también estaban en el palco, apoyándola en el estreno de su primera ópera. Lady Freedlace, Brittany, Mathew, Samuel y Heather se encontraban sentados en primera fila. En el patio de butacas, Kathleen había visto muchas caras conocidas, la mayoría vecinos y amigos de Southampton que no querían perderse la ópera que inmortalizaría, más si cabe, el mito del transatlántico más grande del mundo.

El estreno de *Amor en el Titanic* fue un éxito que se recordaría en Londres durante semanas. La ovación que sucedió al cierre del telón se prolongó durante varios minutos. Kathleen había conseguido narrar el hundimiento del Titanic sin caer en el dramatismo, concediendo a muchos de sus personajes la categoría de héroes anónimos que entregaron sus vidas para salvar a otros. Y en mitad del drama, el amor, un amor puro y sincero que superaría incluso a la muerte.

—Cariño, no estoy muy seguro de que me guste este final —dijo Connor con voz ronca al oído de Kathleen al cerrarse el telón—. Eso de que el americano vuelva y se quede con la chica no me convence demasiado…

Kathleen lo miró sonriente. Los ojos le brillaban por la emoción y el infinito amor que sentía por él.

—Pero Connor, amor mío, ¿aún no sabes que la realidad es mucho más hermosa que la ficción? —le preguntó mientras tiraba de las solapas de su chaqué para darle un beso cargado de promesas—. Vámonos a casa, debo alimentar a Charlotte antes de que despierte a Emily con sus berridos.

—Y después…

—Después hablaremos de amor, del de verdad…

FIN

AGRADECIMIENTO

Gracias, Ana, por la gran ayuda que me has prestado como *comentadora*, que no *correctora,* de esta novela. Gracias por todo el tiempo que has dedicado a su minuciosa lectura y por esas anotaciones que me han hecho reflexionar sobre mi forma de escribir, me han hecho reír y, cómo no, me han emocionado. Gracias, amiga. Nos queremos.